



HISTORIAS DE FAMILIA

COORDINADOR DE LA SELECCIÓN

PABLO SERRANO ÁLVAREZ



Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México
Secretaría de Educación Pública

HISTORIAS
DE FAMILIA



SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Secretario de Educación Pública
José Ángel Cordova Villalobos



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Director General
José Manuel Villalpando

Consejo Técnico Consultivo
Rafael Estrada Michel, María Teresa Franco,
María del Refugio González, Josefina Mac Gregor,
Álvaro Matute, Santiago Portilla,
Ricardo Pozas Horcasitas, Salvador Rueda Smithers,
Antonio Saborit, Enrique Semo,
Fernando Zertuche Muñoz.

HISTORIAS DE FAMILIA

Presentación y coordinación
de la selección
Pablo Serrano Álvarez

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

MÉXICO, 2012

En la presente edición se incluye una selección de los textos que se registraron en el portal de internet *Historias de familia del Bicentenario. Cuéntanos tu historia*, en la que se respetó la escritura, sintaxis, usos y modismos de los autores originales de las historias y relatos. Únicamente se corrigieron los errores propios de la captura con el propósito de conservar de manera íntegra los elementos de estilo y forma que aportaron todos los mexicanos que atendieron esta convocatoria.

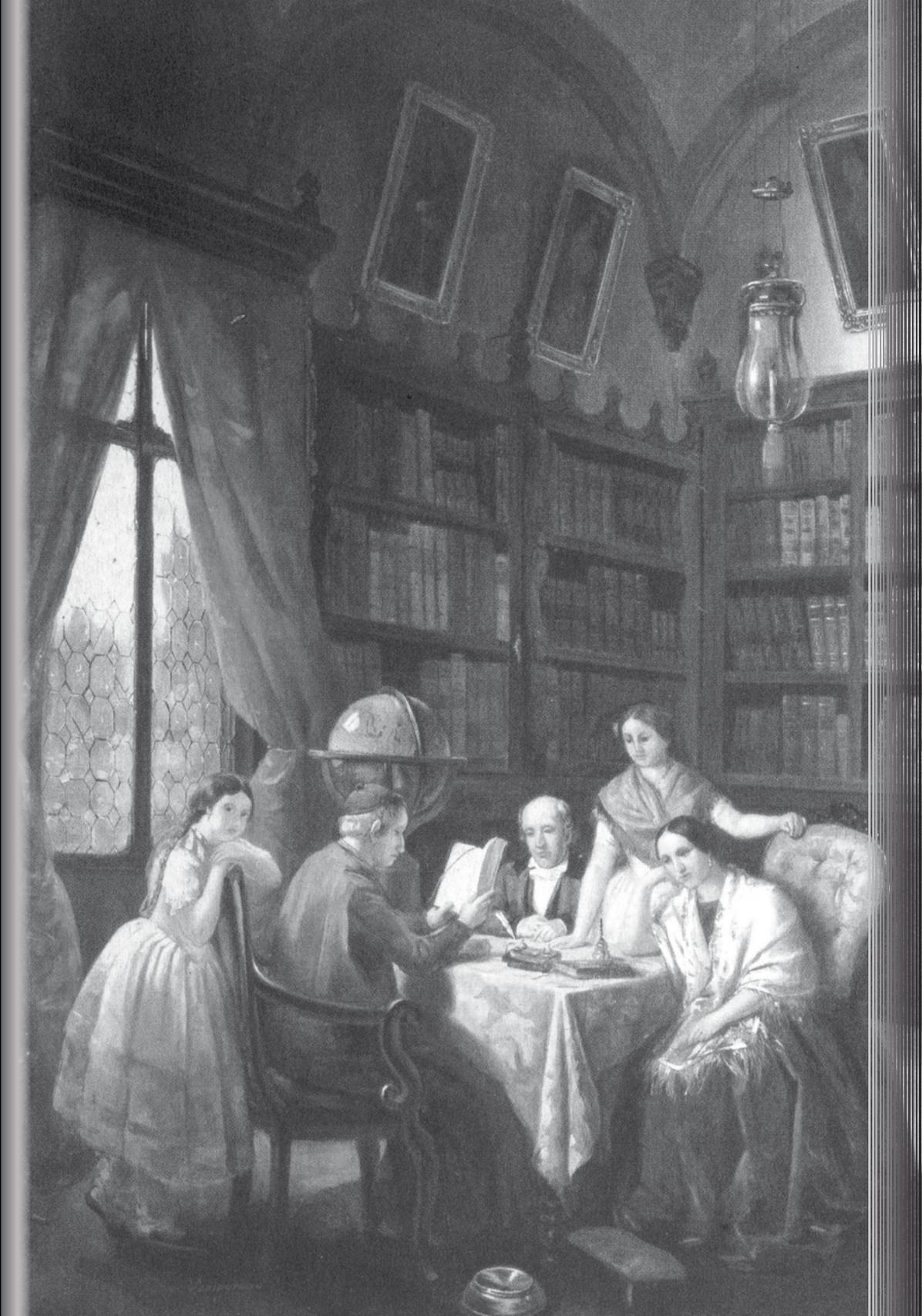
Muchas de las historias que se presentaron en el portal contenían imágenes enviadas por los autores; por desgracia, no fue posible rescatarlas, ya que, en la mayoría de los casos, no reunían las condiciones requeridas para una edición impresa. Las imágenes que aquí se usan, proporcionadas por la Fototeca del INEHRM, son simplemente de apoyo.

Este libro se ha realizado por resolución, apoyo e iniciativa del Maestro Alonso Lujambio, siempre interesado en divulgar la historia de las mexicanas y los mexicanos de nuestro tiempo.

Primera edición en formato electrónico, 2012
ISBN: 978-607-7916-93-2

Derechos reservados de esta edición:
© Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM)
Francisco I. Madero núm. 1, San Ángel,
Del. Álvaro Obregón, México, 01000, D. F.
www.inehrm.gob.mx

Hecho en México



Coordinador general para esta edición: Pablo Serrano Álvarez

Participantes en las lecturas y selección de las *Historias de Familia*, 2010-2011:

Elsa Aguilar Casas, Martha Aguirre Covarrubias,
Miguel Alessio Robles Seguí, Mónica Barrón Echauri,
Ángeles Beltrán Nadal, Roberto Espinosa de los Monteros,
Luis Fernando Estrada Luna, Miguel Ángel Fernández Delgado,
Raúl González Lezama, David Guerrero Flores,
Rafael Hernández Ángeles, Luz Elena Mainero del Castillo,
Lourdes Martínez Ocampo, Magdalena Mas Fuentes,
José Rodrigo Moreno Elizondo, Alejandra Ortigoza Romero,
Adriana Pulido Solares, Edgar Damián Rojano García,
Emma Paula Ruiz Ham, Carmen Saucedo Zarco,
Angélica Vázquez del Mercado.

Transcripción: Estrella Olvera Barragán.

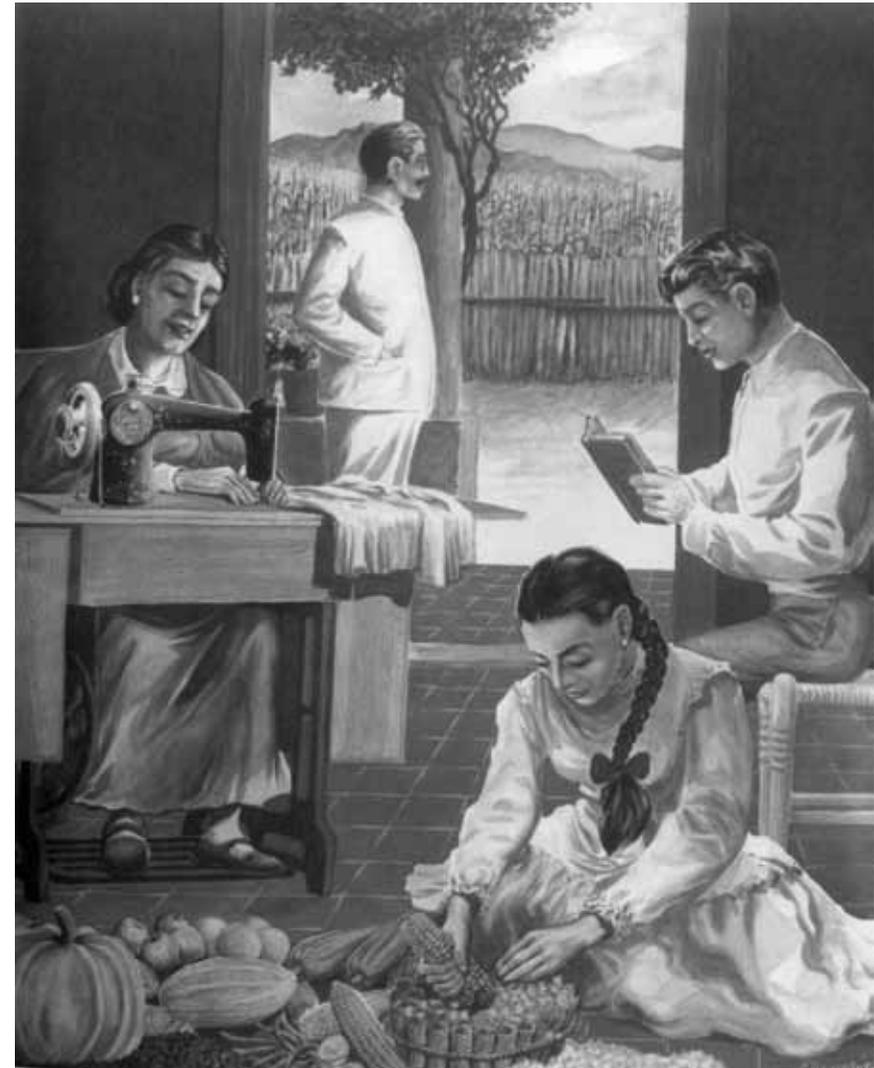
Dirección editorial: Lourdes Martínez Ocampo

Cuidado de la edición: Ángeles Beltrán Nadal

Diseño y diagramación en formato electrónico: Adriana Pulido Solares, Gabriela Barrientos Simán

Selección de imágenes: Monica Barrón Echauri. Fototeca INEHRM

Imagen de portada: Familia Maldonado Sandoval, siglo XX, colección particular.





Índice

PRESENTACIÓN	
Pablo Serrano Álvarez	23
AGUASCALIENTES	
<i>Mi abuelito en la Revolución</i>	
Autor: Ophir Alejandro Aguilar Rodríguez	29
<i>Historia de un beso y de haciendas y de mi tío Pintor Saturnino Herrán</i>	
Autor: Ana Claudia Gordillo Rangel	31
BAJA CALIFORNIA	
<i>Llegada de Esteban Cantú a Mexicali</i>	
Autor: Maritza Jiménez García	36
<i>Ejido fantasma de Baja California</i>	
Autor: Noemí Balderrama Rodríguez	37
<i>Recuerdo de mis familiares</i>	
Autor: Osvaldo Oropeza Ríos	38
<i>Pie de Plata</i>	
Autor: Belén Terán Ruiz	40
<i>Los tiempos de mi abuelo</i>	
Autor: Mauricio M. Diaz Diaz	40

BAJA CALIFORNIA SUR	
<i>La llegada de los primeros pobladores al municipio de Comodú</i>	
Autor: Armando Flores Uribe	43
<i>Principios de la minería en Santa Águeda</i>	
Autor: Chena	45
CAMPECHE	
<i>Historia real en tiempos de la Revolución: ¿Qué sucedió con la medalla?</i>	
Autor: Sandra Luz Bodegas Poot	48
<i>“El pasado es inolvidable”</i>	
Autor: Chi Cahuich Flavio Cesar	51
CHIAPAS	
<i>Una familia de norte a sur</i>	
Autor: magc	53
<i>La historia de mi bisabuela, Atanasia Libreros Rodríguez, Nachita</i>	
Autor: Molina Acosta Itzayana	54
<i>El origen de las tierras de mi abuelo</i>	
Autor: Romy del Consuelo	56
CHIHUAHUA	
<i>Mi abuela y la Revolución Mexicana</i>	
Autor: Julián Castañeda Trejo	58
<i>Ciudad Juárez en la que vivieron mis abuelos</i>	
Autor: Ana Victoria Tarín Santiso	60
<i>Historia de la Comarca Lagunera</i>	
Autor: Nubia Banda Rocha	60



COAHUILA	
<i>Mi bisabuelo en la revolución</i>	
Autor: Kaarla Yarelii Cabriales García	62
<i>Mi bisabuelo Sabino y Madero</i>	
Autor: Diana Janeth Delgado Gallegos	63
<i>La toma de Torreón</i>	
Autor: José Félix Delgadillo López	67
<i>El Camino Real</i>	
Autor: Hugo Rodríguez Saldivar	68
<i>Mi historia familiar</i>	
Autor: Marcelino Mares Hernández	70
COLIMA	
<i>Tradiciones</i>	
Autor: Sergio Ursúa	73
<i>Ecos de Minatitlán</i>	
Autor: Adán Blanco Campos	76
<i>Mi abuelito fue cristero</i>	
Autor: Ma. Guadalupe Valdez García	78
<i>La vida de un soldado</i>	
Autor: Ernesto Valle García	79
DISTRITO FEDERAL	
<i>Manuel E. de Gorostiza, bisabuelo de mi abuela</i>	
Autor: Alonso Lujambio	80
<i>El eco de mi vida, mirada de una dama porfiriana a la transición revolucionaria</i>	
Autor: Giselle Leyva	82
<i>Abuelos revolucionarios</i>	
Autor: Patricia Ledezma Audelo	89
<i>Carranza y mi tío abuelo Octavio Amador</i>	
Autor: Pedro López Amador	90

DURANGO	
<i>Alvrez y las tijeritas</i>	
Autor: Raúl Antonio Meraz Ramírez	93
<i>Tomas Urbina Villa y mi familia</i>	
Autor: Maria de Lourdes Martínez Sánchez	95
<i>La Hacienda de Quiñones</i>	
Autor: Genaro Quiñones Echeverría	97
ESTADO DE MÉXICO	
<i>Jesús Fuentes, mi chozno</i>	
Autor: José Manuel Villalpando	100
<i>Tierras de revolución</i>	
Autor: Juan Augusto Vargas Oros, 24 años, Toluca	101
<i>Sánchez al cuadrado</i>	
Autor: Rolando Sánchez Sánchez	103
GUANAJUATO	
<i>La Libertad de Educación Mexicana</i>	
Autor: Sergio Paulo Arroyo Hidalgo	115
<i>Aguirre-Medina, una familia del bajío</i>	
Autor: Yoselohim Aguirre Ramírez	119
GUERRERO	
<i>La historia de mi pueblo y mi familia</i>	
Autor: Emmanuel García Sámano	121
<i>Los soldados anónimos</i>	
Autor: José Cerros Ríos	124
<i>Anselmo Bello y la Revolución Mexicana en mi familia</i>	
Autor: Gersain Hernández Vargas	127



HIDALGO	
<i>Una mexicana extranjera</i>	
Autor: Eduardo García Gómez	130
<i>Relatos de doña Chepa</i>	
Autor: Ma. Guadalupe Hernández Martínez	132
<i>No fue un héroe, sólo un ser humano</i>	
Autor: Dery Iyair Mendoza Álvarez	133
<i>Luchemos hasta los últimos momentos</i>	
Autor: Jorge	138
JALISCO	
<i>Los zamoristas</i>	
Autor: Giselle Verónica Zamora Benítez	140
<i>San Julián, cuna de la Cristiada</i>	
Autor: Óscar Álvarez de Fiz	142
<i>Acá llegaron los cristeros</i>	
Autor: Uriel González	143
MICHOACÁN	
<i>Un periodo especial</i>	
Autor: Javier Ríos Valencia	145
<i>Último retrato de familia</i>	
Autor: Carmen Saucedo Zarco	148
<i>Mi abuelo Zeferino</i>	
Autor: Juan Alberto Carachure Lino	159
MORELOS	
<i>Héroes locales</i>	
Autor: (Incompleto)	153
<i>Relato de mi bisabuelo</i>	
Autor: Rivera	155

<i>Gabino Lira, un trovador de la Revolución</i> Autor: Maristel Verenice Jiménez Lira	157
<i>Mi bisabuelo revolucionario</i> Autor: María Fernanda Apaez Ramírez	160
<i>México, un país de grandes historias</i> Autor: Javier	161
NAYARIT	
<i>Relato de la lucha por las tierras en Jomulco, Nayarit</i> Autor: Octavio Pérez Luna	162
<i>México 1929 Amatlán de Cañas, Tepic, Nay., México</i> Autor: Marie	164
<i>Nuestra tierra a través de sus ojos</i> Autor: Lizeth Flores Herrera	165
NUEVO LEÓN	
<i>Memorias de mi abuelita</i> Autor: Jenni	173
<i>Antiguo Linares</i> Autor: Stephane Leilany Marroquín Sánchez	176
<i>El fabricante</i> Autor: Stephanie de Hoyos Tamez	177
OAXACA	
<i>La falta de alimentos en la Segunda Intervención francesa</i> Autor: José Antonio Rangel Bojorges	178
<i>Oaxaca</i> Autor: Genaro Santa Ana Colmenares	180
<i>Los héroes que no se conocen</i> Autor: Ricardo Bautista León	184



<i>De peón a capitán</i> Autor: Victoria Zurita Vicente	188
<i>Mis bisabuelos</i> Autor: Valeria Coca López	193
<i>Una historia sin historia</i> Autor: Gregorio Paredes	194
PUEBLA	
<i>Zacarías R. de Molina</i> Autor: Claudio Molina Torres	197
<i>Una historia de familia, Manuel Aguirre Yáñez y Bertha Aguirre González</i> Autor: Rosalía América Juárez Aguirre	198
<i>Miguel Silva Vera</i> Autor: Moisés Rosas	200
QUERÉTARO	
<i>Historia de familia</i> Autor: Areli Gutiérrez Flores	202
<i>Mis bisabuelas revolucionarias</i> Autor: Castañón Gutiérrez Lucero Minerva	204
<i>Una mujer en la revolución</i> Autor: Alondra Pérez Pazzi	205
<i>Influenza española</i> Autor: Vega Contreras Brenda Sughey	207
QUINTANA ROO	
<i>Sobreviviendo al huracán Janet</i> Autor: Cecilia Estela Segovia Villami	209



SAN LUIS POTOSÍ

- Un héroe de la Batalla del Ébano*
Autor: Rosalinda Monsiváis 211
- Una historia*
Autor: Thania Esmeralda Morales Rangel 212
- El cabús "amarillo"*
Autor: Marcela Siller Gómez 216

SINALOA

- Ejido de Rosa Morada*
Autor: César Quevedo 218
- El General Blanco*
Autor: Gaby Gastélum 220
- La historia de mi abuelo durante la Revolución*
Autor: Sebastián Echavarría 222

SONORA

- Mi bisabuela y el general Gómez (1887-1916)*
Autor: Lic. Raquel Venegas García 223
- Primero fusílenlos y después averigüen*
Autor: Stephany Garrido Zazueta 225
- Tépupa: paso del general Francisco Villa y sus guerrilleros*
Autor: Luis Angel Serrano Silva 227

TABASCO

- Mi México historia de oro*
Autor: Irvinz Jesús Mendoza León 229
- Guerreros de Tabasco*
Autor: Yedith Cristhel Chan de la Cruz 232
- Historia de la familia Torres Hernández*
Autor: Nuri Javier Torres 234

TAMAULIPAS

- Mi origen, mis raíces y mi vida; mi abuelo*
Autor: Erick Becerra Echartea 238
- Un tesoro perdido*
Autor: Carla Lozano 244

TLAXCALA

- Don Cande y Petrita, de Apizaco*
Autor: Alejandro Ricardo 246
- La vida a través de la revolución*
Autor: Jazbeth Peña Pérez 252
- Dinastía de la familia Ramírez*
Autor: Amairany Rojo Ramírez 254

VERACRUZ

- Historia de Tamiahua*
Autor: Francisco Iván Román Lorencez 257
- Bajo las faldas de la abuela*
Autor: Ramón Santos Corneylli 258
- Cuentos de mis antepasados*
Autor: Jesús Ignacio 260
- La finca de oro*
Autor: Josué Bernardo Licona Aguilar 263

YUCATÁN

- Como quisiera recordarte*
Autor: Kelly Georgina Paloma Xiu 265
- Gustavo Arce Correa, ilustre revolucionario*
Autor: Antonio Enciso Arce 268
- Mi abuelo y yo*
Autor: Rosita Fresita 272



<i>Los relatos de mi tía Gloria</i>	
Autor: Paula	274
<i>Historia de mi familia, familia Yam</i>	
Autor: Ángel Dionisio Yam Noh	279
ZACATECAS	
<i>Las fiestas del Centenario en Montesa, Zacatecas</i>	
Autor: Felipe Reyes Romo	281
<i>Los agraristas en Pinos, Zacatecas</i>	
Autor: Felipe Reyes Romo	283
<i>Zacatecas, México 1914</i>	
Autor: Diana Rangel Méndez	286





Presentación

Durante el año 2010, las mexicanas y los mexicanos celebramos el inicio de la guerra de independencia y el inicio de la revolución, 200 y 100 años después, respectivamente, de dos grandes momentos de nuestra historia como nación. Si bien debemos nuestra libertad y soberanía a los héroes, a los caudillos, a los líderes políticos y sociales, y a todos aquellos que dedicaron su vida a luchar en las gestas coyunturales que forjaron esta patria, también es importante reconocer a quienes quedaron en el anonimato, porque la historia de México es la historia de todos los que habitamos este gran territorio. Incontables personajes y sus familias dejaron un gran legado de recuerdos, remembranzas y anecdotarios sobre su pasado, que ahora se recuperan como una muestra representativa.

Esta obra es producto de un magno proyecto convocado por la Secretaría de Educación Pública y la Cámara Nacional de la Industria de Radio y Televisión que tuvo lugar en 2010 en el

marco de las conmemoraciones del Bicentenario del inicio de la Independencia y del Centenario del inicio de la Revolución Mexicana, denominado *Historias de familia del Bicentenario*, cuyo objetivo principal fue rescatar esas historias y rendir homenaje a las familias mexicanas.

Dicha convocatoria permitió que niños, jóvenes, adultos jóvenes y mayores, hombres y mujeres de todo el país compartieran pasajes de su vida familiar y de la historia de sus antepasados en torno a la historia de México en un portal de Internet. La respuesta sorprendió, pues al cierre de la página electrónica, se sumaron un poco más de ciento cinco mil historias, lo cual en conjunto plasma nuestra riqueza como nación, al igual que los valores y principios familiares que han prevalecido a lo largo del tiempo.

Las historias de familia son vastas, heterogéneas y plurales, y guardan en su seno la gran memoria histórica mexicana con la que contamos en este país. Los festejos del 2010 fueron la mejor oportunidad para rescatar algo de esa memoria que da cuenta del pasado mexicano de tres siglos, conformado por personajes, escenarios, hechos, leyendas y fragmentos del ayer que nos permiten entendernos en nuestro presente, pues son parte indiscutible de nuestra identidad.

Afortunadamente, en nuestro país la familia es el núcleo más importante de la sociedad, pues gracias a ella logramos preservar costumbres, como la de reunirse el fin de semana o salir juntos, y es precisamente entonces cuando se comparten historias de algunos miembros de la familia, acontecimientos importantes en la vida de ese grupo de personas o simples recuerdos de momentos curiosos, interesantes o especiales, es decir, las experiencias se han transmitido de generación en generación, y ese legado es



también un tesoro que debemos valorar, pues la historia de los mexicanos está en los libros, pero también en los hogares de todo el país.

De Aguascalientes a Zacatecas, de la A a la Z, todos los estados de la República Mexicana atendieron la invitación y participaron en este ejercicio memorable y narrativo. Algunas entidades aportaron una enorme cantidad de historias, otras, menos, pero ninguna quedó fuera. Todos llegaron a tiempo a la cita del Bicentenario y del Centenario para traer a la memoria el pasado de las familias mexicanas.

Se rescataron personajes, batallas, acontecimientos importantes, biografías y episodios de nuestra historia. Tatarabuelos, bisabuelos, abuelos, padres, tíos, primos, sobrinos, compadres, amigos, señoras y señores, niños y niñas, jóvenes, surgieron por doquier, en su pasado y en su remembranza, tanto de tiempos muy añejos como actuales.

Sería imposible editar un libro con más de cien mil historias, por lo que el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México se dio a la tarea de realizar una rigurosa selección. Tras un cuidadoso proceso de lectura de todas y cada una de las historias de familia, y luego de una selección inicial, vinieron otras revisiones y nuevas lecturas hasta lograr una selección de 101 historias que dan cuenta de personajes, procesos y momentos fundacionales de México: la Independencia, la Reforma Liberal, la Revolución, al igual que del México contemporáneo. Es muy importante destacar que también se buscó reunir en esta obra aquellas historias que dieran cuenta de los recuerdos, remembranzas y anecdotarios vinculados a todos los estados de la República.

Esa selección permite contar con una muestra representativa, interesante, ilustrativa y accesible de todo aquello que más de cien mil mexicanos quisieron compartir y legar a la posteridad.

Para transmitir con toda fidelidad las voces de los ciudadanos que comparten su historia, se ha respetado la escritura con la que se plasmó en el portal de *Historias de familia del Bicentenario*, y para enriquecerla incluimos una serie de imágenes tomadas de los acervos iconográficos del INEHRM que ilustran los acontecimientos que se narran en cada historia.

Qué mejor forma de seguir celebrando que rescatar los relatos de las familias mexicanas en torno a la historia y compartir nuestros recuerdos familiares.

Pablo Serrano Álvarez





Aguascalientes

Mi abuelito en la Revolución

Autor: Ophir Alejandro Aguilar Rodríguez

Esta historia se la dedico a todos ustedes para que conozcan un poco de lo que mi abuelito Miguel Rodríguez Encina mencionaba acerca de la Revolución Mexicana.

Él nació el 29 de septiembre de 1905 en Rincón de Romos, Aguascalientes. Lo que platicaba acerca de la Revolución Mexicana era que cuando él tenía la edad 5 o 6 años más o menos, entre 1910 y 1911, los revolucionarios pasaron por el municipio ya mencionado, donde mi abuelito nació; relataba que todas

las personas del pueblo estaban asustadas porque, como venían personas en caravana hacia el norte, el sur y centro de México, éstas los despojaban de sus cosechas, dinero, mujeres, víveres, entre otras cosas de valor, por lo que los hacendados y los no hacendados escondían sus pertenencias para que por el paso de las caravanas no los despojaran de sus objetos.

Mi abuelo me describía cómo era el paso de los revolucionarios; contaba que duraban días sin comer y al llegar a algún poblado todos aprovechaban los víveres, a su paso por el municipio. Detrás de la casa donde vivía mi abuelito con mis papás, los revolucionarios mataban reses, cerdos, gallinas, caballos y lo que encontraban a su paso; era allí donde todos se abastecían de comida, hacían tipo campamentos para descansar y festejar que se acercaban al centro de México, cantaban corridos a la luz de la luna.

Un día, al no tener nada qué comer porque todo se habían robado los revolucionarios, mi abuelo se sentó encima de la pared que daba a la parte trasera de la casa y, como todo niño, lo vieron estas personas y un general lo invitó a cenar. Dice que ese día comió carne como para no abastecerse en días, a lo que el general le regaló la cabeza de una res para que la llevara a su casa y allí comiera con su familia. Decía que diariamente le regalaban pedazos de carne y otros víveres, pero lo peor llegó cuando las caravanas tuvieron que partir de Rincón de Romos; decía que no había más cultivos para comer, no había animales, los mejores caballos ellos los tomaron, la hacienda fue saqueada y, a causa de esto, no había trabajos. Los ricos enterraban sus centenarios para que éstos no fueran descubiertos y, al no querer entregar el dinero, los revolucionarios los mataban y el dinero se quedaba enterrado en las afueras de la hacienda o en pozos.



Decía que estuvieron sufriendo de comida por varios meses hasta que se volvieron a sembrar las tierras, compraron animales y así surgieron los empleos en las haciendas vecinas.

Esto es un poco de lo que mi abuelo me contaba, sólo quise compartirles esta breve historia, vivencia e infancia.

Historia de un beso y de haciendas y de mi tío Pintor Saturnino Herrán

Autor: Ana Claudia Gordillo Rangel

Mis abuelos se llamaban Gabriel Rangel Sagredo y Clelia Amato González. Ambos nacieron en Aguascalientes a principios del siglo pasado. Formaron una pareja encantadora y muy querida por su familia y amigos, y como muchos antepasados nuestros, tenían una hermosa historia que contar; es la historia de mis antepasados, una historia rica en detalles y anécdotas y que, como todas las otras historias de todos los mexicanos, es parte de la de este gran país, México, sitio mágico donde se entrelazan las historias de todos los mexicanos...

Mi abuelo Gabriel siempre contaba a su esposa, mi abuela Clelia, y a sus hijas, anécdotas familiares a la hora de la sobremesa; les decía que en su familia había habido una tía abuela muy hermosa que le había dado un beso al general Santa Anna, ya que en aquellos tiempos, contaba él, Aguascalientes quería independizarse de Zacatecas y había un movimiento separatista muy fuerte. El general Santa Anna llegó a Aguascalientes y durante su estancia recibió ese beso de mi tía abuela preciosa; ella se lo dio a cambio de la separación de Aguascalientes. Les contó que por ello hay un beso dibujado en el escudo del Estado de Aguascalientes. Él comentaba también que en la familia había un chiste muy viejo,

decían que la tía le hubiese dado más que un beso al general Santa Anna entonces ¡Aguascalientes llegaría hasta Yucatán! Mi abuelo Gabriel era hijo de Aurelio Rangel Guinchard y de Manuela Sagredo Bolado, ambas familias conectadas directamente con las familias de los padres de nuestro afamadísimo pintor mexicano modernista Saturnino Herrán, padre del modernismo en la pintura mexicana. El famoso pintor Saturnino Herrán era a su vez hijo de José Herrán y Bolado, quien tuvo la primera librería de la ciudad y fundó el primer colegio de señoritas en Aguascalientes, y de Josefa Guinchard, artista de origen franco-helvético (Suiza). El pintor Saturnino Herrán estudió arte en México y conoció a Diego Rivera porque era compañero suyo. Desgraciadamente para nuestro México, mi tío murió muy joven y su legado artístico quedó truncado para siempre.

Aurelio Rangel Guinchard, padre de mi abuelo Gabriel, provenía de las familias Rangel que fueron dueños de varias haciendas ganaderas y henequeneras y predios para sembrar; una de ellas es la Hacienda Ciénega Grande y la otra hacienda famosa es Hacienda San Isidro Labrador, pero mi mamá me contó que a esta última le llamaban de cariño Hacienda El Garabato porque allí hay una hierba que crece feliz llamada garabatillo.

Las familias hacendadas de esa época, contaba mi abuelo, traían de Francia muchos de los muebles y los objetos de decoración porque estaba de moda. Muchos artistas se hospedaron en las haciendas de mi familia o en las casas que tenían en Aguascalientes, uno de ellos era un italiano que llegó a pintarles cuadros de óleo de la Santísima Trinidad y otros hermosos temas. La abuela de mi abuelo, Brígida Guinchard, pariente de Josefa Grinchard, madre del pintor, y de Miguel Guinchard, ex gobernador de Aguascalientes, era de una belleza extraordinaria; su belleza era tal, que era muy famosa aún después de haber fallecido y aún cuentan de ella en la familia. Cuando era niña vi una foto



muy antigua del periódico hidrocálido, donde mostraba fotos de recuerdo sobre las antiguas familias de rancio abolengo, y en ella aparece mi bisabuela Brígida. Su belleza no perdió porque he conocido a varias mujeres en mi familia que aún muestran esa belleza, una mezcla suiza y mexicana tan exquisita.

La madre de mi abuelo Gabriel se llamaba Manuela Sagredo Bolado; ella era a su vez la hija del ex gobernador Carlos Sagredo y de Carmen Bolado, de las familias de José Herrán y Bolado, padre del pintor. Su madre, Manuela Sagredo, hija del ex gobernador, tenía una hermana, pero ésta murió, por lo que se convirtió en la única heredera de las riquezas de la familia Sagredo Bolado. Su padre, el ex gobernador Carlos Sagredo, formó parte de los gobernadores de la época porfirista y tuvo que ver con todo tipo de eventos relacionados con el ferrocarril, teatro, empresas de inversión extranjera, bancos, haciendas y el teléfono. Él hizo la primera llamada desde Aguascalientes; él le habló al Gobernador de Zacatecas para inaugurar las telecomunicaciones hidrocálidas. Su nombre está grabado en una avenida en la Ciudad de Aguascalientes. Las iniciales de su esposa Carmen Bolado decoran la fachada de un edificio antiguo del centro histórico.

Manuela Sagredo y Aurelio Rangel se casaron y de allí nace mi abuelo Gabriel y sus hermanos. Mi abuelo Gabriel conoció a mi abuela Clelia, quien iba a los bailes elegantes de la ciudad acompañada ésta de su amigo del alma y compañero perfecto de baile, don Ernesto Alonso, quien trabajaría más adelante como productor afamado de novelas de una cadena de televisión. Mi abuela Clelia no era de rancio abolengo como mi abuelo, su historia comienza quizás mucho antes allá en Nápoles, Italia, cuando su padre, un italiano inmigrante llamado Pietro Amato Esposito, decide dejar todo y aventurarse a América, como ellos le llamaban, y hasta Nueva York llegó en un barco después de una travesía lenta y tortuosa al lado de sus hermanos Antonio

y Francesco. Antonio se quedó en Estados Unidos y allí probó suerte y fundó esa rama de los Amato estadounidenses.

Pietro y Francesco, por los vericuetos del destino que se forjaban cuando las vías del tren eran montadas en México durante la época de don Porfirio Díaz, llegan a nuestro país después de que de Chicago lo mandaron a México como ingeniero de máquinas. Pietro Amato, napolitano e inmigrante, era hijo de Domenico Amato, napolitano e inmigrante, y de Filomena Esposito, ambos del sur de Italia. Conoce a Ángela González Zapata, originaria de San Luis Potosí, hija del general González y de Refugio Zapata, y se casan y conciben más de 20 hijos, y adoptan a dos más.

Ángela González era partera y ayudó a nacer a muchos niños en la comarca y Pietro, como le llamaban de cariño los mexicanos, atendía su viñedo en Aguascalientes que él mismo sembró y su huerto de guayabas e higueras, y producía su propio vino, como buen italiano que era, y fue de los primeros en traer abejas europeas para la polinización de su huerto. Una de sus hijas fue de extremada belleza; se llamaba Ethoel y era tan conocida por su belleza, que en un libro antiguo de Aguascalientes también aparece la alusión a Pedro el italiano y a su hija Ethoel, la hermosa.

El tío Pancho, como le llamaban a su hermano Francesco, también se casó con una mexicana, pero no tuvieron hijos; un día salió y no regresó. Dijeron que se lo comieron los coyotes. Su último hijo, a quien conocí, me decía que de cariño le llamaba Musolini cuando en las mañanas salían a caminar por el huerto, y cuando mi mamá llegaba de niña al huerto a visitarlo, les decía ¡Saludo fascista, saluden, burritos! y levantaba su mano en broma como saludaban los alemanes o los españoles en época de Hitler y Franco también. Don Pedrito hablaba italiano, por supuesto, inglés, español y francés, así es que, cuando llegaba un extranjero a su huerto, siempre practicaba los idiomas que hablaba.



Mi abuela Clelia creció en la huerta, acostumbrada al aire del campo, a la historia sin ataduras de su padre italiano, entre el español y el italiano, a cuidar a sus hermanos menores y a cocinar como cocinan en Aguascalientes y en San Luis Potosí. Cuando Gabriel Rangel, su esposo ya, la lleva a vivir a la casa grande de sus padres, que hoy ya es parte del patrimonio del centro histórico de Aguascalientes, me imagino que para mi abuela debió ser duro acostumbrarse a una familia con tanta rigidez, tantas formas y apariencias y tanta historia de por medio. Creo que ella extrañaba mucho el huerto de guayaba y los viñedos de su padre; quizá extrañaba hablar italiano o reírse sin guardar las apariencias, como acostumbraba a hacerlo una familia de rancio abolengo y favorita de las costumbres porfiristas que aún quedaban en esa época. Tal vez por eso mi abuelo Gabriel aceptó un trabajo muy lejos, en Tapachula, un sitio sureño de un verde lujurioso que queda situado entre el volcán Tacaná y el mar del Océano Pacífico, allá en Chiapas, y hacia allá partió mi abuelo Gabriel, llevándose a mi abuela Clelia y a sus hijas; cogió el tren porfirista que promovió su abuelo Calos Sagredo en las épocas del general Díaz, y no paró hasta llegar al sur. Al bajarse del tren, entre murmullos de mercado y afanosa y febril actividad, descubrió a ese pueblito húmedo y caliente, lejos de la cultura y la belleza artística hidrocálida y la historia antigua y los héroes de Aguascalientes, y allí, entre el volcán y el mar, se quedó para siempre. Aún ahora mi madre recuerda cuando mi abuelo tocaba el acordeón y el piano y mi abuela cantaba con él, y le doy gracias a ella y a mis tías que me hayan contado tanto de la historia de esta familia que, al final de cuentas, es la historia de México también.



Baja California

Llegada de Esteban Cantú a Mexicali

Autor: Maritza Jiménez García

Esta breve historia me la contó mi abuelo, y a él su papa; trata de cuando Esteban Cantú llega a Mexicali en 1911 formando parte de la fuerza de Francisco I. Madero, esto, a pacificar el distrito norte de Baja California, ya que en el Valle de Mexicali, donde residía mi bis abuelo, se encontraba sin guarnición o destacamento militar.

Únicamente lo vigilaban elementos armados al mando de Roldolfo Gallegos, que aceptaron someterse a acatar las órdenes de



las nuevas autoridades militares. El Valle de Mexicali estaba en posesión de una compañía norteamericana que explotaba tierras, aguas de riego y recursos naturales, sin conceder derecho alguno a los escasos habitantes que habían logrado asentarse y que procuraban vivir de la ganadería y de la agricultura. Me comentó también que en 1914 Baltazar Avilez convocó a elecciones en el municipio de Mexicali y en 1915 inició formalmente sus funciones como jefe político.

Se dice que poco después, en el Valle de Mexicali, se iniciaron las colonias agrícolas como Sonora, Herradura, Benito Juárez y Zaragoza y la siembra de algodón. Platicó también del trabajo de Cantú, ya que impulsó la educación en todo su periodo de gobierno. Destacó la construcción de la escuela Cuauhtémoc y de diversas urbanas. La escuela rural de Pueblo Nuevo y la que construyó en el campo: San Isidro, Colonia Castro, Colonia Rivera, Algodones, Hechicera, que fue la que inició la pedagogía y se transformo en una escuela normal y preparatoria.

Ejido fantasma de Baja California

Autor: Noemí Balderrama Rodríguez

Mi familia es originaria de Baja California; de aquí es mi madre, y mi papá desde muy temprana edad ha vivido aquí. La historia de este ejido me fue contada por mi abuelo paterno. Ellos viven en un ejido en el valle de Mexicali. Desde hace mucho tiempo, se escuchan diferentes historias sobre ese ejido, pero muchas personas concuerdan con lo que cuenta mi abuelo.

Ese ejido antes, en la fecha de la Segunda Guerra Mundial, era ocupado por japoneses que buscaban una mejor calidad de vida que en su país. Hasta el día de hoy, existen en mexicali y lugares



cercanos a él muchas personas de esta procedencia. Pero en este ejido, todos los pobladores desaparecieron, debido a que todos los japoneses jóvenes y adultos fueron llamados a estar presentes para luchar por su país en la época de la guerra, así que, de los que fueron llevados, desaparecieron sus pertenencias, quemando todas sus cosas y sus sustentos. Sólo lograron permanecer en ese lugar personas mayores o enfermos, los cuales confiaron sus pertenencias y se fueron a lugares más seguros, por lo que mucho tiempo después, ese ejido volvió a poblarse, dejando así sólo como evidencias viejas y quemadas haciendas que pertenecieron a estos pobladores. Sólo que, debido a los sismos ocurridos en este lugar, las pocas evidencias han quedado ya casi en la nada y, peor aún, sólo existen ya pocas personas que quizá puedan dar a conocer estas cosas de relatos sucedidos.

Se dice que uno de estos pobladores japoneses es muy respetado, cuenta con una muy avanzada edad, pero mucha gente lo recuerda por su gran labor al ayudar a los pobladores que lograron volver después de la guerra, así como regresarles sus pertenencias a ellos y a sus familias. Se cuenta que vive en Tijuana, Baja California. Si bien esto es algo sumamente importante, es triste recordar que cada día los jóvenes nos vamos olvidando de ello.

Recuerdo de mis familiares

Autor: Osvaldo Oropeza Ríos

Hay diversas historias que me han sido contadas por parte de algunos de mis familiares acerca de varios acontecimientos que han ocurrido en nuestro país. Todos estos relatos que me dijeron mis parientes son parte de sus recuerdos, ya que esos sucesos

han cambiado la perspectiva que ellos tenían acerca del lugar en donde vivían y, debido a su gran importancia, siguen siendo conservados y compartidos a nuestros seres queridos.

Entre las historias que me contaron se encuentra una de mis favoritas que fue contada por mi mamá, y es acerca de unas lluvias que estuvieron afectando la región de B. C., en especial Tijuana, y estas causaron que diversas partes de la ciudad quedaran inundadas, como la zona río, algunas partes del centro y otros lugares que quedaron devastados debido a los deslaves y a todo el lodo que se generó a causa de las lluvias. Este es suceso que es muy bien recordado por mi madre, ya que ocurrió en el tiempo en el que recién había nacido yo.

Otra de las varias historias que me han contado algunos de mis familiares es acerca de cómo varios parientes de mi madre y mi padre emigraron a la ciudad de Tijuana debido a diversos problemas que tenían en sus antiguos lugares de residencia, que eran Tequila, Jalisco y Durango, Durango. Entre los problemas que se les presentaron, estaba la escasez de un trabajo digno para poder sostener su forma de vida, y por eso vinieron al estado de Baja California por una mejor oportunidad de trabajo, ya que ellos sabían que en Tijuana había muchas esperanzas de trabajo, ya que varios amigos les habían comentado acerca de que en algunas ciudades fronterizas estaba creciendo mucho la actividad industrial y ellos, por la década de los 80, decidieron venir a Tijuana.

Una pequeña historia más que me gustaría redactar es acerca de mis abuelos, quienes ya fallecieron. Ellos tenían un pequeño rancho en el cual se encontraba una pequeña casa donde mis abuelos y sus hijos habitaban, y también poseía un campo en el cual sembraban elotes y otro tipo de vegetales, que ellos utilizaban para vender, y así obtener algo de ganancia para seguirse sosteniendo; tras la muerte de mis abuelos, el rancho fue vendido debido a que ya nadie podía ocuparse del rancho porque ya ninguno de sus hijos habitaba cerca de ese pueblo.

*Pie de Plata**Autor: Belén Terán Ruiz*

Mi bisabuelo paterno se llamó José Juan Villaescusa Escalante; nació en el año de 1876 en el pueblo de Bacadehuachi, Sonora, donde vivió toda su vida.

En mi familia se dice que mi bisabuelo tenía una afición por los caballos, era un muy buen jinete, y su anécdota cuenta que en el pueblo había una carrera de caballos muy importante, y en el año de 1915 llegó a ese pueblo el ejército de Pancho Villa, ellos traían caballos muy finos. De tal modo que, un soldado de alto rango de ese ejército, platicando con el bisabuelo decidió prestarle el caballo más importante que tenían para que mi bisabuelo participara en la carrera, se llamaba *Pie de Plata* y según cuentan fue una carrera muy reñida, por lo que el señor puso todo su empeño y así logró ganar la carrera y recibió muchas felicitaciones de parte de diferentes miembros del ejército.

Se dice que fue un evento importante en la historia del pueblo de Bacadehuachi, pero esto nunca trascendió, debido a que era un pueblo remoto y poco conocido. Mi bisabuelo murió en 1950, yo no lo conocí, pero dicen que siempre contaba su gran aventura.

*Los tiempos de mi abuelo**Autor: Mauricio M. Diaz Diaz*

Qué entrañables son las anécdotas en mi niñez de aquel gran señor alto, fornido, cabello blanco, con su bigote muy particular tipo Chaplin, sombrero, su inseparable cigarro y pocillo de café. Me encantaban las vacaciones en verano particularmente los domingos, el despertar y correr al patio sabiendo que lo encontraría



realizando alguna actividad relacionada con su comercio de vendedor ambulante, cómo se escuchaba aquel grito con voz ronca y profunda “¡ya se levantó el niño!”, esperando mi respuesta por el pasillo “sí, abuelito, ya voy”.

Mi abuelo mencionaba que los hombres de bien se levantaban antes del alba a trabajar y ganarse en forma honrada los alimentos del día. Tendría 7 u 8 años cuando lo acompañaba muy temprano a iniciar con el ritual de abastecer con todo lo necesario su carrito de raspados y pirulines, con una fortaleza admirable a sus más de 60 años cargando barras de hielo.

El tiempo que durábamos en la preparación de todo lo necesario para la venta del día, el desayuno y recorrido hacia la iglesia para la misa de niños son de los tiempos más memorable de mi vida, escuchando aquellas historias de juventud de mi abuelo. Recuerdo una en particular, la que se refiere a su trabajo de carbonero.

Sería por los tiempos de 1910 y andaría por los 18 años de edad, cuando mi abuelo vivía en la Sierra de Jalisco, y junto con sus padres se dedicaba a la producción artesanal de carbón, el cual lo fabricaban en su casa en la sierra y posteriormente lo llevaban a vender al pueblo más cercano, el cual se encontraba a 48 horas en mula.

En uno de sus viajes, cuando él se encontraba a mitad del camino, a lo lejos vio cómo se acercaba una nube de polvo, sintiendo el vibrar de la tierra e identificando que se trataba de un grupo de jinetes. Se sintió contrariado y con cierto temor de quienes se trataba, debido a que hasta la sierra en donde vivían ya se sabía del levantamiento de armas por motivos de la revolución. Y cuál fue su sorpresa para bien, que se trataba de un grupo como de 40 personas, las cuales eran meramente gente de pueblo comandada por un capitán revolucionario, el cual, con voz firme y ronca, se acercó hacia mi abuelo y le dijo: “Ven, muchacho, acércate, ¿de

dónde vienes y hacia dónde te diriges?”. Descubriéndose la cabeza mi abuelo contesta: “Al pueblo, mi capitán, a tratar de vender este carbón que hicimos mis hermanos y mis padres”, a lo cual le respondió aquel hombre de jerarquía: “Estate tranquilo, muchacho, y sigue tu camino, pero mucho cuidado con los canijos ‘pelones’”, respondiendo mi abuelo: “Gracias por su venia, mi capitán, y seguiré su consejo”, gritando en el retiro de aquella avanzada y hondando su sombrero ¡Viva la Revolución!”.

¡Qué tiempos tan memorables los tiempos de mi abuelo!



Baja California Sur

La llegada de los primeros pobladores al municipio de Comodú

Autor: Armando Flores Uribe

Mis amados padres Eloísa e Isidro, unas personas sumamente adorables y también queridas por la sociedad —por los que los conocen desde que llegaron a Baja California Sur y los que en años recientes los visitaron en su casa ubicada al centro de Ciudad Constitución—, fueron de los primeros habitantes en este estado, cuando todavía era Territorio Federal junto con Quintana Roo;

llegaron en el año de 1951 al ahora municipio de Comondú cuando todo era desértico. En ese entonces, mis padres eran muy pequeños, mi abuelo materno, Tomás Rodríguez, que en paz descansa, era el que los guiaba, ya que su esposa había fallecido tiempo atrás.

En esa época gobernaba este hermoso país el presidente Miguel Alemán Valdés, el mismo que les propuso a varias personas que vivían en Mexicali, Baja California, una mejor forma de vida, y entregarles terrenos para que los trabajaran como agricultores y, además de esto, facilitarles la forma de trasladarlos; pero pocas personas tuvieron el valor de aceptar esa propuesta, ya que se trataba de empezar de cero, de iniciar una aventura, pero mi abuelo era de esos hombres; así que sólo aproximadamente 50 familias se animaron a realizar semejante hazaña. Sin embargo, durante el trayecto se presentaron diferentes y diversos obstáculos; el barco tardó 10 días en llegar a su origen y la gente estaba ya sumamente desesperada, porque los recursos que el gobierno les proporcionó estaban desgraciadamente emplagados y no les quedó más que conformarse con lo que cada familia llevaba, pero a los pocos días, los víveres se escasearon y comenzó el pánico; la gente sentía que no sobreviviría. Por fortuna mi abuelo Tomás Rodríguez llevaba un poco de reservas alimenticias, que consistía en pinole, arroz y maíz, con lo cual mitigaban el hambre.

Después de enfrentar muchísimas adversidades, luego de dos semanas de viaje, lograron llegar a las tierras del estado, en la ahora conocida como Ciudad Constitución, lugar que se convertiría en su nuevo hogar. Una vez instalados, se dedicaron, al igual que las diferentes familias que se trasladaron desde las lejanas tierras de Mexicali, a la agricultura y cría de animales. Y poco a poco fue creciendo el poblado en el municipio de Comondú, formando de manera paulatina lo que hoy conocemos como Cd. Constitución. Actualmente mis padres conservan sus tierras que



se les otorgaron en ese entonces viviendo de éstas y conservando su estilo de vida y siendo felices dedicándose al campo.

Principios de la minería en Santa Águeda Autor: Chena

Esta historia es una de las muchas que me contaron mis padres que, con más o menos detalles, se la habían platicado algunos antepasados a sus descendientes, porque esto, palabras más, elementos menos, les habían dicho sus antecesores a ellos mismos. Esta historia comienza en la rancharía de Santa Águeda, a fines del siglo antepasado, cuando por aquellos lugares llegaban a Santa Rosalía, municipio de Mulege, veleros comerciantes de Guaymas; para esto, corría el año de 1868.

El Sr. José Rosas Villavicencio, avecindado en esta rancharía, recorría los senderos de Santa Águeda a Santa Rosalía a los esteros donde fondeaban sus veleros los marineros para comerciar con ellos quesos, carne seca y cueros que en aquellas épocas eran bien cotizados y el sustento de su familia. Un cierto día, en el cual se encontraba buscando nuevas rutas que le permitieran acortar su trayecto cotidiano, decidió atravesar la serranía y llegó a un lugar cerca del arroyo del purgatorio, en el cual había un cerro aledaño en el que se veía una capa de terrones verdes, los que al tomarlos en sus manos se desgranaban como si fueran mazorca. Esto llamó fuertemente su atención y sin vacilar un momento, llenó sus alforjas con algunos de estos terrones, los que llevó con los marineros para enviarlos a analizar a Guaymas, Sonora. Ya de regreso, le informaron que esos terrones eran de cobre de muy buena ley (20 por ciento en promedio). La noticia corrió como pólvora y muy pronto llegaron algunos oportunistas bus-

cando al Sr. José Rosas para que les revelara el lugar donde se encontraba el tan codiciado cerro; lograron convencerlo y por la fabulosa cantidad de dieciséis pesos, les indicó el lugar, el cual inmediatamente empezaron a explotar. El mineral se encontraba a flor de tierra, por lo que no fue difícil empezar los trabajos de extracción, usando mano de obra yaqui, la que por aquellos tiempos era muy barata. Fue como empezó rudimentariamente la producción minera en Santa Águeda, que duró alrededor de cuatro años aproximadamente.

Con la divulgación de la noticia de la existencia de cobre en la región, varios prospectos de enriquecimiento súbito incursionaron en esta labor con algunos fracasos y éxitos, principalmente en el arroyo de la providencia. En marzo de 1875, el Sr. Encarnación Arce vendió su propiedad “el buen hallazgo en el arroyo la providencia en la cantidad de mil pesos, en los cuales incluía servidumbre y pertenencias; la servidumbre se le denominaba a los peones yaquis, los cuales laboraban en las minas. En esos tiempos, enero de 1870, el marco jurídico utilizado en la minería era las ordenanzas de minería. De esta manera continuaron los trabajos de la minería hasta 1879; en esa fecha el precio del metal tuvo una baja de precios; por ese motivo, la mayoría de los propietarios de las minas vinieron a la baja, algunos vendieron, otros quebraron y algunos otros se asociaron para poder sortear los problemas de la economía. Fue así como en 1885 llegó a estas inhóspitas tierras de la zona norte de Baja California Sur la compañía Compagnie du Boleo que, con la fuerte inversión francesa, empezó a explotar con gran éxito el cobre en esta región y con ella también llegaron los adelantos tecnológicos y de comunicación: el teléfono, el tren y muchos más, así como gente de diferentes regiones, principalmente franceses, quienes eran los que dirigían los hilos de la compañía, los que fundaron lo que hasta la fecha persiste, que es la afamada



mesa Francia, lugar donde vivían los directivos y altos niveles de la empresa. Trajeron también de tierras lejanas la iglesia del pueblo, la cual es creación del famoso Ingeniero Gustave Eiffel, la que vía marítima la trasladaron a este puerto y armaron en estas tierras para regocijo del pueblo, asimismo, nos heredaron la finísima repostería, la que hasta la fecha es una delicia y un pecado pasar por Santa Rosalía y no llegar con el conocidísimo “Don Bachicha” o la aun Panadería “El Boleo” y traerse una caja de pan para degustar durante el trayecto de la transpeninsular con un buen cafecito.

Bueno, espero les guste mi relato que me contaron, que les contaron algunos antepasados de esta inhóspita pero bella región, y aprovecho para hacerles una invitación para que vengan y descubran todos los secretos y lugares tan espectaculares con que contamos, como decimos por acá, en La Pa’ (La Paz) y sus alrededores. ¡Los esperamos!





Campeche

Historia real en tiempos de la Revolución:

¿Qué sucedió con la medalla?

Autor: Sandra Luz Bodegas Poot

El movimiento revolucionario fue una gran lucha armada por la reivindicación agraria que afectó a nuestro país, y el estado de Campeche no estuvo ajeno a estas inquietudes. ¿Por qué menciono el estado de Campeche, porque esta historia se desarrolla en un pueblo llamado Bécál, perteneciente al estado de Campeche, del municipio de Calkiní, ubicado al noreste del estado. Este pueblo se caracteriza por la elaboración de los sombreros de jipi y palma.



Cuando transcurría el año 1909, el estado era gobernado por el Sr. Tomás Aznar y Cano; él estaba enfrentando la situación social, política y económica. El clima era de desigualdad y había descontento social de los campechanos. En ese tiempo, Francisco I. Madero hacía una gira proselitista por el estado, ya que empezaba a destacar en el ámbito de la política nacional. El gobernador intentó obstruir su campaña electoral tratando de bloquear la difusión de su acto programado. A pesar de todo, Francisco I. Madero fue escuchado por unos jóvenes y unos cuantos simpatizantes que estaban en contacto con José Pino Suárez, entre ellos, el general Joaquín Mucel; menciono a este personaje porque en ese año llegan al pueblo de Bécál el general Álvaro Obregón, Francisco I. Madero y el general Mucel.

Caminando por el pueblo, llegan hasta la casa del señor Pedro Uc, quien era el abuelo de mi papá. En ese entonces, mi papá todavía no nacía. Al entrar en su casa, se dan cuenta que dentro de una cueva estaba tejiendo un finísimo sombrero de jipi. A Madero le gustó mucho y le pidió que hiciera uno. El abuelo se sintió muy honrado, le tomó las medidas de su cabeza y le dijo se lo enviaría por correo. El abuelo no sabía leer ni escribir, mucho menos cómo enviar por correo el sombrero, así que, cuando lo terminó en unos meses, le pidió el favor al que era la autoridad del pueblo, en ese entonces, el señor León Montero, que lo enviara, y sí, efectivamente éste lo envió.

Madero al recibir el sombrero, en agradecimiento le contestó una carta al abuelo como no sabía el nombre del abuelo le puso “Señor fabrica de sombreros” y le dijo que le había enviado una medalla de oro como premio, su hija Ricarda Uc (ella fue la mamá de mi papá) era la que le leía las cartas al abuelo.

Al otro día, el abuelo se dirigía al centro del pueblo y se encontró con la criada del Sr. León Montero, y ésta le dijo que le había llegado un paquete a la casa de su patrón; entonces

el abuelo, muy contento porque ya sabía de qué se trataba, se dirigió a la casa de éste; pero cuál fue su sorpresa, que lo recibió muy enojado y le dijo que estaba loco, ya que el Sr. Madero nunca le enviaría tal cosa. El abuelo no discutió más y se regresó a la casa muy triste.

El abuelo no tenía muchas necesidades, así que no hizo tanto coraje. Cuando los carrancistas llegaron al pueblo (él había escuchado que éstos robaban, golpeaban y se aprovechaban de las mujeres) los carrancistas se metían a las casas, les pedían a las mujeres que les hicieran de comer; saqueaban las pequeñas tiendas de abarrotes y tomaban todo lo que encontraban de valor, como monedas, joyas, armas, etcétera. Por eso, el abuelo tomó tres monedas de plata; llamó a sus tres mejores amigos y les pidió que lo ayudaran a enterrarlas en el monte. Esperaron hasta que el movimiento revolucionario terminara para ir por las monedas y... ¡sorpresa! ¡Las encontraron! Con las monedas recuperadas se compró una casa muy grande en el pueblo, pero en el año de 1934, el abuelo murió de paludismo. Cuando mi papá tenía la edad de 5 años, él nació en el año de 1929, ahora tiene 81 años, recuerda cuando su abuelo preparaba el altar de los muertos y siempre prendía una vela grande y decía: “Ésta es de ‘Panchito Madero’”. También tuvo por mucho tiempo la carta que Madero le envió a su abuelo, pero en un descuido, la carta se mojó y se destruyó. Y de la medalla, nunca se supo nada.

Autora: Sandra Luz Bodegas Poot. El nombre de mi padre es Andrés Chi Uc (es mi padrastro, pero lo quiero mucho, y por eso nunca lo he dejado de llamar papá).



“El pasado es inolvidable”

Autor: Chi Cabuich Flavio Cesar

Edad: 16 años

Mi familia a lo largo de los años ha ido cambiando su forma y estilo de vida como todos los demás. Mi bisabuela doña Juan María Canul (1880-1962) y mi abuelo Feliciano Pool Huacal (1867-1963) fueron personas muy sabias y muy estrictas, según lo que me han contado mis abuelos, doña María Blandina Pool Canul (1926) y Lorenzo Chi Chi (1918).

Frente a sus ojos ellos vieron demasiadas cosas con motivo de la Revolución: cómo se llevaban a las mujeres y cómo se cometían las injusticias del mal gobierno, el cual en esos días no solía ser tan incondicional. Los militares sacaban a las mujeres de sus casas a forcejos, gritos y golpes; nadie sabía por qué ni para qué, solo sabían que estaban enfrentando una mala etapa gubernamental. El mal gobierno se apoderaba de todo lo que veían y lo que poseían. Estas historias que contaban mis abuelos eran tan feas, que parecían cuentos de terror.

Mi bisabuelo era un señor que luchaba contra ellos y que andaba a caballo, rodeando el poblado con armas en su vestimenta, hasta que llegó el día en que conoció el amor de su vida, mi bisabuela, que en verdad no sé el día concreto, pero se casaron en contra de la voluntad de sus padres en el poblado de Lerma, Campeche. Tuvieron 7 hijos de los cuales 2 murieron a los 2 y 3 años a causa de la enfermedad del sarampión, porque en esos días no existía la vacuna. Mi abuela cuenta que sufrió demasiado porque ella tenía 10 años, y cada vez que lo recuerda, de su rostro brotan lágrimas de tristeza, porque solían estar siempre juntos como 7 gotas de agua.

Mis bisabuelos solían ser muy malos con mis abuelos, ya que en esos tiempos la vida no era tan placentera como la que gozamos ahora. Sufrían por la pobreza y los trabajos pesados que debían realizar; a duras penas comían lo que cultivaban en las milpas que no sólo se utilizaban para el consumo sino también para la venta.

La vida de mis abuelos no fue mejor. Su rutina diaria consistía en levantarse a las 3 de la mañana e ir a buscar agua para preparar el nixtamal; estaban bajo la presión de trabajar para comer. En esos días, no se podía ir a la escuela, ya que no tenían el dinero necesario para asistir, y por esa razón, no tenían conocimientos sobre sexualidad o alguna otra materia. Poco a poco crecieron sin ningún remordimiento hacia sus padres porque, según ellos, su vida no fue tan mala. Crecieron viendo la vida como era, de frente; tenían ya buenos hábitos y ejemplos que sus padres habían sembrado en ellos, que ya podían ser cosechados. Sus vidas no fueron tan diferentes; las mujeres no podían salir de su hogar mientras que los hombres en pleno resistiendo el sol mantenían a su familia, que en el caso de ellos eran 13, 7 mujeres y 6 hombres, de los cuales uno de ellos era mi padre.

Mi padre, José Agustín Chi Pool, quien nació en el poblado de Lerma, Campeche, el 28 de septiembre de 1965, conoció a mi madre, Yolanda del Socorro Cahuich Collí, en el parque Lerma y después de una larga conquista y desamores, se casaron el 20 de abril de 1985 y al año tuvieron a mi hermana mayor, Ana Rosa Chi Cahuich, y a los 4 a mi otra hermana, Griselda Asunción Chi Cahuich, y a los 8 años me tuvieron, su hijo más pequeño, Flavio Cesar Chi Cahuich, de 16 años, quien en el presente año vive con su padre porque, a los 14 años de casados, se divorciaron debido a que su amor se acabó. Yo decidí irme con mi padre cuando apenas tenía 5 años y mis hermanas prefirieron a mi mamá y vivimos cada quien por su camino, tratando de triunfar y salir adelante cada día, esperando un nuevo mañana.



Chiapas

Una familia de norte a sur

Autor: magc

Mi familia

Por parte de mi papá, tengo a mi abuelita; ella es originaria de Comitán, Chiapas. Por las historias que he escuchado, su papá y su abuelo eran dueños de varias haciendas y latifundios por esos lugares. Mi abuela cuenta que su papá y su abuelo antes de la Revolución Mexicana eran grandes influyentes, tenían mucho dinero, manejaban sus tierras y sus tiendas de raya.

Al momento de la revolución, pues fueron perjudicados perdiendo tierras, perdiendo hombres y demás. Aun así, el nombre de familia sigue siendo de gran renombre en aquella ciudad, donde, aunque se hayan perdido las enormes haciendas, aún se tienen varias propiedades.

Por otro lado, su esposo, mi abuelo, es originario de Cd. Delicias, Chihuahua. Su papá fue uno de los fundadores de dicha ciudad, de hecho, hace poco, en el aniversario de la ciudad, le dieron un reconocimiento a mi abuelo en su nombre.

Allá en Delicias hay una calle que lleva su nombre

En el estado de Chihuahua es de gran renombre el apellido Gameros, incluso existe lo que es la Quinta Gameros, de la cual igual conocemos su historia, ya que era de la familia de mi bisabuelo antes de caer en manos del gobierno por los impuestos.

Tengo la suerte de vivir en una familia con historia de norte a sur, lo cual es maravilloso.

La historia de mi bisabuela, Atanasia

Libreros Rodríguez, Nachita

Autor: Molina Acosta Itzayana

Época de la Revolución Mexicana

Ella vivía en San Miguel del Soldado ahora Rafael Lucio, enfrente de la estación. Era apenas una adolescente de 15 o 16 años cuando, recuerda, escuchaba tiros enfrente de su casa; era porque los revolucionarios iban pasando. Ellos tiraban sin miedo y no les importaba matar a alguna persona que estuviera por ahí. Algunas casas quedaban marcas de los balazos y su mamá, Pascuala Rodríguez, les decía a ella y a sus hermanos que se



escondieran debajo de los lavaderos, y debían esconder todas sus pertenencias de valor, como eran en ese entonces sus máquinas de coser, el dinero, las escrituras de sus propiedades etc., pues cuando esas personas entraban a los hogares y se llevaban todo lo que encontraban; mi abuela dice que incluso las tortillas que tenían en sus comales y a las muchachas que les gustaran.

En ollas escondían centenarios, oro o lo que tuvieran y por eso en la actualidad, cuando excavan o derrumban casas antiguas para construir, encuentran ollas de dinero, pues algunas personas morían y dejaban sus pertenencias escondidas.

Ella nos platica que, cuando los revolucionarios llegaban, iban a los sembradíos de maíz, amarraban a sus caballos y comían de las mazorcas sin pensar quién era su dueño. Junto con sus hermanos, Hemeteria, Pomposa, Francisca, Rufino, Eduardo, Marina, Petra, Efi y Chon, iba a vender carbón a Naolínco, y cuando las personas no tenían dinero, hacían trueque de maíz, frijol o alguna cosa comestible por carbón.

En esa época, las mujeres acostumbraban tener muchos hijos y vestir de faldas largas floreadas y blusas que ellas mismas tejían.

Ella recuerda que en ese entonces llegó una nube o plaga de langostas que acabó con todas las cosechas y los campesinos se quedaron sin nada en general. Sus abuelos, Mariano Libreros y Francisca Libreros, guardaban un botecito de lámina con centenarios y tenían enterradas ollas de dinero que utilizaban para ir a comprar a Naolínco, pues era el único lugar donde vendían alimentos. Para llegar, debían pasar por túneles secretos que los protegían.

Las personas que tenían caballos los utilizaban como medio de transporte y los que no, tenían que ir caminando. Sus abuelos le contaban que había gente que llegaba con escrituras y pedía a cambio un litro de maíz, pero los vendedores no aceptaban, y regresaba con las manos vacías a su hogar.



Ella recuerda que debían guardar el maíz en tambos con polvo para que no se echara a perder y así, cuando los revolucionarios saqueaban sus sembradíos, tenían para comer. Con el maíz hacían tortillas en el nixtamal. Como su papá era ferrocarrilero, le daban pases para llevar a su familia a cualquier lugar que deseara, y ella recuerda que conoció Guadalajara, Querétaro, Poza Rica, Oaxaca, México, el Cerro del Cubilete, Aguascalientes, Chiapas, entre otros.

Mi bisabuela Atanasia Libreros Rodríguez nació el 2 de mayo de 1918. Es la mayor de 10 hermanos y sólo estudió 1º de primaria, pues al morir su padre, Francisco Libreros, su mamá la sacó de la escuela y la puso a trabajar. Dice que en ese entonces las personas se casaban entre familia, pues no había muchas opciones y la gente no veía esto mal. Por eso, San Miguel del Soldado, muchas personas se apellidan Libreros.

A sus bisabuelos les decía *mamita Chona* y *papacito Juan*. Sus abuelos se llamaban Mariano Libreros y Francisca Libreros, y sus papás, Francisco Libreros y Pascuala Rodríguez.

A sus 92 años, mi bisabuelita vive en Banderillas, Ver., y recuerda perfectamente aquello que vivió al lado de sus padres, hermanos y abuelos en la época de la Revolución y jamás se olvidará porque las nuevas generaciones nos encargaremos de ello.

El origen de las tierras de mi abuelo

Autor: Romy del Consuelo

Mis bisabuelos maternos Enrique Ramírez y Manuela de Jesús Monzón Ochoa migraron del pueblo de Niquibil, Guatemala, al estado de Chiapas porque el clima era muy frío.

Durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho, en cuya época fueron distribuidas tierras para sembrar café, hubo 25 beneficiados, quienes posteriormente fundaron el ejido Independencia Municipio de Tapachula, Chiapas. Mi abuelo, que actualmente tiene 92 años, es uno de ellos y radica en dicho lugar.

Mi abuelo donó parte de su tierra para construir una iglesia; a mi abuelo le dicen *Don Irra*, que es una persona que, pese a su edad, tiene el sentido del humor y nunca levanta la voz; es paciente. Él aprendió de negocios cuando fue administrador de un rancho; es muy bueno haciendo cuentas; hasta hace apenas 5 años, él caminaba diariamente 1 km y medio, iba y venía a revisar cafetales. Siempre camina con su radio bajo el brazo, escuchando noticias; le gusta usar sombrero de palma y morral. Entre sus actividades, acostumbra destender, mover y encostalar su café. Como parte de sus hábitos, juega baraja, lee el periódico, le encanta el fútbol, toma café con pan a las 5 a. m., desayuna a las 7 a. m., come a las 2, cena café con pan a las 7 p. m. y se acuesta a las 8:30. Los únicos días en que se desvela son cuando hay partidos de fútbol, en Navidad y año nuevo. Escucha marimba con sus canciones favoritas, que son: *El herradero*, *Cartas marcadas*, *El corrido del agrarista*, *Mi lindo cafetal*, *Los caminos de Michoacán* y *Puño de tierra* porque, cuando era joven, siempre buscaba y encontraba dónde estaban tocando *El herradero* o *Cartas marcadas*. Lo elegí como protagonista porque siempre me ha tratado con cariño y me enseñó a ser optimista; desde mi niñez lo veo con admiración y me encanta platicar con él. Actualmente, yo radico en Agua Prieta, Sonora; soy docente de Conalep y del Instituto Tecnológico de esta ciudad, y voy a verlo cada vez que puedo porque disfruto estar a su lado escuchando historias de mi familia.



Chihuahua

Mi abuela y la Revolución Mexicana

Autor: Julián Castañeda Trejo

Nací En la Cd. de Chihuahua, capital, un 18 de enero de 1949. Mi abuela paterna se llamaba Josefina Gardea López y mi papá, Julián Castañeda Gardea. Ella nació en un poblado del municipio de Chihuahua llamado el Charco, a pocos kilómetros de la capital. Ella era prima hermana de los villistas Martín, Pablo y Vicente López Aguirre. Sus padres se residenciaron en la capital (eran canteros, labraban la cantera) y compraron un lote en la Colonia Pacífico, cerca de donde ahora está el Ferrocarril Chihuahua Pacífico.



En una ocasión en que se necesitaba meter pertrechos de guerra (cartuchos, rifles, pistolas, pólvora, etc.) al centro de la capital, específicamente al Palacio de Gobierno, le pidieron a mi abuela que si podía hacerles el favor; ella contaba con 14 o 15 años de edad. Este favor se lo pidió un general llamado Félix (no sé su apellido), que vivía cerca de la Penitenciaría del Gobierno a través de su primo Pablo López Aguirre. Ella accedió a esas peticiones sin ningún tipo de retribución, y una madrugada entró por el lado poniente de la ciudad (por el arroyo el Mortero), hasta entregar el material bélico en el destino especificado. Ella sabía de caballos y de mulas, por lo que no le fue difícil maniobrar una carrera de 6 mulas para mover todo ese peso de artillería con la rapidez y precisión que se requería. A Pablo López lo recluyeron en la Penitenciaría del Estado después del asalto a Columbus, Nuevo México, y haber volado un tren en el municipio de General Trías (Santa Isabel, Chih.), con 18 norteamericanos, con una pierna gangrenada. Mi abuela Josefina, al saber que estaba prisionero en la Peni, fue a verlo y estando allí lo bañó, le cortó el pelo, las uñas y lo curó, y así, durante varios días lo visitó, hasta que llegó el momento de su fusilamiento, que fue en la calle 13 y Libertad de la Ciudad de Chihuahua (donde hay un edificio del Registro Civil). En su último deseo pidió que le alejaran a todos los pi... gringos y fue fusilado con su muleta al brazo un 13 de junio de 1916. El General se fue a vivir a Los Ángeles, California. En su testamento dejó como heredera universal a mi abuela, pero ella nunca reclamó esa herencia. Mi abuela Josefina Gardea López murió de cáncer a mediados de los años 60. Q. E. P. D. mi abuela Cherená.

Ciudad Juárez en la que vivieron mis abuelos

Autor: Ana Victoria Tarín Santiso

Recuerdo a mi Ciudad Juárez tal y como mi abuelita me lo contaba, una ciudad pacífica y alegre... también recuerdo que al caminar por las calles del centro podía ver en la mirada de ella el orgullo que sentía al decirme que mi abuelito trabajó en la aduana fronteriza, edificio que albergó tantos episodios de la historia de México y que hoy se ha convertido en el Museo de la Revolución...

Historia de la Comarca Lagunera

Autor: Nubia Banda Rocha

Yo soy originaria de San Pedro de las Colonias, Coahuila, y este municipio forma parte de la Comarca Lagunera. Yo les quiero platicar un poco a cerca de mi tierra.

¿Por qué la Comarca Lagunera? Bueno, dice mi abuelo que se le conoce así porque antes corría agua por todo el Río Nazas, que sale de Durango y termina en la Laguna de Mayran, allá en San Pedro. Este así pasó; tenía brazos y al término formaba pequeñas lagunas que daban vida a los ejidos de la Comarca Lagunera, donde su principal fuente de trabajo y de vida es la agricultura. El Río Nazas o padre de la laguna actualmente está seco, y cuando se llena es un gran espectáculo y un orgullo para la gente de allá verlo porque, tiempos atrás, fue uno de los principales motores de crecimiento de esta región.



Ahora les quiero platicar un poco acerca de mi ejido; este se llama Gabino Vázquez, mejor conocido como “Begoña”. Allá en mi rancho se acostumbra cada año festejar la repartición de tierras o el aniversario del ejido haciendo una fiesta en grande; llevan música en vivo todo el día, hacen desfile por todo el rancho con banda de guerra, encabezando todo los señores ejidatarios, que son los festejados; también llevan juegos pirotécnicos, que allá se les conocía como castillos, estos hechos de pólvora; los quemaban y al final salía el retrato de don Lázaro Cárdenas del Río, quien fue el presidente de México que hizo efectiva la repartición de tierras en nuestro país.

Bueno, esto fue un cachito de mi Comarca Lagunera, gracias...





Coahuila

Mi bisabuelo en la revolución

Autor: Kaarla Yareli Cabriaes García

Ignacio Delgado es mi bisabuelo. Maquinista en los años 1910-1950, en su regular trayectoria del estado de Coahuila a San Luis Potosí tuvo un encuentro que cambiaría su vida! Cuenta la historia familiar que durante el movimiento revolucionario, las vías del norte del país estaban custodiadas por Francisco Villa y su artillería. Ignacio regresaba de entregar un cargamento...



cuando fue sorprendido por las tropas. Desistía de lo que pedían; Villa buscaba secuestrar la máquina y así realizar su plan.

Ignacio recibía amenazas de muerte, pero aun así, se mantenía firme porque sabía lo que buscaban... Villa y sus tropas tomaron el control de la máquina. Ignacio se encontraba sometido en el último vagón del tren. Cuando logró escapar, era demasiado tarde. Francisco ya había cumplido con su cometido. Aun herido, Ignacio huyó en busca de ayuda para impedir que siguieran con el resto del plan. Logró llegar al pueblo donde residía; nadie creyó lo que escuchaba. Trataron de ignorar lo que decía, puesto que todos temían del grande poder que tenían las tropas de Villa; volvió dispuesto a terminar con algo que comenzó por su descuido... pero Francisco Villa terminó con su vida. Ahora la familia considera a mi bisabuelo como un gran héroe (porque no se dio por vencido! y es una historia que a todos les gusta comentar en las reuniones familiares.

Mi bisabuelo Sabino y Madero

Autor: Diana Janeth Delgado Gallegos

Era el año de 1890 cuando mi bisabuelo Sabino Zavala nació en un rancho llamado Almito. Esta historia me la contó mi abuela un fin de semana que me fui a quedar a su casa, hace ya 5 años, cuando ella todavía vivía, pues resulta que una tarde empezamos a platicar de muchas cosas, y de pronto, que empieza a contar que su papá, mi bisabuelo, conoció a Madero y que se hicieron amigos; yo me quedé sorprendida y la empecé a escuchar, y esto es lo que me contó:

Me contó que sus abuelos de ella eran grandes de edad, que por eso, desde chiquito enseñaron a mi bisabuelo a trabajar, ya



que mis tatarabuelos tenían parcelas donde se daba el frijol, maíz, algodón y alfalfa, entre otros. También tenían árboles frutales que daban higos, naranjas, manzanas, uvas, limones, etc., y tenían ganado de vacas y otros animales. Cuando mi bisabuelo tenía 15 años, viajó a San Pedro a visitar a un primo llamado Gabino; contaba mi abuela que mi bisabuelo Sabino [le pidió a un señor] que iba pasando por ahí que lo ayudara, que fuera a pedir ayuda; el arriero se encontró a un señor; el señor le preguntó: *¿Qué pasa, adónde vas con tanta prisa?* El arriero le dijo que en la carretera estaba un hombre desmayado y que lo estaba cuidando otro joven. Entonces el señor le dice al arriero: *Vamos*, pero él le pregunta: *¿Quién eres?*, el señor le contestó: *Madero, pero mi nombre no importa; no perdamos tiempo, ¡vamos!* Llegaron a donde estaban mi bisabuelo y su primo; de inmediato lo empezó a checar.

Mi abuela me contó que Madero sabía bastante de medicina, pues a ella le dijo mi bisabuelo que, después de la yerba que le dio, se sintió muy bien, y que cuando se sintió mejor, Madero le había preguntado a mi bisabuelo que cómo se llamaba, y, pues, mi bisabuelo le había contestado: *Yo soy Sabino Zavala*, y él le contestó que él era Madero, que le daba gusto conocerlo. Entonces, me cuenta mi abuela que Madero le empezó a hacer muchas preguntas a mi bisabuelo. Le preguntó que qué hacía en San Pedro. Mi bisabuelo le comentó que llegó a San Pedro para visitar a su primo y para ver cómo estaba, ya que, como mi bisabuelo tenía algunos problemillas con sus tierras, pensó que su primo tal vez podía ayudar, pero su primo no lo pudo ayudar.

Me contó mi abuela que a Madero le interesó la razón por la que mi bisabuelo había viajado a San Pedro, ya que mi bisabuelo le comentó a Madero que en el rancho hacían falta muchas cosas, como agua para regar las tierras y que el gobierno los apoyara. Madero le comentó a mi bisabuelo que era cierto que en los ranchos hacían falta muchas cosas, pues en San Pedro mucha

gente moría de hambre y no había suficientes recursos, que por eso él ayudaba a la gente cuando lo necesitaba, que especialmente cuando se enfermaban, ya que él sabía de medicina y le gustaba mucho ayudar. Me contó mi abuela que mi bisabuelo le dijo a Madero que por qué no se metía de presidente, ya que el que estaba no hacía nada por la gente. Dice mi abuela que le contó mi bisabuelo que, cuando le dijo eso a Madero, él se quedó pensando, y le dijo que estaba empezando a escribir un libro, del cual se daría cuenta años más tarde.

Mi bisabuelo se quedó como 15 días allí. Por lo que me contó mi abuela, mi bisabuelo y Madero entablaron una muy buena relación amistosa. A los 15 días, se fueron a Almito juntos a ver las tierras, pues Madero las quería conocer, y le pareció que mi bisabuelo tenía muy bien trabajadas esas tierras. Madero le dijo que no descuidara sus tierras porque estaban en muy buenas condiciones, y platicaron todo el día de cómo se vive allí y siguieron frecuentándose durante 1 año y medio, entre otras cosas (que, por cierto, mi abuela ya no se acordaba), y ya tenía tiempo que mi bisabuelo no miraba a Madero, porque él se había ido a la Ciudad de México y mi bisabuelo nunca le preguntó para qué. Mientras tanto, en Almito mi bisabuelo conoció a una muchacha llamada Gregoria Castañeda, de la que él se enamoró, y poco después se la robó (es que dicen que así se usaba antes, que se robaban a las novias) y dicen que se la llevó en un caballo hasta su casa; que, aunque iba renegando, después se le pasó y estaba contenta; después se casaron. Dicen que se dieron cuenta en 1910 que un tal Francisco Ignacio Madero sacó un libro que causó como una conmoción en la nación, y que el libro hablaba del país y muy mal del presidente. Parece que eran puras críticas para el presidente que estaba en esa época. Días después, todo México conocía a Madero; entonces mi bisabuelo se dio cuenta de que ese tan famoso señor, al que él conocía sólo como Madero y con el que

trató y convivió y se hizo amigo, ahora era muy famoso, y poco tiempo después sería el presidente de la República. Me contó mi abuelita que Madero buscó a mi bisabuelo y le regaló algunos caballos muy bonitos, y que pasaron unos días en una hacienda en Parras que, al parecer, era del abuelo de Madero, y ahí platicaron. Después, Madero se fue y se despidió de mi bisabuelo Sabino, y dicen que le dijo esto antes de irse: que era muy buen amigo y que pronto lo iba a visitar de nuevo; fueron las últimas palabras que Madero habló con mi bisabuelo antes de irse otra vez. Madero siempre le llamaban a mi bisabuelo Sabino muy buen amigo.

Pasó un tiempo, y de pronto mi bisabuelo se dio cuenta de que a Madero lo asesinaron. Mi bisabuelo estaba triste y se sentía mal de haber perdido a un amigo, pero pronto se le pasó. Con el paso del tiempo, mis bisabuelos tuvieron 4 hijos, entre ellos mi abuelita María Zavala, que con el tiempo conoció a mi abuelito, Juan Delgado, y se casaron, bueno, primero se la robó, y tiempo después mis bisabuelos murieron, dejándole las tierras a mi abuelita. Entre los dos trabajaron las tierras, porque también mi abuelo tenía tierras, y después tuvieron 12 hijos, 7 hombres y 5 mujeres, y cuando sus hijos estaban creciendo, mis abuelos tuvieron que ir vendiendo las tierras poco a poco y, pues, ahora, en la actualidad, los hijos de mis abuelos ya están todos casados y viven en diferentes partes, unos en Monterrey, otros en Juárez, etc., y mi abuelita, la que me contó esta historia hace 5 años, este año va a cumplir 2 años que murió el 11 de agosto y, pues, la extraño mucho; mi abuelito todavía vive y es muy fuerte y, pues, el recuerdo de esta historia quedará en el recuerdo para siempre.



La toma de Torreón

Autor: José Félix Delgadillo López

En la toma de Torreón, mi tatarabuelo de nombre Severo Vázquez, que contaba con la edad de 19 años, participó con el artillero general Felipe Ángeles en calidad de soldado raso encargado de recargar el cañón con el que el general Felipe Ángeles disparaba, desde el cerro de las calabazas de Gómez Palacio, Durango, al entonces cuartel del ejército federal, ubicado frente a la plaza de armas de Torreón, Coahuila, mismo edificio al que le asestó tres cañonazos de los que todavía se notan las huellas en el propio edificio que actualmente se denomina Casino de La Laguna.

Reseña mi padre que mi abuelo le contó que el general Felipe Ángeles disparó seis cañonazos al cuartel general, que entonces era un notorio edificio, visible desde Gómez Palacio, Durango, lugar donde acampó el ejército villista previamente a la toma de Torreón, Coahuila, haciéndose los disparos al mismo tiempo en que la caballería villista entraba a la ciudad de Torreón atravesando el Río Nazas, narrándole también que, desde el propio cerro, el general Felipe Ángeles disparó cuatro cañonazos a un hotel (que todavía existe) ubicado al poniente de Torreón, propiedad de comerciantes chinos, quienes con armas y gente apoyaban al ejército federal, asestando a dicho hotel un cañonazo, y propiciando que después de concluida la batalla y efectuada la toma de Torreón, el general Francisco Villa ordenara la muerte de más de treinta chinos en una plaza de Torreón.

Mi tatarabuelo Severo Vázquez se retiró del ejército en 1920, vivió hasta febrero de 1986 y era originario de San Juan de Guadalupe, Durango.

*El Camino Real**Autor: Hugo Rodríguez Saldivar*

Según cuenta mi bisabuelo, en el estado de San Luis Potosí, en el municipio de Villa de Guadalupe, pasaba el Camino Real que venía desde la Ciudad de México hasta el norte del país, y que por este camino era obligatorio pasar cuando querían venir al norte.

Sucedió que por ahí pasaban las fuerzas revolucionarias que venían del centro del país para comprar armas y municiones en Estados Unidos y por el camino había muchos asaltantes que esperaban a los encargados de hacer estas compras, y sucedía que mi bisabuelo vivía en un rancho que se llama San José, a orillas de este camino, y vio cuando asaltaron a una escolta de soldados sin imaginarse los maleantes que detrás de esa escolta venían custodiándolos otros soldados y allí, frente a su rancho, los soldados aprehendieron a los asaltantes y, después de torturarlos, los colgaron en un mezquite que estaba en su propiedad con la consigna de que aquel que los ayudara o los bajara del mezquite correría la misma suerte; por eso, allí quedaron los cuerpos hasta que se secaron. Cuenta que los perros les comieron los pies hasta donde alcanzaron, pero nadie los bajó.

Los federales nunca volvieron y, pasando más de un mes, unas buenas personas los descolgaron y les dieron cristiana sepultura, pero de sus familiares nunca se supo nada; tampoco se supo de qué parte de la República eran.

Y así constantemente sucedían casos similares, y por este motivo, en todo este camino constantemente se cuentan historias de aparecidos, así como llantos o lamentos, y por eso mucha gente evitaba pasar por algunos puntos del camino.



Cuando alguien se aventura a pasar por allí, siempre regresa diciendo que vio el alma de fulano o de sultanos, según el apodo que hubiera llevado el bandido que acostumbraba asaltar en ese punto.

Todo esto sin contar que muchos de los muertos fueron los que llevaban el dinero para comprar dichas armas, y cuando los perseguían, los bandidos enterraban en dinero, que eran monedas llamadas centenarios de oro y por eso, a poca distancia, a ambos lados del camino existen muchos tesoros que aún permanecen allí, en espera de ser encontrados por alguien; tal vez a eso se debe que existan tantos fantasmas y ruidos en este Camino Real.

Así transcurría la vida de los habitantes del lugar, y a cualquiera que le pregunten dará su versión de estos hechos que sucedieron durante la Revolución Mexicana en el municipio de Villa de Guadalupe, en el estado de San Luis Potosí.

Recuerdo muy bien. Decía mi bisabuelo: “Enfrente de mi rancho se encontraba un estanque donde el ganado de la hacienda bebía agua. Ya habían repartido las tierras a los campesinos, y a mí me había tocado vivir en la misma hacienda cerca de la casa grande. Allí tenía yo unas tierritas cerca del estanque, y en una ocasión que llovía mucho, no pude llegar a mi casa de tanta agua que caía y que corría por el lugar y, quedándome a protegerme de la lluvia cerca del estanque, vi cómo este se llenaba de agua hasta el borde, donde ya no le cabía más, y el bordo se reventó; salió corriendo el agua a raudales haciendo un ruido estrepitoso y entre el agua que se llevó al bordo del estanque flotaba un cofre que salió de entre la tierra perdiéndose en la distancia, y pensé yo: ¡tanto tiempo vivir cerca del tesoro de los federales y nunca me di cuenta, ojalá que alguien lo encuentre y le sea de provecho!”.

Como mi bisabuelo era de los agraristas que repartieron las tierras en ese municipio, tenía cierta reputación, y toda la gente lo respetaba y le pedían su opinión para cualquier cosa o cambio

que se requería con respecto a la agricultura o la ganadería de este lugar.

Así como él, había muchos hombres de su edad, y cada uno tenía su historia dentro de la Revolución Mexicana; unos fueron oficiales de la revolución otros, simplemente fueron soldados, pero todos fueron importantes y repartieron las tierras para que los campesinos del municipio vivieran mejor y cosecharan sus propios alimentos, ya que antes de este movimiento, los campesinos trabajaban y no tenían nada. Todo era del patrón, y si él quería, les daba y si no, pos no.

Por eso todos los campesinos se unieron, se organizaron y formaron grupos para protegerse de los abusos de los hacendados que en aquel entonces eran dueños de vida y tierras, y si querían, mataban a sus piones y nadie les decía nada.

Este cuento me lo contó mi abuelo antes de fallecer, ya que él nació en el año de 1900 y, aunque era muy niño, le tocó vivir esta época y aún conservaba todos sus recuerdos, algunos alegres, otros no tanto, pero para él, fueron los mejores tiempos.

Mi historia familiar

Autor: Marcelino Mares Hernández

En la Hacienda de Norias, Zacatecas, vivió mi abuelo paterno, Marcelino Mares Martínez. Nació en 1875 en el Rancho de Orégano, Mpio. de San Juan de Guadalupe, Dgo. Cuando él tenía 10 años, la familia se trasladó a trabajar a la hacienda, donde conoció al general Pánfilo Natera. Crecieron juntos cuidando de los rebaños de la hacienda.

En el año de 1910, Pánfilo Natera se integró a las fuerzas revolucionarias a cargo del general Luis Moya; mi abuelito se



integró al ferrocarril como peón de la vía, haciendo reparaciones y construyendo rutas nuevas de acceso para tal transporte.

Cuenta mi padre que, según el relato de mi abuelo, en el 1912 fuerzas militares viajaban de Torreón hacia Aguascalientes en el tren y que al llegar a estación Peralta (localizada en el tramo de Jimulco y La Mancha), se encontraron con que los revolucionarios habían quemado un puente, imposibilitando el avance de las fuerzas armadas, para lo cual llamaron a la cuadrilla de celadores que se encontraba al mando de mi abuelo Marcelino, para que repararan de inmediato el puente antes destruido, poniéndolos a trabajar sin descanso. Cuenta mi padre que en un momento de desesperación, el general militar le indicó a mi abuelo que si en dos horas no les franqueaban el paso, ellos serían fusilados por incumplimiento de su deber. Esto no sucedió, ya que terminaron la reparación antes del tiempo concedido.

Dice mi papá que cuando el tren pasaba el puente, llegaron los revolucionarios comandados por Pánfilo Natera y Juan Amarillo (originario del Tanque Aguilereño), y dieron cuenta de todos los militares, ya que los atacantes eran personas decididas y feroces.

Cuenta mi padre que mi abuelo y sus compañeros quedaron en medio del fuego y sólo atinaron a tirarse al suelo y arrastrarse entre los mezquites para protegerse de la batalla que se libraba; cuenta que en un momento algunos fueron pisados por los caballos y que los revolucionarios intentaron matar a los empleados de la vía, pero mi abuelo pidió hablar con Pánfilo Natera para explicarle y pedir que les perdonaran la vida; cuando lo llevaron ante él, inmediatamente lo reconoció, ya que habían trabajado juntos como pastores en la Hacienda de Norias, y estuvieron platicando sobre el desarrollo de la revolución. En tanto que ellos platicaban, la gente de Pánfilo Natera echó a los soldados muertos a un pozo que se encontraba muy cerca de allí para que no quedaran rastros de la batalla.

Como dato adicional, al término de la revolución, el general de división Pánfilo Natera visitó la Hacienda de Norias, en particular la casa donde había nacido y vivido, y también a la familia de mi abuelo Marcelino, y en esa ocasión conoció a mi tío Jesús, que era el menor de la familia, cuando todavía era pequeño, y le cayó tan bien, que le pidió a mi abuelo que se lo cediera en adopción, petición que fue negada.



Colima

Tradiciones

Autor: Sergio Ursúa

Un pueblo sin tradición es un pueblo sin porvenir.

Alberto Lleras Camargo

A mis abuelos... los vivos...

Cuando se habla de tradiciones nos vamos a encontrar siempre con lugares comunes, las posadas, la Independencia, la Revolución y algunas otras cosas dolorosas o no, porque hay quien dice que las tradiciones son festejar algo que un día fue dolor, aun así hay

tradiciones tal vez no dolorosas, a reserva de investigar si en sus raíces si fueron dolores de alguien o algunos, como el pasado 14 de febrero, donde parece que la tradición primordial es abarrotar restaurantes y locales comerciales donde el rojo y la figura del corazón dominan.

Pero pensar en tradiciones también es acordarnos de lo que antes, en tiempos que no fueron los nuestros, era una tradición.

Hace algunos años (por no decir muchos y no herir susceptibilidades), había tradiciones que si me permiten podemos nombrar, no digo recordar porque no las viví yo pero he tenido la fortuna de oírlas, no las suficientes como para grabarlas, pero lo pienso hacer para que quede una memoria de estas cosas que a mi tanto me gusta recordar.

Las tradiciones de mis abuelos, como las de todos los abuelos, fueron muy acorde a sus años de juventud o de plena madurez.

Son tiempos donde la feria se ubicaba en el Jardín Núñez y entonces sí, la tradición de mis abuelos era venir a la feria a renovar un poco de la loza de casa, así como otros enseres. Ese viaje representaba dos días de montar “en bestia”, como ellos todavía lo dicen, y definitivamente era más el tiempo que se pasaba arriba de un caballo o una mula que el que se pasaba en la feria misma, pero eso para ellos era una tradición y está demás decir que se necesitan varias páginas de un libro para detallar, amanecer, atardecer, fogatas, olor a “itacate” y los maravillosos paisajes que había en ese camino que venía de Minatitlán, donde vivían mis abuelos, hasta la ciudad de Colima.

Ya después vienen los tiempos donde una tradición, por lo menos con los abuelos, era la siembra de hortaliza y milpa para su consumo y algo de venta sólo por no desperdiciar el sobrante. Esa siembra la hacían justo enfrente de su casa, de una casa que después habité yo por unos años. Ya ahora, por más que quisiéramos mantener esa tradición, en el lugar donde se hacía la



siembra es ahora una inmensa casa y el riachuelo donde mis tíos corrían de chicos fue cubierto por un centro comercial.

En otras ocasiones, será emocionante poder escribir acerca de las que no son tradiciones pero que se vuelve una tradición recordar cada que la familia se junta, como la del “Tacho Matón” en tiempos de los Cristeros, de la supervivencia al ciclón del 59 (mi madre una de las sobrevivientes), del perro capulín y unas historias más que después en su momento y con un nombre *ad hoc* podrán ser contadas.

Lo que nunca va a dejar de ser tradición es recordar cosas de antaño y darles a las tradiciones de hoy sustento para seguirlas recordando y hacerlas parte de la idea que cada uno tengamos acerca de las tradiciones.

Y no se olvide de las tradiciones que parece que ya no existen y que de alguna manera, gracias al interés de diversos grupos de personas, todavía persisten. Me refiero a los Chayacates de Ixtlahuacán, la Pastorela de representación que vienen de Coquimatlán o el Chical el día 12 de diciembre con vestimentas difíciles de explicar, pero basados en los atuendos típicos Colimontes. Qué bueno que seguimos viendo en la calle los mijigangos, digna tradición de ser conservada.

Las tradiciones de hoy en día no son malas, simplemente, comparadas con las anteriores, se vuelven viejos rastros de lo que la gente que nos cuidó de chicos vivió como tradición, pero que siempre valdrá la pena recordar, aunque sean cosas como esas historias que nos encanta que los abuelos nos cuenten.



Ecos de Minatitlán

Autor: Adán Blanco Campos

Hasta hace pocos años, Minatitlán era conocida como la Siberia de Colima. Razón no faltaba. Llegar al pintoresco pueblo de soberbias cascadas y descomunales cañadas era todo un reto para los viajeros y habitantes del poblado. Muchas historias se tejieron alrededor de cruzar la Sierra Madre para llegar a Colima, o bien, para llegar a la planicie donde se asienta el poblado, antiguamente conocido como *Tlacalahustla*.

El ciclón del 27 de octubre de 1959 marcó fuertemente el corazón y la memoria de los minatitlenses. Es el suceso que más literatura ha generado. Sin embargo, la historia patria, la microhistoria, según Luis González, apenas está por develarse. La agresiva orografía ha mantenido en secreto muchos hechos



dignos de honores para literatos, geógrafos e historiadores. Uno de esos acontecimientos ocurrió el 6 de agosto de 1954.

Manuel Figueroa Niz, al igual que la mayoría de los habitantes nació con el apoyo de una partera en una casa de Minatitlán el 23 de junio de 1907. Sus padres: Antonio Figueroa y Luciana Niz, le enseñaron el valor que tiene el campo para poder vivir. Don Antonio a temprana edad quedó ciego lo que obligó a Manuel a intensificar el trabajo en el campo. La revolución cristera hizo, al igual que con otros minatitlenses, alejarlo de la tierra patria. Hubo necesidad de buscar trabajo en Cihuatlán y los Estados Unidos. La muerte de su padre lo hace retornar y años después, con la experiencia adquirida, se desempeña como secretario y tesorero de varias administraciones municipales. Su desempeño y don de gente le lleva a ser Presidente Municipal por dos ocasiones: la primera de 1940 a 1942 y la segunda de 1952 a 1954. En sus periodos, Minatitlán inicia el acceso a la urbanidad: se trazan nuevas calles, se empedran otras, se construye el primer quiosco en el jardín, se comunica por tierra a la comunidad del “Arrayanal”; se introduce el teléfono, el correo y se abre una ruta aérea con la ciudad de Colima.

Manuel Figueroa Niz fue un hombre carismático; es de los personajes ocultos que con sus acciones y políticas públicas han dado rostro a las regiones más recónditas de nuestra patria. Es de los múltiples personajes que esperan el reconocimiento social de autoridades locales en pago a su esfuerzo tesonero por hacer de nuestro país una patria ordenada y generosa.

Manuel Figueroa muere el 6 de agosto de 1954, siendo presidente Municipal de Minatitlán, Colima. El general J. Jesús González Lugo días antes lo había mandado llamar para tratar asuntos relacionados con la administración municipal. La avioneta que lo regresaba al poblado se desplomó sobre la “barranca



seca”, muy cercana a la población de San Antonio. Junto con él mueren también el piloto y dos hombres más.

Su cuerpo semicalcinado es rescatado por un grupo de soldados destacamentados en Minatitlán a cargo del Teniente Filemón y sepultado en el actual panteón municipal de aquella localidad.

Manuel Figueroa Niz hizo su aporte al desarrollo e historia de Minatitlán. Justo sería hoy que la autoridad municipal reconociera a éste y otros personajes que han forjado la historia patria de nuestro estado que, a fin de cuentas, es la historia de todos.

Mi abuelito fue cristero

Autor: Ma. Guadalupe Valdez García

Mi abuelito se llamó Virgilio García Cisneros y fue jefe de los Cristeros de Colima cuando nuestro país vivió esa época. Católico por convicción, al grito de ¡Viva Cristo Rey!, luchó contra el gobierno que los atacaba y con el que libraron cruentas batallas.

Mi abuelito no tuvo una vida fácil; fue de una familia muy humilde. Ingresó al seminario y, por cosas de la vida, no se ordenó ya que María Guadalupe Ochoa Rodríguez se cruzó por su camino y terminaron enamorados y casándose.

Fue ejemplo de tenacidad, honestidad, trabajador y perseverante. Siempre tenía una respuesta para todo lo que le preguntábamos. Era muy inteligente y preparado. Muy estimado por gente de Colima.

Fue cantor de la Catedral de Colima durante muchos años; él nació en 1899 y murió en enero de 1995. Maestro de música en el Seminario y Contador en una farmacia. Él debía trabajar mucho, ya que mi abuelita venía de familia de dinero y él nunca permitió que le faltara nada.

Yo recuerdo a mi abuelito platicando sus anécdotas, de hecho, una de sus hijas, Virginia, publicó algunos apuntes de su época de cristero; su mirada se quedaba fija, como recordando algo, luego un hondo suspiro y seguía platicando. Nunca me animé a preguntarle qué lo ponía tan triste.

El fue nuestro ejemplo para vivir. Nuestro modelo. Una lamentable pérdida cuando se nos fue a sus 94 años.

Mi abuelito tuvo 9 hijos, Beatriz, Eduardo, Ma. Eugenia, Ma. Guadalupe, Carlos, Julio, Virginia. Magdalena y Enrique y muchos nietos. En la foto (no incluidas en esta edición) están mis papás y mis abuelitos.

La vida de un soldado

Autor: Ernesto Valle García

En 1846, en la guerra de México contra los Estados Unidos, un joven irlandés católico que había emigrado a Estados Unidos de América, llegó a México con el ejército estadounidense. Desertaron él y un grupo de irlandeses católicos en la misma condición, para unirse a los mexicanos; entonces, se enamoró de una enfermera del escuadrón, con quien en el transcurso de la guerra tuvo momentos para una relación.

Este grupo de irlandeses formaba el Batallón de San Patricio. Finalizó la guerra entre México y los Estados Unidos con la firma del tratado de Guadalupe-Hidalgo el 2 de febrero de 1848. Después, la enfermera y su familia fueron a buscar al joven soldado irlandés, pues estaba embarazada y muy enamorada, pero no lo encontró ni vivo ni muerto entre los cadáveres. De allí el joven soldado es mi tatarabuelo, quien tuvo una niña con mi tatarabuela, la enfermera.

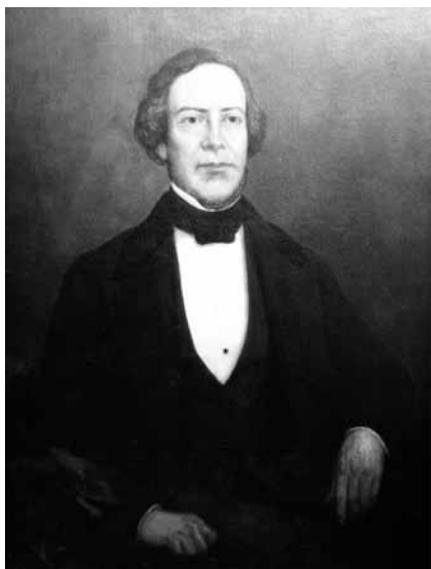


Foto original: Manuel E. de Gorostiza

Distrito Federal

Manuel E. de Gorostiza, bisabuelo de mi abuela

Autor: Alonso Lujambio

Mi abuela Julieta Rafols Gorostiza (nació en la Ciudad de México en 1909 y murió en el año 2000) solía contarnos a sus nietos anécdotas de su bisabuelo, Manuel Eduardo Gorostiza. Nos platicaba de su participación en la guerra con Estados Unidos, a mediados del siglo XIX; que fue preso por las tropas norteamericanas y que tras las rejas les gritaba insultos en inglés; nos decía que su bisabuelo Manuel Eduardo había participado en la Batalla de Churubusco con un batallón de jóvenes que él



había apoyado, pues su casa la tenía habilitada como albergue de niños y jóvenes en situación de calle y todos ellos se habían sumado a la lucha contra la invasión norteamericana.

También nos contaba mi abuela que su bisabuelo Manuel Eduardo había sido dramaturgo, que había escrito varias obras de teatro, entre ellas dos relativamente famosas (*Contigo, pan y cebolla* e *Indulgencia para todos*). De hecho, nuestro tío Julio nos regaló, cuando éramos niños, a todos sus sobrinos (nietos obviamente de doña Julieta), un ejemplar de las obras de teatro de Gorostiza que publicó la UNAM en 1942, y que contenía una breve reseña biográfica del personaje.

Conservo ese libro como una joya familiar. Años después investigué un poco más sobre este misterioso miembro de la familia. Aquí resumo lo más posible la historia. Fue el segundo embajador de México en Gran Bretaña, a principios de los años 1830s. En Inglaterra escribió un pequeño libro de filosofía política que tituló *Cartilla Política*. De regreso a México colaboró con el gobierno de Gómez Farías y fue miembro de la primera Comisión de Instrucción Pública en el país. Fundó después la Biblioteca Nacional, cosa que me llena de orgullo, pese a que, poco después, Antonio López de Santa Anna la cerró.

Fue también, como dramaturgo, director del Teatro Nacional. Después, como dominaba el inglés y tenía experiencia diplomática, fue embajador de México ante el gobierno de los Estados Unidos cuando se inicia la crisis de Texas, en 1836. Posteriormente, Gorostiza fue secretario de Hacienda con el presidente Anastasio Bustamante, justo en el momento en que inicia la famosa Guerra de los Pasteles en contra de Francia. La verdad es que Gorostiza vivía en una época especialmente difícil para México. Después, fue otra vez secretario de Hacienda con el presidente Nicolás Bravo (1842), y también con Paredes y Arrillaga, quien empezó a inclinarse por la monarquía, razón por la cual Gorostiza renunció a la Secretaría en 1846. Después vino

el desastre de Churubusco, con sus jovencitos tan valientes y tan amantes de México. Murió en 1851 de un derrame cerebral.

Uno de sus hijos, Vicente Gorostiza, se casó con Julia Massieu y tuvieron, entre otros hijos e hijas, a mi bisabuela Dolores Gorostiza Massieu, madre de mi abuela Julieta.

Manuel Eduardo de Gorostiza hizo mucho por su país en la época más inestable y difícil de la historia de México, es decir, en sus primeros treinta años de vida independiente. Mi abuela Julieta nos transmitió, a todos sus nietos, el orgullo de ser descendientes de un mexicano tan destacado y amante de su patria. Anexo un retrato de Gorostiza que se conserva en el archivo histórico diplomático.

El eco de mi vida, mirada de una dama porfiriana a la transición revolucionaria
Autor: Giselle Leyva

Relato de Carlota Morales Vda. De Ortega
Escrito por su hija Isabel Ortega Morales
Editado e ilustrado por su bisnieta Giselle Leyva Petit
No publicado aquí con las fotos originales

Capítulo: La Revolución Carrancista, 1914

La situación creada con la muerte del señor Madero siguió de mal en peor con la muerte del General Huerta,¹ individuo sin

¹ José Victoriano Huerta Márquez (diciembre de 1850, muere exiliado en El Paso, Texas; en enero de 1916); ingeniero, militar y presidente no constitucional aunque de facto de México del 18 de febrero de 1913 al 14 de julio de



escrúpulos, traicionero y borracho, de aspecto desagradable y taciturno. Primeramente, formó un gabinete con gente de valer, pero éstos fueron renunciando poco a poco, y fueron substituidos por otros elementos a todas luces indeseables. Su régimen, desde todo punto de vista, era oprobioso, culminando sus hazañas con la desaparición de numerosas personas que eran cruelmente sacrificadas. Mediante un golpe de Estado, disolvió las Cámaras.

Continuaba la sangrienta lucha por todo el país y con gran rapidez la Revolución se lanzaba sobre la capital. Ya no eran gavillas ni ejércitos mal organizados los que controlaban una parte de la República. El General Huerta no podía sostenerse por más tiempo en el Poder y, el 15 de julio de 1914, presentó su renuncia con gran regocijo del pueblo, que lo vio partir en su viaje al destierro.

Al caer Huerta, hizo su entrada a México Don Venustiano Carranza entre el júbilo de sus partidarios. El pueblo, cansado ya, no le hizo el recibimiento apoteósico que se le había otorgado a Madero. La población capitalina lo recibió con indiferencia, como si presintieran lo que habían de sufrir a la suerte que se les esperaba, así como la serie de atropellos de que servían víctimas bajo este nuevo régimen.

Fueron repartidas a los Jefes Constitucionalistas las lujosas residencias de los ricos y la de los amigos del régimen Huertista—sus automóviles tuvieron igual suerte—. La casa del Sr. Alberto Braniff fue ocupada por el general Álvaro Obregón; la del Lic. Casasús, por Lucio Blanco, quien salvó de un incendio la magnífica biblioteca, conservando los libros que años después devolvió a sus dueños; la de don Ignacio de la Torre fue ocupada por el Gral. Pablo González, y así sucesivamente.

1914, cuando fue derrotado por el Ejército Constitucionalista comandado por Venustiano Carranza

Estos palacetes de escalinatas de mármol, de gruesas alfombras, de muebles, de vajilla y cristalería importadas de Europa y Asia, y que fueron testigos de grandes saraos de la aristocracia mexicana, fueron ocupados por los que usaban sombreros tejanos, quienes colgaban en los percheros las cananas del parque, las sillas de montar y los aparejos, invadiendo el corredor y los pasillos. Por las escaleras, las soldaderas ahumaban el decorado de las paredes con los braceros en que cocinaban, utilizando como leña parte del magnífico mobiliario o libros extraídos de la biblioteca.

Los carrancistas se creían amos y señores de personas y cosas. Entraron a México, no como a la capital de su propia patria, sino como a una ciudad de un país conquistado, posesionándose de todo, hasta de los automóviles que recorrían las calles. Se hacían servir gratuitamente en los restaurantes, armaban escándalos diarios en las cantinas y disparaban sus pistolas sin motivo alguno, haciendo la situación de los habitantes de la Ciudad de México casi intolerable.

En las calles se multiplicaban los asaltos y los atropellos. Se encontraban y salían de la ciudad, desfilando por sus calles, los revolucionarios del norte y del sur. Zapata y Villa, Obregón, Calles, etcétera.

Los billetes perdían su valor adquisitivo en cada cambio, hasta sufrimos una especie de sitio cuando escasearon de manera alarmante los alimentos. ¡El hambre que tuvimos que soportar fue algo verdaderamente pavoroso! Los artículos de primera necesidad no existían, acentuándose la miseria entre la gente humilde. El pueblo, hambriento, organizaba manifestaciones sin lograr resultados. Las Cruces Roja y Blanca no descansaban, proporcionando auxilio a los necesitados.

Los días y las semanas transcurrían sin que la situación se resolviera. A diario ocurrían muertes por inanición entre la gente



del pueblo, produciendo un sentimiento de dolor en la sociedad metropolitana.

Con motivo de uno de esos atropellos, conocí personalmente al señor Carranza. Sucedió que un día pasó Miguel, el primo y novio de mi hija Margarita, por ella y su hermana para llevarlas a comer a su casa, situada en la calle de Santa Teresa. Miguel había hecho sus estudios en Londres y acababa de regresar de Europa. Era un joven guapo, arrogante, vestido muy a la inglesa y acostumbrado, como la mayoría de los jóvenes del régimen porfiriano, a mandar y ser obedecido.

Al entrar por la calle de Madero —nombre al que se le cambió el de Plateros en memoria del infortunado caudillo— salió de improviso por la Condesa, la callecita a un costado del Sanborn's —que antes había sido el Jockey Club— un automóvil a gran velocidad, atropellando el flamante carro de Miguel. Éste, indignado, se bajó reclamando al chofer su falta de cuidado, quien le contestó que con tal insolencia, que provocó más la cólera de Miguel. Al acercarse un policía al grupo de curiosos que ya se había reunido, sacó Miguel su tarjeta para identificarse, suponiendo que al hacerlo y establecer su personalidad se castigaría al insolente “lépero”. Mas cuál no sería su sorpresa cuando el ocupante del automóvil, que hasta entonces se había abstenido de tomar parte en la discusión, llamó al agente y, después de identificarse a su vez, le ordenó llevar detenido a Miguel a los “separos” de la policía, incomunicándolo y decomisando su coche. Acto seguido, prosiguió su camino tranquilamente ante la expectación de los presentes y principalmente de Miguel y de mis hijas. Nos enteramos que se trataba del Secretario Particular del Sr. Carranza¹ con quien había tenido la mala suerte de enfrentarse.

¹ El Sr. Gerzayn Ugarte fue leal a Carranza y estuvo con él el día de su asesinato. Más tarde, fue director del periódico *El Liberal* y diputado de la Nación.

Desesperada, Margarita localizó al padre de Miguel y a mí, contándonos lo ocurrido. Inmediatamente se hicieron los trámites, por conducto de abogados, para localizar dónde lo tenían detenido. Todo fue inútil. Se ignoraba por completo dónde estaba.

Así pasaron los días entre la más terrible angustia —temiendo hasta por su muerte—, cuando Margarita decidió, sin que yo me enterara, ir personalmente a ver al Sr. Ugarte, el Secretario del Sr. Carranza, quien había ordenado la detención de Miguel. Al ser recibida por éste, primero valientemente y después suplicante, le pidió le informara acerca del paradero de su novio. Estaba presente Juan Barragán, jefe del Estado Mayor Presidencial y dueño del automóvil que había chocado con el de Miguel. A Juan Barragán le decían el “soldado de chocolate”, por ser muy joven, guapo y el niño consentido de don Venustiano. Sale sobrando decir que los dos se divertían con la aflicción de mi hija y jugaban con ella como el gato y el ratón, pero sin solucionar la situación.

De pronto, entró el señor Carranza, quien sorprendido preguntó qué hacía allí esta señorita. Margarita se adelantó y con lágrimas en los ojos le explicó el motivo de su presencia. El señor Carranza, después de escucharla, la citó para el día siguiente. Margarita le dio las gracias y, cuando estaba por retirarse, el señor Carranza la detuvo preguntándole: “Señorita, ¿es usted pariente de una señora Ortega?”. “Es mi madre”, contestó Margarita. “Pues dígame que quiero verla mañana, a la misma hora”.

En vista del giro que habían tomado las cosas, no le quedó más remedio a Margarita que contarme lo sucedido, por lo que fue severamente reprendida. A mi vez, tuve que confesar que días antes le había escrito una carta al señor Carranza, bastante atrevida, condenando el proceder de los revolucionarios, así como sus atropellos, alegando que si eso era el resultado de la Revolución, estábamos mejor con la dictadura que, por lo



menos, daba garantías al individuo. Hubo entre nosotras escenas de lágrimas, temiendo que por mi imprudencia se agravaran las cosas, pero ya no había remedio. No nos quedaba sino esperar el día siguiente para conocer los resultados.

Fuimos recibidos en la Secretaría Particular por el Sr. Ugarte. Después de una breve espera que a nosotros se nos antojó larguísima, se presentó el señor Carranza. Su mirada era fija y penetrante tras sus espejuelos; no se le escaba nada, dando la impresión de que leía los pensamientos de su interlocutor.

La entrevista fue breve, pero nunca la olvidaré. Se acercó a nosotras con pasos lentos, dejando sentir su tremenda personalidad y, haciendo una caravana, se dirigió a mí diciendo: “Es usted la Sra. Ortega que me envió una carta?”. “Sí, señor Carranza, si he incurrido en su enojo y se me va a castigar, no tiene remedio. Yo solamente expresé en ella el sentir de muchos de mi clase que, a pesar de ser adictos al régimen porfiriano, sabíamos que era una dictadura que había durado demasiado tiempo y teníamos esperanzas de que la Revolución hiciera de México un país más equitativo”. ¡No sé cómo me atrevía a decir todo eso! La tensión del momento era enorme. Mi corazón latía aceleradamente.

El señor Carranza dio unos pasos de un lado a otro, y de pronto se enfrentó a mí diciendo: “Señora Ortega, permítame que estreche su mano. ¡Hay pocas mujeres con su valor civil! Lástima que no hubiéramos contado con algunas así, con valor, en la Revolución, pero puede usted estar segura de que un día no muy lejano contaremos con la prosperidad de México por medio del movimiento revolucionario. Ahora bien, usted merece un castigo por habernos juzgado sin conocer a fondo nuestros ideales. Por lo tanto, le impongo como pena... que me invite usted a cenar en su casa, junto con mi Estado Mayor”.

Ya podrán imaginarse cómo me quedé. No salía de mi sorpresa, cuando oí la voz de Margarita diciendo: “Sr. Carranza...”. No la dejó terminar. Volviéndose hacia el Sr. Ugarte, que respetuosamente había asistido a la entrevista, le dijo: “En cuanto al jovencito novio de esta señorita, que ha sido la causa de todo esto, haga usted los trámites para que mañana a las dos quede en libertad”. Volviéndose a nosotras dijo: “¿Están ustedes satisfechas? Ahora pueden retirarse, pero no se le olvide, señora Ortega, que está usted en deuda conmigo”.

Salimos sin saber cómo, entre lágrimas y risas. Fue así como, poco tiempo después, recibí en mi casa a cenar al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y Presidente de la República y a su Estado Mayor.



Abuelos revolucionarios

Autor: Patricia Ledezma Audelo

Mis dos abuelos maternos conocieron a grandes personajes de la historia de México. Mi bisabuela, doña Carmelita Vilchis, al quedar viuda entró a trabajar como cocinera de los Limantour (sí, del Secretario de don Porfirio y su esposa). No sé quién la recomendó o cómo llegó con ellos. En alguna ocasión le dijeron que hiciera chiles rellenos para varias personas; uno de los invitados era nada menos que don Félix Díaz; le gustaron tanto los chiles, que pidió dos más, pero como ya se habían acabado, mi bisabuela salió a disculparse, quedando que haría más y se los mandaría a don Félix. Ya no se pudo, porque empezó la Revolución.

Mi abuelo, don Ángel Audelo, peleó junto a figuras como Álvaro Obregón. El hermano de mi abuelo se perdió durante una de las batallas. Mi abuela, doña Ma. de Jesús Vilchis de Audelo, contaba que durante la Revolución se robaron a una prima suya de 15 años, la que regresó 10 años después con dos hijos (creo que se quedó viuda). También dice que, cuando en el zaguán de su casa (en la calle de Regina) se oían los cascotes de los caballos, todas las muchachas corrían a esconderse, y que cuando fue la Decena Trágica, estaba su papá con uno de sus hermanitos en la Ciudadela; algo pasó, el caso es que ese niño murió a los pocos días. En su escuela primaria le tocó que don Venustiano Carranza a cada niño de su salón le preguntara qué habían desayunado y les entregaron un desayuno escolar. Decía que don Venustiano era muy blanco y tenía los ojos azules y la mirada muy bondadosa, con una voz muy recia.

En mi familia tenemos muy fresca la memoria histórica de la Revolución, pues mi abuela, que nació en 1903, murió de 101 años en 2004.

*Carranza y mi tío abuelo Octavio Amador**Autor: Pedro López Amador*

Corría el año de 1963 o 1965 y, de niño y en familia, veíamos la transmisión televisiva (en blanco y negro, por supuesto) del desfile deportivo del 20 de noviembre de alguno de aquellos años cuando, de repente, mi padre (Pedro López Amador) se levantó del sofá y señaló en la pantalla del viejo televisor de bulbos. Se trataba de un corto filmado a principios de siglo, en donde la película aparentaba correr a una mayor velocidad por lo entrecortado de los movimientos de los jinetes que, incluso, podrían provocar cierta hilaridad. “Miren, miren”, nos dijo mi padre, “quien cabalga a la izquierda de Carranza es mi tío Octavio”. ¿Cómo? Le cuestionamos mi hermano y yo. ¿Qué hace un tío abuelo nuestro en la tele y con Carranza? “Pues Octavio”, nos aclaró, “era hermano de tu abuelita Lydia y miembro del Estado Mayor de Venustiano Carranza; siempre anduvo junto a él; estuvo presente en la clausura del Congreso Constituyente de 1917 en Querétaro y cuando asesinaron a Carranza, la madrugada del 21 de mayo de 1920 en Tlaxcalaltongo; mi tío Octavio dormía en la misma choza que él cuando atacaron el lugar”. Después del asesinato de Venustiano Carranza, Octavio Amador, entonces con el grado de capitán, se constituyó en uno de los principales testigos de los hechos y colaboró para tratar de aclarar la hipótesis del suicidio del *Varón de Cuatro Ciénegas*.

Mi padre siguió platicando de su tío Octavio; hombre alto, delgado y espigado, de amplia frente, siempre fue (como buen militar) muy estricto, de carácter serio pero afable y sumamente querido por toda la familia, poseía una amplia cultura. Mi padre nos platicó cómo, cuando llegó la noticia del asesinato de Carranza a casa de mis abuelos, mi abuela, Lydia Amador, no dejó



de llorar, pasando días de angustia, ya que se presumía que también Octavio había resultado muerto. Por aquellos días de 1920, las comunicaciones no eran lo de hoy y al tiempo transcurrido se le sumó la percepción de que los minutos duraban horas, que las horas no corrían y que los días se volvían eternos, hasta que se confirmó que se había tratado de una acción perfectamente calculada por el Gral. Rodolfo Herrero para deshacerse de Venustiano Carranza y, por tanto, mi tío abuelo y el resto de los que lo acompañaban en aquel jacal en Tlaxcalaltongo (Manuel Aguirre Berlanga, ministro de Gobernación; Pedro Gil Farías, secretario particular; el también capitán Ignacio Suárez y Mario Méndez) habían resultado ilesos.

Octavio Amador Sandoval

Nació en Zacatecas, Zac., en 1895. Hijo de Elías Amador Garay y Josefa Sandoval, perteneció a una prolífica familia de destacados miembros, entre los que se encuentran su padre Elías, prominente historiador del Edo. de Zacatecas; algunos de sus hermanos fueron Juan Neftalí, subsecretario de Relaciones Exteriores; Severo, reconocido pintor y poeta; Graciela (Gachita), intelectual, promotora del teatro Guiñol en México y esposa de David Alfaro Siqueiros; Armando, embajador ante la OEA y China.

En 1912 y con sólo 17 años, acompaña a Madero desde Zaragoza (a 15 Km de Cd. Juárez) junto con Abraham González, Eduardo Hay y Jorge de la Luz Soto (gobernador provisional del Estado, jefe del Estado mayor y coronel del Ejército Libertador, respectivamente) para continuar después hacia el sur con rumbo de Casas Grandes.

A los 19 años y como Capitán 2º, es parte del Ejército de Occidente, al mando del Gral. Manuel Diéguez. Octavio Amador

Sandoval y el Tte. David Alfaro Siqueiros participan en 1916 en la campaña contra el villismo, venciendo a sus tropas en Llanos de Trinidad, cerca de Celaya, provocando el repliegue de Villa hacia el norte; esta batalla resulta clave para el triunfo del constitucionalismo.

Fue colaborador en el periódico constitucionalista, político/cultural *La Vanguardia*, editado por el Dr. Atl en Orizaba durante el gobierno de Carranza instalado en Veracruz. En *La Vanguardia* dibujaban José Clemente Orozco, Francisco Romano Guillemín, Miguel Ángel Fernández, Francisco Valladares y David Alfaro Siqueiros. Desde las trincheras y como corresponsales fueron enviados Sebastián Allende y Octavio Amador. Su participación en esta publicación, así como el ser parte del Ejército de Occidente, le permitió entablar una estrecha amistad con quien a la postre sería su cuñado, Siqueiros.

Posteriormente, es llamado por el Jefe Constitucionalista para ser parte de su Estado Mayor y, como ya se mencionó, estuvo presente en la Cd. de Querétaro al momento en que se presta juramento a la nueva Constitución de 1917. Acompaña al presidente Carranza al momento que este es acibillado, a través de las frágiles paredes de tejamanil que conformaban aquella choza en Tlaxcalaltongo, Pue., en una madrugada de tormenta de 1920. Pasada la rebelión delahuertista, se retira y colabora como ingeniero en la construcción de la carretera México-Nuevo Laredo.

Octavio Amador casó en dos ocasiones, la primera con Consuelo Soni, de cuyo matrimonio nacieron Irma, Luz Eunice, Francisco, Ligia y Yolanda. En segundas nupcias casó con Guadalupe Romo, procreando a Octavio, Juan y Alberto.

Murió como mayor del Ejército Mexicano en la Cd. de Aguascalientes en el año de 1956.



Durango

Alvírez y las tijeritas

Autor: Raúl Antonio Meraz Ramírez

Cuando el 29 de septiembre de 1913, se estaba creando la División del Norte en la Hacienda de la Loma y nombrando a Francisco Villa como general en jefe de la División del Ejército Constitucionalista, se contaban más de 5 mil combatientes acantonados en los alrededores de la sede de este encuentro; más de 5 mil guerrilleros que nada bueno presagiaban y esto lo sabían bien los defensores federales de la plaza en La Laguna.

Los vecinos que habitaban los caseríos pobres de Avilés, ... más por azares del destino, tuvieron que convivir con las tropas federales y temer a la vez lo que en su momento sería el terrible ataque de los revolucionarios, comandados directamente por Francisco Villa.

Entre esos vecinos, se encontraban doña Petrita Alvarado y su hija, la niña Donaciana Villalba, bisabuela y abuela respectivamente del que escribe, quienes tuvieron la oportunidad de conocer y convivir con el general Felipe Álvarez, jefe del destacamento federal acantonado en el lugar, y quien desde allí, hostigaba con artillería a los villistas que se encontraban agrupados en la Hacienda de la Loma, en Lerdo, Durango, destinada en su tiempo a la producción de vino.

Cuando Villa encabeza el ataque contra Avilés por el margen derecho del Río Nazas, camino a tomar Torreón, utilizó artillería para provocar una rápida derrota a los federales. Los cañonazos ocasionaron terror entre la población. Donaciana y su madre solo acertaron a cubrirse debajo de una modesta mesa de madera para evitar que los pedazos de techo que caían les causaran daño.

Para mitigar el pavor que sentían, preparaban “pico de gallo” muy picoso, con chile, tomate y cebolla, el cual era consumido a puños, para tratar de controlar el miedo y los nervios que provocaba el bombardeo. Donaciana recordaba, que en algún momento de la refriega, las visitó el general Álvarez para despedirse y les dijo: “El fin es inevitable; están por entrar... no tengo otra cosa que dejarles de recuerdo, de alguien que las estima, más que esto, gracias por todo”, y les obsequió unas pequeñas tijeras “sacabalas” que usaban para ayudar a los heridos por plomo.

De acuerdo con los testigos, entre ellos mis antepasadas, el general Álvarez, en un actor de honor —nunca de cobardía—, para evitar ser apresado por Francisco Villa, tomó su revólver y se disparó en la boca. No pocos historiadores comentan que



fue muerto por los atacantes. El avance villista fue impecable. En muy pocas horas, Torreón fue tomado por segunda vez. Hace ya varios años, en una plática con algunos, aún vivientes, revolucionarios, con un desplante uno de ellos me dijo: “¿El general Álvarez?... ese señor nunca existió; está usted mal joven”. En eso, alguno de los ancianos ex revolucionarios le dijo: “Sí existió; fue aquel *sacatón* que se disparó la pistola cuando mi general Villa iba entrando en Avilés”. El otro sólo alcanzó a decir: “Aaah”.

Ahí seguirán las tijerillas y ahí seguirá la historia, esperando seguir siendo interpretada, revisada y corregida.

Tomas Urbina Villa y mi familia

Autor: Maria de Lourdes Martínez Sánchez

Los recuerdos de mi niñez se remontan a la época en que mi abuelo Arturo Arnulfo Martínez Barrón me contaba las historias de la familia. Su padre, el Sr. Leonardo Martínez, había tenido un hijo ilegítimo y a quien no había reconocido, pero con quien sí tenía una relación. Mi abuelo me contaba que era el general Tomás Urbina, quien fue siempre acompañante del general Villa.

En los años de la revolución, mi abuelo tenía escasos diez años de edad, pero recuerda aquella visita en que Villa llegó a la hacienda de mi bisabuelo Leonardo en Jiménez, Chihuahua, y donde hablaban de un supuesto tesoro, el cual pertenecería a nuestra familia, que se encontraba enterrado en Las Nieves, Durango. Me contaba mi abuelo que habían ido a buscar dicho tesoro su hermano Miguel y otros ajenos a la familia, hacia los tiempos en que Villa ya había muerto, pero que, como no habían cumplido con el trato de sólo ir gente de la familia, les pasó una serie de cosas extrañas, y cuentan que, debido a la impresión de

las cosas extrañas, su hermano Miguel Martínez perdió el habla. Me contaba mi abuelo que ya después intentaron buscar ese dinero que Villa les había dejado, pero que ya fue imposible dar con ese lugar.

El general Villa llegó a refugiarse en la hacienda de mis bisabuelos; de ahí el cariño y agradecimiento hacia la familia. Desgraciadamente, mi abuelo murió en el año 1997 y quedaron pendientes muchas historias por contarnos y platicar; él, por ser el más pequeño de los hijos, fue despojado de la herencia que le correspondía.

Yo no conocí a nadie de sus hermanos, sólo por fotografía, y me contaba del orgullo de haber sido hermano del general Urbina. Por mi parte es un orgullo ser mexicana y recordar este tipo de anécdotas y vivencias familiares. Hoy por hoy soy abogada, y sé que tengo esa sangre fuerte y sin temor a la vida como la tenían mis antepasados.



La Hacienda de Quiñones

Autor: Genaro Quiñones Echeverría

El relato que a continuación les contaré me lo platicó mi padre cuando nos reunimos en familia después de comer y cuando se encuentra de buen humor. Siempre que le hago preguntas sobre la historia de México es como si le inyectara una dosis de energía, pues se agarra hablándome de todos los héroes revolucionarios, como Pancho Villa y Zapata.¹ Y puedo decir que me agrada platicar con él, ya que la forma en que cuenta las peripecias de estos personajes hace que uno se emocione.

En fin, la historia que les platicaré se desarrolló en el rancho donde mis padres son originarios, y les estoy hablando de la que antes era la Hacienda de Quiñones, ahora Ciénega de San Jorge, municipio de Santiago Papasquiaro, Dgo.

La Hacienda de Quiñones toma su nombre por [uno de] los fundadores del poblado que, me cuenta mi padre, era un viejito que se apellidaba Quiñones, de rasgos indígenas marcados y cuyo origen parece ser de otro poblado al sur del municipio de Santiago Papasquiaro que se llama San Nicolás. El viejito Quiñones, cuando llega a ese lugar, se da cuenta de que había un monte tupido y un arroyo con bastante agua, lo cual le permitió desarrollar agricultura y ganadería, ya que se dice que llegó a tener más de doscientas vacas y 15 o más yuntas que posteriormente las trabajaría a medias con la gente que después fue llegando, entre ellos, otro personaje de los fundadores que se llamaba Primitivo Barraza, que también tenía más de 50 vacas y 2 o 3 yuntas.

¹ Hace tiempo le regalé una colección de Enrique Krause, a quien, por cierto, le apasiona hablar sobre esta etapa de la historia de México, sobre los personajes de la historia de México (Villa, Zapata, Obregón, Cárdenas, Carranza, Calles, Madero).

El viejito Quiñones compraba y vendía animales en los ranchos aledaños, como San José de Cañas, San Julián y el Salitre, y por esos pueblos conoce a su tercera esposa, mujer blanca de origen español. De esa relación nacieron varios hijos, entre ellos, Francisco Quiñones, que a su vez procrea a Tomás Quiñones González, que es el personaje central de este relato.

Corría el año de 1914 en pleno apogeo de la revolución mexicana, cuando Tomás Quiñonez González era uno de los hombres más ricos de la Hacienda de Quiñones. Como eran tiempos de guerra, lógicamente había escasez de todo, y en la Hacienda no era la excepción. Aunque, si bien es cierto que Pancho Villa nunca pasó por este lado del estado de Durango, sí había otros personajes, como Heraclio Bernal (revolucionario) y el general Murguía (ejército federal), que tuvieron que ver en algunos hechos históricos.

Tanto federales como revolucionarios pasaban por las rancharías y la gente tenía que apoyar al movimiento por las buenas o por las malas. Cuenta la historia que entre 1914 y 1915, en una de tantas vueltas que dieron las tropas del general Murguía por el poblado, llegaron a las casas por bastimento y aunque la mayoría de la gente tenía poco maíz y frijol, había una casa en la que se observaban siempre bastante atole, tortillas y frijoles. Y esa casa era precisamente la de Tomás Quiñones, que nomás veía llegar a las tropas, se iba a esconder a las afueras del rancho para evitar ser interrogado o golpeado.

El capitán de la tropa, simulando que se retiraban del pueblo, escondió algunos soldados para ver si descubrían en dónde ocultaban el maíz y el frijol, de tal manera que, desde donde se ocultaban, podían ver en las mañanas a dos mujeres que entraban a un corral detrás de la casa donde estaba el gallinero y que daba al lado de la “galera oscura”, que no era otra cosa que una pared falsa simulada por el gallinero, y al remover dos adobes podían



sacar las mazorcas del maíz tan apreciado. Enfrente de la casa principal había una pila de leña muy alta que Tomás Quiñones mandó hacer para ocultar los costales de frijol.

Después de que don Tomás llegó de su escondite, los federales, enojados, le salieron al paso y se llevaron la mayor parte y otra la regaron por el camino principal del poblado; a él se lo llevaron en la cordada por el lado de Garamé, rumbo a la sierra, pero cuentan que a él lo llevaban en un caballo flaco y que se fue rezagando de tal manera que, como pudo, se bajó por unos barrancos y se les escapó llegando al rancho todo golpeado y espinado por la caminata y lo accidentado del terreno.

Aquí termina esta historia y sirva para recordar a nuestros parientes sobre las dificultades que pasaron para formar a este México entrañable.

Algunas frases o dichos que se recuerdan de esos tiempos son los siguientes:

“*Vamos a ver*, dijo un ciego”.

“Hay se andan, hay se andan hasta que se encuentran a su tocayo”.

“De que las hay las hay y mangonas”.

“Con dinero baila el chango”.

Y la frase preferida de mi abuelo cuando se emborrachaba en su caballo: “Hay tontas ya me miaron, ya siento un cuadril mojado”.



Foto original: escudo

Estado de México

Jesús Fuentes, mi chozno

Autor: José Manuel Villalpando

Jesús Fuentes, mi chozno (el papá de mi tatarabuelo!), obtuvo este escudo en la batalla que se libró en las afueras de la ciudad de Toluca el 19 de junio de 1821, combatiendo en el Ejército Trigarante, cuyo comandante en jefe era don Agustín de Iturbide, que libraba los últimos encuentros con las tropas realistas. En aquellos años, ese tipo de escudos son lo que más tarde se transformarían en las medallas distintivas al valor. Recibí este escudo de mi madre, quien a su vez, en línea directa, lo recibió de su papá y él, de su propio padre, y así hasta la quinta generación. El texto dice: “Denuedo en la batalla y piedad con los vencidos” y está fechado el 19 de junio de 1821, “el primer año de la libertad”.



Tierras de revolución

Autor: Juan Augusto Vargas Oros, 24 años, Toluca

Esta es una historia verdadera de México, un México revolucionario e independiente en el que han ocurrido grandes sucesos que han marcado la vida de los mexicanos, no sólo por los que vivieron en aquellos momentos, sino que también son parte de nuestra vida hoy día, pues gracias a aquellos hechos, como la lucha por la Independencia y de la Revolución, hoy gozamos de libertad y de derechos, pero conjuntamente a aquellos hechos han ocurrido millones de historias no conocidas, pero que son verídicas y que igualmente marcaron la vida de los actores principales y de sus familias, como lo es la mía, mi historia y mi vida.

Mi abuela me contó que, cuando ella aún no nacía, su padre fue comisionado ejidal de pueblo de Cacalomacán, que es un hermoso pueblo ubicado al sur de Toluca, la capital del Estado de México. Esta historia se desarrolla en tiempos posrevolucionarios. Me dijo que la hacienda que se ubicaba en este lugar poseía una gran riqueza y poder; los hacendados se aprovechaban de la falta de estudios y conocimientos de los pobladores para mantenerlos trabajando sin descanso y sin poder migrar a otros sitios por sus enormes deudas en la tienda de raya, que realmente eran deudas que se cobraban una y otra vez porque aquellos hombres no sabían contar.

Ella platica que, después de la revolución, su padre, organizó y realizó una reunión con la gente más preparada en cuanto educación en el lugar y enviaron una carta al presidente de la República de ese entonces, solicitando la entrega de las tierras de esta hacienda al pueblo de Cacalomacán con ayuda del gobierno recién instaurado, a pesar de las posibles represalias que este envío conllevaba, pues las personas de la hacienda se resistían a perder

su poder. Luego de varios días, llegó la respuesta. Intrigados, dieron lectura de esta carta presidencial ante toda la comunidad; la reunión fue en la Parroquia del pueblo Santa María de la Asunción. La carta mencionaba que la hacienda estaba ordenada a entregar al pueblo todas las tierras, siempre y cuando el pueblo las reclamara con una cerca. Esto significaba que el poblado tendría que construir una valla tan grande y extensa como fuese posible, pero eso no lo era todo, había una condición extra: la cerca que deslindaría al pueblo tendría que ser comenzada y terminada en tan sólo 24 horas, un día y una noche.

El pueblo reunió picos, hachas, machetes, palas y todo lo que fuese necesario para la construcción. Gracias a que el pueblo contaba con una vasta cantidad de madera por su cercanía al volcán Xinantécatl y su bosque, se pudieron recolectar todos los troncos y ramas que se instalaron, acarreados en mulas, bueyes y carretillas. Todos unidos en una gran hermandad, hombres, mujeres e incluso niños se dieron a la tarea, todos con un fin, su propia tierra.

Finalizada la jornada, se logró el ansiado trofeo, tener una tierra propia que proporcionara sustento para cada familia del pueblo, por ello hoy tengo un terreno donde mis abuelos siembran y cosechan, un terreno donde he construido mi casa, donde comparto mi vida junto a mi esposa y, sobre todo, donde veo crecer a mi hija que será una niña que vivirá en tierras revolucionarias.



Sánchez al cuadrado

Autor: Rolando Sánchez Sánchez

Igual que todos, provengo de dos familias diferentes, con raíces e ideales distintos, de los cuales me siento orgulloso... y para mí, saber la historia de mi familia es el conocimiento más importante.

Los Aguilar...

La familia de mi abuela *Beta* (Hideberta Aguilar García), mamá de mi papá, tiene una historia muy grande, aunque sólo cito una parte de esa gran historia.

Podemos confirmar que, en la década de 1860, el señor Regio Aguilar (tío de mi abuela), junto con Cleto Castro (tío de mi abuelo Lidio), y otros más pretendían que el poblado de Nopaltepec se convirtiera en municipio, y así fue como este sueño, que para algunos parecía imposible, se convirtió en realidad el 16 de octubre de 1872, entrando en función el primer ayuntamiento

el 1 de enero del siguiente año, quedando como presidente Pedro Aguilar (tío de mi abuela y hermano de Regio); como secretario, Juan Aguilar (hermano de Pedro y Regio); síndico, José María Pérez, y como regidores, Cleto Castro (tío de mi abuelo Lidio) y José María Pacheco.

Es muy notorio y podemos comprobar que la política ha sido parte de nuestra identidad familiar, y prueba de esto es que entre 1872 y 1919 catorce presidentes municipales de Nopaltepec formaron parte de mi árbol genealógico.

El movimiento revolucionario iniciado el 20 de noviembre de 1910 no tardó en llegar a Nopaltepec. Según la historia que ha pasado de generación en generación, contada por el papá de mi abuela, la revolución llegó a Nopaltepec en febrero de 1911. El bando revolucionario tomó el pueblo de Nopaltepec y el ejército federal, la estación de Ometusco, próxima al pueblo. La iglesia fue tomada como cuartel; los disparos que se escuchaban estremecían a los habitantes. Según el relato, raptaron a dos hermanos de la familia García (hermanos del abuelo materno de mi abuela) y fueron ejecutados, uno en el Cerro de la Cruz y otro en el árbol del curato; además, su papá de mi abuela, Anselmo Aguilar Elizalde, fue capturado por los revolucionarios a la edad de ocho años en ese mismo suceso. Por suerte, lo soltaron cerca del poblado de Jaltepec.

El bisabuelo *Chemo*, como así le llamo, fue hijo de Carlos Aguilar López (hermano de Pedro y Regio) y Benita Elizalde; ellos procrearon a siete hijos, Pedro, Anselmo, Modesto, Rufino, Ignacia, Austolia, y Lucina. La muerte de la tatarabuela Benita en 1940 hizo que el tatarabuelo Carlos se aislara hasta el fin de sus días.

La familia Aguilar Elizalde ha sido por generaciones una familia respetada por el pueblo de Nopaltepec.



Beta...

Mi bisabuelo Anselmo fue presidente municipal en 1937; fue en ese mismo año cuando contrajo matrimonio con Juana García Martínez. Y en ese mismo año nació mi abuela Beta el 18 de diciembre. Siendo la primera hija de la familia Aguilar García, 5 años después nacería su segundo hijo, Agustín.

Como en la familia Aguilar había pocas mujeres, mi abuela jugaba con sus primos y su hermano, juegos tales como: fútbol, piso (parecido al avión), la pera. No podía dejar atrás su feminidad, y con las primas Victoria y Catalina, jugaba debajo de los nopales imaginando que estos eran su casa; además, como la mayoría de las niñas, imitaba a su mamá: se ponían las zapatillas, vestidos y collares de la tía Amelia, mamá de Victoria.

Un recuerdo divertido de su infancia es que, en una ocasión, sus papás le regalaron una muñeca de cartón; emocionada con el regalo, jugaba día y noche con su muñeca. Un día, imaginó que la muñeca había muerto, así que la enterró... días después, intentó buscarla para seguir jugando y nunca la encontró.

Como todos los hermanos, es común discutir, y en el caso de mi abuela, no era la excepción. Los problemas con su hermano eran porque él no respetaba el quehacer que su hermana a diario realizaba, ya que, cuando ella barría, él pasaba sin más ni más ensuciando lo que ya estaba limpio.

Como todos los mexicanos, recibió "educación" primaria. Ella me contó de algunos de sus maestros, tales como: Carmen Fernández, Quintín López, Francisco Martínez (persona distinguida del municipio de Nopaltepec), Gilberto Fajardo y la Profa. María Helena Vázquez (mujer destacada y esposa de su tío Modesto Aguilar). Además, ella tenía más amigos que amigas, de-

bido a la convivencia con sus primas. Sus amigos eran Norberto Martínez, Marcelino López y Rodolfo Aguilar.

Al terminar la educación primaria que sólo llegaba hasta cuarto grado, a los 12 años, tomó un curso de costura, dulces típicos y la capacitación para huertos familiares impartido por la Profa. Helena.

Como buena católica de ese entonces, fue catequista de la parroquia. En ese tiempo el catecismo se impartía dentro de la iglesia. Formó parte de la acción católica y del coro parroquial, constituido por las señoritas de la localidad, al cual, con todo el respeto y permiso, apodaban las “cantarranas”.

Las fiestas en la casa vieja... y la música

Los cumpleaños de mi tatarabuelo Carlos y la tatarabuela Benita eran los festejos más importantes para la familia. Se acostumbraba a preparar la tradicional barbacoa, acompañada con mole, arroz y guajolote. Después de la comida, como era costumbre, las tías Ignacia, Eustolia y Lucina cantaban canciones como *Dos arbolitos*, *Rayando el sol*, *La feria de las flores*, *El gavilán pollero* y una muy importante, llamada *Cuatro milpas*, que más o menos va así:

*Cuatro milpas tan sólo han quedado
del ranchito que era mío
de aquella casita tan blanca y bonita
Lo triste que está.
Si me prestas tus ojos, morena,
que miren allá,
verás los destrozos
de aquella casita tan blanca y bonita
lo triste que está.*



La Navidad se festejaba en la casa de la tía Eustolia, donde se ponía el nacimiento y se guisaban platillos como pescado capeado, romeritos, ensalada de frutas y buñuelos. El 15 de agosto, como todos en el pueblo de Nopaltepec, celebramos a nuestra patrona, la Virgen de la Asunción, y se acostumbra preparar la tradicional barbacoa, de la cual los Aguilar gozaban.

Los Sánchez...

El Sr. Eustaquio Sánchez (presidente municipal en repetidas ocasiones) contrajo nupcias con Gabina Díaz (ambos abuelos de mi abuelo paterno) y procrearon a Julián, Inocencio, Víctor, Miguel, Domingo, Adolfo, Constanza, Juana y al responsable de que yo existiera, Sotero.

Mi bisabuelo Sotero nació el 23 de abril del año 1900. A los 10, presenció el estallido de la revolución, y cuando en 1911 el pueblo de Nopaltepec fue tomado por los revolucionarios, su hermano Julián fue raptado junto con otros niños y jóvenes del municipio, entre ellos, mi bisabuelo Anselmo.

Según el relato de generación en generación, en ese altercado hubo muchos muertos, los cuales fueron enterrados en los llanos, y los perros traían desde esas fosas restos humanos.

A las mujeres las escondían en la casa de Concepción Castro (tía de mi abuelo Lidio) en un hoyo tapado con ramas y ceniza; fue una época de completa inseguridad.

Otro acontecimiento presenciado por mi bisabuelo Sotero fue la guerra cristera. El cierre de las iglesias incluía también a la de Nopaltepec, y venía un padre desde Tlanalapa, Hgo., a celebrar la misa en algunas casas y con poca gente. Esto se llevó a cabo hasta el fin de la guerra.

La reforma agraria tuvo un desarrollo peculiar, ya que la familia Torres Adalid, dueña de la hacienda de Ometusco, tenía



un compadrazgo con el presidente de la República, el general Lázaro Cárdenas del Río. Así que, un grupo de personas, formado por Abraham Reyes, Margarito Castro y Cleto Castro (ambos tíos de mi abuelo Lidio), decidió hablar con el Sr. Presidente; fueron atendidos por un ingeniero, el cual era el encargado del reparto agrario, que les dijo que regresaron inmediatamente a Nopaltepec para que se llevara a cabo el reparto, ya que los dueños no se encontraban en la hacienda, y así fue como en 1934 se llevó a cabo el reparto agrario en el municipio de Nopaltepec.

[...] Teniendo ese trabajo, se casó con Fernanda Castro Díaz, de donde provinieron Pedro, Lidio (mi abuelo), Magdalena, René y Viviana. Cuando aparecieron los “carruseles de caballitos”, las volantas perdieron importancia; esto obligo a que vendiera su volanta en Villa de Tezontepec. Pero aquí no termina la vida en las ferias; él continuó con un juego de apuestas llamado siete y medio; además, vendía sombreros en la plaza de Nopaltepec los domingos; él arreglaba barriles y hacía fustes para los burros.

Lidio...

Mi abuelo nació el 3 de agosto de 1934, siendo el segundo hijo de la familia Sánchez Castro. Según su relato, jugaba con sus primos; algunos de sus juegos fueron siruca, rayuela, canicas, piso (avión), carreras, tierrazos, soldaditos (policías y ladrones, en los cuales sus armas eran palos con una liga que lanzaba piedras). Entre sus juguetes, se encontraban el trompo y el yoyo. Su imaginación no se quedó atrás, y le sirvió para crear trenes, coches y puercos de penca de maguey.

La escuela primaria, que se encontraba en lo que ahora es la Presidencia Municipal, se convertía a la salida en un campo de batalla, ya que según mi abuelo, el pueblo estaba dividido en dos bandos: “el barrio de arriba”, formado por las familias Hernán-

dez, Aguilar, Vázquez, Elizalde y García, y “el barrio de abajo”, conformado por los Gonzáles, Pérez, Castro, Rivas, Martínez y claro, no podían faltar, los Sánchez. En las fiestas, y sobre todo en la escuela, se hacían estas batallas a campo abierto, en las cuales cualquier cosa que pegara servía para defenderse. Todo se acabó cuando llegó el futbol, aproximadamente a los principios de la década de 1950.

El futbol nació en la casa de Miguel Sánchez (tío de mi abuelo), en una “era” —las “eras” eran terrenos predestinados para trillar la cebada con animales—; esta era se encontraba en el barrio de abajo. Se limaron las aperezas con el barrio de arriba, y así quedó constituido el primer equipo de futbol de Nopaltepec, llamado *Los guindas*, constituido por Ricardo Dávila, Arnulfo García, Memorio Dávila, Cándido Rodríguez Leopoldo Rodríguez, Luis Dávila, Ponciano Sánchez, Valente Sánchez, Ricardo Barbeyto, Nicolás Sánchez, Néstor Sánchez, Bonifacio Sánchez y, no podía faltar, Lidio Sánchez (mi abuelo).

El espíritu futbolero invadió a Nopaltepec, y cuando el Sr. Efrén Sánchez Martínez (primo de mi abuelo) fue presidente municipal, donó un terreno, el cual los aficionados al futbol acondicionaron hasta darle forma de cancha, la cual no existe. Al parecer, *Los guindas* eran un equipo muy bueno, ya que derrotaron a todos los equipos de la región. Un equipo de primera división llamado Oviedo, se interesó por el equipo, y vinieron a jugar un partido amistoso con estos, y el marcador quedó así: 2-1, favor el Oviedo.

La idea de crecer económicamente obligó a mi abuelo a emigrar a la Ciudad de México. Él vivía en Atcapotzalco; trabajaba como repartidor de refresco de la empresa El Barrilito. Esto no fue motivo para que mi abuelo abandonara el futbol, ya que en Atcapotzalco, un señor llamado Nicolás, jugador del Monarcas,

lo entrenaba en el bosque La Rosita tres veces a la semana a partir de las seis de la mañana.

Cuando era su novia Alicia Galicia, la cual vivía en Casas Alemán, la trajo a conocer Nopaltepec, y como no había otra cosa de entretenimiento, la llevó a ver el fútbol. *Los guindas* perdían 3-1, así que, para el segundo tiempo, convencieron a mi abuelo para que porteara el segundo tiempo. Él se encontraba retirado del equipo, pero las insistencias de sus amigos lo convencieron, y con un uniforme improvisado, jugó el segundo tiempo, y el marcador final resultó 4-3, favor *Los guindas*. No podía faltar el festejo de aquella hazaña. Decidieron celebrar en la cantina de Domingo Sánchez (tío de mi abuelo), donde se tomaron algunas copitas. Su novia se molestó por aquel suceso, y se terminó aquella relación.

El gato...

Cuando él tenía siete años; su tío Mario Sánchez lo apodó *El gato*, debido a que su color de piel, el color de sus ojos (verdes) y la forma de su nariz; eran parecidos a los del felino.

Este apodo se retomaría después, cuando fue portero, ya que la forma de moverse en la portería era semejante a la de aquel místico animal. Desde entonces, a mi abuelo se le ha conocido mejor como *Don gato*.

El noviero...

Su primera novia fue Paula López, novia de la infancia con la que duró tres años, pero a su lista se suman otras más, tales como Gabriela, Flora, Teudula... Alfonsa, Berta, Severiana, Aurelia... Lupe, Prisca, Natividad... María, Alicia, Estela Carlota, Josefi-



na...y la afortunada *Beta* (mi abuela), entre otras más, que, según él, fueron más de cien.

El aventurero...

Su primera aventura inicia cuando, a la edad de 16 años, cuidaba los animales de su papá. Una vaca se comió las habas de su tío Adolfo; sus papás lo golpearon por aquel suceso y decidió irse de su casa.

A esta fuga lo acompañaron sus amigos Pedro “El garabato”, Alfredo “El mangana” y Juan “El roñas”. Tomaron el tren en la estación de la Palma, con dirección a la capital. Allí pretendían buscar una hermana de Pedro, la cual vivía cerca de un río. Buscaron noche y día la famosa casa y nunca la encontraron. Se quedaron sin dinero y el hambre no tardó en llegar, así que decidieron retomar; cerca vieron a un armón que reparaba un tramo de vía, así que pidieron un aventón, y así fue, pero sólo hasta la estación de Tepexpan; allí esperaron un tren de carga. Cuando este llegó, se subieron. Ellos pretendían bajarse en la estación de la Palma, por ser la más próxima al pueblo, pero el tren no se detuvo. Mi abuelo y Juan “El roñas” se aventaron de aquel tren, mientras que Pedro y Alfredo se quedaron arriba.

Ellos pensaron que no les había pasado nada, pero en las cercanías del pueblo, comenzaron a cojear. Cuando mi abuelo llegó a su casa, encontró que en el ropero estaba Antonio puesto de cabeza y amarrado con sus calzones.

Acapulco... Acapulco ha sido una de sus mayores aventuras. Todo empezó cuando mi abuelo descubrió que su novia, María, le era infiel. Este le metió unas dos o tres cachetadas; la mamá de María, molesta por lo acontecido, lo denunció a la policía, pero

el hermano de María y Juan el bigotón, amigos de mi abuelo, lo previnieron.

Él pensó en huir, y en una charla del parque la rosita, decidieron irse a Acapulco con el sueño de pescar camarones y ostiones, y se fueron el hermano de María, Juan “el bigotón” y mi abuelo.

Salieron de la terminal de autobuses, pero como sólo llevaban 65 pesos, sólo llegaron a Zacatepec, Morelos. De aventones y en parte caminando, llegaron a la zona militar El Ocote, donde los catearon y detuvieron, ya que en esos días unos ladrones se dirigían de México a Acapulco; después confirmaron que ellos no eran. Después de que los dejaron libres, pensaron que, si atravesaban un cerro cerca de Iguala, llegarían más rápido, pero no imaginaron lo que les acontecería.

A lo lejos vieron una parvada de patos que tomaban agua de un charco; instintivamente tomaron una piedra, se la arrojaron a un pato y lo mataron. A lo lejos se veía una casita, en la cual vivía una mujer, la cual se ofreció a guisar el pato. Después de comer, continuaron su camino hasta encontrar la carretera. Un tráiler que se dirigía para Acapulco les dio un aventón.

Los Sánchez Aguilar...

Mis abuelos (*Beta* y Lidio) se conocieron en la boda de Valente Sánchez (primo de mi abuelo). Los dos se atraieron, pero no fue sino hasta mucho tiempo después cuando se hicieron novios y se casaron el 27 de diciembre de 1964. Procrearon a siete hijos, Rubén (mi papá), Daniel, Hugo, Marcos, Andrea (murió a los pocos meses de nacida), Antonio (nació muerto) y Roberto.

Mi abuelo trabajó en la línea de autobuses urbanos Constituyentes-Indios Verdes, en una fábrica de proteínas industriales que se encontraba en el pueblo, criaba ganado y cultivaba sus tierras, todo para mantener a su familia.



El chaparral...

Cuando en 1977 la serie norteamericana llamada “El gran chaparral” se transmitió en México, mis tíos y mi papá no se la perdían por nada. Mi abuelo tenía un ranchito en las afueras del pueblo, al cual, debido a aquella serie, le llamaron “El gran chaparral”. Este ranchito ha sido el centro de muchas reuniones familiares.

Mi abuelo convivía con las familias de Juan Delgadillo, Heriberto Rivas y Marcelo Sánchez. En una ocasión, los invitó a tomar atole en “El chaparral”, pero como sólo estaban las paredes sin techar, decidió tapanlo con ramas, pencas de maguey y ceniza. Todos sus hijos se encontraban trabajando; mi papá era el que le pasaba los botes de ceniza a mi abuelo para que este la acomodara; cuando sólo faltaba un bote para que quedara listo el techo, una rama se rompió y por ende, mi abuelo cayó al piso. Mi papá esperaba a que mi abuelo le recibiera el último bote, cuando vio que mi abuelo salía por la puerta todo revolcado de ceniza.

Los otros Sánchez...

Debido a que mis abuelos maternos murieron cuando yo era muy pequeño, sólo sé lo que mi mamá puede recordar.

Mi bisabuelo era Gregorio Sánchez, quien contrajo nupcias con Tomasa Cuéllar, y procrearon a Sofía, Isabel, Carmen, María, Mariano y Gumersindo (mi abuelo), originarios de Huamantla, Tlaxcala. El papá de mi abuelo murió cuando un caballo le dio una patada en el estómago. Por esa fecha, Carmen se casó con Francisco Rodríguez, que era un pintor reconocido, el cual fue invitado a que remodelara la iglesia de Nopaltepec, y fue así como llegaron a Nopaltepec.

Como es tradición en Huamantla, durante la procesión del Día de la Asunción, se acostumbra a hacer tapetes de aserrín, y cuando en la década de 1960 se empezaron a realizar las primeras procesiones en el pueblo, esta familia comenzó a hacer los tapetes, y desde entonces, esta tradición se ha quedado en Nopaltepec.

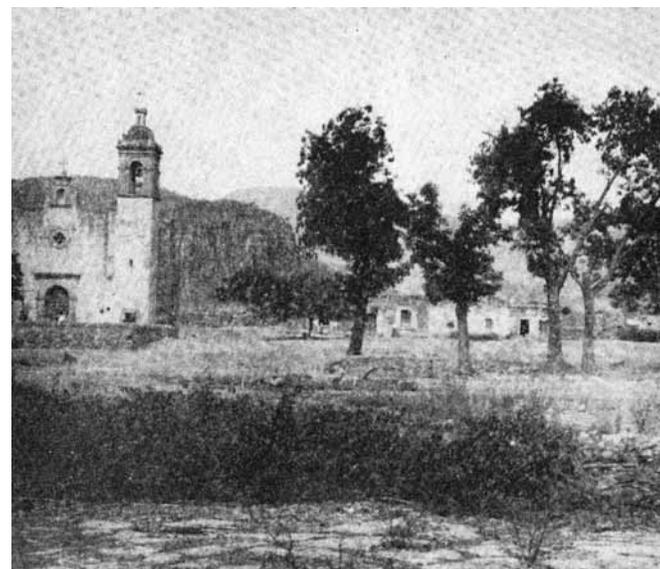
Mi abuela Francisca era hija de Ambrosio Beltrán y de Sixta Morales, que además de mi abuela, engendraron a Luis, Manuela y Ambrosio.

Mis abuelos procrearon a ocho hijos, Marina, Félix, Leonor y Urbino (cuates, Urbino fue asesinado a la edad de 17 años), Margarita, Manuel, Macaria (mi mamá) y José Asunción.

La nueva familia...

Mis papás se casaron el 2 de noviembre de 1985, por el civil; al año siguiente, el 15 de agosto nació mi hermano, y el 5 de noviembre de 1994 nací yo.

Esta es sólo una parte de mi historia familiar... la otra está apenas por escribirse.



Guanajuato

La Libertad de Educación Mexicana

Autor: Sergio Paulo Arroyo Hidalgo

Este año 2010, donde en mi querido México se cumplen 200 años de independencia y 100 años de la Revolución Mexicana, decido aportar algo de las muchas historias que esta, como tantas familias, deben tener al saber y recordar y contar lo que algunos de nuestros antepasados vivieron ellos y sus padres, abuelos bisabuelos y hasta tatarabuelos, donde de alguna u otra manera intervinieron o fueron enterados, como yo, de nuestra ascendencia, la cual viene del árbol familiar de don Miguel Hidalgo y Costilla.



Esta narrativa la comienzo haciéndoles saber que, como posiblemente la gran mayoría sabe o piensa que don Miguel Hidalgo y Costilla era sacerdote y, por lo tanto, no dejó descendencia, esto no es del todo cierto. Es a saber que a mote de llamarle el *Padre de la Patria*, esto no es solamente por el hecho de que nos dio patria como nuestro primer padre de libertad mexicana, sino que dejó descendencia y de sangre.

Por los hechos comentados por las distintas investigaciones y libros de interés en bibliotecas públicas consultados, nos damos cuenta de que herederos dejó y muchos, ya que, como se dice, a cada hijo que concebía, le daba su apellido. Tan es así, que existimos en este México bastantes Hidalgo(s).

En mi caso personal, he de comentarles que a mí el apellido Hidalgo me viene de parte materna, de donde se generan las distintas historias de nuestros antepasados.

Esto no nada más es porque yo lo diga así a la ligera, no, sino porque nuestra gente sus orígenes se generan en la ciudad de Cuernavaca, Gto., pequeña población a 15 minutos de Corralejo de Hidalgo, lugar de nacimiento de don Miguel Hidalgo y Costilla.

A manera de dato curioso, he de mencionarles que yo, el narrador de esta pequeña historia, soy hijo único, así como de la persona donde empiezo a mencionar y cuyo nombre era Simón Hidalgo, y el padre de este era mi bisabuelo, de nombre Pablo Hidalgo, y el que se dice era maestro de lo que hoy podríamos conocer de escuela primaria. Y yo también he trabajado de profesor.

Pues bien, este señor Pablo Hidalgo, tatarabuelo mío, como ya les comenté, era maestro únicamente en aquellos tiempos posteriores a la Independencia Mexicana, tiempos que, por cierto, son los más difíciles porque hay que ir erradicando de la mente del mexicano nativo y criollo todos esos pensamientos de esclavismo español, en el cual únicamente la educación era exclusiva de la

gente que tenía posibilidades económicas de poder llevar hasta su casa un maestro que instruyera a sus hijos varones, pero lo curioso de todo esto es que mi tatarabuelo, a pesar de ser maestro, pues no le enseñó ni siquiera a leer a mi bisabuelo porque andaba siempre enseñando por las distintas haciendas en la redonda de estas ciudades guanajuatenses. Por esta situación, Simón Hidalgo (mi bisabuelo) no tuvo la opción de tener por lo menos una educación básica e instrucción como todos hoy en día la tenemos, gracias a estos héroes que nos dieron patria y libertad. Por si fuera poco, Pablo Hidalgo murió cuando su único hijo tenía 18 años de edad; tiempo después, la madre de Simón Hidalgo vuelve a contraer nupcias con un hombre de apellido Terán, el cual, al todo lo contrario de su padre de mano suave con su unigénito, este padrastro lo educaba con mano dura, pero lo alejaba aún más de lo que pudieran ser sus primeras letras y lecciones de educación, ya que lo mandaba a trabajar cuidando las recuas de burros, y llevando las variadas mercancías a distintas poblaciones guanajuatenses, incluso hasta la ciudad de Guanajuato Capital, tramo que recorrido a lomo de burro requiere de muchas horas de viaje intercambiando mercadería. Pero como todo muchacho que anda saliendo de la adolescencia, pues, se revela, y en más de una ocasión, al no regresar a tiempo a casa, hacía que su padrastro fuera a buscarlo encontrando a mi bisabuelo en la capital del estado jugando el dinero ganado en un lugar llamado el carcamán; mientras estaba tan entretenido en las cartas, el mismo bisabuelo narra que, sin decir agua va, recibía tremenda tunda de latigazos y fuetazos por el lomo. Todos los hijos y nietos de mi bisabuelo siempre se reunían para escuchar esa historia una y otra vez y terminar riendo sin parar por estas y otras historias de sus aventuras por los distintos lugares. Pasado el tiempo, Simón Hidalgo, ya de 32 años, casó con Antonia Lara, de 15 años, la cual procreó a Santos Hidalgo, mi abuelo.

Santos Hidalgo siguió en la misma línea de comerciante pueblerino y viajante por los caminos de Guanajuato vendiendo, haciendo trueques y demás transacciones comerciales. Existiendo pocas posibilidades de hacer crecer el negocio, se procedió a migrar a mejores horizontes, siendo estos encontrados en la ciudad de Irapuato, Gto.

Pero mi abuelo tuvo otra visión, y esta fue que, para salir adelante, había que tener por lo menos una preparación, aunque fuera básica. Procediendo a ir a estudiar a la escuela nocturna, que para ese tiempo únicamente era para personas mayores, porque dijo que por algunas generaciones se nos había negado ese conocimiento desde nuestro antepasado Pablo Hidalgo, que fue maestro, nadie ni siquiera sabía leer y él iba a poner el ejemplo, porque este México requería gente decidida, como lo fue nuestro pariente don Miguel Hidalgo y Costilla.

De ahí en adelante, sus hijos e hijas estudiaron sus educaciones y pudieron salir adelante en este México nuestro.

Por eso, en este tiempo todos los mexicanos gozamos de una libertad y una educación, la cual debemos aprovechar para no ser cautivos del conocimiento y la ignorancia que varios de nuestros antepasados pasaron.

Y esto es lo que nos ha traído esta libertad, el poder decidir dónde y qué estudiar. Sí hubo luchas, sí hubo muertes, sí hubo sufrimientos, pero hoy podemos disfrutar de una educación, por lo pronto, básica pero gratuita.

Por cierto, mi tatarabuelo Pablo Hidalgo era nieto de don Miguel Hidalgo y Costilla. Y este último tuvo hijos, más de los que los libros comunes mencionan.



Aguirre-Medina, una familia del bajío

Autor: Yoselohim Aguirre Ramírez

“VÁMONOS PA’LA CAPITAL, PUES AQUÍ LA VIDA NO VALE NADA”, así fue como de Guanajuato mis bisabuelos Ramón y Clotilde, por parte de mi papá, eludían el riesgo de muerte y vejaciones que se estaban dando en el bajío de la República Mexicana por el año de 1915, época en que Mariano Azuela buscaba dar a conocer su novela... *Los de abajo*.

Así comenta mi padre conmigo y mis hermanos cómo se da el éxodo de nuestros bisabuelos hacia mejores lugares de vida, con otra frase que mencionaron: “Si hemos de morir, que sea con ho-

nor; jálate con los chiquillos, que nos vamos en la parte baja de los vagones del tren que va pa'la capital”.

Mi abuelo (Francisco) contaba con escasos año y medio a dos años de vida; mi bisabuela estaba temerosa que su hombre la encaminara hacia la ciudad para poderse quedar él a repartir fogonazos y balas en donde le tocara, diciéndole: “A mí no me haces taruga, Ramón; si de repartir bala se trata, yo traigo con qué”, y sacando de entre unos trapos que llevaba, hizo lucir una escopeta. Pues realmente esa era la intención del bisabuelo, alejar a la familia de esos lugares tan tenebrosos: mi bisabuela con cuatro hijos (Guadalupe, José, Andrés y mi abuelo Francisco), los balazos zumbaban, serían del ejército, serían de los revolucionarios o de algunos bandidos que se dieron vuelo haciendo de las suyas.

Fueron tremendos esos momentos en que lo que se decidiera siempre puso en riesgo la vida. La vida en ese momento fue de valor y angustia, pues se estaba escenificando una de las batallas notables de la Revolución Mexicana por esos lares: el general Francisco Villa con su gente hacía frente al general Álvaro Obregón.

Mientras que por el lado de mi abuela paterna, Guadalupe García Luna, se debe la trayectoria de un soldado que a futuro sería general para los años 40, Alfredo García, hombre que se jactaba en decir: “Hey, amigo, ¿ve estas estrellas que traigo en mi quepí?, me cayeron del cielo”; así se dirigía a mi abuelo (Francisco), con un hablar un tanto cerrado, que encubría un ser noble, tratando de decir que Dios lo bendijo al llegar a ese cargo.

Mis bisabuelos supieron de actividades bélicas, de trascendencia hacia bellos y hermosos estilos de vida, de los que mis hermanos y yo estamos en pie de lucha por alcanzarlos y disfrutarlos por nuestro propio esfuerzo. El camino cerrado y abrupto hacia el éxito mis bisabuelos y abuelos lo allanaron para permitirnos el paso y lograr grandes hazañas. Estamos en ello y no nos vamos a rajar.



Guerrero

La historia de mi pueblo y mi familia

Autor: Emmanuel García Sámano

Mi nombre es Emmanuel García Sámano; nací el 21 de julio de 1994 y soy originario de Buenavista de Cuéllar, Guerrero. Primero les voy a contar la historia de mi pueblo, para comenzar les voy a redactar lo que sucedió aquí en mi pueblo.

Corría el año de 1917, cuando el pueblo de Buenavista empezó a tener problemas, ya que las fuerzas zapatistas morelenses, las cuales estaban dirigidas por el general Emiliano Zapata, intentaban saquear al pueblo porque el general Emiliano mandaba a traer con

sus soldados cargas de maíz, cabezas de ganado, dinero e incluso las mujeres más bellas de la comunidad. Así comenzó una guerra el día 30 de abril de 1917, en donde se enfrentaron las fuerzas zapatistas contra los habitantes de Buenavista, en donde, en plena batalla, según cuenta la leyenda, cuando estaban luchando en un cerro, apareció un jinete montado en un caballo con capa y espada, bajó del cerro a ayudar a los pobladores y combatió a los zapatistas con su espada. Y afortunadamente, Buenavista salió vencedor, y en gratitud, los pobladores edificaron una capilla en lo alto del cerro con el nombre de San Antonio de Padua. Desde ese tiempo hasta ahora, se festeja el 30 de abril con quiebre de piñatas en toda la avenida principal con música de viento, chinelos y una feria en donde se presentan eventos culturales y gastronómicos, así como juegos mecánicos.

Pasando a otro rasgo Buenavista, fue muy afortunado, ya que tuvo un sacerdote muy querido por el pueblo; su nombre es el padre David Uribe Velasco, un hombre bueno y generoso que le gustaba ayudar a la gente y que dedicó su vida a Dios y tomó posesión de la iglesia el día 22 de junio de 1916 en donde celebraba hermosas misas. Cuando se proclamó la Ley Calles, empezó la persecución religiosa, en donde desgraciadamente el padre David fue asesinado de un balazo en la cabeza y ahora descansan sus restos en la catedral de Buenavista de Cuéllar.

Puedo relatar que en la guerra que hubo en Buenavista, mi tatarabuelo don José Sámano Aranda participó y luchó junto con los demás pobladores, y que también estoy muy orgulloso de mi tatarabuelo, que defendió a mi pueblo.

Ahora quiero contarles un poco de las costumbres de Buenavista. La que más resaltaba era la de los noviazgos; mi abuela me contó que cada domingo en el zócalo hacían una kermés, en donde las muchachas subían con sus mamás a caminar por el zócalo y en el centro de este ponían un tocadiscos.



Todas las mamás se sentaban a un costado en el zócalo y las muchachas caminaban por todo el zócalo y que en una parte todos los muchachos, y cuando pasaban las muchachas que les gustaba, se paraban y las acompañaban a caminar; así empezaban sus noviazgos. Al principio, se mandaban cartas, y ya cuando eran novios, se comunicaban a través de las rendijas de las puertas o de las ventanas, y en las noches, el novio le llevaba serenata a la novia con guitarra, o si no, le ponían una pequeña cajita de música al pie de su ventana. Esos son recuerdos hermosos que me contó mi abuela y que desafortunadamente se han perdido.

Y regresando un poco a la historia de Buenavista, quiero contarles cómo surgió este municipio. Corrían los años de 1800, cuando en el primer periodo de gobierno del Sr. don Rafael A. Cuéllar, gobernador del estado de Guerrero, comprendido del 25 de mayo de 1877 al 25 de abril de 1878, Don Rafael A. Cuéllar le dio a Buenavista categoría de pueblo, y en gratitud al Sr. Gobernador, se le agregó Cuéllar al nombre de Buenavista, y desde 1877 se llama Buenavista de Cuéllar. Años después, se construyeron escuelas, así como más casas, y Buenavista empezó a desarrollarse. Gracias a todo este desarrollo, el 6 de septiembre del 2006, por decreto de la Sexagésima Legislatura de la Federación, se le otorgó rango de ciudad a Buenavista. Por último, quiero decir que Buenavista de Cuéllar, pueblo de hermosos paisajes, bellas costumbres un clima muy agradable y, sobre todo, su gente hermosa, los recibirá con los brazos abiertos y forma parte de la historia de nuestro México. Gracias.



Los soldados anónimos

Autor: José Cerros Ríos

La familia Cerros es originaria de la ciudad de Chilapa, en el estado de Guerrero. Es una familia muy pequeña en número, y muchos de sus miembros radican en Chilpancingo, la Ciudad de México, El Ocotito, Tierra Colorada, Acapulco, Quechultenango y Colotlipa.

Contaba mi abuelo que sus hermanos mayores fueron reclutados por la leva para integrarlos a las filas del ejército mexicano porfirista, y algunos, como el tío Zeferino, sobrevivieron a las hostilidades de la llamada bola en esa época.

En Chilpancingo se acarrea el agua en latas sostenidas en una palanca que se ponían al hombro, y me contaba el abuelo Agustín que un día, al pasar por la Plaza de Armas de Chilpan-



cingo con sus latas de agua, había un cuadro de fusilamiento de unos prisioneros del ejército zapatista. Uno de los sentenciados lo llamó y le dijo: “Muchacho, dame agua, y el abuelo bajó sus botes y el hombre tomó para saciar su sed; luego de ello, fue fusilado. Se trataba del general Carton, que había perdido la plaza de Chilpancingo en esas atroces refriegas de la revolución. Contaba también que muchos de sus primos y sobrinos se sumaron a la bola, y se fueron a los campos de batalla de Cuautla, del bajío, hasta el norte, pero que ninguno regresó. Seguramente murieron por la causa revolucionaria y quedaron allá en los campos donde abonaron la tierra del México de hoy, y por eso quizá la familia se hizo pequeña, porque muchos de los hombres emigraron o fueron llevados lejos de la levítica Chilapa.

No hay nombres encumbrados o siquiera conocidos de estos hombres, pero sí hay la certeza de que fueron a la revolución y aportaron su sacrificio para los ideales de justicia social e igualdad enarbolados por ese proceso histórico de México y de Guerrero.

También decía el abuelo Agustín que, en la época de la revolución, tenían que esconder a las mujeres para ponerlas a salvo de los alzados o de los mismos soldados, que en muchas situaciones no tenían respeto, y por ello se tuvieron que remontar a localidades apartadas en las partes más altas de la región. Es que vivió en Teocuitlapa y El Aguacate. El tío Zeferino y el abuelo Agustín fueron hermanos y dedicaron mucho de su tiempo a la curtiduría de pieles, a la fabricación de zapatos y huaraches y a la talabartería en general, lo cual les permitió una estabilidad y autosuficiencia, y sus clientes fueron siempre los principales del pueblo, por lo que eso les permitió ser testigos de muchos de los acontecimientos en esa interminable práctica de cambio de gobierno, de zapatistas a carrancistas, de villistas a obregonistas, maderistas, huertistas, etcétera.

Por alguna razón, también por mis antepasados pude saber que en Chilapa, durante la revolución, algún grupo trató de

fusilar a un señor que fue papá del Lic. Donato Fonseca Miranda, quien fue secretario de la Presidencia de la República en la época del presidente Díaz Ordaz, y dicen que cuando lo iban a fusilar, llegó el coronel Atilano Ramírez, que era de Quechultenango, y lo salvó de la muerte, a lo cual el hombre quedó eternamente agradecido y siempre le dijo a su hijo que tenía una deuda con el coronel, y que si alguna vez éste lo necesitaba, que no escatimaría esfuerzos para corresponder a ese gesto de nobleza y valentía... y sucedió que al final de los años cincuenta, el coronel Ramírez enfermó, y al ser atendido por el médico del pueblo, éste se enteró de esa historia en la que le salvó a la vida al papá de ese personaje tan importante en ese momento, y al ir a visitar al secretario de la Presidencia de la República, luego de muchas peripecias para que los recibieran, al encontrarse con el Lic. Donato Fonseca Miranda, don Atilano Ramírez recibió el eterno agradecimiento, el reconocimiento de sus méritos y grado militar, así como la gestión inmediata de la escuela primaria, al centro de salud, la plaza central y el arreglo de la imagen de su pueblo natal, Quechultenango.

Estos son algunos pasajes que he podido conocer a través de la historia de mi familia, que si bien [sus integrantes] no aparecen en la historia de nuestro estado, sí fueron actores y testigos de muchos hechos en los que, como casi todos ellos, han precisado de la participación de incontables hombres y mujeres héroes anónimos del largo proceso de la construcción de este México lleno de magia y de riqueza, lamentablemente, distribuida inequitativamente.



Foto original: Mochitlán, Guerrero

Anselmo Bello y la Revolución Mexicana en mi familia

Autor: Gersain Hernández Vargas

Tradicionalmente en el mes de julio la familia se reúne para celebrar las fiestas patronales en honor a Nuestra Señora Santa Ana, esto en Mochitlán, Guerrero, donde en tal celebración, se pasean toros por los callejones del pueblo llenos de historia, y hay danzas que se bailan en honor a la patrona del pueblo.

Una de esas ocasiones fue particularmente importante para mí, porque mi bisabuela, Doña Paula Bello Bello, me compartió una historia que mi familia vivió a principios del siglo XX, casi una década antes de que iniciara el movimiento armado de la Revolución Mexicana.

Quizá motivada por el ruido de la fiesta, los cohetes, las danzas, se acercó a la ventana y desde ahí, su mirada parecía trans-

portarse a otros tiempos. Empezó a recordar las pláticas de sus padres, mis tatarabuelos. Con una cierta nostalgia me dijo lo importante que había sido en los buenos años del Porfiriato, la familia de su tío Anselmo Bello, quien proclamó un plan político para evitar la imposición de gobernantes en el lugar. A dicho plan se le conoce como el Plan del Zapote, ya que mi tío tatarabuelo lo redactó al pie de un árbol de zapote prieto a las orillas del río Salado. Yo estaba quedando casi sin palabras al saber que tenía un familiar revolucionario.

Entonces, le dije dígame más, y empezó a contarme: El plan del Zapote se hizo y dio a conocer en Mochitlán, y es muy importante porque fue la primera manifestación de descontento por la imposición que estaba haciendo Porfirio Díaz para que el señor Agustín Mora fuera el gobernador de Guerrero, sin respetar los deseos del pueblo.

Me decía mi bisabuela: “La revolución en el sur en contra de tal gobernador de Guerrero y del propio dictador Porfirio Díaz, tuvo la inspiración castillista, pero fue comandado por mi tío Anselmo Bello en 1901. Él y sus aliados quisieron quitar del poder a Porfirio Díaz para que ya no se repitieran las personas en sus puestos públicos”, a lo cual yo le pregunté: ¿entonces fue un luchador contra la reelección? mientras mi tía, emocionada exclamó ino sólo contra la reelección, también luchó por el reparto de las tierras y las haciendas!

“El tío Anselmo era un hombre acaudalado pero no por ello le gustaba la desigualdad social, por eso dio a conocer ante sus trabajadores el Plan del Zapote en abril de 1901”.

Este plan provocó el enojo del dictador Porfirio Díaz, quien ordenó la persecución de la familia, ya que envió a un teniente coronel llamado Victoriano Huerta a reprimir a los promotores y seguidores del plan.



En las calles de Mochitlán se escuchaban vivas a la Revolución, a Cenobio Mendoza y con más entusiasmo cuando veían a algún miembro de la familia Bello o Garduño. En menos de tres horas de combate, los enardecidos mochitlecos y mochitlecas apoyaron al grupo rebelde de Cenobio Mendoza y tomaron la plaza un martes 29 de marzo de 1911. Quemaron los archivos hacendarios y del registro civil, así como parte de la casa de gobierno municipal.

“Huerta perseguía al tío Anselmo Bello, quería asesinarlo a como diera lugar” exclamaba mi bisabuela, pero esto no fue así, mato a varios de sus seguidores pero Anselmo Bello, logró huir a los Estados Unidos y luego se refugió en Durango, en 1921 regreso a Mochitlán, fecha en que vería a su hija viva, moriría de viejo en su rancho establecido en La Soledad.

Esta es una de tantas historias de mi familia; podría contar más relatos, pero sólo es una, si no, el libro sería historias de la familia Vargas Bello. Mi bisabuela Paula Bello vive muy feliz en la tierra mítica de Mochitlán donde dice: Aquí nací y aquí he de morir con los míos. Esto es un pequeño fragmento que comparto a México de mi bella familia y de Mochitlán tierra de tradiciones y de historia.





Hidalgo

Una mexicana extranjera

Autor: Eduardo García Gómez

A mediados del siglo XIX, se vivió un intenso proceso migratorio en la comarca minera del estado de Hidalgo, en el cual fue predominante el tránsito de personas originarias de la Gran Bretaña, quienes intentaron revivir el legendario auge minero que reinó en esas tierras durante la época colonial. Sin embargo, como es bien conocido, dicha empresa obtuvo resultados que a la postre fueron efímeros en lo económico, pero enriquecedores en lo cultural, pues natural resultó ser que los migrantes anglosajones trajeran consigo a sus familias, con ello también su cultura.



Una de estas personas fue Lili Stevenson, nacida en Inglaterra y traída por sus padres a Real del Monte a sus 18 años. Su padre, de nombre desconocido, de oficio minero y de fe protestante, pudo presumir de no ser racista, hasta el día en que su hija se enamoró de un herrero mexicano de nombre Francisco Falcón. Ese día decidieron que Lili había deshonrado a los Stevens y partieron de regreso a la mayor de las Islas Británicas.

Mi tatarabuela y su esposo engendraron a dos hombres y una mujer. Francisco los abandonó antes de 1900, y Lili tuvo que sacar adelante a sus hijos, sola y marginada de su familia. Así que probó suerte en el Distrito Federal, donde consiguió un empleo como repostera.

De los dos hijos varones de Lili, no se supo más, y fue con su hija Daisy con quien pasó el resto de sus días. Daisy se unió con un cazador, de nombre Gildardo García, con quien tuvo cinco hijos, 4 hombres y una mujer. Debido a la profesión de Gildardo, la figura paterna estuvo ausente. Así fue como en plena guerra de revolución, la Familia García Falcón, se regía mediante un matriarcado, guiado por Lili Stevens.

Lili, una extranjera desterrada por partida doble, por su familia inglesa y del corazón de su hombre, desarrolló un pensamiento humanista que derivó en inculcarle a sus hijos y nietos el inmenso valor de la familia, el respeto y la obligación de ayudar a los demás.

La tatarabuela Stevens murió en Pachuca en 1938 y descansan sus restos corpóreos en el Panteón Municipal de dicha ciudad. Ella nunca más quiso saber nada de aquella tierra tras atlántica; siempre dijo ser mexicana.

Así me lo contó uno de los nietos Lili, mi tío abuelo Jacobo, un mexicano rubio, de facciones afilada y de ojos azules heredados, un verdadero mexicano, médico de profesión, filántropo como su abuela le enseñó con el ejemplo, un mexicano que el mundo nos dio.

Relatos de doña Chepa

Autor: Ma. Guadalupe Hernández Martínez

Esta historia, contada por mi abuelita Josefina Orta Paredes, doña Chepa, como así la llamaban, originaria de Real del Monte, data de la época revolucionaria en Tepatepec, Hidalgo, municipio de Francisco I. Madero, en 1914 donde revolucionarios villistas y carrancistas pasaban por la localidad exigiendo alimentos, y si no los proporcionaban, les quemaban sus casas.

Contaba también que en el centro llamado Tierra Colorada, en la colonia El Mendoza, dejaban a las niñas para que no las mataran o robaran y que incluso mi abuelita Chepa escondió a mi abuelito Víctor Aguilar Pérez en un baúl y lo cubrió con muchos trapos para evitar que se lo llevaran como soldado a la revolución. Otro detalle que contó fue que, en una oportunidad, los soldados tomaron como cuartel la iglesia de Santiago de Anaya y como castigo, todos los soldados empezaron a llenarse de piojos.

Cuando Pancho Villa pasó por Tepatepec y se acuarteló en la hacienda llamada El Mexe, cuenta mi abuelita que ella le lavó su ropa y le dio de comer, y como agradecimiento, cuando se fueron le regalaron un gran puñal que ella conservaba, pero desafortunadamente, cuando mi abuela murió, éste se extravió.

En esa época, 1914, cuando se llevaron a cabo todos esos sucesos de la revolución, en la población se desató una gran epidemia (peste, como la llamaron) de gripe, por la que mucha gente murió, y cabe mencionar que eran tantos los muertos, que en carretillas los llevaban al panteón, incluso aquellos que estaban a punto de fallecer, ya los llevaban a enterrar, y se hizo famosa la frase que en forma lastimera decía la pobre gente: “Quiero mi toilito” (quiero mi atolito). Solo se salvaban aquellos que tenían limones y xoconostles por sus propiedades curativas.



Otro detalle importante que cabe mencionar es que mi abuelito Víctor Aguilar Pérez tuvo una hermana llamada Clara Aguilar Pérez, la cual sí formo parte de las filas carrancistas.

Estos relatos los ilustro con una fotografía de mi abuelita Chepa. Tepatepec, Hidalgo, junio del año 2010, año del bicentenario de la Independencia y centenario de la Revolución Mexicana. (no incluidas en esta edición).



No fue un héroe, sólo un ser humano

Autor: Dery Iyair Mendoza Álvarez

Mi nombre es Dery Iyair Mendoza Álvarez; mis padres, José Mendoza Ramírez y Griselda Álvarez Ramírez, y esta es la historia de mi bisabuelo materno Felipe Ramírez Zúñiga, un hombre ejemplar que, ante todo, lo más importante para él fue su familia y el bienestar de la misma.

Hijo primogénito del Sr. Idelfonso Ramírez Martínez y la Sra. Teodula Zúñiga, peones de hacendados entre los años 1910 y 1929 en lo que hoy es el municipio de Mixquihuala, Hidalgo, y sus alrededores, mis tatarabuelos Idelfonso y Teodula, cansados de los malos tratos, la pobreza y la explotación de los hacendados deciden, con apoyo del gobierno, formar sus propias vidas y visualizar un nuevo futuro para ellos y para su hijo, debido a que en ese entonces, los peones de las haciendas eran forzados a trabajar más de 18 horas continuas y su pago, una ración de maíz a la semana, la cual tenían que mezclar con trigo o pulpa de maguey llamado “mechal” para comer y dar sustento a su familia; las mujeres, obligadas a los quehaceres de las haciendas y al cuidado de su niños además de la obligación de esposa, no podían aspirar a otra cosa, pues, al igual que sus esposos, no tenían derecho a la educación.

Cuando mi tatarabuelo Idelfonso Ramírez decide tomar la oportunidad que le brinda el gobierno para quitar parte de los territorios a los hacendados y tener la oportunidad de trabajar su propia tierra, no lo piensa. Él y cuatro personas más deciden establecerse en un lugar alejado de las haciendas y así comenzar con una nueva colonia. Pero no fue fácil; la falta de agua, luz e incluso vías de comunicación hacen sus vidas difíciles, sin embargo, mi tatarabuelo Idelfonso continuó con lo que había comenzado.

Mi bisabuelo Felipe nace un 5 de febrero de 1927, aún no hay escuelas cercanas y, por lo tanto, no pude asistir. Su padre le enseña un poco a leer y a escribir y durante su vida también lo enseña a sembrar, pastorear, a criar abejas para el consumo y venta de la miel. Con esto podían vivir mucho mejor que estando en una hacienda al servicio de la gente que lo tenía todo.

También aprendió, estando con su padre, a ser humilde y a trabajar con su gente, ayudar al que lo necesitara y proteger a los demás. Mi tatarabuelo, sus amigos y mi bisabuelo Felipe hacen



posible la creación de caminos y pozos para que la gente del pueblo no tuviera que caminar más de 5 km hasta encontrar agua para beber; esto se logra gracias al trabajo de varios años, palas, picos, yuntas en manos de hombres y mujeres que trabajaban día a día para el beneficio mutuo.

A sus catorce años de edad, mi bisabuelo pierde a su padre por falta de un médico y a consecuencia de sarampión, puesto que en ese entonces los niños y la gente no eran vacunados, ya que la gente creía que las enfermeras o los médicos que acudían a sus pueblos lo único que buscaban era el se [incompleto]

Sin embargo, esto le sirve a mi bisabuelo para convencer a todos de que los niños tenían que ser vacunados para protegerlos y evitar así la muerte de muchos de ellos. Poco a poco y con la unión de los habitantes que había en la región fueron dando forma a lo que hoy es la colonia Morelos, municipio de Mixquihuala, Hidalgo, que comenzara con sólo 8 personas.

Así, mi bisabuelo trabajó junto con su madre las tierras, las sembraban y luchaban para que su pueblo tuviera lo necesario para vivir. Cuando mi bisabuelo cumple 15 años, se casa con mi bisabuela la Sra. Crescencia Juárez Orozco; vecino de siempre, compartiendo las mismas carencias pero también las mismas costumbres, aceptan el matrimonio arreglado entres sus padres.

Entonces mi bisabuelo ya tenía las tierras que le había dejado su padre listas para ser trabajadas; construyó su casa de piedra y lodo, comenzó con techo de palmas que había en las cercanías, pero no dejó a su familia sola; a sus hermanos y madre siempre los ayudó económicamente.

Las cosas comenzaban a cambiar y a dar un giro rotundo, pues con años de trabajo mi bisabuelo ya había logrado sembrar en varias hectáreas de terrenos que tuvieron que ser acondicionados para las siembras; quizá no eran las mejores tierras del lugar, pero aun así, las hizo dar frutos.

Cuando cumple 18 años, mi bisabuelo Felipe es padre de mi abuela, la Sra. Ofelia Ramírez Juárez; teniendo una vida más desahogada, no tiene tantos problemas para mantenerla al igual que a sus otros 6 hijos que vendrían después. A los 21 años, junto con su suegro, mi tatarabuelo Emilio Juárez Martínez y otras personas deciden pedir al gobierno el apoyo para el envío de un maestro que enseñará a los niños a leer y a escribir, pero no es sino hasta 4 años más tarde cuando se cumple este sueño.

Para cuando a mi bisabuelo tenía 35 años, ya era una de las personas más importantes en el pueblo; se dedicaba a sembrar sus tierras, pero también a rentar otras para que de cierta manera, ayudara a la gente que apenas comenzaba; así, ellos ponían la mano de obra y mi abuelo el dinero para la semilla y la cosecha y las ganancias eran en partes iguales.

Él siempre fue un hombre recto, un hombre al que mucha gente apoyó y por lo tanto, también fue muy querido. A través de sus logros también pudo relacionarse con gente de dinero, gente del gobierno que utilizó para adquirir beneficios para el pueblo y logró muchas cosas, como lo fue la luz, un camino digno, la construcción de la escuela primaria con un profesor que la hacía de médico, juez, psicólogo, pues enseñaba a los niños a leer y a escribir, pero también era consultado por la gente cuando estaban enfermos, vacunaba a los niños, pues se convirtió en el hombre de confianza, ejercía autoridad y orientaba a las mujeres que eran maltratadas por sus esposos, producto del alcoholismo.

Todo marchaba de maravilla, los hijos de mi bisabuelo ya podían ir a la escuela, ya no tenían que acarrear agua desde muy lejos, ya había caminos para ir a vender los productos que cosechaban y comprar lo que les hiciera falta, ya había posibilidades de que en poco tiempo tendrían luz eléctrica y el crecimiento en sus bienes era por demás muy esperanzado.



Pero entonces ocurrió lo que nadie se imaginaba; el día 2 de octubre de 1969, teniendo sólo 42 años, fue víctima de un paro cardíaco y pierde la vida. Su esposa, sin imaginarse que él estaba muy enfermo del corazón, no pudo hacer nada y, peor aún, no supo enfrentar la situación.

Mi abuela Ofelia, la mayor de sus hijos ya estaba casada, sus demás hermanos ayudaban a mi bisabuelo pero no sabían administrar los bienes pues apenas comenzaban a hacerse cargo de algunas cosas. Acostumbrados a que mi bisabuelo resolvía todo, no sabían qué hacer y vendieron muchos de sus bienes a precios muy bajos; las tierras en renta que tenía las perdieron porque muchos de sus socios dieron por perdidos los contratos y otros desconocieron los acuerdos que se tenían de palabra.

Con los gastos, las pérdidas y la depresión mi bisabuela poco a poco fue terminando con todo el trabajo del bisabuelo, sus hijos hombres nunca aprendieron a valorar el esfuerzo tan grande y la dedicación de mi bisabuelo para conseguir lo que tenía, jóvenes lo despilfarraron, cada uno tomo su propio camino. Las hermanas de mi abuela Ofelia se casaron y se fueron, mi bisabuela Crescencia sólo se quedó con su hijo menor, Felipe, quien sólo pudo rescatar 4 hectáreas de terreno, las cuales hasta el día de hoy sólo puede dar en renta porque nunca aprendió a trabajar la tierra.

Mi bisabuela Crescencia tiene hoy la edad de 87 años y, desafortunadamente, a su edad y como es de esperarse, está muy enferma.

De mi bisabuelo Felipe con 41 años de su aniversario luctuoso, solo queda el recuerdo para algunos de sus descendientes. Estoy casi seguro de que algunos de mis primos no conocen lo que el bisabuelo hizo por su gente, ni siquiera tienen idea de que el lugar donde viven comenzó y se desarrolló gracias a gente como mi tatarabuelo Idelfonso y su hijo.

Yo sí quisiera agradecer a mi abuela Ofelia, que es mi abuela materna, por contarnos de nuestros antepasados a sus nietos entre pláticas y convivencia, pues con sus historias he logrado escribir algo de mi tatarabuelo, a quien imagino como un gran hombre y un ejemplo de fortaleza, lucha y sacrificio; qué decir de mi bisabuelo, quizá, si él viviera, las cosas serían distintas; tal vez no sería millonario, pero de lo que sí estoy seguro es que sería un excelente bisabuelo.

Tengo la fortuna de ser parte de esta historia, de ser un descendiente del Sr. Idelfonso Ramírez y del Sr. Felipe Ramírez; quizá el pueblo lo olvidó; solo algunos reconocen lo que hicieron; lo que sí me da mucho gusto es ser yo quien los admire por sus logros.

Luchemos hasta los últimos momentos

Autor: Jorge (incomprensible)

Me cuenta mi abuelita Josefina que su abuela María, en 1910, cuando inició la revolución, en el pueblo de los hules, en el municipio de Zacualtipán, llegaba gente de otros lados huyendo, porque los hombres se los llevaban y se unían a las tropas de Zapata. Las mujeres se escondían para que no se las llevaran.

Cuenta que la abuela María conoció a José, un joven apuesto, y se hicieron novios, pero se escondían, porque en esa época era malo que las señoritas se exhibieran ante el público. A él se lo llevaron para luchar, y por cinco años no lo vio; entonces ella pensó que estaba muerto. Sus padres de ella la iban a casar con un señor ya mayor, pero que tenía dinero. Faltaba una semana para celebrar la boda, cuando llegó José; estaba irreconocible, flaco y con sus ropas sucias. La abuelita María ya ni lo reconocía.



Cuando él le dijo quién era, ella se soltó a llorar de alegría. Ella les contó sus papás que estaba enamorada de José, y se enojaron mucho y le dijeron que no importaba, que tenía que casarse con su prometido, que ya les había dado dinero para el casorio. Dos días antes celebrarse el casamiento, ella y José decidieron huir y salvar su amor. Llegaron a vivir a Pachuca; allí se casaron. Él trabajó en las minas por años, y así ellos pudieron ser felices a pesar de todo.

Centro Tecnológico Leonardo Da Vinci.





Foto original: Félix U. Gómez

Jalisco

Los zamoristas

Autor: Giselle Verónica Zamora Benítez

Mi padre nos ha contado historias, pero ninguna como la de mi tatarabuelo.

Él era Pedro Zamora, uno de los aliados de Francisco Villa. Fue un militar mexicano que participó en la revolución mexicana. Nació en el palmar del Pelayo, en los alrededores de El Limón, Jalisco. Zamora estuvo en la región del valle de Tuxcacuesco durante diez años, convirtiéndose en uno de los guerrilleros más legendarios del sur de Jalisco.



Cuando Francisco Villa perdió el occidente en los primeros meses de 1915, mi tatarabuelo Pedro Zamora intentó recuperar Sayula el 28 de agosto sorprendiendo a los carranzas.

En el combate los zamoristas se retiraron en la madrugada, debido a los refuerzos carrancistas. Ante la falta de garantías, varias familias y pueblos se refugiaron en Sayula.

Para nuestra familia, es uno de los héroes de esa época que defendió a su gente hasta ya no poder; prefirió ya no seguir luchando, ya no más muertes, ya no más combate, por lo tanto, decidió esconderse. Pensaba su gente que él había muerto, pero no era así; él siguió su vida hasta que falleció de viejo.

San Julián, cuna de la Cristiada

Autor: Óscar Álvarez de Fiz

Si bien el levantamiento cristero se extendió por los estados de Jalisco, Zacatecas, Michoacán, Colima, Guanajuato y Querétaro, es en Los Altos donde alcanzó mayor intensidad y donde la memoria se mantiene más viva. Además, fue aquí donde estalló oficialmente el conflicto el 1 de enero de 1927. El tranquilo pueblo de San Julián presenció aquel día el levantamiento de sus vecinos que inflamó a toda la región alteña, excepto Cañadas.

Tres meses después, entraría al poblado el 78° Regimiento de Caballería a las órdenes del general Espiridón Rodríguez, quien iniciaba así su campaña de “desfanatización”.

Semanas más tarde, se impactarían en la iglesia de San José las balas durante el combate de San Julián. Estos vestigios rememoran, junto con los habitantes más ancianos, la victoria de Miguel Hernández y sus hombres que elevaría el ánimo cristero.

Otro hecho dramático fue el fusilamiento del sacerdote Julio Álvarez, utilizando como paredón la ermita donde hoy se ve la estatua del sacerdote, el cual fue recientemente canonizado.

Si San Julio Álvarez tiene su altar en la iglesia parroquial de San Julián, el de otro mártir, Santo Toribio Romo, se encuentra en Santana de Guadalupe, ranchería donde nació. Su casa ha sido habilitada como museo y ermita que se mantiene en servicio. La población está próxima a Jalostotitlán, corazón en Los Altos, que fuera dominio del batallón de San Gaspar al mando del teniente coronel Ramírez Oliva.



Acá llegaron los cristeros

Autor: Uriel González

Fue hace dos días, cuando estábamos en clase. Llegó el director de la escuela para darnos una indicación: deben hacer una historia de familia —nos dijo— en la cual narren hechos que tengan que ver con la historia de nuestro pueblo, de México.

Al terminar la clase, me puse a pensar quién me podría ayudar en esta tarea. Mis padres no han vivido en tiempos de acontecimientos relevantes para la historia y mis abuelos tampoco... Pero mi bisabuela sí, ella nació allá por el año 1916, más o menos, y ha vivido en esta región desde siempre. Es con ella con quien debo platicar.

Casi al final de la tarde, llegué a la casa de mi Mama Chuy —así le decimos de cariño a mi bisabuela— y le dije de mi tarea. Ella me contó la siguiente historia:

Fue en el tiempo en que Zuno el viejo era el presidente de Tuxpan. Yo estaba añejilla, pero me acuerdo muy bien porque el pueblo era chico y toda la gente se conocía. En ese entonces, se desató la revolución cristera y hasta aquí, a Tuxpan, llegaron los soldados, que por todos lados hacían barbaridades y mataban cristianos; entonces pusieron su cuartel en el mero centro del pueblo, en el portal Hidalgo, y andaban buscando a ver a quién agarraban.

Aquí nomás a la vuelta de la esquina, en el barrio de las Maravillas, donde en la calle Manuel M. Diéguez, en la casa donde vivió la maestra Domitila Ruiz, allí agarraron a un muchacho, jovencito, se llamaba Isabel. Y se lo llevaron con ellos, lo tuvieron en su cuartel preso —dicen que como tres días—, y luego lo sacaron y se lo llevaron lejos, allá para las vías del tren, y en el monte lo torturaron, lo dejaron hecho pedazos de su cuerpo por el tormento recibido y después lo fusilaron y lo dejaron colgado.

Allí se estuvieron mucho rato, esperando a ver quién llegaba por él, luego se enfadaron y se fueron.

Después, cuando el cuerpo del muchacho fue traído, toda la gente del pueblo tenía miedo y no se animaban a ir a rezar o a velarlo. Todo era como muy en secreto y con cuidado de que el gobierno no supiera nada.

Por eso, allá donde lo mataron, la gente le ha hecho una ermita y pusieron su fotografía. En esa pequeña capilla se ponen flores y le prenden veladoras... dicen que porque hace milagros. Tú debes de saber del lugar del que te estoy hablando, es donde las gentes le dicen *El ánima de Isabel*, allá donde se prolonga la calle Independencia, después de las vías del tren.

Saliendo de la casa de mi Mama Chuy, caminé hacia la vuelta de la esquina, como ella me dijo, y a la altura del número 45 de la calle Manuel M. Diéguez, en efecto, hay una placa que textualmente dice:

EN ESTA CASA NACIÓ
Y VIVIÓ EL JOVEN
ISABEL VARGAS ISABELES.
MÁRTIR POR SU FE.
8 DE JULIO DE 1901
13 DE ABRIL DE 1927

Hoy me he enterado de una historia nueva para mí, porque sí sé dónde es *El ánima de Isabel*, pero no conocía los detalles de la vida de este joven; por cierto, hay mucha gente que ni siquiera sabe que existió en nuestro pueblo, aquí, en Tuxpan, Jalisco.



Michoacán

Un periodo especial

Autor: Javier Ríos Valencia

Hace muchos años, pero muchos años, cerca del Cerro del Sombrero, habitaba la familia Cisneros Leiva; era una familia humilde pero con buenos principios y buen corazón.

Se dedicaban a la tierra y tenían unas cuantas reses para el queso y la leche, además de aves de corral y un pequeño huerto familiar.

La familia la integraba mi tatarabuelo, llamado Ignacio, y su esposa, Felícitas; ellos tenían 5 hijos de diferentes edades, la

mayor era Madalena, de 7 años; la segunda, Guadalupe, de 6 años; María, de 3 años; Sofía, de 2 años, y José, el único varón de la familia, que tenía unos escasos meses.

Todo iba bien en la familia, hasta que se supo de la Revolución, entonces todo era temor. La gente que antes se apoyaba incondicionalmente, ahora vivía asustada y temiendo que en cualquier momento pasara lo peor.

Dice mi mamá que le contaba su bisabuelita que todo ocurrió en una calurosa mañana del tiempo de secas, que su esposo, el Sr. Ignacio o Nacho, como le decía la gente y sus hijos, acababa de ordeñar las vacas y estaba echando fuera a los becerritos, cuando vio a lo lejos una nube de polvo. Se sobresaltó y corrió a la casa y le dijo:

—¡Felicitas, parece que viene un comando de soldados; huye al cerro con los niños, yo les haré frente!

Comenta mi abuelita, que mi tatarabuela era una mujer de pequeña estatura, pero de grandes cualidades. Y que le respondió:

—No soy yo la que corre peligro, el que corre peligro eres tú.

—¡Que no seas necia, huye con los niños; yo tengo un fusil y con eso me defenderé!

—Entra en razón, a mí qué me van a hacer, les puedo decir que soy una mujer sola, y me abandonaré a los deseos de mi Dios, él nos protegerá a mis hijos y a mí, ¡tú corre y vete, pero ya!

Nacho, después de pensarlo y dudarlo, se alejó pensando que tenía más posibilidades de regresar si huía que si se quedaba a enfrentarlos.

No tardaron mucho en llegar los soldados después de este diálogo entre los esposos. No eran tantos soldados como se esperaba, pero sí venían cansados, heridos y maltrechos. El teniente de ese batallón, o lo que quedaba, le preguntó:

—¿Dónde está el hombre de la casa?!, aún con voz fuerte y sonora.



—No está, en esta casa solo habitamos mis hijos y yo, si quieren algo de comer y hospedaje se los puedo dar, pero no por mucho tiempo porque mis reservas se están agotando.

El teniente observó el temple en la voz de mi tatarabuela y la decisión y le contestó:

—Pues deles de comer a mis hombres, y aquí descansaremos. ¡Rompan filas! desensillen caballos y denles de beber.

Mi tatarabuela, ni tarda ni perezosa, los atendió lo mejor que pudo, al día siguiente, el teniente le agradeció la hospitalidad y se alejó con sus hombres.

Mi tatarabuela se quedó de rodillas orando a Dios y le pidió que cuidara a su esposo, que si su esposo estaba en peligro, ella le ofrecía la vida de su único hijo, José, que sólo tenía 7 meses de vida, pero que era su adoración, porque ella no podía hacerse cargo sola de la familia, sobre todo en esos tiempos en los que la comida escaseaba y a cada momento se vivía en incertidumbre.

Pasaron los días y no tenía información de su esposo, hasta que una noche de luna llena y sofocante, sintió que alguien se acercaba. Inmediatamente tomó el fusil y preguntó:

—¿Quién anda ahí? Y escuchó la voz que tanto esperaba, la de su esposo, o sea, la de mi tatarabuelo.

—Él le comentó que a los tres días de haber huido, lo encontraron las fuerzas armadas de Porfirio Díaz, y lo llevaron con el teniente, pero que no supo porqué, el teniente le dijo:

—Vete, que tu esposa e hijos te esperan.

Él, sin preguntar más, corrió lo más rápido que pudo y regresó a su hogar. Mi tatarabuela solo sonrió, le agradeció a Dios y con toda la fortaleza le dijo:

—Es que le hice un pedido especial a Dios.



Foto original: Familia Calderón Vargas

Último retrato de familia

Autor: Carmen Saucedo Zarco

Esta es la fotografía más antigua y la única que existe de los Calderón Vargas, una familia de Acuitzio del Canje, Michoacán. Otilia, con las flores en la mano, era mi abuela paterna, fue la mayor de ellos y aquí aparece con sus padres, sus abuelos paternos y todos sus hermanos, justo un año antes de fugarse con mi abuelo Nicolás Saucedo, en 1935. Mis bisabuelos se llamaban Jesús Calderón y Natividad Vargas. Él era un demonio y sus hijas estuvieron a punto de quedarse solteras, pues no había pretendiente suficientemente valiente para acercarse a este ramillete de doncellas. Ella carga en brazos a los dos últimos de su larga prole. Mis tatarabuelos se llamaban María Rodríguez y



Lorenzo Calderón. Mis tíos tenían los nombres más bellos de la gente del rancho: Crescenciana, Elvira, Rafaela, Delfina, Celso, Quirina, Elfego, Guadalupe, Alicia, Gonzalo y Ofelia.

Ellos trabajaban la tierra, eran campesinos, pero fueron muchos y la tierra poca. Por eso unos se fueron a Alaska, otros a Los Ángeles y a la Ciudad de México, donde trasplantaron sus vidas, donde se hicieron obreros, donde pusieron sus negocios, donde fueron regando el apellido, donde cultivaron sus sueños, donde añoraban el verde de los fresnos y el sabor de las tortillas, donde se niegan a olvidar el rancho, donde les van naciendo los nietos, y donde se han ido muriendo...

Mi abuelo Zeferino

Autor: Juan Alberto Carachure Lino

Mi abuelo materno se llamaba Zeferino Lino Mojica; nació un 26 de agosto del año 1895 en la comunidad de El Huizachal, municipio de San Lucas Michoacán. Sus padres fueron el señor Pantaleón Mojica y la señora María de Jesús Lino, quedando huérfano a los 7 años de edad porque se murió su mamá; su papá lo abandonó.

Y por eso él se fue a vivir con unos tíos por un buen tiempo; después, regresó a la casa paterna y se unió a sus medios hermanos por parte de su papá, que eran tres hermanas, y con él eran cuatro hermanos.

Mi abuelo se dedicó siempre a las labores del campo y salía con sus tíos de arriero a otros lugares, donde llevaban carga para vender y a veces tardaban como ocho días para regresar porque en esos tiempos no existían los medios de transporte. Después, a los 23 años se casó con la señora Gonzaga Calvillo, originaria

de la comunidad de San Jerónimo, municipio de San Lucas Michoacán, con la cual tuvo tres hijas y un hijo.

A los 40 años de edad, se le murió su esposa, después conoció a mi abuelita materna María Circuncisión Valencia Gómez, hija de mis bisabuelos Ricardo Gómez y Avelina Valencia, originarios de la comunidad de Tacupa, municipio de San Lucas Michoacán. Se casaron en la comunidad de El Huizachal, municipio de San Lucas Michoacán, donde procrearon tres hombres y cinco mujeres, de los cuales viven actualmente dos hombres y tres mujeres.

En Huizachal, donde vivieron siempre dedicándose a la agricultura y la ganadería, tenían muchos terrenos a orillas del Río Cutzamala y del Río Balsas, donde sembraba maíz, frijol, ajonjolí, calabaza, comba, ejote, jitomate, lentejas, arroz, chiles, rábanos, cebolla, cilantro, camote. Tenían huertas de mangos, guayabas, limones, plátanos, ciruelas, papayas, caña dulce, pinzanes dulces y matas de carrizos. Criaban chivos, vacas, perros, gallinas, yeguas, burros, caballos, puercos, guajolotes, patos, pichones.

Y mi abuelita se iba a vender a la feria que se hace en San Lucas Michoacán de la Candelaria, que inicia el 2 de febrero y dura ocho días, y vendía camotes horneados en las comunidades cercanas. Para hornearlos, hacían un hoyo en el suelo de una profundidad de dos metros y lo aplanaban por dentro con lodo y le ponía leña gruesa para que se hiciera brasa y después se la sacaban y echaban los camotes, los tapaban y los dejaban durante una hora y después los sacaban para venderlos.

Mi abuelito tenía un barco grande y pasaba a la gente de otras comunidades que tenían que cruzar el río para venir a comprar a Ciudad Altamirano, municipio de Punparabato, para comprar las cosas que necesitaban; también pasaba a la gente que venía a lavar al río Cutzamala.



En esos tiempos, hubo una creciente muy grande en el año 1964, donde el Río Balsas y el Río Cutzamala se salieron de sus cauces, entonces muchas personas perdieron sus cosechas y mi abuelito tenía como 500 piñas de ajonjolí, mazorca amontonada y había milpa con elote, toda se la llevó, y nada más alcanzó a salvar como 100 piñas de ajonjolí; también ayudaron a una familia que estaba cuidando una huerta de un tío mío. Entonces las autoridades del Estado ayudaron a la gente, trayendo frijol, dulce, pescado seco, chacal seco.

Mi abuelito contaba que las tierras de Huizachal le pertenecían a un español que se llamaba Francisco Pérez.

El señor Francisco Pérez murió y quedaron abandonadas las tierras y sólo unas cuantas personas se atrevían a adueñarse de dichas tierras, pero el general Lázaro Cárdenas del Río fue el que apoyó para la repartición de esas tierras, porque él mucho visitaba a la comunidad de Tacuba, Michoacán, llegando con la familia Valencia. Eso le contaba mi abuelito a mi mamá; también le contaba de las hazañas que hizo José María Morelos en Carácuaro, Nocupétaro, Zitácuaro y Morelia.

Asimismo, en El Huizachal hay una yácata encantada que se abre el 24 de junio, cuando es el día de San Juan, y se dice que en esa yácata los tarascos rendían culto a sus dioses; muchos encontraban figuras de barro, según cuentan, que tienen oro. Además había más yácatas en el Cuajilote, El Naranjo, etcétera.

Mi mamá ocupa el cuarto lugar entre sus hermanos. Ella me cuenta que, cuando era chica, no había escuelas en todos los lugares para estudiar, sólo en unas comunidades en El Huizachal; tuvo que ir a estudiar primer año y segundo año de primaria; después se tuvo que trasladar a Ciudad Altamirano, donde estudió la primaria completa y la secundaria; como no había mucho transporte, se trasladaba de Huizachal a Altamirano caminando.

Me cuenta mi mamá que no había luz eléctrica en donde vivía y no tenían estufas ni televisión; sólo contaban con un radio de pilas, se alumbraban con un aparato que consistía de un botecito, una mecha de tela y petróleo; con eso se alumbraba para hacer sus tareas y planchaba con plancha de acero, calentándola con la braza. Luego, en 1988 fue cuando ya tenía luz, entonces empezó a haber molino de luz.

En 1990, conoció a mi papá, siendo el segundo hijo de mi abuelito Juan Carachure Huelvas y mi abuelita Olegaria Casimiro Urieta, originarios de la comunidad la Tejería, Michoacán.

Mis abuelos paternos se dedicaron a la agricultura y a la elaboración de tabique rojo y mi papá se dedicó también a esas labores. Mi papá realizó todos sus estudios en Ciudad Altamirano. Mi papá ha trabajado en INEGI, IFE, Subcomité Estatal Productores de Bovino de Michoacán. Le gusta participar en reuniones de política, etcétera.

En 1991 se casaron mi mamá con mi papá en la comunidad de la Tejería, Michoacán, y tuvieron dos hijos, mi hermana y yo. Soy el segundo hijo que formó parte de la familia. Terminé la educación preescolar en Riva Palacio, Michoacán, asimismo, terminé la educación primaria y la secundaria en Riva Palacio, Michoacán.

Actualmente estoy estudiando en Centro de Bachillerato Tecnológico Agropecuario No. 18. Sólo cuento con mis papás porque todos mis abuelitos fallecieron.

Actualmente vivo en Riva Palacio, Michoacán, y tengo 16 años de edad.



Morelos

Héroes locales

Autor: (Incompleto)

JOSÉ BARRETO Y MARÍA VELÁZQUEZ fueron mis bisabuelos, unas personas trabajadoras del campo de gran corazón y coraje, valientes que lucharon por el derecho de las tierras y el agua ante los hacendados españoles al lado de Emiliano Zapata! Llamados “zapatistas”, fueron grandes revolucionarios.

JOSÉ BARRETO, mi bisabuelo, era el general al mando de las fuerzas de la región oriente de Morelos, que comprendía: Tlacotepec, Zacualpan de Amilpas, Temoac, Tétela del Volcán, Hueyapan y Amayuca.



Fue un guerrillero que tenía su propio grupo de personas, mismas que ayudaban en guerras, también recordado como un rebelde que se oponía a los hacendados y al gobierno, rebelde que luchó y luchó hasta desfallecer.

José Barreto fue una de las personas más allegadas a Emiliano Zapata; organizó y convocó a un grupo de guerrilleros para luchar contra la injusticia del gobierno y contra hacendados. Contaba con el apoyo incondicional de sus tropas, con quienes se comunicaba con cuernos.

Siempre que se acercaban los “guachos”, tocaba su cuerno “uhuuuuuu”; en ese mismo momento, las mujeres de Tlacotepec corrían con sus hijos a las cuevas de las barrancas cercanas para poder protegerse, debido a que los “guachos” abusaban de las mujeres del poblado, golpeaban a los niños y robaban sus comidas o productos para alimentarse ellos.

José Barreto es recordado porque era un líder nato; lo quería la gente de los pueblos. Mi bisabuelo murió en una emboscada mientras intentaba cumplir una misión con sus tropas; fue engañado por el enemigo y cayó muerto. Aunque realmente nunca se supo la fecha real, se dice que murió en el 20 de enero; sólo sabemos que, cuando desapareció, mi abuelita tenía apenas 6 meses de nacida. Ahora la gente mayor lo recuerda como la persona que estuvo al mando de las tropas que les otorgaron tierra, agua y libertad.

MARÍA VELÁZQUEZ, “LA GENERALA”, mi bisabuela, se ganó su nombre porque, al morir mi bisabuelo, ella tuvo que trabajar en el campo; comandaba de 1 a 60 personas cuando se quería cortar algún producto natural: frijol, ejote, jitomate, etcétera. Los campesinos que querían su servicio sólo se presentaban con ella y le decían: “Hay esta, María, tengo chamba”; con eso, ella organizaba a los trabajadores para cortar el fruto o vegetal. Aunque también su nombre fue otorgado porque sabía organizar

y comandar las tropas de José Barreto, María era respetada al igual que él.

Se llegó a creer que María fue la esposa de José, aunque no fue así; María solo vivía con él, pero sin compromiso alguno, a pesar de que tuvieron hijos juntos.

Tras la caída de Emiliano Zapata en 1919, José Barreto, María Velázquez y otras personas que estaban al frente de las fuerzas revolucionarias estaban en peligro, porque el gobierno los buscaba por haber comandado las fuerzas “zapatistas”.

Ya era rutinario que los “guachos” fueran a la casa de mi bisabuelo a buscarlo para poder matarlo; por suerte, no lo encontraron nunca. Sólo se le pudo matar hasta que lo emboscaron, al igual que a Zapata.

Ahora ya no muchos recuerdan a mi bisabuelo don José Barreto, y los pocos que lo recuerdan dicen: “José Barreto está contento porque, después de todo, logró su reto”.

Relato de mi bisabuelo

Autor: (incompleto) Rivera

Mi bisabuelo cuenta que cuando era niño le tocó vivir la revolución, que fue cuando Emiliano Zapata tuvo su cuartel general en Tlaltizapán, Morelos. Él vivía a una cuadra del cuartel general y por lo mismo, él llegó a ver a Emiliano Zapata en varias ocasiones pasar con su escolta. Su mamá tenía una tienda que a la vez servía como cantina. A él nunca le simpatizaron los zapatistas porque escuchaba decir a su madre que, por culpa de los zapatistas, el pueblo se iba haciendo más inseguro.

Cuenta mi bisabuelito que, cuando Tlaltizapán fue atacado por los carrancistas, él y su familia se iban a esconder al campo santo (panteón) y su hermano el mayor tenía que irse a esconder hasta la cima del Cerro Santa María por miedo a que hubiera otra matanza como la del 13 de agosto, donde murieron degollados tres de sus primos. Contaba que los jóvenes que no se escondieran eran sacados y arrastrados por caballos de sus casas; porque pensaban que eran zapatistas, los llevaban arrastrando por toda la vía del ferrocarril hasta llegar al río dulce. Muchos fueron colgados en palos prietos en la plaza principal de Tlaltizapán.

Mi bisabuelo decía que en el corredor de su casa, aproximadamente como de unos 20 metros, era donde colocaban a todos los muertos que caían en las calles. En aquel tiempo, aparte de la matanza, se originó una peste que debido a todos los muertos que quedaban ahí tirados sin ser sepultados; esa peste mató a mucha gente. Mientras Zapata estuvo dominando esta zona, siempre hubo suficiente alimento para que comieran tanto zapatistas como gente el pueblo.

El bisabuelo decía que los zapatistas enterraban monedas de oro en el Cerro de Santa María; decía que subían costales llenos de dinero a caballos que tenían que atravesar todo el río salado. Cuando los zapatistas tuvieron que huir, el pueblo quedó abandonado. Muchas casas quedaron saqueadas, quedando solo las paredes solas.

Cuenta mi bisabuelo que Zapata siempre fue un hombre bien querido por toda la gente de pueblo porque era demasiado alegre y amistoso; además de ser coqueto con todas las muchachas, él tenía muchas amistades y le gustaba visitarlas a menudo, y en ocasiones se tomaba fotos como de recuerdo y se las firmaba con mucho cariño. Zapata, para poner su cuartel general, escogió a Tlaltizapán porque el pueblo era demasiado devoto a la imagen del padre Jesús, y eso a él le beneficiaba; también era una buena



zona geográfica, además de todo eso, los cerros le favorecían mucho porque así podía ver cuando un enemigo se acercara.

Gabino Lira, un trovador de la Revolución

Autor: Maristel Verenice Jiménez Lira

Hace ya más de 8 años que mi bisabuelo Gabino Lira Sánchez falleció a la edad aproximada de 108 años y aún lo sigo extrañando; siento no haber prestado más atención por la historia, pues en ese momento aún era pequeña. Podía ver cómo los adultos (incluido mi papá) se sentaban alrededor de él a escuchar sus corridos revolucionarios, sus increíbles y fantásticos relatos, entre otras cosas. Él era trovador y se dedicaba a cantar los corridos de la revolución, todos los sucesos que acontecían en el diario vivir revolucionario, por dondequiera que andaba. Son muchísimas las anécdotas, pero quiero compartir con ustedes un poco de lo que fue la vida de mi tatarabuelo y de mi bisabuelo.

La historia se desenvuelve en un pequeño municipio de Tenancingo, Morelos, conocido como “Los sauces”, el cual fue fundado por mi tatarabuelo Lucio Lira junto con otras tres familias.

Mi tatarabuelo tuvo a mi bisabuelo Gabino, y cuando estalló la Revolución Mexicana, se calcula que tendría como 14 años. Un día yo le pregunté: “Abuelito, ¿en sus tiempos había escuela?”, y él me contestó con buen sentido: “Había escuela pero pa’ correr”. Según entiendo, mi bisabuelo tuvo la oportunidad de conocer a Zapata de cerca, pues mi tatarabuelo Lucio en sus tiempos era visitado por Zapata en su casa, pues se dedicaba a curar con hierbas, así que el general acudía a él para que le preparara remedios para que no lo envenenaran (aunque se sabe que tomaba

sus precauciones, como que otro probara primero la comida). Así creció la amistad de mi tatarabuelo y Zapata. En ocasiones, cuando estaba cerca del pueblo entre cerros o en cuevas, mandaba a mi bisabuelo a que le llevara un itacate (comida). Un día, el mismo Zapata le encargó un mandado y le dio un papel que a cualquiera que lo viera se lo tenía que enseñar para que no lo mataran. Y se tenía que acomodar a andar durmiendo en el campo y hasta comiendo unos llamados piñones.

Mi bisabuelito también decía que en ocasiones el general Zapata llegaba a su casa con un amigo extranjero rico, quizá por este motivo se levantaron especulaciones en cuanto a su muerte (pues muchos decían que no era el General sino su compadre). Quién sabe si esto será cierto, lo que sí, es que el general Zapata es hasta la fecha un icono nacional, quien marcó a la gente con ese “Tierra y Libertad”.

México es mi país y estoy orgullosa de ser mexicana, y a 200 años de la Independencia y a 100 años de la Revolución... puedo decirlo con pasión: ¡¡¡Viva México!!!

Corrido de la muerte de Zapata:

Escuchen señores, oigan
el corrido de un triste acontecimiento:
pues en Chinameca ha muerto a mansalva
Zapata, el gran insurrecto.

Abril de 1919 en la memoria
quedará del campesino,
como una mancha en la historia.



Campanas de Villa Ayala
¿por qué tocan tan dolientes?
es que ya murió Zapata
y era Zapata un valiente.

El gran Emiliano que amaba a los pobres,
quiso darles libertad.
Por eso los hombres de todos los pueblos
con él fueron a luchar.

De Cuautla hasta Amecameca,
Matamoros y el Ajusco,
con los pelones del viejo don Porfirio
se dio gusto.

Trinitaria de los campos
de las vegas de Morelos,
si preguntan por Zapata
di que ya se fue a los cielos.

Don Pablo González
le ordena a Guajardo que le finja un rendimiento,
y al ver a Zapata disparan sus armas
al llegar al campamento.

A la orilla de un camino
corté una blanca azucena,
a la tumba de Zapata
la llevé como una ofrenda.

Señores ya me despido
que no tengan novedad.
Cual héroe murió Zapata
por dar tierra y libertad.



Mi bisabuelo revolucionario

Autor: María Fernanda Apaez Ramírez

Al hablar del Centenario de Revolución Mexicana, me viene a la mente mi bisabuelo Emiliano Ramírez Ramírez, quien falleció a la edad de 98 años el día 26 de mayo del 2010.

Sus pláticas eran muy interesantes; siempre nos contaba anécdotas de cuando sus padres se escondían en las cuevas del Cerro de la Flores. Todas las mujeres permanecían en esos lugares, donde resultaba difícil acceder si no conocías el camino para llegar al lugar del escondite, donde los jefes del lugar recibían órdenes que enviaba el general Emiliano Zapata para poder salir o permanecer en las cuevas.

También mi Abu nos contaba que en el Árbol de Amate, que en la actualidad todavía está en la entrada del Mercado Municipal de Xochitepec, colgaban a los campesinos que eran atrapados por los soldados y los dejaban mucho tiempo en el lugar para que las personas que pasaban por allí vieran lo que les ocurriría si se unían a los revolucionarios, pero no importaba porque los campesinos estaban decididos a luchar por su libertad y sus tierras.

Me contaba mi Abu que Mariano Matamoros, cuando iba rumbo a Chilpancingo, Gro., tomó ese lugar para descansar junto con sus acompañantes. Por eso, al estar junto al Árbol del Amate se vienen a mi mente tantos recuerdos, sobre todo sentir la presencia de mi abuelo. Gracias Abu por tus pláticas.

México, un país de grandes historias

Autor: Javier

Esta es una historia que me contó mi abuela. Me dijo que su abuelo era un campesino que trabajaba en su huerta cultivando naranjas y elotes, y que un día el ejército de Zapata pasó por el municipio de Linares, arrasando con todas las tierras que se encontraban en buen estado, y que a los campesinos, si no querían regalar sus tierras a los zapatistas, los iban a matar ahorcados, aventándolos a una noria amarrados del cuello.

Un día, los zapatistas pasaron por el terreno del abuelo de mi abuela, y en ese momento, iba llegando él corriendo enojado, gritándoles que no se llevaran nada, que él no les había hecho daño para que les hicieran eso. Los zapatistas, sin rencor alguno, pescaron al abuelo de mi abuela y lo llevaron a la noria para ahorcarlo, ya cuando estaban a punto de amarrarlo, la esposa del abuelo de mi abuela les gritaba que lo dejaran en paz. Como estaba embarazada, al gritar tanto de la tristeza, se desmayó. Los zapatistas, al ver esa escena de tristeza, los dejaron libres y, aunque les quitaron las tierras, siguieron esforzándose por lograr sacar adelante a nuestra familia. El hijo de la abuela de mi abuela nació sordo por los gritos de la abuela.





Nayarit

Relato de la lucha por las tierras en Jomulco, Nayarit

Autor: Octavio Pérez Luna

En este relato contaré algo de la transcendencia de algunos integrantes de mi familia. Me cuentan mis padres que mi bisabuelo, específicamente el señor Ángel Luna, originario de esta comunidad de Jomulco, Nayarit, formó parte por la lucha de tierras en esta comunidad; él participó en las luchas por la adquisición de tierras. Esto le llevó mucho sufrimiento, como



fue peleas, desveladas, ya que se reunían en grupos y dormían afuera de lo que en su época eran los recintos oficiales de la comunidad indígena. También pasaron hambres, ya que en muchas ocasiones no consumían alimento alguno, por estar en lucha de sus objetivos; además, en esa época la situación económica era más difícil en estas comunidades que hoy en día, y por eso sus esfuerzos por lograr un terreno era mayor que hoy en la actualidad, ya que la mayoría de tierra era propiedad de personas ricas que con su poder económico se abarcaban grandes extensiones de tierras por la facilidad que tenían porque aún no estaban reguladas por el gobierno.

Ellos para mí y para nuestra familia fueron nuestros héroes porque lograron sus objetivos a base de esfuerzo y su propio sudor; lograron adquirir terrenos que poco a poco fueron transformando en parcelas para poder realizar algún cultivo, como es el maíz y algún otro. En nuestros días todavía podemos disfrutar de los beneficios que nos dejaron como herencia ellos. Mis padres continúan con la herencia de ser orgullosamente campesinos para no dejar atrás ese gran tesoro que con esfuerzo fue obtenido por los familiares que hoy ya no están con nosotros y trataremos de impulsar las actividades en el campo para no perder la tradición de estar haciendo cultivos en esas tierras que tenemos como patrimonio familiar y que de esta manera lucharemos por que esas tierras continúen con ese valor histórico por el cual se luchó con mucho esfuerzo.

Este es un poco de historia por el esfuerzo de la lucha por la tierra por algunos integrantes de la familia Luna Yáñez, por eso nos sentimos orgullosos de pertenecer a la comunidad de Jomulco, Nayarit, México.



México 1929

Amatlán de Cañas, Tepic, Nay., México

Autor: Marie

La historia se remonta en un pequeño pueblo llamado Amatlán de Cañas en el estado Nayarit; la familia Salas Sánchez era humilde y extensa; el padre era un común arriero que sostenía 11 hijos y una esposa.

La vida de mi bisabuela, Agripina, la más pequeña de las hijas, transcurría en aprender de su madre y hermanas, en hacerse cargo de sus labores.

México se encontraba en una época mala. Las llamadas “pestes” de viruela, sarampión y disentería abatían a la población que no se encontraba para combatir estas enfermedades. Uno de los miles de mexicanos que murieron al padecer este mal fue el hermano de mi bisabuela con tan sólo 7 años.

Corría el año de 1929, cuando aún abatían los movimientos de la Guerra Cristera en México, y mi bisabuela fue testigo de la invasión de más de 400 de ellos al pueblo de Amatlán. Eran hombres de clase baja que iban en lucha contra el gobierno y contra las injusticias que impedían el culto libre; según dice, se desencadenaban balaceras por días en las que morían cientos y que estos llegaban a las casa exigiendo comida y atención; los habitantes estaban obligados a hacerlo y aun así temían por la vida de los integrantes, especialmente de las mujeres jóvenes, ya que estaban expuestas a abusos.

Fueron días difíciles y a la marcha de los cristeros llegó el ejército, el cual abusaba también exigiéndole al pueblo. Cuentan que en un enfrentamiento con los cristeros el coronel quedó rodeado y prometió autorizar el libre culto religioso durante su estancia en ese poblado; poco a poco, se fue recuperando el

orden y fue exactamente a fines de ese año cuando concluyó la Guerra Cristera.

Nuestra tierra a través de sus ojos

Autor: Lizeth Flores Herrera

Recuerdos, sueños y vidas al pie de la tierra más hermosa que mis sentidos han conocido... todo lo que sé y soy ahora es gracias a una serie de personas que afortunadamente se encuentran en la mejor unidad forjada por el cielo: la familia.

Mi familia es algo particular, rara, especial, en fin, existen muchos sinónimos, pero las razones las cuales nos unen a la tierra del maíz comienzan en Tabasco, municipio del estado de Zacatecas.

Mi tatarabuelo llamado Andrés Rodríguez Márquez residía allí junto con sus otros hermanos, meros sobrevivientes de la revolución. Tuvieron encuentros con el general Pancho Villa, el general Fierro, que, por cierto, parecía jamás acabársele las anécdotas de este personaje, según mi abuela.

En una de tantas batallas, al hermano mayor de mi tatarabuelo lo hirieron con 7 balazos, mas este sobrevivió, igual que él, con una gangrena, la cual se curó colocándose en la pierna izquierda un pedazo de braza de mezquite. Fue padre de familia de 12 hijos, una de ellos, mi bisabuela, Teresa Rodríguez; de allí se fue a Los Ángeles a trabajar; por cierto, fue un hombre muy instruido a pesar de la época. Hablaba inglés y, de hecho, su pasión por los instrumentos musicales lo llevó a formar una banda en el lugar. Era compositor; instruyó a todos sus hijos en el canto. Le encantaba leer de igual manera, de hecho, a sus nietos (entre ellos mi abuela), les solía comprar todos los sábados por

la tarde en uno de esos puestos callejeros la revista *Life* y no se diga la pasión que tenía por los instrumentos, hasta que una vez, su esposa, no muy amante de este sentimiento, pareciera más grande que su amor por ella, se los tiró todos a la basura; claro está que a él no le pareció, pero era la única forma de que ya no se fuera tan constantemente hacia el paso del norte. Incluso al morir, dejó muchas de sus posesiones verdaderamente valiosas por el sentido familiar, como libros, revistas, cartas de amor a su querida esposa, un disco que había grabado con su grupo “Los Solitarios” y composiciones, algunas las cuales Antonio Aguilar se las había comprado. Él fue el recuerdo más cercano de la pasión por la música y danza mexicana que ahora llevo en las venas.

Siguiendo con esta historia, la siguiente de la cual hablaré es mi bisabuela actualmente viva, Teresa Rodríguez, ella se casó muy joven al cumplir exactamente los 14 años de edad con mi bisabuelo Ramiro Santana, de ese entonces 22 años, y la historia es muy divertida. Resulta que él le propuso que se escaparan a los 5 meses de conocerse, pero mi mamá Tere (como le digo de cariño), aunque se la llevaban las prisas por irse, se negó, así que mi bisabuelo comenzó con un pequeño chantaje, y si bien recuerda mi abuela, le dijo algo más o menos así:

—Teresa, escátese conmigo, porque si no, me obligará a ir a la revolución.

Y pues no tuvo más “remedio” que irse con él. La vida de casados fue muy difícil. Él fue muy mujeriego y mi mamá Tere, en vez de ponerle remedio al asunto con él, prefería siempre irse a pelear en las calles de Zacatecas por las vecindades con sus amores no tan secretos. De ese matrimonio nacieron 9 hijos, mi abuela, la mayor. Y a pesar de las situaciones maritales, económicas y sociales de la época, cuenta mi abuela que su padre fue muy



cariñoso con ella y la hija segunda que nació; jamás se avergonzó de que fueran mujeres.

Al llevarnos a comprar zapatos o una nieve a la plaza de Tabasco, tuvo muy buenos recuerdos, a pesar de que el lugar donde vivían era puramente un rancho en las afueras de Zacatecas. Recuerda muy bien la Presa del “Chique”, donde hay miles de anécdotas más, los ranchos del lugar, las personas, sus vestimentas comunes (faldas hasta la rodilla, zapatos desgastados, camisas frescas), las comidas típicas y las costumbres para estas, por ejemplo, mi bisabuela mataba a las gallinas tomándolas por el cuello y dándoles vueltas hasta que este se desprendía del cuerpo, método poco ortodoxo, pero común por esa zona.

Bueno, cada vez me acerco más a mi nacimiento. En cuestión a mi abuela y mi abuelo, su historia es algo repetitiva, me explico. Como mi bisabuelo tenía una constructora, viajaba constantemente por toda la República Mexicana y mi bisabuela, por celarlo, jamás se establecía en un lugar fijo a vivir, causa de la cual mi abuela nunca duraba más de 2 meses en escuelas. Llegó a estar en escuelas urbanas de Coahuila, Zacatecas, Monterrey, Guadalajara y demás. En una ocasión, llegaron a un rancho llamado “Ciénegas de Mancillas”, en Río Grande, Zacatecas. Como aún no tenían casa y era un gasto mal empleado, por lo mismo de los constantes movimientos, rentaron un cuarto con unos viejitos del lugar. Esos viejitos eran abuelos de mi ahora abuelo, Alfonso Herrera, de ese entonces 16 años, y ese fue el escenario perfecto para que mi abuela Idalia Santana, de 12 años, cayera profundamente enamorada de aquel muchacho.

Constantemente se hacían bailes en los ranchos. Cuenta mi abuela que en las bodas, por ejemplo, como no había tocadiscos en el lugar aún, se tocaba por medio de una camioneta que traía uno de esos en la parte trasera y con eso la gente ya sabía que ahí venía “el tocadiscos móvil” y se armaba la fiesta. Se solía escuchar

mucha polka por esos rumbos, incluso mi abuela tiene algunos acetatos de algunos grupos que marcaron su niñez, como “Los Gorriones del Topo chico”, “Poncho Villagómez”, “Rogelio Gutiérrez”, “Homero Prado” y demás. Pero como mi bisabuela no la dejaba salir a bailar por la edad, ella se escapaba y se veía con mi abuelo detrás de algún río o piedra. Tuvo muchos problemas con su único, primer y último novio, que fue mi abuelo, ya que la iglesia no los quería casar por chicos, así que sólo se casaron por el civil. Y cuando esto pasó, mi bisabuela se llevó a mi abuela con unos parientes suyos para que mi abuelo jamás la encontrara. Pero como en esa época todos escuchaban la radio, ella le mandó dedicar una canción diciéndole en el mensaje en qué rancho estaba. Así que mi abuelo y su mamá fueron hasta allí con una orden judicial, ya que después de todo, ella era legalmente su esposa. No tuvieron más remedio que dejarla ir, pero tardaron años en perdonárselo a mi abuela sus padres.

En cuestión a los padres de mi abuelo, llamados Prejedis Hernández y Francisco Herrera, su historia es también parte de mis recuerdos no vividos pero de tanto oír anécdotas, es curioso, ya que lograron crearme un sentimiento nostálgico. Él era de las familias ricas y bien acomodadas del rancho, algo menos que un hacendado. Compraban su comida siempre por costales al mayoreo; eran agricultores. En cambio, ella era una de las personas más humildes, originaria de Tlualillo, Durango, y en el rancho no la querían por eso y porque se sabía a voces que ella estaba enamorada de él, cosa que no tenía nada de malo si no fuese porque mi bisabuelo tenía una novia de ya hace años, estaba pedida y dada. Mas sin embargo, un día él, le habló a mi bisabuela para novia, pero obviamente de pura vacilada, porque sabía lo que ella sentía por él. Ella, pues muy emocionada, aceptó y se mandaban cartas que dejaban debajo de una piedra café porosa junto al arroyo; pero la mayoría de las veces ella recogía las mismas cartas



que había dejado porque él ni siquiera las había ido a levantar; y aunque ella sabía que el tenía un compromiso grande con la otra muchacha, no le importó; se seguía llamando “La novia de Francisco”, y así duraron durante tiempo, hasta que un día se celebró una boda en el rancho “Las Piedras”, y la novia que el tenía se fue a escondidas al baile; él se enteró y se enojó a tal grado que fue hasta la casa de mi bisabuela a chiflarle, y con una seña le indicó que se vieran en el río donde tomaban agua; ella acababa de ir por el agua, pero rápidamente, emocionada, rompió el cántaro y fue hasta el lugar, esperó, esperó, y él no llegaba, así que llenó el nuevo cántaro que traía y decidió irse, mas en el camino de vuelta se lo encontró entre la hierba y él le dijo:

—Prejedis, baje el cántaro, que me la voy a robar.

Ella no respondió nada, así que volvió a insistirle:

—Bájelo, porque si no, se lo voy a quebrar.

Y ella muy sutilmente pero con el alma llena de éxtasis respondió:

—Pa'robar... nomás los hombres.

Y aunque sabía el problema que había tenido con su prometida, a ella no le interesó. Ella quería estar con él por siempre. Entonces, al decirle esto, la tomó y se la llevó en un brazo; mi bisabuela pataleaba a más no poder, pero en el fondo estaba brincando de gusto. Pues ya se imaginarán el matrimonio que fue, pero a pesar de todo, duraron 60 años de casados y sólo porque él falleció a los 94 años, y es aun ahora que su eterna enamorada con unas pequeñas muestras de lo que fue su juventud y experiencias de la edad marcadas en su rostro se va todos los días al cerro del rancho a estar con su esposo, al cual amó como nadie en la vida que aún goza.

Continuando con la línea de historias, la próxima en aparecer a escena es una persona ya más cercana a mi vida diaria, mi abuela Idalia Santana Rodríguez. Según cuenta, cometió el mismo



suicidio que su madre. Continuando con el relato que me quedé de ella, ya cuando mi abuelo se la robó y él y su mamá fueron hasta el rancho con la orden judicial, se dirigieron directamente a casarse por la iglesia, ya que mi abuela era y aún es muy creyente de la religión católica, pero el padre no los quiso casar por su corta edad, entonces sólo se casaron por el civil. Tuvieron en el rancho a dos hijos, primero una hija llamada Aidé Herrera Santana, pero ahora yo la conozco como “mamá”, y mi tío que nació con discapacidad, Carmelo Herrera Santana. El obispo se dio cuenta que la primer hija fue registrada como legítima, cuando debía haber sido natural, y les llamó a los padres de mi abuelo para que los animaran a casar inmediatamente. Una vez casados, mi abuelo consiguió el trabajo que conserva hasta la fecha en una máquina haciendo construcciones y caminos. Se fueron a vivir 7 años al Estado de México, donde nacieron dos hijos más, María Guadalupe Herrera y Alfonso Herrera. Esos años fueron muy difíciles para mi abuela, ya que se dio cuenta de la discapacidad de su hijo. Se la pasaba yendo y viniendo con él en urbanos todos los días al Hospital Infantil del Seguro Social. Un padre ausente por meses, causa de los patronos, dio pauta para que los demás hijos tuvieran que valerse por sí mismos. Pero aun así, las migraciones internas que realizaban y el hecho de que ellos solos se fueran a inscribir a las escuelas son escenario para bellos recuerdos, como los paisajes del norte donde pasaron la mayoría de su niñez, el recordar los ríos, cortar tunas, las acequias, ir detrás de las carretas a las fiestas del pueblo, etc.

Del Estado de México se fueron hacia Santiago, Zacatecas, y de paso a Sabinas, Coahuila, lugar que le fascinó a mi abuela por lo caluroso, generoso y discreto de la gente. No pasaba ni un día en el que no les llevaran algo de comer, retazos de tela o pañales, y se veía que el gobierno estaba interesado en la educación, regalaba todo lo que necesitaran. En cambio, con el contexto que

después vivieron en Tabasco, la gente era muy pobre pero muy alegre, y si había algún chisme en el pueblo, no debía de salir de ese círculo, porque si no, le iba mal a uno. Por último, se vinieron a vivir a Nayarit porque mi mamá quería estudiar una carrera de arquitectura, y el tecnológico del lugar era uno de los mejores.

A mi abuela le sorprendió la gente del lugar, muy abierta sobre todo, también la comida; no conocía los nanchis ni los chiles “forrados”, como les llaman aquí. Le dolió mucho venirse. Al principio, no le encantaba la idea de migrar para acá, mas era sólo por un tiempo, bueno eso creía ella, ya que ahora ha echado raíces aquí y no cambiaría este lugar por nada, y aunque sus recuerdos estén en Zacatecas, sus raíces ya las ha echado en Nayarit, porque aquí está lo que más ama, su familia, y esa familia la formó (en mi caso) cuando mi mamá conoció a mi papá; pero antes de iniciar con esta otra parte del relato, quisiera mencionar la otra cara de mi familia, la de mi padre. Comenzando con mi bisabuela María Juanita López, ella tuvo una única hija (mi abuela) Elvira López López. Me cuenta que ella nació en la sierra de “San Juan Peyotán” en Nayarit, pero fue criada en la sierra del “Nayar”. Entre sus actividades diarias me cuenta que se levantaba casi todos los días a las 4 de la mañana para ir por la leña, a sembrar delante de una yunta de bueyes, o cuando ya el maíz estaba grande, se ponían a limpiarlo o a recogerlo con el chiquigüite, en fin, todo se hacía a mano; no había máquinas que le ayudaran a la gente. Vivió en la sierra hasta los 35 años, y más aún recuerda todo lo que allá se hacía. Me cuenta que los 30 de agosto se juntaban todas las muchachas del pueblo de “la mesa de chiquihuitillo” y se iban a caballo a correr pareja o carreras, y a la que ganara se le ponía una flor en la cabeza y se le daba una nalgada.

La vestimenta típica eran faldas largas y anchas almidonadas como los coras de Santa Teresita, y la comida favorita del lugar era el llamado “atole nalgón”, un atole de maíz y las tortas de

huachales. Luego de que su esposo faltó, aunque la golpeaba mucho, tuvo que valerse por sí sola para sostener a sus 10 hijos. Conoció en la capital del estado a otro hombre con el cual tuvo dos hijos, uno de ellos mi papá, mas se divorció de este por problemas sentimentales. Así que, con la ayuda de mi bisabuela, mantuvo a sus hijos, más no los crió; ese fue trabajo de mi bisabuela. Ya creciendo todos sus hijos, la mayoría de la familia Garay migró hacia los Estados Unidos. Mi papá y mi tío los “Flores” se quedaron en Tepic. Mi mamá conoció a mi papá en la carrera de Arquitectura en el tecnológico. De ahí tuvieron dos hijos, (yo) Lizeth Flores Herrera y mi hermano Francisco Javier Flores.

Actualmente amo mi país, amo la tierra que me vio nacer, y aunque tal vez no haya vivido nada de lo que les acabo de relatar, mis recuerdos son transmitidos por medio de la sangre, quiero decir, tengo lo mejor de México: el norte con sus polkas, sus redovas, su comida, sus desérticos paisajes y su gente tan cálida, y mi lindo Nayarit, tierra del mestizaje y costumbres de los 5 pueblos unidos para forjar lo que es mi pasión: la danza regional que me encanta, ya que revivo todo lo que México ha pasado a través de la expresión de mi cuerpo para llegar a ser un país moldeado por su gente.



Nuevo León

Memorias de mi abuelita

Autor: Jenni

Sentada en la cama pensando acerca de la tarea que me han encargado sobre algunas anécdotas de mi abuelita Cándida en la época de la Revolución, me puse a meditar y pensar acerca de su vida.

Esto me ha hecho recordar los grandes momentos que viví con ella. Aún guardo con mucho cariño el recuerdo de su imagen, su aroma y comentarios que me hacía acerca de su vida, pues ella había nacido en febrero de 1914, el día de las Candelarias.

A ella le toco vivir esa época difícil de la Revolución. Siempre me hablaba de varios pasajes acerca de la lucha armada; me comentaba acerca de cómo en su pueblo las movilizaciones de los revolucionarios y contras corrían las calles y entrando de casa en casa en busca de gente, atemorizando a toda la población. Exclamaba ¡ah, mis queridos padres, cómo sufrieron y qué nerviosos se ponían; ellos siempre nos ponían a salvo, nos llevaban a lugares ocultos en las habitaciones cuando se escondían en aquellos roperos grandísimos de madera, para que no nos pudiera pasar algo a mí y a mis hermanos.

Las casas eran grandes hechas de adobe y zacate con unos barrotes de madera que soportaban el techo de teja, donde el olor de la madera impregnaba toda mi casa, me comentaba. Fueron tiempos muy difíciles donde, para ir de un poblado a otro, había que ir a caballo y eran muchas horas de camino atravesando veredas y sembradíos.

Mi abuelita con tristeza me comentaba acerca de haber quedado huérfana a muy temprana edad y cómo fue creciendo apoyada de sus dos hermanos mayores y muy queridos, Antonio y Ranulfo. A ella siempre le gustaba mucho cantar las canciones de esa época y no era mal entonada. Ah, cómo tengo todavía fresca en mi mente su voz y su tonada.

Yo soy rielera y tengo mi Juan
Él es mi vida, yo soy su querer,
Cuando me dice ya se va el tren
Adiós, mi rielera, ya se va tu Juan.

O aquella que al escucharla me hacía tanto reír; ¡cómo no he de recordarla con gran entusiasmo y amor!:



Se acabaron las pelonas
Se acabó la presunción;
La que quería ser pelona
Pagará contribución.

Mi abuelita vivió hasta el 2005 y murió a la edad de 91 años. El legado que ella me ha dejado ha sido el de ser una persona que, a pasar de no haber tenido estudios, siempre fue una persona con mucho respeto, carácter, principios y valores bien definidos logró formar una familia de la cual se sintió orgullosa de ser parte de ella. Una familia de 10 hijos.



*Antiguo Linares**Autor: Stephane Leilany Marroquín Sánchez*

Linares es una bella ciudad del estado de Nuevo León. Nuestros abuelos o padres han sido testigos de la grandiosa transformación de nuestro municipio a través de los años.

Mi abuelita Julia me relató diferentes formas de cómo era Linares. Cuenta que, en lo referente a la educación, no tenían las mismas oportunidades que nosotros; ellos asistían muy pocamente a escuelas por el bajo presupuesto, ya que antes tenías que comprar materiales, caminar largos trayectos caminando para llegar a su destino: “la escuela”. Su horario era muy pesado; cubría todo el día y nada más salían a comer y regresaban; salían tarde y arriesgaban mucho su vida. Por eso sus padres no los dejaban seguir estudiando; tenían que trabajar desde temprana edad, ya sea en el campo o simplemente quehaceres domésticos.

En el campo de la salud, no había servicios médicos; al enfermarse asistían con brujos y curanderos o hacían remedios caseiros. Y aunque estaban propicios a enfermarse por los cambios de temperatura que existían, se mantenían sanos porque había una adecuada alimentación, proveniente de manera natural sin tantos conservadores, como la carne la ponían a salar y al sol; la leche la tomaban directamente del animal, llevaban distintos métodos de perduración de alimentos.

Las calles de antes eran puros caminos de tierras o veredas, que cuando llovía era difícilísimo caminar. Los hombres y las mujeres no mantenían una gran equidad; el hombre era machista, sólo él podía trabajar largas jornadas de trabajo; para ellos, la mujer era hecha para los trabajos domésticos y para cuidar a los niños.

*El fabricante**Autor: Stephanie de Hoyos Tamez*

Mi mayor héroe ha sido mi abuelito de parte de mi mamá. Era un padre cariñoso y atento con todos sus hijos y con sus nietos. Él nació el 22 de noviembre de 1922 y su nombre es Arnulfo Padilla González.

La historia de este miembro de mi familia es importante, ya que él fue como un líder, por así decirlo, ya que él construyó de las primeras fábricas de escobas en Cadereyta Jiménez, Nuevo León. Él también construyó de los primeros parques de beisbol y jugaba. A él y a sus otros dos hermanos, que también jugaban beisbol, les apoderaban *Los Tres Diablos*. Él también fundó una de las primeras colonias de Cadereyta llamada la colonia Padilla. Esta se encuentra ubicada a la entrada de Cadereyta. Él también fundó una escuela llamada Constituyentes del 17 (actualmente), y antes llamada Celso Flores Zamora. Fue también uno de los fundadores del Club de Leones y era socio. Era un hombre muy atractivo. Por eso, él es uno de mis héroes y lo aprecio mucho y su memoria siempre está muy presente en mí.





Oaxaca

*La falta de alimentos en la Segunda
Intervención francesa*

Autor: José Antonio Rangel Bojorges

Esta historia está basada en hechos reales; trata de mi abuela materna, Martina Bojorges Cruz, quien vivió parte de su infancia en la ciudad de Oaxaca, para ser exactos, tenía 12 años de edad, tierra de Don Porfirio Díaz, en medio de las trágicas batallas durante la Segunda Intervención francesa en México. Hicieron preso a Díaz, quien estuvo a punto de ser extraditado a Francia,



pero logró escapar y encontrarse con Juárez en la Ciudad de México, quien le encomendó formar un ejército de resistencia en Oaxaca.

En marzo de 1865, el mariscal Aquiles Bazaine tomó Oaxaca y Díaz de nuevo fue hecho prisionero y llevado a Puebla, de donde escapó en agosto. Tras escapar, reinició sus actividades en Oaxaca, derrotó a los franceses en la Batalla de Miahuatlán y en la Batalla de la Carbonera. El 2 de abril de 1867, Díaz tomó Puebla, y el 15 de junio, recuperó para las tropas republicanas la Ciudad de México.

Durante esta época, nos platicaba mi abuelita, lo difícil que era conseguir alimentos; tenían que salir todos los días a buscarlos, en medio de balazos; tenían que irse jugando la vida. Recuerda una vez que, al ir caminando por una de las calles, vio cómo les disparaban a unas personas que iban en un carruaje, hiriéndolas; ella corrió para tratar de ayudarlos, pero, lamentablemente, ya nada podía hacer, ya estaban muertos; eran 3 personas. Al darse cuenta de lo que llevaban en el carruaje, se sorprendió mucho cuando descubrió mucha comida y monedas de oro dentro de unas cajas todas sucias y malolientes; se acercaban ya soldados franceses. Al escucharlos, rápidamente tomó todo lo que pudo y lo cargó en su hombro. Dice que pesaba demasiado, pero era más el hambre que logró sacar fuerza, no sabe de dónde, y no paró de correr hasta llegar a su casa. Escondió el dinero porque a cada rato llegaban los soldados y se metían y se robaban todo lo que podían, así que ella, como era bastante comida, se puso hacer de comer por si llegaban los soldados tuviera qué ofrecerles y no registraran la casa; efectivamente, al llegar los soldados, les ofreció algo de comer y terminaron pagándole la comida.

Se hizo conocida por su buena sazón y así empezaron a ir a diario a comer soldados y gente de dinero, amigos de los franceses, por supuesto. Afortunadamente, gracias a su comida, pudo vivir de alguna forma en paz junto con sus padres durante la guerra.

*Oaxaca**Autor: Genaro Santa Ana Colmenares*

La historia que les voy a contar me la narró mi abuela doña Agustina Lara Velazco, originaria de San Juan Teposculula, Oaxaca, que nació, según ella, en 1897, y digo según ella porque es bien sabido que en esas épocas los registros civiles no tenían un control adecuado e incluso las actas de nacimiento eran escritas a mano.

Mi abuela solía contarnos muchas historias de su vida, que a nosotros nos parecían maravillosas, pues parecía increíble que en la clase de historias nos hablaran de cosas que ella decía; un ejemplo de eso es cómo su papá, don Pedro Lara Espinoza, se hizo presidente municipal del pueblo y llegó a amasar una fortuna tan grande, que parecía salida de un cuento.

Contaba mi abuela que él, siendo muy joven, se puso a trabajar; se fue haciendo de terrenos. Tenía mucha inquietud por el comercio y él se volvió diestro en el mismo, tanto, que llegó a ser el dueño de la tienda de raya del pueblo. Don Pedro iba de Oaxaca a Puebla a caballo a surtirse de materiales, y con sus carretas y un poco de visión, les iba diciendo a los campesinos de los poblados que tenían ovejas: “Te compro tu ranchito, ¿cuánto quieres por él?”. La gente le decía la cantidad y él decía: “Pero voy a Puebla, así que cuidalo, hasta que regrese y todas las crías que tengan serán tuyas”. La gente aceptaba, así que él regresaba, llevaba el ganado bien alimentado, después lo vendía y se hacía de un mayor capital. Cuentan mis tías que era tan tenaz, que llegó a ser presidente municipal del pueblo. Se hizo famoso porque le gustaban las apuestas, las peleas de gallos, tanto, que él mismo los criaba, apostando con ellos en las ferias. Dicen que usaba dos grandes pieles de víbora que rellenaba de monedas de oro para



irse a apostar, cruzándolas bajo su camisa a manera de carrilleras; ya en las noches, regresaba y sacaba a orear las monedas, limpiándolas, para que no se mancharan.

En su gestión como presidente municipal, le tocó la época de la revolución y, lógicamente, las atrocidades de la misma. Así pues, tenía que tomar decisiones para capotear a los caudillos que llegaron a querer llevar la lucha a su territorio. Cuenta mi abuela que tenían a alguien que le avisaba: “Don Pedro, ya vienen los zapatistas”, y, pues todo mundo a tomar sus precauciones: las mujeres eran llevadas a las trojes (sitio en el que se almacena el maíz), donde se hizo un túnel con una puerta y sobre ella ponían grandes cantidades de mazorca y ellas tenían la orden de guardar silencio. Otras veces le gritaban “¡Ahí vienen los carrancistas!”, y se repetía la misma operación, pero eso sí, don Pedro no quedaba mal con nadie de ellos, con tal de mantener la paz en su pueblo y de proteger a su gente.

Don Pedro, como buen representante de la época, mantenía un estricto apego a las tradiciones, y al machismo propio de su época. Se casó con Ignacia Velazco, con la que tuvo varios hijos. Desgraciadamente, ella murió, así que, al poco tiempo, decidió casarse con la hermana menor de ésta, doña Rosario Velazco, con la que tuvo cuatro hijos, de entre los cuales nace mi abuela Agustina Lara Velazco, que era la menor. Ella, al igual que su hermana Ignacia, se dedicaban a las labores del hogar. Lógicamente, con la servidumbre que tenía su padre, ella estudió la primaria en tres años con la profesora que les contrató su papá y la cual venía desde Xicotlán, un pueblo más o menos cercano.

DE LA PANELA AL AZÚCAR

Mis padres, Sara e Isauro, nos platicaron que en la época de los 50 en el Valle de Oaxaca no existía el azúcar y que para endulzar los alimentos, principalmente el atole que se tomaba como agua

de tiempo a toda hora, se utilizaba el batidillo, que era una mezcla de jugo de caña con sebo de buey, y con saborizantes naturales como limón, toronja, naranja, etc., mismo que al cocerse se convertía en una masa semisólida. Entonces, cuando alguien quería tomar atole, se servía en una taza y tomaban un trozo de batidillo, de tal forma que algunos lo vaciaban en el atole para que se disolviera y endulzara y otros lo combinaban, tomando atole y mordiendo el batidillo como si fuera hielo. Algunas familias también utilizaban el aguamiel, producto de la penca del maguey, para endulzar.

Posteriormente, en los 60 se empieza a utilizar la panela, la cual se obtiene de hervir el jugo de la caña y, según la plática, también le ponían sebo de toro. Había en esa época lugares ex profeso para obtener la panela llamados trapiches. Las familias con mayor solvencia económica sembraban su caña, la cortaban y trasladaban a los trapiches para obtener la panela. El cobro de la molienda era, según los pancles (modismo que significa pedazos) de panela que se obtuvieran de la molienda; un pancel equivalía a 8 pares de moldes, muy parecidos a platos, en donde se depositaba la panela en estado líquido al salir del conocimiento. Las familias más humildes tenían que comprar panela en las tiendas o cambiaban su maíz por panela.

A finales de los 60 apareció el azúcar en este lugar, pero la gente no la compraba porque no era sólida como la panela. Los comerciantes, para poderla vender, la mezclaban con agua y hacían cubos de azúcar, aduciendo que era panela blanca y fue así como, poco a poco, la gente empezó a consumir el azúcar en turrón y después en polvo.

Hoy en día, la gente ya no consume la panela (también conocida como piloncillo) de forma cotidiana, sólo se usa para hacer algunos dulces mexicanos.

¡Ah!, pero qué rico sabe un café con panela.





Los héroes que no se conocen

Autor: Ricardo Bautista León

LA HISTORIA DE MI FAMILIA

Bueno, cada que tengo la oportunidad de visitar a mi abuelo, el cual vive en la sierra, él me cuenta las historias más extraordinarias que se pueden imaginar, las cuales forman parte de mi legado, en el cual el protagonista es mi bisabuelo, llamado Mariano; él le contaba a su vez a mi abuelo cada una de las historias que había vivido durante su vida y las más impresionantes son las que vivió en la revolución. A mi bisabuelo yo no lo conocí, pero con todas las historias que he escuchado de mi abuelo, es como si conociera a mi bisabuelo. Les voy a contar una de las que más me gustan a mí; no sé si sea verdad, pero como cuenta mi abuelo que sucedió, creo que sí es verdad.

Esta historia comienza en el año de 1912, cuando se encontraba la revolución en su apogeo, donde en el país se vivía una inestabilidad tanto social, económica y política. Mi bisabuelo marchaba con las fuerzas de tierra y libertad dirigidas por el general Emiliano Zapata. Ellos marchaban por toda la República Mexicana reuniendo personas para formar parte de este ejército y también reunir dinero para comprar armas, comida y licor. A mi bisabuelo le gustaba mucho ser soldado; él en ese entonces sólo contaba con la edad de 23 años; a esa edad, él ya llevaba marchando más de un año con el general Zapata desde Oaxaca, Guerrero, Tlaxcala, D. F.; son algunos de los sitios donde marchó. Él cuenta que en ese entonces la vida era muy diferente; no había coches ni teléfono sino que todo era tan aislado. Ellos tenían que esperar mensajeros que tardaban semanas o meses en traer noticias, y cuando alguien moría, ni siquiera la familia se enteraba de lo que había acontecido sino semanas o meses

después. Mi bisabuelo ni sabía que mi abuelo ya había nacido; él era fiel soldado y lo fue hasta que la revolución terminó y cuando regresó por su esposa, mi bisabuela, que la había dejado encargada aquí en Hidalgo.

Bueno, la historia comienza cuando mi bisabuelo marchaba con el comandante de las fuerzas liberales unidas de Emiliano Zapata, el comandante Celestino Orozco, el más bravo y bueno para los balazos en las batallas y el más arriesgado; por ello, mi bisabuelo lo admiraba mucho por ser tan valiente, al igual me comentan lo macho que era por tener más de 4 mujeres, y todas lo acompañaban a sus batallas y entre ellas no se peleaban, ya que, si había una pequeña discusión, él les pegaba para que aprendiera a comportarse. Me hubiera gustado vivir en esos tiempos.

Ellos marchaban en la Sierra de Juchitán, Oaxaca, con dirección a Guerrero, donde se encontrarían con otros batallones, los cuales, junto con las fuerzas de Carranza, marcharían hasta el D. F. para firmar unos acuerdos con Porfirio Díaz. En el trascurso para cruzar la sierra, un espía le notificó a Celestino que las fuerzas de Porfirio tenían órdenes de no permitirles llegar a Guerrero, y que los perseguían con la intención de matarlos a todos y que estaban cerca, así que el comandante Celestino ordenó marchar más rápido a toda su gente. Junto con los soldados iban mujeres llamadas también adelitas —las cuales eran las más bravas para defender a sus maridos en el combate y las que tenían mejor puntería— con sus hijos en la espalda y dos carrilleras y un máuser y sus comales para calentar la comida. Ellas marchaban entusiastas al lado de sus maridos. “Una enchilada a la boca y una bala a la panza del enemigo era la vida de estas mujeres, las cuales peleaban por la libertad de sus hijos, por un país libre de la tiranía; caminaban con sus huaraches y otras descalzas”, recalca mi abuelo.



Bueno, después de que aceleraron el paso, lo menos esperado sucedió; empezó a caer una tormenta que no parecía detenerse, lo cual complicaba la huida de este batallón. Mi bisabuelo era el encargado de arrear unas mulas, las cuales en sus espaldas cargaban las provisiones del batallón, pero principalmente el parque y los botines, los cuales se recogían o decomisaban de las casas asaltadas por este batallón. Cuando llovía, las mulas se ponían más necias y era más difícil para ellas caminar en las veredas tan estrechas con lodo pegajoso y resbaloso, y con mulas viejas con herraduras acabadas, era difícil y extraordinario que aguantaran.

La lluvia continuó todo el día; ni a comer se detuvieron con la intención de no ser alcanzados. Los niños mojados y cansados lloraban de hambre y cansancio, pidiendo a sus mamás que se detuvieran un momento, a lo que la mamá contestaba: “Chamaco flojo, camine o se muere”. Mi bisabuelo confiesa que estaba a punto de llorar de lo difícil que era escapar por veredas que no conocían muy bien. Mi bisabuelo le gritó a Celestino que el parque estaba totalmente mojado y que, si los alcanzaban, no tendrían lo necesario para defenderse, a lo cual Celestino dijo que no digiera nada, que la esperanza y el ruego a la virgen era que el ejército del gobierno se detuviera y que les diera ventaja, que había ya mandado un mensajero que fuera por refuerzos y que los vinieran a encontrar.

El mensajero ya había salido a todo galope en uno de los 2 mejores caballos que tenían. Mi abuelo confió en Celestino; él siguió marchando. Cuando ya estaba por oscurecer, se escuchó un grito: “¡Párense, perros!”. Todos se pusieron en guardia: para combate, niños al suelo; los más grandes, al monte a esconderse; soldados, a cortar cartucho; Adelitas, a proteger a sus hijos.

Mi bisabuelo dice que era uno de los ejércitos más grandes que había visto y con más caballería que nunca sus ojos en todo el tiempo en la revolución habían visto. Se escuchó: “No dejen ni

uno solo vivo!”. Empezó el combate, el cual fue una masacre, ya que los soldados tenían parque bueno, a comparación del parque mojado y un ejército cansado y hambriento. Mi bisabuelo con tristeza contaba cómo madres morían junto a sus hijos y esposas junto a sus maridos, y cómo el ejército ni por los niños tenía compasión. Ni un solo soldado estaba quedando de pie cuando mi bisabuelo corrió por su arma y, al tratar de desarmar el parque, se escuchó un trueno, el cual espantó a la mula. Mi bisabuelo con el lazo se enredó su pie; la mula salió disparada y mi bisabuelo salió con ella, ya que fue arrastrado.

La mula corrió y corrió... mi bisabuelo perdió el conocimiento. Cuando despertó, la mula estaba pastando y él totalmente lastimado y sangrado de haber raspado su cuerpo, pero vivo. Mi bisabuelo fue salvado de una muerte por una mula loca. Días después, se encontró con otro batallón; este era el encargado de salvar al batallón de Celestino, el cual le contó a mi bisabuelo que todos habían muerto: niños, mujeres y hombres. Hasta las mulas y los perros estaban muertos. Mi bisabuelo se sintió tan triste y solo, que supo que la guerra es odio y muerte por malos políticos e injusto dominio de gente que no es capaz de pelear su propio batalla, sino se esconden detrás de sus apellidos o de su dinero. Mi bisabuelo siempre prendía una veladora por todos los que murieron, y cuando se acababa, prendía otra. Mi abuelo me cuenta y me dice que los que realmente nos dieron la libertad son todos aquellos que pelearon y que no se les recuerda por ser inteligentes o buenos para hablar, como lo eran Carraza o Madero.

Amo a mi familia y a mi bisabuelo por ser partícipe de la lucha de libertad que ahora disfruto.



De peón a capitán

Autor: Victoria Zurita Vicente

Mi madre nació en 1901 en Santa Catarina Ixtepeji y su vida fue tan triste que no se atrevía a renegar de ella. Sus pláticas las llevo muy presentes en mi mente:

—Cuando yo tenía cinco años, tu abuelito Agustín Vicente murió —me contó una noche—, pero lo recuerdo muy bien porque lo veía sentado a un lado de la puerta de la casa calentándose con el sol que ya estaba para ocultarse.

—Mi padre murió cuando yo tenía 5 años de edad. Tenía 55 años. Lo recuerdo siempre enfermo. Por mi corta edad, no sabía qué tenía, sólo oía que decían que le estaban haciendo brujería. Un día me dijo que viera su rodilla porque tenía como clavos, le toqué y sentí como cabeza de clavos y por eso no podía trabajar; murió por la fiebre pinta; empezó con calentura y a ponerse pintito. A los cuarenta días, murió. Luego dio mi madre parte al Municipio para que trajeran el anda, como se llama una tabla grande que tiene cuatro agarraderas y sirve como mesa para velar a los muertos y transportarlos al panteón; también le dijo al Presidente que lo borrara de la lista de los vivos porque él ya estaba muerto. Al otro día lo fuimos a enterrar. Fuimos mi madre viuda y nosotros, los cuatro hijos que tenía que mantener; éramos unos niños, dos mujeres y dos hombres.

Así llegó 1910, cuando cumplí 9 años. Mi madre me llamó junto con mi hermana Juana para decirnos que quería hablar con nosotras. —¿Cómo ven? —dijo mi madre, —nuestro sufrimiento es mucho para ganar de comer... y luego la ropa; yo ya francamente no puedo vestirlos. El viernes nos vamos a Oaxaca para buscar su destino, siquiera la comida que les den

aunque no les paguen, ¿qué los parece? Llorando le contestamos que sí. A las cinco de la mañana salimos para Oaxaca. Empezamos casa por casa y encontramos en Colón y Bustamante a la familia de un banquero; allí estuve 7 años y en el tiempo del hambre no sufrí porque ellos tenían de comer. Al poco tiempo, se separó mi hermana de mí y me quedé con las demás sirvientas.

En ese año llegó mi madre con mi abuelita y mis demás hermanos de la sierra. Venían huyendo de la guerra. Llegaron como pudieron y mis otros tíos se escondieron en la cueva de la Esperanza; de allí los fueron a sacar los soldados. Ese día decía la gente que había alboroto porque traían a los serranos prisioneros y amarrados. Corrí con las hijas de mi patrona para la esquina del palacio a esperar. Ahí venían mis paisanos, amarrados en dos cuerdas; en un lado las mujeres y en el otro los hombres. Algunas mujeres venían llorando. Me quedé mirándolos fijamente, cuando dentro de todos reconocí a mi tía Guadalupe, hermana de mi Papá, y a sus hijas. No me hablaron y yo tampoco; sólo les hice una señal con la cabeza para decirles que les fuera bien.

Me regresé triste para la casa y no dije nada a la señora. Me conmovió cómo los vi sucios y muertos de hambre y yo sin poder ofrecerles nada por el miedo de que descubrieran que yo también era serrana. Esa noche no dormí porque en las pesadillas veía los rostros demacrados y tristes de mis primas y de las otras personas; después supimos que estaban en las Islas Marías. Se fueron dos años; dijo mi tía Guadalupe que cuando llegó la orden de regresar, no dio tiempo de avisarle a una de sus hijas y se quedó para siempre en esas islas.

En junio de 1913 murió mi madre de pulmonía fulminante, solo duró tres días. En su gravedad, me mandó a traer para recomendarme a mis hermanitos. —Cuidense unos a otros, por favor, porque otro dolor fuerte creo que no lo voy a resistir. A principios de 1916 empezó a fregar mi tía Rafaela. Era una

cochina vieja que vivía con uno y con otro. Esa tarde vino dizque a consolarme por la muerte de mi madre y a decirme si quería trabajar con ella porque ahí me pagaban muy poco. —No tía —le dije, —aquí estoy muy bien porque, aunque gano poco, la señora me quiere mucho. Al mes volvió a venir hasta que me convenció. Le pedí permiso a la señora un mes porque le dije que me iba a la sierra.

Mi tía vivía en la calle de Libres y ahí me llevó. Cuando llegué vi una cocina vieja y dos grandes ollas de tepache y pulque y me dijo: “Vamos a hablar claro, quiero que sepas que yo no te voy a pagar un sueldo, pero si te pones lista, nos repartimos las ganancias”. Mi trabajo sería poner las chilacayotas a cocer con panela. Mientras atizaba la olla, vi que empezaron a llegar hombres a tomar pulque. ¿Y éste va a ser el trabajo que voy a hacer diario?, pensé. Al rato eso era un hervidero de borrachos. Mi tía molía chocolate para vender y yo les vendía tepache a los borrachos. A los pocos días, me dijo que iba a ir a Cuatro Venados a cobrar un dinero porque ya se había acabado el tepache. “Vendes ese chocolate para que saques dinero para comer”, me dijo, y se fue con un hombre que no era su marido. Me dejó a su sobrino para que lo cuidara.

Pasaron 20 días y no regresó; entonces le dije al niño que iba a cobrar a la casa de mi patrona porque me debía tres meses. Me fui por el Llano en lo que es ahora avenida Juárez hasta salir a Colón; en la esquina estaba un borracho que lo había visto tomando tepache. Con voz autoritaria me ordenó: “Oye, Consuelo, espérate ahí”. —Para qué —le contesté. —Para hablar contigo. Mira muchacha, como tú eres sola y yo también, por qué no nos re juntamos a vivir. —Pero yo por qué, si ni siquiera lo conozco. —No hace falta que me conozcas, Consuelo—, y agarró la punta de mi rebozo y no me soltó.



Eran las seis de la tarde cuando empezamos a discutir y ahí estuvimos hasta las diez de la noche. Llorando le suplicaba que me dejara ir, pero me obligó a irme con él. Me llevó para su casa y nadie se preocupó de buscarme. Durante dos años, él fue peón de albañil, y cuando estábamos por cumplir un año más, me dijo que iba a formar su batallón; reunió 25 hombres y se enlistaron en el ejército; le dieron el grado de Capitán. De peón de albañil a Capitán.

No tuve mala vida con él; nunca me pegó. Al poco tiempo, se le fueron subiendo los humos. Andaba con mujeres y a mí me empezó a abandonar. En esos días, lo mandaron de destacamento y me dijo: “Chelo, prepárate porque nos vamos a Miahuatlán”.

Compré muchas tortillas tlayudas, carne, queso, chiles, sal y cerillos. Llegamos a Ejutla y ahí nos quedamos. Al otro día temprano salimos para Miahuatlán y antes de llegar al Cerro del Zopilote, los caballos empezaron a relinchar; no querían caminar. A mí me tocó un caballo chaparrito alazán de botas blancas; me monté en medio de dos cajas de parque y mi tenate de tortillas. Un soldado viejo le dijo al superior: “Oiga, mi Capitán, la caballada se opone, no quiere jalar; estoy seguro que va a haber chingadazos”. El hombre con el que yo viví se llamó Otilio Juárez Madrigal, y él dijo que a ver qué pasaba.

Seguimos la subida del Cerro del Zopilote. Antes de llegar a Cuatequitas, vivía una viejecita junto al camino que nos dijo que tuviéramos cuidado porque en la parte de arriba había gente y no sabía quiénes eran. Los jefes dieron órdenes de tomar un cerrito arriba del camino, procurando que esa gente quedara abajo. Yo con otras mujeres nos quedamos atrás de un paderón chaparrito, donde me acomodé con mi caballito amarrándolo del cabestro y sin descargar. Al ratito empezaron los balazos silva y silva arriba de mi cabeza; otras balas se clavaban en los adobes viejos. Ahí mismo había un caballo que le tocó un balazo en su

trompa; estaba echado y se quejaba como si fuera una persona. La balacera terminó como a las diez de la noche y en todo ese tiempo nadie probó alimento.

A esa hora nos regresamos para Ejutla y encontramos a un muchacho que salió dentro del monte. —¿De dónde son ustedes, por qué hicieron una mortandad de cuerudos —dijo. Luego lo reconocieron y sin miramientos se lo llevaron al panteón. —Pero por qué me llevan si yo no he hecho nada. —Ah, ¿no?, tú eres de Ixtepéji y has entregado a muchos paisanos. —Ah, ¿ustedes también son de Ixtepéji? —Sí, somos de ahí, pero tú ya no podrás entregarnos. A la medianoche fue fusilado en el panteón de Ejutla. Ahí quedó Carlos, que así se llamaba, con todo y sus fechorías. Luego hicieron los dos sepulcros de las dos bajas que hubo. Uno era de San Antonio Mineral y el otro de San Antonio Miahuatipa. Ahí se quedaron los dos hombres caídos en la batalla. Cuando salimos de Oaxaca, ellos eran 25; cuando regresamos, eran solo 23. Las viudas venían llorando, pero ni modos, así es la guerra.

A los dos meses volvimos a salir de destacamento para Huajuapán de León y durante dos meses no hubo problemas. Los muchachos estaban de flojos, luego componían corridos, nos volvieron a concentrar, era 1918. El cuartel quedaba atrás de la Iglesia de Guadalupe y a Otilio le quedaba cerca porque teníamos nuestro cuarto en la calle de Libres; de ahí salí a comprar al mercado de la Merced, cuando me encontré a otra soldadera y me dijo que Otilio andaba con otra mujer, y le creí, porque se había llevado dos sillas y una mesa que dijo que eran para su trabajo. Vino a los dos días a decirme si quería irme con el destacamento a Tlaxiaco. —No, porque no quiero que me maten; lleva a la mujer que tienes. —¿Qué dices? No sé de qué me hablas; vine por mi ropa porque mañana salimos. Salió con su ropa y en el zaguán volteó y me dio el último adiós.



Al otro día, vino su hermana Virginia muy preocupada por su hermano porque llegaron noticias de que los habían emboscado. Me preocupé mucho de mi hermano Agustín, de 15 años, que era asistente de Otilio. Salimos 5 mujeres de los que se habían ido. El tren nos dejó a dos días de camino, cuando pasamos un pueblito que creo se llama Yolomécatl. Encontramos a mi hermano y a otros señores, y nos dijeron que regresáramos porque ya nada se podía hacer. “Al Capitán Otilio ya lo mataron a machetazos; ya se había salvado, pero cuando oyó que gritaba la mujer, regresó por ella”. A la mujer sólo supe que se la llevaron los contrarios. A ese pobre hombre nunca lo quise; viví con él por la fuerza porque desgraciadamente no tenía ni quién hablara por mí. A los que eran mi familia nunca les importé; de Rafaela, ni su luz.

Mis bisabuelos

Autor: Valeria Coca López

Mis bisabuelos María y Miguel nacieron en un pueblo del distrito de Etlá, Oaxaca. Se conocieron desde pequeños y estudiaron juntos la primaria: Mi bisabuelo era un niño muy travieso y juguetón, por eso no le caía bien a mi bisabuela.

Él siempre la molestaba, aunque ya eran jóvenes, y como mi bisabuela no quería ser su novia, y menos su esposa, mi bisabuelo, junto con otros familiares, raptaron a mi bisabuela María, y se tuvo que casar con él.

Mi bisabuelo Miguel trabajó después en la primera carretera de Oaxaca-México en 1930.



Una historia sin historia

Autor: Gregorio Paredes

Revisando el portal de la SEP, “Historias de familia” puede uno darse cuenta de la gran cantidad de relatos que se han subido a esta dirección electrónica. Después de leer, en la sección Oaxaca, historias fantásticas contadas por habitantes de localidades tan distantes y olvidadas del Estado como “Santiago Nuyoo”, el matriarcado tan férreo ejercido por “Doña Cuquita” o el increíble reencuentro familiar después de 40 años en la “abuela Fermina”, me entusiasmó la idea de escribir la mía propia, me refiero a una historia contada por mí, no necesariamente mi historia personal.

El primer paso y más difícil estaba dado. Por alguna razón, pensé ingenuamente que narrar una historia iba a resultarme tan sencillo como cuando Rafael Pérez Gay escribe sobre las peripecias que tiene que pasar alguien que se decide a ir por primera vez a un gimnasio, pasados los 40 años de vida, o como cuando Juan Villoro describe las dificultades que representa usar un GPS (aparato electrónico que sirve para ubicar a los que andan perdidos) en la Ciudad de México. No tardé en tomar conciencia, ante el monitor de la computadora, de mis limitaciones para la literatura. Aun con este primer revés, busqué de forma desesperada encontrar el tema de “mi historia de familia”. He de aceptar, con mucha pena, que el proceso me llevó varios días, sin poder hallarlo. Considerando el nombre del portal, recurrí a la familia como una primera posibilidad, lo intenté, sin embargo, nadie en mi entorno familiar se ha preocupado por establecer un árbol genealógico o algo que se le parezca, que me permita decir con toda seguridad que soy descendiente directo de algún príncipe azteca (qué pretencioso) o de algún mercenario-pirata-conquistador español. Por otro lado, la historia patria pasó de noche por

mi pueblo sin invitar a ningún miembro de mi numerosa prole a ser parte de ella; no hay testimonios, evidencias, fotos o algún otro vestigio que me lleve a emparentarme con algún héroe nacional de la Independencia o la Revolución Mexicana, nada.

Los abuelos se fueron muy pronto sin darme oportunidad a preguntarles algo. Tampoco, que yo sepa, hay en la familia algún músico, poeta o loco; ni actores, escritores, o filántropos que pudieran vestir con cierto abolengo o glamour al apellido. En este ánimo de encontrar mis orígenes, busqué en la literatura: Aureliano Buendía, en Macondo. No, Macondo sólo existió en la imaginación del autor, Gabriel García Márquez. Es más, nunca nadie me llevó a conocer el hielo. Hablar del lugar donde viví hasta hace algún tiempo no me pareció buena idea, aunque se cuenta que tuvo sus momentos de esplendor, ya que en la época prehispánica fue paso obligado para los que circulaban de Texcoco, lugar de nacimiento del poeta Netzahualcōyotl (con ruinas arqueológicas incluidas), hacia la gran Tenochtitlán.

Más recientemente, hasta hace algunas décadas, como parte del Lago de Texcoco, dicen, había lagunas en las que se podía pescar, entre sus canales nadaba una gran cantidad de aves y estaba plagado de ahuehuetes. Hoy este lugar ha sido devorado por una gran mancha suburbana, destino de personas de todos los estados del país (con una enorme comunidad oaxaqueña, por cierto) que el Distrito Federal ya no puede recibir.

Traté con el tema de mi niñez, pero es una época que poco recuerdo, ya que cada día está más lejana. En los archivos de la memoria sólo registro que, en vez de estudiar el preescolar, me la pasaba frente al televisor repitiendo los números y las vocales con los personajes de Plaza Sésamo. He de decir que no fue tiempo perdido, ya que, gracias a ellos, ingresé a recibir mi instrucción primaria sabiendo leer.

En fin, creo que agoté el número de caracteres permitidos para “mi historia” sin haber definido sobre qué contarla. Quizá sea en otra ocasión, quizá sobre el lugar de mi residencia actual, Oaxaca... podría ser.

Posdata: Amo a mi familia por sobre todas las cosas y sí, añoro el lugar que me vio nacer.



Foto original: Zacarías R. de Molina

Puebla

Zacarías R. de Molina
Autor: Claudio Molina Torres

Mi bisabuelo, Zacarías R. de Molina, nació en Concepción de Chile en 1842. Vino a México en 1862 de San Francisco, California, Estados Unidos, donde había estudiado medicina y era miembro de número de la American Association of Surgeons, atraído por sus ideas liberales, para luchar al lado de Benito Juárez contra los franceses. Se incorporó a las fuerzas de Porfirio Díaz en el Ejército de Oriente, con el grado de teniente coronel médico militar. Participó en diversas acciones de armas y fue

condecorado con la Medalla del 5 de Mayo de 1862 y la Cruz de Primera Clase del 2 de Abril de 1867 por su participación en las batallas de Puebla, mismas que luce en esta fotografía. (no incluida en esta edición).

Al asumir Juárez el gobierno, se retiró al Puerto de Veracruz, donde se casó con María de Jesús Contreras y Gómez, una hermana de la caridad que tenía votos temporales de 5 años y a quien había conocido en la botica de las Hermanas de la Caridad que atendía las necesidades del ejército. Fue grado 33 de la masonería y director del Hospital Militar del Puerto de Veracruz, donde ejerció la medicina hasta su muerte, en 1917.

Una historia de familia, Manuel Aguirre Yáñez y Bertha Aguirre González

Autor: Rosalía América Juárez Aguirre

Provengo de la familia Juárez Aguirre; mi madre, Elvira Rosalía Aguirre González, y mi padre, Vicente Juárez Lerin, ambos originarios del estado de Puebla. En este caso, contaré la historia de mis abuelos maternos, Bertha y Manuel, mejor conocidos como *Mamá Bertha* y *Papá Meme*, este último originario de Pahuatlán, Puebla, y ella originaria de Tlaxco, Puebla; ambos pueblos pertenecen a la Sierra Norte Poblana.

La abuelita de mi abuelito (mi tatarabuela), *Mamá Esthela*, trabajaba como sirvienta en una casa que tenían en la Sierra Poblana los franceses, (esto se remonta al año 1894), y por desfortuna, fue violada por un francés y quedó preñada de mi bisabuelo. Cuando este francés se enteró de que mi tatarabuela estaba embarazada, le quería quitar a su hijo, y ella huyó y se



trasladó a Pahuatlán, en donde vivía una prima; allí nació mi bisabuelo *Papá Aristeo*.

Pahuatlán era un pueblo próspero aunque invadido de extranjeros que querían adentrarse a la Sierra Poblana para abarcar más territorio. Por esto y ante la posibilidad de que fuera encontrada por el patán que la violó, caminó varios días con su hijo en brazos y solo con lo que traía puesto para sobrevivir. Llegó a la población en Tlaxco, en donde no había más de 40 habitantes y vivían de la cosecha de lo que ellos mismos sembraban, y bebían uno de los más ricos cafés que se cosechan en nuestro país. Realmente ese pueblo era paradisiaco en esos entonces. Se contaba que había fauna tal como: tigrillos, tucanes, armadillos, tlacuaches, changos, coyotes, conejos y aves de corral, entre otros.

Allí mi bisabuelo conoció a la famosísima *mamá Rafa* y se casó con ella y tuvieron un hijo, mi abuelito tan querido. Él era un hombre tan inteligente, que hasta la fecha me sigue sorprendiendo. Tenía de estudios hasta el tercer año de primaria, y sabía tantas cosas... recuerdo cómo nos ayudaba en álgebra y le encantaba recordar los viejos refranes; sabía de finanzas, de agricultura, del clima, de política, de historia, de medicina. ¡Qué les puedo decir! Era un hombre sabio.

Él me contaba que aprendía de las personas que iban a evangelizar, o de las jornadas médicas que de vez en cuando hacían, por lo que él aprendía mucho y, de hecho, él era quien atendía los partos en el pueblo y se hizo famoso, pues de otras localidades lo buscaban para atender partos. En ese entonces, se utilizaba el trueque como pago.

Él conoció a mi abuela *mamá Bertha* y se casaron cuando ella tenía tan sólo 14 años y él 22. Tuvieron 5 hijos; en momentos tan difíciles de crisis económica, se divertían y aprovechaban los recursos naturales.

Uno de sus hijos es mi mamá, Rosita, como cariñosamente la llamaba su papá. Ella tiene bellos recuerdos de su infancia, aunque con carencias; siempre sus padres la criaron con amor, valores, educación y siempre con la encomienda de salir adelante.

Muy a pesar de todas las carencias que en ese entonces se sufrían, todos ellos lograron salir adelante, luchando por el país y no dejando que invasores extranjeros se apoderaran de nuestro hermoso país.



Miguel Silva Vera

Autor: Moisés Rosas

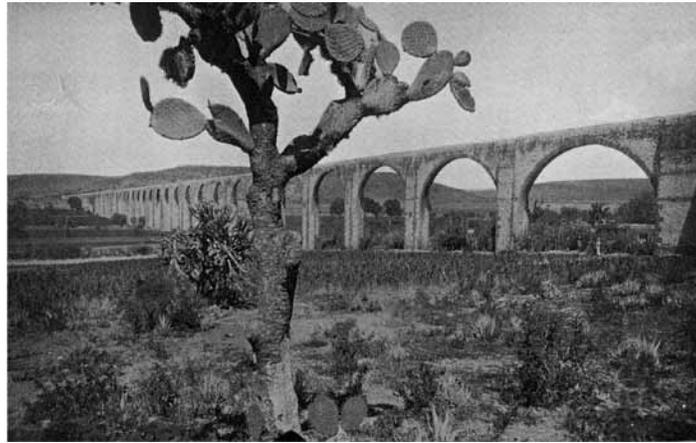
Nació en el Palmar de Bravo, Puebla, a fines del siglo XIX. Huérfano desde muy corta edad, sus tíos lo llevaron a vivir a la capital del estado, en donde trabajó en una fábrica de vidrio



soplado. Era muy noviero e impresionaba a todos recorriendo las calles en su “Grand Bi”. No fue ni un general ni un político destacado, pero, fue como muchos millones, un hombre que peleó en la Revolución; una biografía que conformó la historia.

En agosto de 1910, se había casado en el Sagrario de la Catedral Angelopolitana, en misa de 5:30 de la mañana. Con Clotilde Goytia tendría nueve hijos. El 18 de noviembre de ese año, por la mañana, había ido al sastre frente a la iglesia de Santa Clara. Su familia política era muy cercana al gobernador porfirista Mucio Martínez. Al ser atacada la casa de Serdán, a pocos metros de donde se encontraba, le tocó ser testigo privilegiado, a riesgo de su vida, del ataque y la muerte de esa familia emblemática y del inicio de la Revolución.

De ahí en adelante, nada sería igual. Fue pagador del ejército de Pablo González y estaría luchando con el general Lechuga en el Estado de Puebla. Nacen sus primeros hijos, y hacia 1915 deja las armas y se refugian en la Ciudad de México ante la carestía e inseguridad que se sentía en Puebla. Inicia una larga carrera en los Ferrocarriles Nacionales de México hasta su muerte, en 1959. Más allá de su participación en los hechos históricos, el joven Miguel vio desaparecer el mundo en el nació. Su futuro y el de su familia fueron producto del movimiento armado y la reorganización política, económica y social del México posrevolucionario.



Querétaro

Historia de familia

Autor: Areli Gutiérrez Flores

Tiempo atrás, mi familia ha tenido varios sucesos interesantes.

Mi abuela nos ha dicho que hace mucho, cuando ella era niña, su abuela, es decir, mi tatarabuela, le contó que sus papás nacieron veinte años después de la guerra de la independencia, y en su tiempo la gente comentaba muy orgullosa que los que participaron en la independencia eran muy valientes por defender a nuestra nación, pero ellos no lo nombraban como independencia sino que lo llamaban “la guerra, trueno, lucha, la época en la que acababa el mundo, etcétera”. Incluso los padres de mis tatarabuelos lograron ver las cabezas colgadas del cura Miguel Hidalgo, Allende y Aldama en huesos en la Alhóndiga de Granaditas en jaulas de fierro, quienes se reunieron con Josefa Ortiz



en conspiraciones de levantamiento en armas, y todo lo que ocurrió, como cuando tocó Miguel Hidalgo las campanas, cuando se descubrió la conspiración, la lucha, la libertad, etcétera. Todos comentaban sobre esto, y así la guerra dio lugar a la libertad. Y la gente que vivía en su comunidad visitaba algunos lugares donde murieron sus parientes por la guerra. Algunas personas hablaban de la guerra o la revolución más detallada.

Después, mi abuela les contó a sus papás, es decir, a mis bisabuelos, lo que había platicado con su abuela, y ellos le dijeron que, aunque ellos habían nacido años más tarde, les hubiera gustado conocer a Josefa Ortiz, Miguel Hidalgo, Allende, Aldama, Guerrero, Morelos, Victoria, etcétera, y todos aquellos que fueron buenos, y también le comentaron que ellos, si hubieran estado en esa época, también lucharían.

Así que mi abuela y mi abuelo han transmitido algo de conocimientos a sus hijos, es decir, a mis padres y a mis tíos, sobre luchas de la independencia y también de la revolución, y de ellos a nosotros. Para mi familia es importante la historia de México y hemos celebrado y respetado de una forma que recordamos a sus héroes de la independencia y para nosotros la libertad es uno de los valores más importantes y fundamentales para la vida.



*Mis bisabuelas revolucionarias**Autor: Castañón Gutiérrez Lucero Minerva*

Mi papá platica que su abuela paterna, y bisabuela mía, de nombre Dolores Morales, a la edad de aproximadamente 12 años asistió y sirvió en un banquete celebrado en nuestra ciudad de Querétaro en el municipio de El Marqués (La Cañada) en honor a Venustiano Carranza en el año de 1917, recién consumada la constitución política. Se comenta que mi bisabuela asistió en la mesa principal sirviendo a este personaje de nuestra historia.

De igual manera, en ese mismo año el joven Gumersindo Castañón se enlistaba en el ejército constitucionalista, quien más adelante se convirtió en el esposo de la Joven Dolores, ambos originarios del estado de Querétaro, abuelos de mi papá y bisabuelos míos.

También en el año de 1917, mi bisabuela materna conoció al general Venustiano Carranza, ya que su familia (padres, hermanos e hijos) se dedicaba al comercio en la estación del ferrocarril.

Mi bisabuela estuvo presente en la guerra de los cristeros, que fue en el año de 1926, entre el gobierno de Plutarco Elías Calles y católicos dirigidos por sacerdotes; en esta guerra hubo aproximadamente 250 000 muertos.

En estos tiempos se presentaron varias epidemias; una de ellas fue la de la peste, consecuencia de tantas muertes; otra epidemia fue la del hambre, había dinero pero no había alimentos, la gente que no tenía qué comer esperaba que tiraran las cáscaras de las frutas para ellas comérselas.

Otra epidemia que hubo fue la de la gripa; la gente se moría por esta enfermedad y de tanta que era, hacían fosas para enterrarlos.

También en ese tiempo, contó mi bisabuela, que los militares se llevaban a las muchachas; por este motivo sus familias las escondían.

*Una mujer en la revolución**Autor: Alondra Pérez Pazzi*

Esta historia me la contó mi abuelita, una mujer de 74 años de edad. Esta historia es muy interesante; a ella se la contó su mamá. Se trata de la vida que vivió mi tatarabuela en los años de la Revolución Mexicana.

Corrían los años de 1887, en la rancharía Las Vegas, Arrollo Seco Querétaro, donde nació una niña que llevaba por nombre Casimira Alvarado. A sus 15 años conoció a quien fuera su esposo y con quien tuvo 3 hijos, dos mujeres y un varón; una de ellas era mi bisabuela María Alvarado Alvarado. A los 10 años de matrimonio enviudó. Viéndose en la necesidad de sacar a sus hijos adelante, se mudó a la cabecera municipal, Arrollo Seco, Qro.

También me cuenta mi abuelita que fue una mujer muy trabajadora, de carácter muy fuerte, que con mucho esfuerzo fue la cabeza de la familia. Por esos años dio inicio la Revolución Mexicana. Había levantamientos de armas en distintos lugares del país, por lo que las mujeres tenían que ser muy valientes para

proteger a sus familias. En el año de 1916, esa mujer trabajadora volvió a contraer nupcias, entonces con el Sr. Gabino López; tuvieron 2 hijos, un varón y una niña, quien aún vive. Juntos trabajaron y se hicieron de unas tierras, donde sembraban maíz y frijol. También tenían apiarios, donde mi tatarabuela se encargaba de extraer la miel. Además, contaban con un poco de ganado bobino y caprino, del cual también hacían queso.

Con el paso del tiempo y a base a su trabajo, lograron obtener una buena posición económica. Su casa era muy amplia; a un lado de ella tenían una troje donde guardaban los granos que cosechaban; su esposo cargaba los burros y mulas con el maíz y frijol que salían a vender en las rancherías vecinas. Como su esposo tardaba semanas fuera del pueblo, mi tatarabuela Casimira se quedaba al frente de la casa. Ella era una mujer alta y delgada, usaba sus faldas de holanes largas; bajo estas siempre portaba amarrada a su pierna una daga, la cual para ella era su arma para defenderse si en algún momento llegaban los revolucionarios.

Una anécdota que le sucedió en esos años de levantamiento de armas fue cuando entraron los revolucionarios al pueblo de Arrollo Seco, y como es natural, la mayoría de los habitantes se escondieron al verse invadidos por los revolucionarios. Mi tatarabuela le dijo a su esposo que llevara a sus hijos a la troje, donde tenían un sótano para poder ponerlos a salvo. Recuerda mi bisabuela María que ella aún estaba muy chica, cuando el esposo de su mamá compró en aquellos viajes que hacía una montura muy bonita, que para ellos era de gran valor porque era una montura fina. Para poder ponerla a salvo, mi tatarabuela se sentó sobre la montura, y con su falda larga la cubrió. Cuando pasaron por su casa, le pidieron alimentos y empezaron a llevarse todo el maíz y frijol que cosechaban. Mi tatarabuela Casimira les dijo que se llevaran lo que les pudiera servir, ya que era una mujer



enferma que no podía caminar, así es como se pudo proteger a sí misma y a la montura, a la cual le tenía un cariño especial.

Esos tiempos fueron muy difíciles porque tuvieron que superar las crisis económicas que vivieron, además de superar el miedo que esos tiempos habían traído, pero lo más importante que trajo este acontecimiento histórico fue la libertad que adquirimos como mexicanos. Yo le hallo mucho parecido a lo que estamos viviendo ahorita, ya que todos vivimos con mucho temor e incertidumbre; la diferencia es que, en aquellos años, la lucha era por obtener la libertad y la igualdad del pueblo mexicano, y hoy esa incertidumbre la sentimos por gente sin escrúpulos ni valores que buscan obtener dinero fácil, sin importarles dañar a otras personas. Por eso tenemos que tomar conciencia, porque si el México antiguo es unió y logró acabar con todo lo que nos impedía alcanzar nuestros sueños, hoy en día también lo podemos lograr unidos como país. Esta bella historia me la narró mi abuelita Otilia Pacheco Alvarado.

Influenza española

Autor: Vega Contreras Brenda Sugay

La influenza española se presentó como una epidemia en 1918 en la ciudad de Querétaro, y contaba mi bisabuelo que en aquellos tiempos no se contaba con antibióticos ni vacunas, que el cuadro clínico se presentaba inicialmente como una gripe común, la cual se manifestaba con altas temperaturas e importante dolor de cabeza, cuadro que es similar al que se presentó en nuestro país hace aproximadamente un año, sólo que con mucha más agresividad, por lo cual generalmente la mayoría de la población, al enfermar, era muy raro que se recuperara, y la gran mayoría

de las personas moría. Debido a esto surgió un dicho entre la población. Al escuchar a una persona estornudar, se le decía “Jesús te ayude”, ya que en seguida se presumía que esa persona muy posiblemente moriría.

Mi bisabuelo relata que, siendo aún un niño, él enfermó de una especie de gripa, pero muy leve, por lo cual se curó. Sus vecinas se dieron cuenta y dieron aviso a los médicos de que él era un enfermo contagioso y se lo llevaron en un tranvía que viajaba a lo largo de los arcos y llegaba hasta Hércules, donde se encontraba el hospital de enfermos contagiosos de influenza. Allí lo revisaron los médicos, quienes lo dieron de alta, debido a que no le encontraron la enfermedad. Sin embargo, no lo dejaron salir y él se escapó, escondiéndose en una caja de frascos de suero que sería transportada hacia el centro de la ciudad, y a medio camino se salió del tranvía, pero el tenía un amigo que conoció en el hospital, un niño que verdaderamente sí enfermó y, al verlo tan grave, lo dieron por muerto y lo fueron a tirar junto con otros cuerpos de enfermos fallecidos a una fosa común que se ubicaba en lo que actualmente es la Cañada (Villa del Marqués).

Mi abuelo estaba muy triste por el fallecimiento de su amigo, pero cuál sería la sorpresa, que una semana después, al ir a dar el pésame a su mamá del niño fallecido, lo encontró en su casa sin presentar síntomas de la enfermedad y le relató la sensación tan desagradable que era haber dormido una noche entre los muertos de la fosa común y al día siguiente haber despertado en ese horrible lugar. Para toda la gente, este hecho fue un milagro y por eso a su amigo lo conocían con el nombre de *El niño resucitado*.

Afortunadamente, esta influenza se logró controlar en la población después de algunos años, gracias a las vacunas y a la administración de algunas sustancias provenientes del extranjero, pero sin embargo, costó la vida a más de la mitad de la población en nuestro país.



Quintana Roo

Sobreviviendo al huracán Janet

Autor: Cecilia Estela Segovia Villami

Esta historia se trata de los tíos de mi papá. Todo inició en 1955 en Chetumal, Quintana Roo, con la llegada del huracán *Janet*. El 27 de septiembre a las 23:00 h empezaron a sentirse los vientos de 280 km por hora, lo que provocó que la ciudadanía de Quintana Roo tomara la decisión de salir de sus casas; algunos fueron transportados en volquetes para refugiarse en albergues.

Cuentan los tíos de mi papá que se refugiaron en las oficinas de la cárcel, donde hoy en día es el Palacio Municipal, ya que, a última hora, ellos decidieron salir de su casa. En donde se

refugiaron me contaron que el agua les llegaba hasta la cintura y tuvieron que ayudar en aguantar las puertas de las oficinas, ya que el viento era tan fuerte, y otros en ventanas. Al día siguiente, que todo acabó, regresaron a sus hogares, donde encontraron todo destruido. Su casa quedó para abajo y todo Chetumal quedó en ruinas, porque en ese tiempo las casas estaban hechas de madera. Su casa de ellos era de dos pisos y de madera, situada en la Av. Álvaro Obregón y anteriormente estaba construida en mi casa y ahora fue reconstruida al lado de mi casa.

Me cuentan también que, como no tenían dónde dormir, ahí mismo construyeron una chocita para poder descansar, y que las despensas les llegaba cada semana, lo cual dicen que no les alcanzaba, pero con tenerse uno al otro, en todo les iba bien. Mucha familia quedó destrozada: unos perdieron todo. Su vecino de enfrente perdió más que su casa; perdió a su familia. Chetumal era, pues, ruinas que, en donde pasabas, veías todo destrozado y como aún estaba inundado y unos postes caídos, temían electrocutarse, ya que salían para buscar comida.

No fue sino hasta 1958 cuando la ciudad se reconstruye y comienza el proceso de urbanización, incorporando servicios como la luz eléctrica y el agua potable.



Foto original: Graciano Sánchez Romo

San Luis Potosí

Un héroe de la Batalla del Ébano

Autor: Rosalinda Monsiváis

Mi abuelo materno fue el profesor Graciano Sánchez Romo, extraordinario personaje de la Revolución Mexicana. Graciano Sánchez, campesino y político mexicano, nació el 18 de diciembre en 1888 en Soledad Diez Gutiérrez, estado de San Luis Potosí; sus padres fueron el señor José Isaac Sánchez Hernández y la señora María del Refugio Romo; contrajo matrimonio con Guadalupe Barragán y tuvieron 9 hijos. Estudió en la Escuela Normal de San Luis Potosí, donde adquirió el título de profesor en el año de 1906. Como maestro rural, sintió en carne propia el dolor, la

miseria y la situación aflictiva de los campesinos. Su frase “Hay que resolver el problema de la tierra sin más limitaciones que las de carácter natural” precisa su lucha permanente en el campo mexicano. Pugnó siempre porque los campesinos se organizaran.

Hacia el año 1915, se incorpora a la revolucionaria del líder agrario Úrsulo Galván; se singulariza su actuación en los campos de batalla y por su participación en la de Ébano, se le designa Héroe de la Batalla de Ébano.

Participó directamente en la formación de diversas ligas de comunidades agrarias en los estados, y en 1933 fundó la Confederación Campesina Mexicana. Dirigió esa organización hasta que, por decreto del presidente Lázaro Cárdenas, fue transformada en la Confederación Nacional Campesina (CNC) en el año de 1923, diputado federal en varias legislaturas y jefe del departamento de asuntos indígenas y miembro del grupo Vieja Guardia Agrarista.

Murió en la Ciudad de México a la edad de 69 años el 12 de noviembre de 1957, víctima de una antigua lesión sufrida en la famosa Batalla del Ébano.

Una historia

Autor: Thania Esmeralda Morales Rangel

Mi tía abuela me cuenta que su mamá nació en 1909, aproximadamente. Cuando mi bisabuela era una niña, se perdió a la edad de diez años en San Luis Potosí y la iban a buscar; anteriormente, no existían los medios necesarios para buscarla, entonces en las esquinas ponían a unos señores que les decían los gritones, para dar la información. Cuenta que pasó muchas hambres en la época de la revolución.



A sus hermanas las enterraban entre los surcos para que los parrandistas no se las robaran, porque todo lo robaban, se robaban las gallinas, las mujeres, los niños; en pocas palabras, todo lo que encontraban a su paso se lo robaban. Cuando se volvió a encontrar con su familia, dice mi abuelita que no tenían nada que comer entonces mataban ratas caseras para comer porque no había nada que comer. A su hermano se lo llevaron a la fuerza a la guerra, pero después lo encontraron colgado en un árbol porque no quería participar en ese levantamiento, ya que era tan sólo un niño de doce años.

También cuenta mi abuelita que a una prima como de diez años, que era como de la edad de mi bisabuela, se la robaron los parrandistas y jamás volvieron a saber de ella. Ella era hija de una hermana del papá de mi abuelita, porque su papá era mucho más grande que mi bisabuelita.

Mi bisabuelo llamado Pedro Rangel nació en el año de 1868 en el rancho de Viudas, en el estado de Aguascalientes, y vivió en una hacienda llamada la Refugio, en el estado de Zacatecas, donde fue administrador de una fábrica de mezcal, de donde tuvo que salir por discusiones familiares. Después, se fue a vivir a San Gil, que también pertenecía al estado de Aguascalientes; fue cuando empezó el levantamiento de los carrancistas. Él contaba con la edad de treinta y un años. Toda la gente que no participó se escondía en el monte y hacían como sótanos para esconderse y también en cuevas. Él se escondía de los revolucionarios que hasta en su huida se llenó de piojos. Cuando se estabilizó el país, se fue a vivir a el estado de San Luis Potosí, en el poblado de San Isidro; fue cuando se casó con mi bisabuela. Él tenía la edad de cincuenta y tres años y ella trece años. Su primer hijo, llamado Rafael, nació cuando ella tenía catorce años; el segundo fue Alejandro; después nació mi abuelita Ma. Catalina, después

le siguieron Pedro, María, Aurelio, Guadalupe, José, Merced, Genoveva y, finalmente, María de los Ángeles.

En ese entonces, mi abuelo trabajaba de almacenista en una compañía americana de luz y fuerza que frecuentemente iba a Pinos, Zacatecas. En esa época vivían en la opulencia, ya que tenían personas a su servicio. Esa compañía era la que suministraba la luz para las minas de Pinos. Cuenta mi tía que tuvo una niñez de juegos; dice que su hermano Alejandro les hacía muñecas de trapo para que jugaran; también a ella le gustaba bajar a los pajaritos de sus nidos para criarlos y tenían un coyote de mascota y un cuervo. Dice que una vez se metieron a comerse unos tomates por juego y su papá los castigó comprándoles una caja y les hizo comer hasta que ya no podían comer más. En ese entonces, también tenían un molino; también tenían parcelas; estaban económicamente muy bien.

Dice mi abuelita que a ella le tocaba hacer la comida desde la edad de diez años y su otra hermana era la que cuidaba a los niños, hasta que la compañía de su papá tuvo un mal manejo y quebró, lo que llevó a que se cerrara la planta de luz y los americanos se fueran, y fue cuando empezaron a tener dificultades económicas, ya que en ese entonces hubo una sequía que duró cuatro años. No se daba nada en las tierras y fue en el año de 1943. En ese año nació mi tía Genoveva; hubo mucha hambre porque también lo poco que se cosechaba se lo llevaban a Estados Unidos de Norteamérica, porque fue cuando ellos estaban en la Segunda Guerra Mundial. Fueron muchos años de hambre. En 1945, nació la última hermana de mi abuelita que murió en el año de 1947 porque solamente comían nopales cocidos y cebollas asadas, y no había más nada que comer y eso que comían ellos no era alimento para un bebé.

Mi bisabuelo murió en el año de 1949 por un ataque al corazón a la edad de setenta y ocho años; en ese mismo año,



mi abuelita trabajó para pagar deudas que se habían generado durante la convalecencia. En 1950, mi abuelita salió de su tierra de Peñón Blanco, San Luis Potosí, a la edad de dieciocho años con su hermana María y su hermano Alejandro; jamás volvió a esa tierra donde sufrió tanto, dirigiéndose hacia la ciudad de Monterrey. Estuvo viviendo con sus hermanos haciéndose cargo de la casa. Todo fue así durante un año; en el transcurso de ese año, conoció a mi abuelito. Ella lo conoció un día que estaba barriendo fuera de su casa y él le dijo: “Adiós, morenita”, y ella le dio un escobazo, fue cuando iniciaron una relación y se casaron en el año de 1951, y hasta los diez años de casados, nació mi papá. Desgraciadamente, mi tío enfermó, ya que, cuando era joven, trabajaba en una mina y se le dañaron sus pulmones y murió cuando mi papá tenía tan sólo ocho años de edad. Mi tía tuvo que ser padre y madre a la vez, para lo cual tuvo que trabajar asistiendo estudiantes; entonces mi papá tuvo que ir a la escuela solo; él tomaba el camión en el Tec hacia la colonia que ahora es llamada Maderos.

En la actualidad, la vida política la gente la conoce, los medios nos hacen llegar las noticias al momento de los hechos, la delincuencia está ganando terreno a las autoridades; hay demasiada violencia. Es muy diferente a como se vivía en los tiempos de mis abuelos. Tal vez ellos se preocupaban solamente por los alimentos que llegaran a la mesa, pero nosotros tenemos que vivir en medio de la inseguridad, de no saber qué puede pasar cuando salimos a la calle, que tan sólo al ir a la escuela estás expuesto, de no querer pasar por ciertos barrios, de no poder ir libremente por las calles.

En 1910, en la época de la revolución hubo muchas muertes, pero fue por un ideal, por una liberación y ahora en la actualidad mi pregunta es: ¿por qué es... si no es por la delincuencia, que nos deja muertos miedo?

El cabús “amarillo”

Autor: Marcela Siller Gómez

Mis abuelos: Ángel Gómez Lesignana y Herlinda Durand Patiño. A ella, hija de arquitecto francés, vecino de Matchuala, S. L. P., le decíamos mamá Nini, abreviatura de mamá Herlinda; así le nombrábamos siguiendo la costumbre de los padres de mi abuelo, que habían venido de España, quienes se casaron durante la travesía por el Atlántico y llegaron a vivir a San Luis Potosí, S. L. P.

Corría el año de 1915; Ángel y Herlinda, recién casados, gozaban de bienestar y tranquilidad en Matchuala, S. L. P.

—¡Ahí vienen los pelones! fue el grito.

—¡Güera, vámonos, ya llegó la revolución! —dijo mi abuelo a su joven amada.

Sin más pertenencias que lo puesto, abordaron el tren en la vieja estación del pueblo rumbo a San Luis capital. Habían pasado cerca de dos horas, cuando el vagón de pasajeros se convirtió en un gran alboroto: las personas a bordo corrían de un lado a otro, chocando por pasillos y puertas.

—¡Ahí vienen los villistas!

Huyendo de los rebeldes, Ángel logró llegar con su mujer al cabús amarillo.

Todos están así pintados, pero Nini siempre que nos platicaba, aclaraba: “Y ese amarillo... Como el tren bajaba la velocidad, inesperadamente mi abuelo pudo saltar y salió corriendo sobre las vías, seguía al tren gritando:

—¡Güera baja!

—¡Güera brinca!



La pobre muchacha pueblerina, con escasos 15 años, enamorada de su joven marido, estaba llorando, temblando; no sabía qué hacer:

—Si me aventaba —decía— “me llevaba el tren” y si no, pues también; los revolucionarios ya habían subido y no tardarían en encontrarme en el cabús amarillo.





Sinaloa

Ejido de Rosa Morada

Autor: César Quevedo

Cuando era niño, el abuelo Jesús nos contaba muchas historias, pero lo que me entusiasmó al grado que aún la recuerdo con mucha precisión fue el asunto de la creación del Ejido Rosa Morada, Navolato, Sinaloa, actualmente uno de los de mayor extensión territorial de nuestro país. Él nació en el año 1900 y nos relataba a varios de sus nietos que, cuando fue joven, por azares del destino estuvo en la cárcel, después de haber trabajado mucho en las labores del campo y abanderar un movimiento en contra de los terratenientes que en esos tiempos estaban asentados en



el valle de Culiacán y que abarcaba los fértiles terrenos del ahora municipio de Navolato; entre estos terratenientes destacaban las familias Clouthier, Ritz, etcétera.

Evidentemente, estos hechos se suscitaron después de los movimientos armados de la Revolución Mexicana y el estado de ánimo de los trabajadores del campo era de lucha por lo que ellos consideraban les pertenecía la tierra, fortalecido este sentimiento por los ideales y la figura del general Emiliano Zapata.

Durante su estancia en la cárcel de Culiacán, mi abuelo se atrevió a escribirle en tres ocasiones al Sr. presidente de la República, general Lázaro Cárdenas del Río, solicitándole la donación de los terrenos que se encontraban enmontados, ubicados a la margen derecha del Río Culiacán y a partir de la comunidad de las Trancas hasta el mar, pero que pertenecían a las familias comentadas en párrafos anteriores, pero ello daba su palabra que estas serían desmontadas y acondicionadas para su uso agrícola en beneficio de aproximadamente 120 peones agrícolas, con ello, podrían crear el ejido Rosa Morada, y pasar de peones agrícolas a ejidatarios.

Nos comentaba el abuelo que su gestión desde dentro de la cárcel dio frutos después de 3 años y les fue autorizada la creación del ejido en mención. En ese tiempo no existían limitantes ni reglas muy claras para la asignación de cierta superficie de tierra por ejidatario; pero existía otro problema, la ausencia de maquinaria que ayudara el desmonte, así que cada ejidatario en función de lo que limpiara de terreno con hacha y machete y el apoyo de bueyes, se consideraba dueño del mismo. Comentaba también que, cuando se dio esta etapa, había gran cantidad de animales silvestres que ellos cazaban mientras desmontaban, principalmente venados y jabalíes.

Estos hechos narrados por el abuelo Jesús fueron validados después por su servidor cuando a la casa ejidal le fue puesto su

nombre, mismo que aún se conserva en la comunidad del ejido Rosa Morada. Mi abuelo murió en 1996.



Foto original: Macario Gaxiola Urías

El General Blanco

Autor: Gaby Gastélum

General Macario Gaxiola Urías, ese era el nombre de mi tatarabuelo, un personaje honesto, con valores y principios que participó en la Revolución Mexicana.

Nació en la ranchería próxima a Angostura el 22 de febrero de 1889, hijo de don Vicente Gaxiola y doña Jesús Urías.

Él conocía muy bien los problemas campesinos, pues de joven su familia era muy humilde y trabajadores del campo; sin embargo, siempre tuvo ese carácter de líder y las ganas de salir adelante. Uno de sus sueños era luchar por los campesinos, defenderlos y también proteger a su pueblo; y lo cumplió. Por esta razón, a



los 24 años luchó en contra de las tropas de Victoriano Huerta al mando de las fuerzas maderistas comandado por Álvaro Obregón; tomó la plaza de Los Mochis el 5 de abril de 1913.

Años después, gracias a su gran carácter y calidad de persona, llegó a ser gobernador de Sinaloa en el periodo de 1929 a 1932. No ganó las elecciones, sino el pueblo lo postuló y lo hizo gobernador. Mi tatarabuelo le agradeció al pueblo haciendo un gobierno constructivo y respetuoso de la vida de sus gobernados. A cada quien le dio el lugar que le correspondía. En pocas palabras el poder lo utilizó para servir y no para servirse de él. Por todo esto, el presidente Adolfo Tomás Ruiz Cortines lo nombró el General Blanco.

Años más tarde, fue nombrado director Penal de las Islas Marías. Murió a los 80 años de edad, por un cáncer de estómago muy fuerte, ocupando el puesto de Senador de la República Mexicana.

Hasta la fecha aún viven sus hijos; uno de ellos, una mujer, tiene 101 años de vida. Por eso sus nietos, bisnietos, tataranietos y todas las generaciones que faltan siempre lo recordaremos con gran orgullo y honor, siendo él un ejemplo a seguir, y no sólo de sus familiares, sino de todo México, ya que fue y será un gran héroe de nuestra Revolución Mexicana.

Mi nombre es Gabriela Orisell Gastélum Fernández, orgullosa nieta del general Macario Gaxiola Uriarte.

La historia de mi abuelo durante la Revolución

Autor: Sebastián Echavarría

Soy oriundo de Tepic, Nayarit. Mis papás son del estado de Sinaloa. Mi abuelo, don Antonio Echavarría, nació en 1905 y su padre había muerto en 1909. De él, mi abuelo heredó una buena cantidad de dinero, pues mi bisabuelo era dueño de la cadena comercial sinaloense Echavarría, Esquer y Cía. Además, mi bisabuelo le había regalado una libreta que él, más adelante, usaría como diario.

Fue en 1911 cuando mi abuelo tenía seis años y Culiacán fue tomada por los maderistas. Mi abuelo le contó a mi papá que acababa de salir del colegio cuando comenzaron a escucharse disparos y la gente, horrorizada, abandonó las plazas.

La batalla empezó; mi bisabuela dejó a mi abuelo —don Antonio— escondido en uno de los contrafuertes de la catedral y, sintiéndose amenazada, se lanzó a golpear a un soldado porfiriano; después de dejarlo muerto, le quitó el rifle que llevaba. Más adelante, encontró a otro soldado federal y le disparó. El soldado cayó agonizando, y cuenta la historia que mi bisabuela lo golpeó fuertemente en la cabeza hasta darle el tiro de gracia.

Aunque hay muchas historias de mi familia en la Revolución, hay una que, por la huella que dejó en sus protagonistas, la quise compartir.

Mi abuelo contempló con asombro el suceso que se presentaba ante sus ojos. Jamás lo olvidó hasta su muerte, en 1981. Tan sólo tenía seis años cuando lo presencié...



Foto original: Félix U. Gómez

Sonora

Mi bisabuela y el general Gómez (1887-1916)

Autor: Lic. Raquel Venegas García

Mi familia siempre ha sido muy tradicional y por ello, desde que tengo memoria, recuerdo que nos quedábamos sentados a platicar después de comer y es allí donde las anécdotas salían a relucir. No se me olvida que podía escuchar por más de una hora a mi padre relatar cómo es que descendemos de una pareja de revolucionarios.

Mi padre nos contó que nuestra bisabuela Guadalupe Guereca estuvo casada con el general Félix Gómez, con el cual procreo

una hija, María de los Ángeles Gómez Guereca, la que a su vez formó una familia con mi abuelo Victoriano Venegas Rodríguez. Mi bisabuela conoció al general antes de que este entrara a la revolución, ya que ambos se conocieron en la ciudad que los vio nacer, Coahuila. Ella nació el 6 de octubre de 1902 y el general el 1 de julio de 1887.

Nos cuenta mi padre que, cuando ellos se casaron, la situación en México estaba muy difícil; era el año de 1910 cuando él decidió entrar al movimiento revolucionario. Los revolucionarios se iban de un lugar a otro en caballos y mi bisabuela andaba a pie con las otras mujeres, las adelitas. Mi padre también nos dijo que su tía abuela, la cual falleció el 26 de mayo de este año a los 104 años, le platicó que, cuando mi bisabuela Lupe se enojaba con el general, le agarraba la pistola y le disparaba al suelo cerca de sus pies.

Debido a los constantes viajes tan largos de los revolucionarios y adelitas, el día en que mi bisabuela se dio cuenta de su embarazo, decidió abandonar al general, huyendo hacia Hermosillo, Sonora.

Siempre ha existido una confusión, porque en ese tiempo había dos generales con el mismo nombre, sólo que uno de ellos era Félix U. Gómez, y como bisabuela Lupe sólo estuvo casada un año con él, no sabemos cuál de los dos fue nuestro abuelo.

Mi familia ha investigado desde hace muchos años. Un día mi abuela Angelita fue a Torreón a buscar al general con el fin de saber quién era su padre, pero se encontró con la sorpresa de que hacía muchos años había fallecido y entonces la mandaron a México para que recogiera las pertenencias del general que se encontraba allá. Sin embargo, mi bisabuela jamás la dejó ir, debido a que era muy orgullosa.

A pesar de que no sabemos a ciencia cierta cuál de los dos generales es nuestro bisabuelo, nos llena de orgullo saber que descendemos de una persona que luchó hasta morir, por defender a nuestro País, a nuestro México.



Primero fusílenlos y después averigüen

Autor: Stephany Garrido Zazueta

¡¡Formen a todos los hombres mayores de dieciséis años y fusílenlos!!!

Fueron las órdenes de Villa a su gente, y ellos comenzaron a cumplirla. Yo estaba muy asustado; tenía catorce años y no sabía por qué nos querían fusilar. —¿Y lloraste, abuelo? — ¡Claro que sí!, porque algunos vecinos y conocidos ya habían muerto. Nos formaban en filas de cuatro en cuatro y otros de siete en siete, y se oían las órdenes: ¡preparen, apunten, fuego! Y las personas caían heridas unas y otras muertas.

Mi padre, desesperado, le gritó a Villa que él había luchado con sus tropas en Chihuahua, pero al enfermar su madre tuvo que regresar a San Pedro. Villa lo miró fijamente; yo me asusté más, y le dijo: *¡Vete de aquí y saca a tus parientes, pronto!* Le dio órdenes a otro que nos llevaran a otro pueblo, y nos llevaron a Soyopa.

Ya a salvo en Soyopa, nos quedamos por algún tiempo sin saber qué había sucedido; cuando regresamos, supimos que habían muerto setenta y tres hombres. Ahora ya sabíamos cuál

era la realidad de la revolución. Lo que no comprendíamos era la causa. ¿Por qué Villa hizo ese mal en nuestro pueblo?

Cuando estaba más grande, comencé a investigar lo que pasó. Era el año de 1915 y a nuestro pueblo llegaban las noticias de la lucha de la revolución. En Sonora estalló la huelga de Cananea; los trabajadores de la mina luchaban por mejorar su vida y esto también molestaba al gobierno.

El movimiento revolucionario avanzaba por todo el país y el gobierno con el ejército peleaba en diferentes lugares a la vez. En una de esas, los “colorados”, que eran tropas de Madero y Orozco, comenzaron a molestarnos, pedían comida y vivienda pero sin pagar.

—¡Pero, abuelo, eso es robar!

Claro que sí, y por eso los hombres hicieron un pequeño ejército para defendernos. Villa era amigo del gobernador Maytorena y quería controlar el norte del país, así como Zapata lo hacía en el sur. Así que Villa tomó la decisión de subir por la sierra en medio del invierno; de ese lado de Sonora el general Calles lo esperaba con refuerzos; lo sorprendió y lo derrotó. Villa, al verse derrotado, fue a Naco y se dirigió a Hermosillo.

Los generales Ángel Flores y Manuel Diéguez también lo derrotaron en el Alamito y las cercanías de Hermosillo, y decidió huir hacia la Colorada. Con cinco mil hombres hambrientos, regresaron a Chihuahua por el Río Moctezuma. Villa se había quedado a un convivio en Batuc, y al mando del batallón iba su sobrino Margarito Orozco. Cuando llegaron a San Pedro, se toparon con nuestro batallón, comenzó la lucha y murió el sobrino de Villa.

Algunos villistas regresan a decirle a su jefe lo que sucedió y de inmediato Villa se fue a San Pedro. El lema de Villa era *primero fusílenlos y después averiguan*, y ordenó que fusilaran a todos los hombres.



El abuelo queda triste por un momento y después sonrío. Yo le pregunto:

—Abuelo, ¿por qué te ríes, si lo que me contaste es algo muy triste?

Me río, dice, porque estoy vivo aún. No me fusilaron... y también me río porque mi papá nunca peleó por Villa, ¡y menos aún salió de Sonora!

Los dos reímos divertidos por lo que mi bisabuelo le hizo a Villa.

Tepupa: paso del general Francisco Villa y sus guerrilleros

Autor: Luis Ángel Serrano Silva

Tepupa es un pueblo ubicado en la Sierra de Sonora. Cuentan los pobladores de este lugar —entre ellos, la señora Graciela Williams— que en la época de la revolución, en 1915, pasó por este pueblo el general Francisco Villa con sus guerrilleros, mismos que abusaban de su poder. Se cuenta también que los habitantes de dicho pueblo y alrededores les tenían terror, ya que abusaban de las niñas y se llevaban a sus mujeres para sus soldados en contra de su voluntad. Por cada pueblo que pasaba hacía más grande su ejército, ya que reclutaba hombres y niños en contra de su voluntad, haciendo una desintegración familiar, y no podían desertar porque serían ejecutados.

Cuenta la señora Williams que sus abuelos escondieron a su papá para que no se lo llevaran los soldados de Villa y dice también que su familia vivió un hecho sangriento en San Pedro de la Cueva, pueblo vecino de Tepupa, ya que el general Villa

llegó con intenciones de matar hombres mujeres y niños nacidos y por nacer.

Cuenta mi tía la señora Williams que, gracias al sacerdote de la iglesia, Villa perdonó a las mujeres y niños recién nacidos, haciendo una fila de hombres matándolos de 6 en 6, y junto con ellos al sacerdote de la parroquia San Pedro Apóstol, ya que en esta iglesia ocurrieron los hechos. En la plaza de San Pedro, enfrente de la parroquia, se encuentra una placa con los nombres de los asesinados por Francisco Villa.

Actualmente Tepupa vieja se encuentra inundado por las aguas de la presa el Novillo. Desaparecieron las casas que invadían los soldados de Villa, lugar donde vivió mi tía Graciela Williams, y escuchaba estas historias por sus padres.

Esta es una breve historia que vivió un familiar en manos de la tropa de Villa.



Tabasco

Mi México historia de oro

Autor: Irvinz Jesús Mendoza León

Nuestra historia comienza en un bonito pueblo en la costa de Tabasco llamado Paraíso; en él vivía una familia de clase baja donde don Narciso, el jefe de familia, era campesino y la madre, Zoila, se dedicaba al hogar; la familia era grande, pues eran 7 hijos; el mayor José era el que se encargaba de cuidar a sus hermanos, Asunción, Ángela, Carmen, Juana, Jesús y Marcos.

Ellos tenían obligaciones; los hombres se iban al campo a darle de comer al ganado, sembrar diferentes frutos o recolectar leña para la comida, mientras que las mujeres se encargaban del aseo,



la comida y de atender a sus hermanos. Cuando llegó la época de la revolución, para ellos todo fue devastador, pues sus principales bienes se vinieron abajo; no podían hacer nada a causa de la revolución. Don Narciso y su hijo fueron llamados a pelear en ella, pues hacían falta hombres para combatir al enemigo. Doña Zoila se preocupaba por sus hijos y los escondió con tal de que no fueran llamados; ellos hicieron un gran hueco en el arena y *hay* metieron a sus hermanas, su madre y ellos mismos por el terror a que las fuerzas armadas fueran por ellos, pero su mayor temor era cómo sobrevivir sin alimento ni comida.

Nunca hubiesen pensado que eso fuera a pasar, que la realidad los enemigos quisieran apoderarse de un territorio que no era de ellos, mientras nuestro país era una gran fuente de riquezas por las materias primas que se encuentran en él y que las grandes potencias se quisieran apoderar de él.

José salió para ver si las cosas se habían calmado; el entorno era una gran ola de miedo y de impotencia al no poder hacer nada, mientras que doña Zoila se preocupaba cada vez más por su marido.

Doña Zoila iba a diario al Río González a lavar su maíz para su pozole con sus hijas; iban a buscar cocos para poder beber; sembraban cítricos y fruta de la región como: maracuyá, jagüey, sandía, papaya, guayaba, mango y demás, para su propio consumo, pero eso ya no se podía hacer a causa de la guerra campal que existía afuera.

Todas las personas aterrorizadas y con miedo no podían hacer nada, ya que las personas que secuenciaron este terrible suceso eran sus propios hijos, esposos y familiares de los mismos; todos tenían un miedo horrible al ver tantos cuerpos tirados ensangrentados en el suelo, pero José pensaba en ir a poder salvar a su padre, así que José tomó su caballo sin rumbo fijo con tal de encontrar a su padre; en el camino se percataba de los sonidos de

pistolas machetes, trinche, palas, etc., con lo que la gente campesina se defendía mientras que los soldados arremetían con sus escopetas y diferentes armas.

El miedo se volvió más y más, y doña Zoila casi entraba en shock, mientras José en su caballo pasaba muchas trayectorias peligrosas, nadaba ríos, lagunas y demás para poder llegar donde su padre; el joven con apenas 23 años de edad corría con empeño para poder alcanzarlo y llevarlo de regreso a su casa.

En el campo encontró un fuerte en el que soldados mexicanos estaban tomando a la gente que iba a ayudar, cuando en realidad ellos estaban tan indefensos sin armas y con una noción de miedo por la muerte. El presidente de la República en ese tiempo mandó un aviso que habían llegado más tropas a territorio mexicano, y fue entonces cuando don Narciso fue llevado por los soldados a la batalla; su hijo, al ver conmovido que su papá era parte de la guerra, quiso correr tras él para poder regresarlo a su casa, pero ya era demasiado tarde y él de igual manera pensaba en ser llevado; pero con tal de estar con su padre y ver con bien a sus hermanos, se unió a la lucha, y fue cuando él y don Narciso se fueron tomando camino hacia la gran batalla. Jesús defendía con tal fuerza a su padre para que no le pasara nada, sin saber que él también estaba al acecho; pelearon con trinches, machetes y fuego para poder defenderse de las tropas armadas; corrían bajo los fuertes; se escondían en los árboles; estaban tan indefensos, que no sabían qué hacer. José corrió y corrió con su padre hasta que se desvanecieron en el intento. Despertando, José miró hacia todos los rumbos, viendo cuerpos ensangrentados y algunos aun pidiendo piedad a Dios y gimiendo de dolor. José se levantó y salió con su padre; tomaron los caballos y salieron rumbo a su hogar.

Llegando a la curva de Guanajay, José se dio cuenta de que había soldados en la entrada del paso y ya no pudo hacer más nada; los soldados le dieron con una de sus balas en su antebrazo



y él le gritó a su papá que los alejara y que fuera con su mamá, con tal de que su familia estuviera contenta; su padre no quiso, pero al ver que los soldados seguían disparando hasta dejar el cuerpo sin vida de José, don Narciso salió corriendo y así desvanecido llegó a su casa.

Le contó lo que había pasado a su esposa e hijos y sus familiares lo nombraron héroe por haber ido tras su padre y regresarlo a su familia que tanto lo apreciaba, mientras doña Zoila, en un mar de lágrimas por la pérdida de su hijo, no lo pudo contener más, y así sus hermanas y hermanos le dieron el apoyo incondicional a su madre, aunque a ellos de igual forma les doliera. Conforme fue pasando del tiempo, las cosas iban caminando, pero doña Zoila aún no olvidaba a José, aun sabiendo que él estaba en su corazón y en algún lugar con Dios.

Doña Zoila vivió más de 110 años y murió el año pasado en la ciudad de Paraíso, Tabasco, y fue una gran maestra de historia para sus nietos, bisnietos, tataranietos, hijos, sobrinos, etcétera.

Guerreiros de Tabasco

Autor: Yedith Cristhel Chan de la Cruz

Cuenta la gente de mi comunidad, ubicada en Jalpa de Méndez, Tabasco, que por los años 30 hubo una muy grande guerra entre dos grupos: los azules y los rojos; los azules representaban a los ricos propietarios de la región de los ríos y los rojos, a los pequeños propietarios de la región de la Chontalpa. En aquel tiempo, peleaban porque uno de los partidos había perdido, y como en aquel tiempo a las personas sólo les faltaba que les dieran un motivo para que se pelearan, esa fue la excusa exacta para que iniciaran el movimiento armado.

En esta guerra que solo se dio en el estado de Tabasco, se vivieron muchas cosas, como que los que estaban metidos en la guerra entraban a las casas y si veían a alguna muchacha y era soltera, se la llevaban o amenazaban que iban a matar a sus padres, por lo que las muchachas, para salvaguardar la vida de sus padres, se iban sin poder decir una sola palabra, ya que los hombres se aprovechaban de ellas, las dejaban en cualquier lado, pero como en ese tiempo no había ningún medio de comunicación, sólo el correo, las dejaban por cualquier lado, a veces embarazadas, y muy pocos eran los que si las embarazaban se hacían responsables de ellas. No vivían con ellas pero se hacían responsables, pero, como dije, muy pocos. También cuentan, más en específico, cuenta mi abuelita, que su mamá que en ese tiempo tendría unos escasos diez años de edad, que los guerrilleros igual llegaban a las casas y pobres de las personas si llegaban con hambre, porque entraban a cualquier casa y les llevaban toda la comida que tenían y hacían que las mujeres cocinaran para ellos.

Finalmente, después de todo el gobierno decidió reunir a la gente en el centro de cada uno de los municipios para que los contrarios no tuvieran gente que les cocinara o gente a quién robarle; ya había habido un intento por parar esta guerra. Venustiano Carranza, quien era el presidente de la República en ese tiempo, trató de unificar tanto a los azules como a los rojos, pero su intento fue fallido. Los dos grupos siguieron en su lucha.

Cuentan que en Cupilco, que pertenece al municipio de Comalcalco, Tabasco, muy cerca de Jalpa de Méndez, se dio un enfrentamiento entre azules y rojos, y se veían los ríos de sangre correr por ahí, pero siguiendo con esto, el movimiento acabó cuando el gobierno reunió a todas las personas en el centro de los municipios, y al ver los contrarios que ya no tenían forma de sobrevivir, fueron entregándose uno a uno en el centro de los municipios, donde el gobierno prácticamente había rodeado a las personas. Toda la

gente que estaba escondida en los montazales o en las rancherías fue regresando también, y así fue como el triunfo fue de los rojos; no ganaron mucho políticamente, pero el triunfo fue de ellos.



Historia de la familia Torres Hernández

Autor: Nuri Javier Torres

Esta historia empieza por *hay* del año de 1910, durante el gobierno todavía de Porfirio Díaz, cuando mi bisabuela llamada Lucía conoció a mi bisabuelo llamado Dionisio, mi bisabuelo era revolucionario, pero del grupo de los rebeldes, o sea, de los hombres que maltrataban a muchas personas. En ese entonces, mi bisabuela tenía tan sólo 13 años y mi bisabuelo tenía 28 años. Mi bisabuela salía a lavar el maíz cuando pasaba el grupo de rebeldes. Mi bisabuela decía que, como era una niña, se tenía que esconder cuando escuchaba que el grupo de rebeldes se acercaba; pero un día la sorprendieron; no logró esconderse a tiempo, entonces mi bisabuelo la tomó del brazo y la subió en el



anca del caballo y se la llevó, pero como bisabuelo se enamoró de la belleza de mi bisabuela, no le hizo daño alguno y la llevó para que fuera su mujer. Mi bisabuela decía que mi bisabuelo Dionisio era mujeriego porque tenía muchas mujeres. A pesar de que mi bisabuelo era mayor y se robó a mi bisabuela, ella lo llegó a amar. Cuando supo que tenía muchas mujeres, se empezó a poner muy celosa y le reclamaba a mi bisabuelo, pero mi bisabuelo le pegaba mucho, la amarraba; a mi bisabuela, a pesar de todas las humillaciones de mi bisabuelo, lo aguantó. Ella contaba que vivía en campamentos porque era allí donde se quedaban los grupos de rebeldes.

Años más tarde, mi bisabuela se embarazó y mi bisabuelo la dejó a cargo de una señora que la cuidaba, porque él se dedicaba a andar en la guerra. Mi bisabuela ya tenía dos niños. Cuando se normalizaron las cosas de la pelea de tierras, mi bisabuelo logró hacerse de muchas parcelas. Le hizo una casa a mi abuela; para ese entonces, ya tenía 4 hijos y ya se habían ido a vivir al estado de Tabasco. Mi bisabuelo dejó de ser rebelde y empezó a trabajar en una refinería.

Mi bisabuelo sólo veía a mi bisabuela cada 8 días y, a pesar de su ausencia, a mi bisabuela nunca le faltó nada, y al contrario ella decía que ya empezaba a ser feliz.

Mi bisabuela llegó a tener 13 hijos, 5 mujeres y 8 hombres; sus hijos llegaron a estudiar solo hasta el 4 de primaria porque en ese entonces no se exigían la educación, con que aprendieran a leer y escribir, era más que suficiente. Entonces sus hijos mayores se dedicaron a la siembra de cacao, plátano, yuca, café, maíz, arroz, frijol. Mi abuela decía que nada les hacía falta; también se dedicaron a la cría de gallinas, cerdos, vacas. Para ese entonces, mi bisabuelo dejó de trabajar en la refinería y se dedicó a trabajar sus tierras. Mi bisabuelo llegó a ser uno de los hombres más ricos del municipio de Cunduacán, Tabasco. Para ese entonces,

mandó hacer una casa muy grande y tenía un mayordomo que se llamaba José, y tenía personas a su servicio.

Después se casaron cuatro de sus hijos y lo celebró con una boda muy grande. Mandó traer cocineros de Puebla y hacían gran variedad de guisos, y si un guiso no le gusta, se ponía furioso. Él era un hombre al que le gustaba que todo saliera a su parecer y como él ordenaba. En las bodas sólo bailaban con música de guitarra, ya que en ese entonces no había luz eléctrica; se iluminaban con quinqués y mechones.

Mi bisabuela Lucía cuenta que en ese entonces no había carreteras, sólo eran veredas; tampoco había transportes; el medio de transporte más utilizado eran los caballos y todo llegaban a comprarlo al pueblo más cercano.

A pesar de que mi bisabuelo Dionisio era mujeriego, sus hijos le obedecían y nunca le reclamaban nada, porque él era de un carácter muy fuerte, y mi bisabuela tenía un carácter muy dócil; siempre la dominaba mi bisabuelo y se hacía lo que él decía y lo que a él le parecía, pero ella jamás renegaba de su palabra. Sus hijos, a pesar de que ya se habían casado, no abandonaron a mi abuelo; seguían viviendo cerca de la de él.

Años más tarde, los nietos cambiaron un poquito el carácter de mi bisabuelo. Mi bisabuelo empezó con la repartición de tierras entre sus hijos; todos estuvieron de acuerdo con lo que les tocó a cada uno. Entre la familia se llevaban muy bien, y había problemas como en todas las familias, pero entre ellos siempre existió la unidad, y mi bisabuela decía que esa era la base de la prosperidad. Poco a poco empezaron a ver que se hacían viejos con el paso del tiempo y mi bisabuelo empezó a dejar las andadas, y decidió sólo dedicarse a su familia. Aunque tuvo ocho hijos con otras mujeres, tampoco los desatendió, nunca les faltó nada. Mi bisabuela, a pesar de saber eso, ella decía que nunca se le había ido el amor que le tuvo a mi bisabuelo, y que él



estaba eternamente a gradecido por los hijos que le había dado. Años más tarde, mi bisabuelo decidió ya no trabajar más sus tierras y dejó que sus hijos lo hicieran. Sólo se dedicaba a estar sentado en el corredor de su casa y a mandar, y mi bisabuela se sentaba a un lado de él, y *hay* se pasaban el tiempo y eran muy visitados por sus nietos e hijos; nunca les faltaban las visitas. Sus últimos a días vivieron así, ya que a mi bisabuelo le cambió el carácter. Se ponían a platicar y a reír, hasta que llegó la muerte de mi bisabuela, con un dolor muy fuerte en el estómago. Para ese entonces, ya había carreteras y camiones, por *hay* de los años 70, ella murió en medio de una operación las 24 horas de haberle empezado el dolor.

A mi bisabuelo Dionisio le afectó mucho la muerte de mi bisabuela Lucía, y le dio embolia. Pero aun así, un año más tarde de fallecida mi bisabuela, mi bisabuelo se casó con una señora un poco menor que él, pero, según los hijos de mi bisabuelo, esa señora sólo quería quedarse con los bienes de mi bisabuelo Dionisio; pero mi bisabuelo escrituró todo a nombre de su hijo el más chico. Al año de haberse casado, falleció a causa de un ataque cardíaco.

Bueno, esa fue la historia de mis bisabuelos Dionisio Torres y Lucía Hernández, narrada por Nuri Javier Torres.





Tamaulipas

Mi origen, mis raíces y mi vida; mi abuelo

Autor: Erick Becerra Echartea

Abundancia e inconformidad vivía la gente; la democracia vivía su más oscuro capítulo social, el Porfiriato la desconocía en su totalidad; sin duda alguna, la tensión invadía a todos y cada uno de los antiguos pero siempre mexicanos; en todos ellos la sangre de inconformidad y el deseo de una nueva vida corría entre sus venas, naciendo así un sentido nacionalista, aquel que soñaba a gritos y golpes el tan esperado inicio revolucionario... así el tiempo y los acontecimientos siguientes darían inicio a la *historia de mi abuelo*.

Guerras, luchas armadas e innumerables conflictos bélicos habían quedado en el pasado; el siglo xx respiraba y disfrutaba



sus primeros años de historia y junto a ellos una nueva historia familiar lucía el marco principal de la sociedad.

La fecha que lleva como protagonismo el 16 de abril de 1908 traería consigo a un nuevo ser y a una historia que espera estar llena de tristezas, alegrías, triunfos y que por demás llevaría siempre consigo el nombre de Cesar Echartea, que con orgullo y delante de todos siempre será mi bisabuelo.

La aventura inicia en el ejido que lleva por nombre Boca de Álamos, municipio de San Carlos, Tamaulipas. En general, la infancia de mi bisabuelo estuvo rodeada por la interminable y apreciada crianza de ganado, he allí su esplendoroso futuro y habitual profesión, los amores y en general amoríos nunca le faltaron, sus deseos tan agobiantes e interminables por formar una familia lo llevarían no sólo a este objetivo en común sino que incluso con el paso del tiempo y sus malintencionadas e irresponsables acciones darían como resultado dos esposas y dieciséis hijos en total.

La astucia e inteligencia siempre lo acompañaron y en especial el ser picarón nunca lo abandonó; llegó a tener a sus dos esposas viviendo en el mismo rancho, eso sí, sin faltarles nunca su techo por separado. Sus hermosas y jóvenes esposas le dieron por hijos ocho cada una; la primera llevaba por nombre María Oviedo y la segunda, siendo hermana de la misma, tenía como nombre Shara Oviedo. Para mi mala fortuna, Dios no me dio la oportunidad y el placer de conocerlas, pues con el pasar del tiempo, ambas dejarían solo a mi bisabuelo, don Cesar Echartea.

El nombre de mi bisabuela Shara es imborrable en mi memoria debido a una simple y sencilla razón, el 12 de mayo de 1933, ella daría a luz y traería a este mundo a mi tan querido y amado abuelo, José Jesús Echartea Oviedo, quien a lo largo de su vida siempre se preocuparía por él, y en especial por los suyos y su familia.

Acontecimientos amorosos, tristes y alegres se dieron a lo largo de la vida de mi bisabuelo junto a su hijo y siempre



compañero de trabajo; el tiempo nunca se detiene y día a día este se acumula y deja atrás todo lo acontecido, como un abrir y cerrar de ojos, y teniendo ya la edad de 82 años mi bisabuelo dejaría este mundo para así dar paso a una nueva forma de vivir, dejando no sólo a sus tantos hijos y esposas en general, sino que también a toda una persona educada, formada entre el mundo de los negocios ganaderos y a todo un especialista en la práctica de la guarnicionería o talabartería y que lleva por nombre José Jesús Echartea Oviedo.

José Jesús Echartea Oviedo, ese es el nombre de mi querido y adorable abuelo, a quien en esta ocasión le dedico con todo mi corazón y mis más sinceras palabras su propia historia personal y mi *historia de la familia*.

La aventura de mi abuelo inició un 12 de mayo de 1933; sus padres, ya antes mencionados, fueron Cesar Echartea y Shara Oviedo; su hogar fue durante muchos años el Ejido “Boca de Álamos”, municipio de San Carlos, Tamaulipas; allí vivió durante toda su infancia, su adolescencia y parte de su adultez. A lo largo de su infancia, siempre fue ante su padre todo un aprendiz; consideraba a mi bisabuelo como todo un modelo a seguir y todas y cada una de las acciones del mismo siempre las consideró de lo más filosóficas y correctas.

El estudio no tomó tal importancia en sus pensamientos como lo fue para algunos otros de sus tantos hermanos; por motivos adyacentes y sencillos de imaginar cursó hasta tercero de primaria en su natal municipio y a partir de allí inició su carrera por el aprendizaje continuo y exhaustivo de todas y cada una de las acciones de su padre, tanto los conocimientos en el negocios de la compra y venta de ganado como en algunas habilidades personales con las cuales contaba mi bisabuelo haciendo énfasis en la práctica de la guarnicionería o talabartería.

Años después, la familia dejaría el Ejido “Boca de Álamos” debido a la compra y fundación del rancho “El Progreso”, ubicado en el mismo municipio de San Carlos, Tamaulipas, donde mi abuelo iniciaría una nueva aventura junto a su más grande símbolo de vida, su padre.

Mi abuelo y su padre siempre fueron inseparables, siempre gozaron sus triunfos por igual y sufrieron sus errores a la par. El ganado por lo general era vendido en la ciudad de Monterrey y, debido a distintas causas, en ocasiones, incluso, se proponían ir a la Sierra Tarahumara en busca de nuevos mercados y nuevos clientes. El traslado de los animales siempre fue satisfactorio; durante los mejores días de comercialización, contaban con un gran camión denominado “el amarillo”, debido al color amarillo que poseía la cabina delantera y al color rojo que cubría la caja trasera del mismo, pero no siempre les fue bien en el negocio, pues debido a la falta de ganado, “el amarillo” tuvo que ser vendido, adquiriendo poco después una camioneta ganadera de menor tamaño.

A los pocos años, exactamente a la edad de 26 años cumplidos, mi abuelo por primera vez conoció el amor, pues en uno de sus tantos viajes a distintos ranchos cercanos, conoció a una joven en particular llamada María Luisa Anaya Guevara, quien vivía en el denominado “Rancho Trejo”. Así una nueva forma de ver y sentir las cosas inició en la vida de mi abuelo. A los pocos años de enamoramiento, el momento cumbre llegó a su vida; corría el 14 de noviembre de 1959 y, mientras que la revolución cubana protagonizaba los hechos mundiales, en su marco internacional y ya globalizado, mi abuelo contrajo matrimonio con su hermosa novia María Luisa Anaya Guevara, quien consecuentemente se convertiría en mi amorosa y siempre cariñosa abuela materna, creándose así la familia Echartea Anaya.



Juntos educaron y cuidaron a sus 9 hijos a lo largo de la vida; se establecieron como una familia en el mismo rancho de su padre; allí construyeron con sus propias manos su casa; en aquellos años se llamaban de dos aguas, hechas con palos de madera y enjarradas con soquete, cubiertas con un techo de lámina y donde era de esperarse, encontrarse con un piso de tierra y en algunas partes cubierto con cemento.

Allí puede decirse que pasó sus mejores años a lo largo de su vida. Mi abuelo siempre disfrutó de sus trabajos manuales, pues además de dedicarse a la compra y venta de ganado, también se dedicaba a la crianza de caballos, a la siembra de sandía, melón, frijol, entre otras, pero en especial a la fabricación de distintos artículos de cuero, como arreglos de sillas de montar de caballería, albardas y aparejos. Siempre se distinguió por ser una persona sumamente organizada; en su hogar nunca faltaba la carne seca ni el asado, pues acostumbraba guardarlos para que así a su familia nunca le faltara qué comer.

Mi abuelo, además de sus interminables actividades en los negocios, nunca se olvidó de sus propiedades más alejadas situadas en la sierra, pues en ellas mantenía y cuidaba de sus animales. Por las tardes y fines de semana acostumbraba subir a la sierra acompañado de su más fiel amiga, una pequeña perra a la cual él llamaba “la Laica” y la cual siempre estuvo a su lado hasta el final de sus días.

Como era de esperarse, montar a caballo siempre fue su pasión; con ello, ir y regresar de un lugar a otro nunca significó un sacrificio mayor. Gozaba de su travesía por los interminables caminos de tierra y el que el trayecto fuese largo nunca le importó. En la comida su platillo favorito siempre fueron las típicas enchiladas mexicanas; los dulces de leche siempre le fascinaron y el café siempre los acompañaba. Durante toda su vida, el vino nunca faltó antes de una comida, pues, según él, debía tomarlo

antes de cada comida para que así no le faltase el apetito nunca, dicho por sus propias palabras, “el vino de San Carlos”.

Debido a distintas causas, en especial la educación de los hijos, la familia poco a poco tuvo que emigrar a la ciudad de Linares, Nuevo León. Mi abuelo veía cómo su pasión, su profesión y la de su padre poco a poco quedaron en el pasado de la familia. El ganado con el tiempo tuvo que ser vendido, y con la familia establecida en la ciudad, el rancho “El Progreso” dejó de ser propiedad de mi adorado abuelo.

Los tiempos más benéficos habían quedado en el pasado y se habían ido junto con el rancho “El Progreso”; la siembra y la crianza de caballos ya no existían para él, pero después de tantos años, al fin conocía a su primer nieto, aquel que le regresaría la felicidad y la alegría de nuevo a sus ojos y aquel quien fuese el primero de una larga lista de nietos y bisnietos a lo largo de su vida.

En sus últimos días de vida, mi abuelo, con su gran estatura, su piel blanca y sus ojos azul claro, se dedicó a dejarnos sus últimos recuerdos, aquellos con los cuales me di cuenta de su amor. Por eso, hoy te dedico estas humildes palabras, querido abuelo. Hoy sé que, aunque eras un poco estricto y malhumorado, nos querías y siempre veías por nuestro bien. De mi parte, sé que no fui del todo cariñoso contigo, pero aún te siento dentro de mí, aún tengo tu recuerdo en mi mente y ten la plena seguridad de que siempre estarás en ella. Tus palabras, cuando decías que nos querías, siempre reflejaban una honestidad que pocos poseen como tú; tus abrazos aún los siento y sé que cuando te visitábamos, cada vez que era posible, tu cara reflejaba una felicidad incontenible. Tus ojos nunca los olvidaré, pues ellos me decían que nos amabas. Te confieso que aquellos últimos días en los que te vi, sufría demasiado al verte en tu estado; perdóname por no haber estado contigo aquella noche, sí, aquella noche en la cual, en tu habitación, entre la oscuridad dijiste adiós para

siempre... Te quiero abuelo... Tú nos uniste como una familia, luchaste hasta el final por tu vida y nos dejaste una *Historia de Familia*. Hoy sólo le pido al Señor que encuentres la felicidad y descanso que mereces junto a él y los suyos, que estés en compañía de la familia y que encuentres un nuevo inicio; que nos dé vida a mi abuela, tu esposa, a mi familia y demás familiares, quienes ya conoces, para así compartir con ellos mi éxito, que espero obtener algún día, porque se lo merecen, se los debo y sé que con tu apoyo lo lograré. Te lo prometo, abuelo, y espero en lo más profundo de mi corazón volver a verte algún día y poder abrazarte otra vez... con cariño,

TU NIETO

Un tesoro perdido

Autor: Carla Lozano

Algunos años atrás, mi abuela me contó que mi bisabuela había vivido en la época de los carrancistas. Ella relataba que en su niñez veía a los carrancistas pasar por su casa en sus caballos. La familia los observaba dentro de la casa.

El General Venustiano Carranza, que había sido el primer jefe constitucionalista, llevaba al frente de la tropa. En el patio de mi casa donde ahora vivo, atrás de un árbol se encontraba una choza de palmas y las tablas donde los carrancistas se quedaban a pasar la noche, y en esas casitas tenían una mesa grande de piedra que la utilizaban para poner sus planos y ver hacia dónde tenían que seguir la ruta.

Como aún no había bancos, las pertenencias que ellos traían las guardaban en cántaros o cazos de cobre; en ellos se encontraban las joyas, el oro y el dinero de aquel tiempo. Luego hacían



enormes pozos en la tierra y metían los cántaros. Cuando ellos llegaban, desalojaban a la gente de sus casas y de sus pertenencias.

Mi bisabuela cuenta que hay una brecha aquí que llega hasta Tampico, Tamaulipas, y ellos la utilizaron para llegar hasta Veracruz. Hace como 2 años, nos encontramos un cántaro de cobre cuando mi tío estaba escarbando una tierra con una máquina, pero ya no tenía nada; pensamos que tal vez alguien lo encontró antes y sacaron lo que tenía. Estaba muy lleno de tierra, pero vacía por dentro, un poco dañado por la profundidad y los golpes que tenía, pero decidimos conservarlo.





Tlaxcala

Don Cande y Petrita, de Apizaco

Autor: Alejandro Ricardo

Hoy voy a platicarles de una pareja como hay tantas en las poblaciones que conforman el estado de Tlaxcala.

Cierto día dos jóvenes nacieron en el estado de Tlaxcala, en diferentes partes del estado, en el año de 1913, cuando en Tlaxcala se vivió parte de la revolución, como es la efímera esperanza de una vía democrática para México que se pospuso por los asesinatos del presidente, Francisco I. Madero, y del vicepresidente, José María Pino Suárez, así como por el cuartelazo que llevó al gobierno al chacal Victoriano Huerta. La estafeta que recogió el



gobernador de Coahuila, don Venustiano Carranza, con el Plan de Guadalupe, iba a convertir a Apizaco en escenario de la vindicación del apóstol de la democracia.

El Ejército del Noreste, a cargo del general Álvaro Obregón, en 1915 se trasladó desde Sonora hasta la Ciudad de México; lo mismo hizo el Ejército de Oriente, a cargo del general Pablo González. Las fuerzas del general Pablo González tenían que llegar a la estación de Apizaco, donde se les unirían las del general Juan Mérito, provenientes de Veracruz. Se les unieron varios contingentes, entre los cuales están: el 4º batallón “rojo”, del coronel Ignacio Enríquez, y el batallón del general Carlos Tejeda, así como el de Juchitecos, al mando del coronel Felipe López. Más adelante, se incorporaron trescientos dragones de la Sierra de Puebla bajo el mando del mayor Enrique Medina Quintanilla.

Por varios días todo el Ejército de Oriente convirtió a la ciudad de Apizaco en una fortaleza militar, hasta que en los trenes avanzaron hacia la Ciudad de México, donde fue quebrado y disuelto el ejército federal al servicio de la dictadura porfirista y de la usurpación huertista, que se entregó y disolvió en la población de Teleoyucan, Estado de México.

En la medida que las fuerzas constitucionalistas avanzaban desde varios puntos a la Ciudad de México y el gobierno de la Convención se batía en retirada hacia el estado de Morelos y hacia el norte de la República, don Venustiano Carranza impulsó la iniciativa de reforma social, promulgando las adiciones al Plan de Guadalupe, entre las que se encontraba la ley del 6 de enero de 1915. Después de la Convención de Aguascalientes y la lucha de facciones, que también involucró a los revolucionarios tlaxcaltecos, herederos de Juan Cuamatzi, se promulgó la Constitución de 1917 e inició el período de gobierno de don Venustiano Carranza.



Entre los recuerdos que don Venustiano Carranza dejó a los apizaquenses, se encuentra la restitución de las tierras a las viejas comunidades indígenas, conforme a la legislación del artículo 27 constitucional, el 4 de febrero de 1917, cuando estaban a punto de promulgar la carta magna. Así, por resolución del Ejecutivo federal se restituyeron los terrenos ejidales conocidos como Chizagua y Tlacotepec, del pueblo de San Cosme Xalostoc.

El 26 de julio de ese año, se desprendieron 144 hectáreas de las haciendas que durante siglos impidieron el desarrollo de San Luis Apizaco, dotando a los campesinos de tierras ejidales; el 15 de noviembre de 1917, se dotó también de tierras ejidales al núcleo de La Concordia con 500 hectáreas que habían pertenecido a las haciendas de la Segura Michac y San Tomás Xostla; de estas mismas haciendas se tomaron 190 hectáreas y en la misma fecha de la dotación anterior se otorgaron tierras ejidales al barrio de San Juan Tepactepc. Apizaco observó los acontecimientos nacionales con interés y sus pobladores sintieron que el país se orientaba, después de muchos avatares, hacia una etapa constructiva de cambios substanciales.

Después de este periodo de la revolución vivieron sus padres y ellos en la Ciudad de México. Se conocen el C. Candelario Díaz Sánchez y la C. Petra Sánchez Lira, originarios del Estado de Tlaxcala pero, como muchos habitantes, partían al D. F. en busca de oportunidades de trabajo. Se conocen y contraen nupcias en el año de 1935 en la capilla que se encuentra frente al mercado de la Merced, en la esquina de San Pablo y Anillo de Circunvalación. Posteriormente, regresan a su estado y radican en la Ciudad de Apizaco, donde ejercen la profesión de elaboración y venta de helados de los sabores de: cacahuete, vainilla, melón, Nescafé, fresa, plátano, mango, mamey, chocolate, coco, limón, aguacate, mole y frutas de temporada.

En el año de 1935, el medio de transporte para ir a las poblaciones de la zonas como Tetla, Texcalac, San Francisco Atexcatzingo, Col. Morelos, Xalostoc, San Andrés Ahuashuatepec, Tzompantepec, Cuaxomulco, Xaltocan Terranate, en Apizaco en la estación del ferrocarril y diversas calles, etcétera, era caminando con el bote de helados que cargaba al hombro el Sr. Candelario, conocido por los habitantes como *Don Cande*, y Petrita, cargando los barquillos para servir dicha nieve. Recorrían dichos lugares, así también vendían en las escuelas de la población, como son: ESCUELA PRIMARIA COMUNIDAD OBRERA, hoy Benito Juárez; ESCUELA APIZACO, hoy Instituto Fray Pedro de Gante; SECUNDARIA HÉROES DE NACUZARI, ESCUELA MUNICIPIO LIBRE, ESCUELA CUAUHTÉMOC, INSTITUTO TECNOLÓGICO REGIONAL DE APIZACO, hoy I. T. A., y ESCUELA TÉCNICA NÚM. 9, ESCUELA PREPARATORIA LA CORREGIDORA, CECATI NÚM. 29, ESCUELA XICOTÉNCATL, donde iniciaron ambos en el turno vespertino, y más.

Con el paso de los años, el transporte fue una carretilla de madera con rueda de fierro, hasta llegar a usar un triciclo con material de tubo de fierro y ruedas de bicicleta. Cuando el transporte fue la línea de autobuses, recorrieron las principales poblaciones del estado. También hacían el recorrido a menudo en ocasión de las ferias de las poblaciones siguientes: Zacatelco, Tepeyanco, Santa Ana Chiahtempan, Tlaxcala, Calpulalpan, Huamantla, Tequezquitla, Tlaxco, etcétera.

A su largo paso por las poblaciones, conocieron a todo tipo de personajes que hoy son leyenda de sus poblaciones; como uno de tantos ejemplos les menciono al señor Matías Sánchez Martínez, Juan Sánchez Martínez, Ascensión López, José Sánchez Fuentes, Santos Sánchez Martínez, Bernardo Hernández, Silvestre Fernández, Lázaro Sánchez, quienes fueron los fundadores de la POBLACIÓN DE VELASCO EN EL AÑO EL 1945 EL DÍA 26 DE FEBRERO y quienes, platicando un día con sol, saboreando sus ricos



helados, le comentaron que el nombre de colonia Velasco se debió a que anteriormente en la ruta ferroviario del Interoceánico había una parada que no tenía nombre. Con el paso de los años, se estableció un campamento de ferrocarril para dar un escape de vía, y en ese campamento vivió un señor de nombre José Velasco, quien, al paso de tiempo, se dedicó a vender pulque.

Los campesinos de los alrededores que pasaban por allí consumían dicho pulque y la gente empezó a decir “voy con Velasco” y otros decían “voy a Velasco” y la gente que subía en el ferrocarril le decía al cobrador cuando le pagaban: “subí en Velasco”, y a partir de entonces, la colonia del municipio de Xalostoc se llama VELASCO. Lo conocían personas de diversas profesiones que probaron sus exquisitos helados en su visita al estado y que a lo largo del tiempo llegaron ser presidente de la República, gobernadores, como el Lic. Emilio Sánchez Piedras, Lic. Samuel Quiroz de la Vega, Lic. José Antonio Álvarez Lima, MVZ Alfonso Sánchez Anaya, C. P. MARIANO GONZÁLEZ ZARUR, LIC. ADRIANA DÁVILA FERNÁNDEZ, así como políticos de la actualidad de diversos partidos, empresarios, conductores, periodistas, intelectuales de la región, como el MONSEÑOR MARCIAL AGUILAR (q. e. p. d.) etcétera. Por la limpieza en su trabajo y su indiscutible sabor de sus helados, les platico que cierto día en la banqueta, frente al INSTITUTO FRAY PEDRO DE GANTE de la Cd. de Apizaco, en presencia de los estudiantes, padres de familia, profesores y directivos, empezó a elaborar con la limpieza y pulcritud los helados de diversos sabores y al terminar dicho proceso, las personas en general alabaron sus productos que eran de calidad.

Cuando llegaba en las tardes a casa después de su larga jornada de trabajo, iniciaba la radiodifusora FM Centro Apizaco, y él y su familia escuchaban el programa llamado de *Las manzanas maduras*, conducido por su amigo el eminente locutor Sr.

ALFONSO MACÍAS GALAVIZ, quien también degustaba con gusto dicho producto. Una de tantas muestras de cariño que recibió a lo largo de su vida fue la del periodista Sr. Lozada, quien el 2 de noviembre de 1922, en la “Sección de calaveras” en el periódico *El Sol de Tlaxcala*, con motivo de Día de Muertos le dedicó una a *Don Cande*, al lado del entonces Gobernador y diversos personajes del estado.

Pero como ser humano, donde su ciclo inevitable es nacer, crecer, reproducirse y morir, el día 5 de enero de 1996 fallece *Don Cande* y el 28 de mayo del mismo año, fallece su esposa, Petrita; fueron sepultados juntos en el Panteón Municipal de Apizaco, ya que el amor, respeto y fidelidad que se tuvieron en toda su vida los une, aun después de su muerte, al lado del creador. En el radio FM de Apizaco, el locutor Miguel Sesin Marín hace una remembranza de su trayectoria y comenta, junto al Dr. Antonio Durán Apango, su fallecimiento.

A SUS HIJOS (AS), GRACIELA, MARÍA LUISA, TERESA, ALEJANDRO RICARDO, JORGE Y JAIME; NIETOS (AS), ALEJANDRA GPE., SUSANA, NORMA, RENÉ, GILBERTO, MARCELO, ESTEBAN, ETC.; BISNIETOS (AS) DIANA, LUIS, SERGIO, METZI, RENÉ ALEJANDRO CANDELARIO, DIEGO, ETC., Y EN GENERAL A TODA SU FAMILIA LES DEJÓ UN VALIOSO TESORO QUE ES: EL TRABAJO, LA HONRADEZ, LA DISCIPLINA, EL RESPETO, LA TOLERANCIA, EL AMOR Y LA RECTITUD.

Seguros estamos de que el creador y todo su reino en este momento están probando los deliciosos *Helados Don Cande* y que son del agrado de ellos. Esta es una historia de una familia como existen tantas en el Estado de Tlaxcala, que forjan día a día un país a base de su trabajo. Hoy se hace un justo y merecido homenaje a su dedicación.



La vida a través de la revolución

Autor: Jazbeth Peña Pérez

Hola; mi nombre es Jazbeth Peña Pérez y mi abuelito se llamaba Delfino Peña Cuatecontzi; es originario de Tlaxcala y hoy me cuenta una anécdota que su papá le contaba cuando era pequeño, de cómo él vivió la revolución.

Su papá era una persona muy humilde, nacida en San Bernardino Contla en 1900. Dice mi abuelito que su papá, en las tarde de lluvia, se ponía a contarles la tragedia que vivió al ver la revolución. Su papá tenía 10 años cuando iniciaron los movimientos armados; dice que oía mucho hablar acerca de Porfirio Díaz y Francisco I. Madero y de todos los movimientos que se llevaron a cabo tras la inconformidad del pueblo y de algunos políticos contra el Porfiriato, una dictadura que tenía a las familias en extrema pobreza y escasez.

Cuando estalló la revolución, dice que el miedo invadía a las personas y cuando llegó la lucha armada a Tlaxcala, cuenta mi abuelito que su papá, por el miedo, se escondía de los soldados que entraban a las casas y los despojaban de sus alimentos, vestimenta y los mataban al oponerse. Me contó que tanta era la desesperación por vivir, que muchas familias se unían y hacían cuevas debajo de sus casas, donde escondían un poco de comida, y cuando llegaban los militares a atacar sus casas o oían los bombardeos, se metían a esas cuevas y no salían hasta que se calmara la lucha.

Tanta sangre corrió en esa época... dice mi abuelito que era costumbre ver en las calles gente muerta y el sufrir de sus familiares, y que todas las personas vivían con miedo. Al igual que a muchas familias, la mía vivió la desgracia de perder a

sus seres queridos en la lucha. Me comenta mi abuelito que su abuelito murió en su casa defendiendo a sus hijos tras la llegada de unos militares que trataban de quitarles sus pertenencias, y así pasó con la familia de su mamá, donde, me comenta mi abuelito, llegaron los soldados y a los hermanos de su mamá los fusilaron por tener ideales diferentes y defender a Madero. El ejército de Porfirio Díaz fue el que atacó a esta familia.

Después de unos tres años de lucha constante, dice que en Tlaxcala surgió un general que estaba a favor de los ideales de Madero llamado Juan Coamatzi, general activo de esta lucha. Se dice que, a su muerte, el municipio de Tlaxcala se le llamó municipio de Juan Coamatzi en su honor.

Al finalizar la revolución, le escasez era muy notoria, ya que, por todo el tiempo que duró la revolución, no se trabajó el campo; vivieron una escasez muy grande, tanto, que con lágrimas en sus ojos, cuenta mi abuelito que su papá llegó al extremo de comerse las sobras de las personas que tenían más dinero para comer y que recogía las cáscaras de naranja y se las comía, y había días en que no probaban alimento, y que, como eran familias grandes de 8 hermanos, cuando había, comían frijoles y les tocaba un solo platito, muchas veces sólo los hijos, y que su mamá soportaba el hambre. Al morir su papá, su mamá se hizo cargo del campo junto con el papá de mi abuelito. Dice que trabajaron la tierra, pero tras tantas muertes, hubo una gripe en Tlaxcala y parte del país, en donde muchas personas morían, que sólo se veía en las casas un moño blanco o negro que indicaba que había muerto una persona y que a los muertos ya no los enterraban, y que sólo en Tlaxcala murieron infinidad de personas. Dice que, al término de esa epidemia que dio, llegó una lluvia que para los campesinos fue lo mejor que les pudo ocurrir porque, tras meses de no haber llovido, con esa lluvia las cosechas se pusieron, y que en ese año dieron una de las mejores cosechas de todas.



Me cuenta mi abuelito que su papá, ya un joven de 24 años, trabajó tanto las tierras, que levantó su casa y ayudó a su mamá, pero que fue muy difícil reponerse de la tragedia de la revolución y que siempre tuvo con él los recuerdos de las personas muertas y la gente que sufría de hambre y desesperación por no poder hacer algo a esa lucha. Vio con profunda tristeza a mujeres que contra su voluntad las llevaban a ser esclavas de los militares, que a cualquier persona, sin importar si fuese adulto o niño, si se interponía en su camino, la mataban sin piedad alguna... las enfermedades que se desataron a raíz de todo esto. Dice que mi abuelito que su papá siempre le dijo que, aunque él vivió todo eso y tuvo el triste recuerdo de una infancia oprimida y que sufrió la falta de su padre y la desesperación de su madre y hermanos, salió adelante. México salió adelante. Ahora a las generaciones futuras hay que enseñarles el valor de las personas que lucharon por un mejor país porque las cosas cambiaran y por la memoria de la gente que sufrió todas las consecuencias de esta lucha.

Dinastía de la familia Ramírez

Autor: Amairany Rojo Ramírez

Mis tatarabuelitos se llamaban HERNESTINA VALDEZ y JOSÉ MA. MONTALVO; ellos eran de Tlaxcala, pero en ese entonces vivían en una hacienda y se conocieron allí. A mi abuelita le contaban que, cuando llegaba la tropa, tenían que esconder a las jovencitas o las tiznaban la cara y les daban unas muñecas para aparentar que estaban locas, porque si no, se las llevaban, y entre ellas escondían a mi abuelita MA. DEL CARMEN MONTALVO VALDEZ. Como ella era pequeña, la envolvían en un petate y la metían debajo de la cama; dice que cuando la tropa llegaba a la hacienda, se llevaba la comida.

En ese entonces, Venustiano Carranza estaba en el poder y a las haciendas les enviaba una pequeña cantidad de maíz, y como no alcanzaba, tenían que a completarlo con el xhinfí del maguey para hacer tortillas. Mi abuelita dice que una vez hubo una plaga de piojo blanco y que, a pesar de la limpieza, de lavar ropa y de bañarse, la plaga no se acababa. Mi bisabuelo se llamaba JESÚS MARTÍNEZ; él era de Tepeyahualco, Hidalgo, pero se fue a trabajar a una hacienda llamada Quintanilla en Tlaxcala; allí era el mayordomo y se encargaba del tinacal y de fabricar pulque.

Allí conoció a mi bisabuelita MARÍA DEL CARMEN. Se casaron y tuvieron 8 hijos, entre ellos, mi abuelita MARÍA ISABEL MARTÍNEZ MONTALVO; ella nació en Quintanilla, Tlaxcala, pero cuando creció, se fue a trabajar a Méxic. Allí conoció a mi abuelito AUSTREBERTO RAMÍREZ GALINDO, originario de Tecozautla, Hgo., y él se dedica desde hace más de 50 años al oficio de panadero, y él fue uno de los primeros fundadores de panaderías y hornos de piedra en Tecozautla. Mis abuelitos tienen 5 hijos 4 mujeres, 1 hombre, y tienen 7 nietos entre ellos, yo.

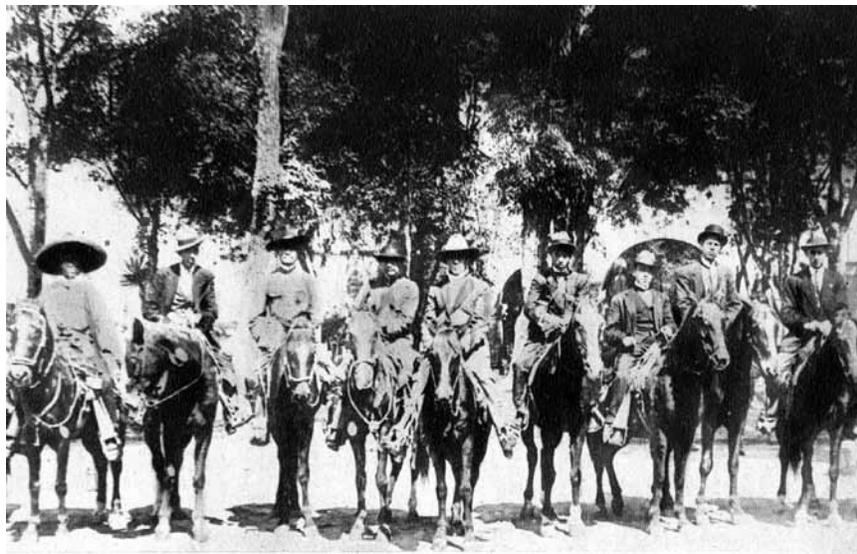
DINASTÍA DE LA FAMILIA RAMÍREZ

Mi tatarabuela MANUELA HERNÁNDEZ era de la comunidad del Palmar, Tecozautla y mi tatarabuelo DOMINGO RAMÍREZ era de San Miguel Canteplanta, Tecozautla. Se conocieron en Tecozautla y procrearon 3 hijos, CRESCENCIO RAMÍREZ, JULIÁN RAMÍREZ y ASCENSIÓN RAMÍREZ. El primero de ellos estudió su primaria en lo que es ahora la Casa de la Cultura; posteriormente, se fue para la ciudad a seguir estudiando, ocupando cargo en el gobierno de Porfirio Díaz; luego regresó a su tierra natal, Tecozautla, en la cual desempeñó más o menos 16 a 18 años la presidencia municipal de Tecozautla. En ese periodo fue cuando se inició la Revolución Mexicana de 1910, dejando inconclusa la obra del

torreón. Por motivo que el nuevo régimen, cambió por completo todo el personal de Porfirio Díaz, y él andaba entonces en donde las tropas maderistas y carrancistas, por eso no formó un hogar ni una familia, y dejó de existir en 1918.

El segundo hijo, Julián, se dedicó al campo; se casó y tuvo una numerosa familia, y en lo que se refiere a mi bisabuelo, él también se dedicó a obtener cargos en la presidencia mpal. 30 años y ocupó en ocasiones un puesto en el Registro Civil, de secretario de juez. Él se casó con la señora Trinidad Galindo y procrearon 7 hijos, un único hombre, que es mi abuelo, y mi abuelo se casó con mi abuelita MARÍA ISABEL. Él es originario de Tecozautla, Hgo., y mi abuelita de Tlaxcala. Ellos se conocieron en México y procrearon 5 hijos: Noemí, Flor, Carmen, Austreberto y Ma. Isabel.

Flor se casó con Javier Rojo Hernández.; ella estudió para educadora y Javier sólo terminó la Prepa; procrearon una hija, yo, Amairany Rojo Ramírez.



Veracruz

Historia de Tamiagua

Autor: Francisco Iván Román Lorencez

HISTORIA DE FAMILIA

BENITA ROMÁN MOGOLLÓN † (q. e. p. d.)

Platicó mi bisabuela paterna que, cuando ella era pequeña, su mamá le hablaba mucho de la historia de Tamiagua, Veracruz, y de lo que las antecedía; ella comentó: “En una época, en el siglo XII fue capital del Imperio huasteco, cuando Tomiyauh, también Señora de Pánuco y Tampico, se casó con Xólotl, Señor



de los otomíes o chichimecas con asiento en Otontepec, y con él emprendió la reconquista, seleccionado a Tenayucan por capital”.

En 1830, se decreta como Villa el pueblo de Tamiahua; en 1853, Tamiahua pasa el Departamento de Veracruz. En 1861, Benito Juárez decretó la apertura del canal que comunicaría Tuxpan con Tampico mediante la laguna de Tamiahua.

Con entusiasmo platicaba con nosotros sobre las tradiciones y sobre los días festivos de mi comunidad. Ella decía que en marzo o abril se celebra la Semana Santa con una representación en vivo de tipo religioso; el 9 y 12 de mayo, Fiesta de Carnaval, uno de los carnavales más alegres de la Huasteca Veracruzana; el 25 de julio, fiestas religiosas en honor de Santiago Apóstol, patrono del lugar; en la primera semana de agosto, celebra la Feria del Ostión y del 25 de diciembre al 1 de enero la Feria Regional Pesquera.

Entre los monumentos históricos que se pueden apreciar del relato, tienen valor cultural las ruinas de la Hacienda de San Sebastián, ruinas arqueológicas de la Comunidad de La Labor, así como la propia iglesia de este municipio, que se encuentra en la cabecera municipal, la cual es llamada “Santiago Apóstol el Pescador”.

Me habló sobre el origen del nombre del pueblo y dijo que el nombre Tamiahua y sus vocablos en náhuatl “Tlallimiahuatl” y en Huasteco “Tam-yam-ja” significan lugar rodeado de agua.

Bajo las faldas de la abuela

Autor: Ramón Santos Corneylli

Mi abuelita, doña María de los Remedios Zamora, Vda. de Corneylli (q. e. p. d.), nos contaba una historia que a su vez le narró su abuelita, sucedida durante la invasión del Puerto de Veracruz en 1914.

Transcurrían los primeros días de la invasión norteamericana a Veracruz y, a pesar de la superioridad numérica de los estadounidenses, algunos valientes habían asumido la defensa del puerto.

Una tarde en la que mi abuelita estaba en el patio de su casa —antes las casas humildes sólo tenían cercas y no bardas de concreto en los patios—, vio a un soldado gringo malherido (este apelativo surgió porque sus uniformes eran verdes y la gente que sabía inglés les decía “iGreens, go home!”) que venía corriendo desde la avenida Bravo (cerca de lo que antes era la fábrica de vino y cerveza y que es actualmente Tránsito Municipal). Cuando lo vio brincar la cerca de la casa, ella comenzó a gritar, pero el soldado le suplicó, a señas porque no sabía español, que no lo delatara.

Casi inmediatamente después, apareció por la misma calle una turba de vecinos armados y ella, conmovida por sus heridas y sus súplicas, lo escondió debajo de su falda, mientras les decía a sus perseguidores que sí había entrado, pero que había huido brincando hacia otras casas.

Un poco más tarde, el soldado salió de debajo de las faldas de mi abuelita y se alejó corriendo en la penumbra del anochecer, besándole la mano en señal de gratitud.

Mi abuelita falleció hace cinco años, pero ésta y muchas historias más las llevo frescas en mi memoria.

Saludos.



Cuentos de mis antepasados

Autor: Jesús Ignacio

Toda la historia de mi familia se remonta al nacimiento de mi bisabuelo Aniceto Robles Santiago; él nació en el estado de Veracruz el 15 de febrero de 1900 y vivió una parte de su vida (bueno la mayoría de su vida) en una pequeña rancharía establecida en una parada de ferrocarril llamada Vargas, este honor a un personaje muy popular por la zona.

A los 10 años de su corta vida, pasó por muchas anécdotas, por ejemplo: él contaba que una vez que estalló la Revolución Mexicana pasaban demasiados caudillos en los ferrocarriles cargados de armas y con muchos, muchos, caballos y que todos estos se dirigían a la Ciudad de México para enfrentar las fuerzas armadas de Porfirio Díaz.

Bueno, pero la parte que yo considero más importante es esta: que mi bisabuelo pudo conocer a su futura esposa, Cecilia López Rivera. Ella era originaria de Oaxaca, pero debido a las diversas batallas y guerrillas que se habían originado por toda esa zona, ellos decidieron irse de su tierra natal y buscar un lugar en el estado de Veracruz para poder vivir y establecerse ahí, pero como no encontraron nada en el centro del puerto de Veracruz, tuvieron que irse a Vargas (la rancharía antes mencionada) y allí fue donde conoció a mi bisabuelo y pasado el tiempo se casaron para formar una familia, y de allí nacieron 6 hijos, de los cuales uno de ellos sería mi abuelita (por esto digo que es la parte más importante, porque si mi bisabuela no hubiese migrado a el estado de Veracruz por culpa de diversas batallas armadas, ella no hubiese conocido a mi bisabuelo y no hubiese nacido yo).

Mi bisabuelo Aniceto le contaba muchas historias a mi abuelita. Una de ellas era que se rumoraba que por esos rumbos

de Vargas había pasado el ejército de Antonio López Santa Anna y que habían hecho una gran variedad de túneles por los cerros del lugar; hasta el momento, sólo se ha encontrado un solo pasaje que conecta dos diferentes puntos del pueblo a través de un túnel escondido. Hay muchos rumores acerca de estos túneles. Se dice que los hizo la cultura totonaca porque se han encontrado muchas estatuillas de barro y de jade en el túnel; muchos otros dicen que esos túneles los construyeron los españoles para atravesar más rápidamente y llegar a la antigua ciudad totonaca en Cempoala; en sí, no se sabe cuál es el verdadero origen de este túnel que antes mencioné, lo que sí sé es que está en muy malas condiciones, pues no se sabe cuántos años tiene de antigüedad y está a punto de derrumbarse.

Otra historia que les contaba mi bisabuelo es esta: que Vargas era un punto en donde los antiguos piratas dejaban todos sus tesoros y que, al paso de los tiempos, los dejaban olvidados en esta zona, se cuenta que, al paso del tiempo, muchos cofres de los que dije se han encontrado y que contenían una gran cantidad de joyas y monedas de oro y plata (la verdad, yo no creo en esta historia porque no hay rastros de estos supuestos cofres repletos de joyas y oro).

Bueno, volviendo al tema de mi familia, la verdad, la época más emocionante fue la que les relaté, porque de ahí en adelante todo ha transcurrido como en cualquier familia: mi abuelita tuvo tres hijos y uno de ellos fue mi padre, y él es el que me contó todo lo que les conté lo de los túneles y lo de los cofres de los piratas, y algo que sí me impresionó cuando me lo estaba contando fue que hace aproximadamente unos 35 años chocó una avioneta por uno de los cerros que no está a mucha distancia de Vargas. Esta avioneta contenía demasiados productos electrónicos, de los cuales dicen que en el lugar en el que se estrelló la avioneta se hizo un hueco muy grande en la tierra que dejó al descubierto un

supuesto escondite, el cual descubrió el ejército y las autoridades correspondientes del lugar, y tomaron posesión de este gran hallazgo ellos mismos. Dicen que lo que dejó al descubierto la avioneta fue una entrada a una caverna que en su interior contenía demasiados objetos de muy grande valor (joyas, oro, etc.) y esto deja al aire la supuesta teoría de que por estos lugares hayan pasado los pobladores totonacas o los conquistadores españoles después de haber ido a saquear la ciudad ubicada en Cempoala y todo este tema me llena de mucha intriga.

Y afortunada o desafortunadamente, toda mi familia, bueno desde mi bisabuelo, no participaron en las diversas guerras de los independistas o de los revolucionarios de nuestra época pasada de hace 200 y 100 años. Lo que sí les puedo decir es que toda mi familia sigue contando acerca de todas las leyendas que les comenté y les aseguro que yo también se las contaré a las futuras generaciones de mi familia, porque lo que yo pienso es que lo que nunca se debe perder es la cultura de nuestro país, y principalmente conocer la historia de cada una de nuestras familias.

¿De qué, si no de cultura, podemos presumir? Yo creo que de lo que más se deberían sentir orgullosos todos los mexicanos es de que tenemos una cultura, que tenemos una base muy sólida del cómo se fue forjando poco a poco la nación mexicana desde los olmecas hasta los guerreros aztecas que defendieron hasta con su última gota de sangre el territorio mexicano de las manos extranjeras de los conquistadores españoles, así también, cómo luchó Miguel Hidalgo y Costilla, José María Morelos, Ignacio Allende, Santa Anna y muchos más para poder obtener nuestra libertad de la colonización de los españoles; y qué me dicen de la gran actuación de Francisco I. Madero, Venustiano Carranza, Francisco Villa, y tantos más que contribuyeron a zafarnos de la dictadura de Porfirio Díaz, que llevaba aproximadamente 30 años



como dictador de México. En fin, todos deben sentirse orgullosos de ser mexicanos, porque yo creo que algún integrante de su familia contribuyó a que se llevara a cabo la Independencia de México y la Revolución Mexicana.

La finca de oro

Autor: Josué Bernardo Licona Aguilar

Para mí, la familia representa la base, algo así como los cimientos de un proyecto tan importante como lo es el proyecto de la vida, algo a lo que no se le pone precio, mas sin embargo, el valor que tiene es infinito.

Mi padre es de un lugar llamado Ixhuatlán del Café, Ver. Sus padres (mis abuelos) son: Sara Vargas Luna y Eduardo Licona Escobar. El fruto de ese matrimonio fueron 3 mujeres y 3 hombres. Mi madre es de un lugar llamado Actopan, Ver., su padre, Silvino Aguilar Ayala y su madre, Lourdes Méndez León. El fruto de ese matrimonio fueron 3 mujeres y 2 hombres.

La historia que voy a contar tiene lugar en Ixhuatlán del Café, Ver. Habla de mi bisabuela Francisca Escobar Herrera, quien era de Ixhuatlán del Café. Ella tenía fincas de café, alrededor de 12 hectáreas, y ella, como muchas personas que tenían fincas de café, requería de cortadores, quienes venían de algunos pueblos vecinos, y del pueblo que más personas venían era de Chichiquila, ya que de ese pueblo venían familias enteras a cortar café, pero como estas personas no sabían hablar castellano, buscaban a mi bisabuela, ya que era bilingüe, para hacer los tratos para que cortaran café, ya que esas personas hablaban el náhuatl como lengua madre.

Pero como anteriormente ya mencioné, esta gente venía sólo en la cosecha, lo que quiere decir que sólo era cada año; entonces, mi bisabuela, al finalizar la cosecha, convocaba al pueblo para hacer como una feria donde había juegos como: competencias de tiro al blanco, palo ensebado, y se soltaban 12 cerditos en un ruedo pequeño, donde la gente los atrapaba y se los llevaba como premio de agarrarlo. Se soltaban 12 cerditos en honor a los 12 meses de abundancia que les dejaba la cosecha de café.

Pero estas personas fuereñas no tenían casa en Ixhuatlán. Mi bisabuela desocupaba las 2 bodegas más grandes, donde se almacenaba zacate para las bestias de carga, para que se quedara allí la mayoría de la gente, que era la que contrataba, y después de la feria y la cosecha, mi bisabuela era buscada por todos los que venían de Chichiquila, para que hablara por ellos con sus respectivos patrones, ya que era una de las 2 únicas personas que sabían hablar esa lengua. Doña Francisca Escobar Herrera, madre de Eduardo Licona Escobar, mi abuelo paterno, le dejó al mismo la herencia más valiosa que los bienes materiales: el saber hablar la lengua de los habitantes de la Sierra de Huatusco, el náhuatl.



Yucatán

Como quisiera recordarte
Kelly Georgina Paloma Xiu

Como quieres ser recordado

MI FAMILIA PATERNA: LOS PALOMO

Todo empezó con mis tatarataraabuelos, el Señor Aguilar y su esposa, la Señora Menences; ellos vivieron en los tiempos de los horrores de la guerra de Castas, pero lo más duro de esta familia fue que la Señora Menences miró cómo los soldados arrastraron



a su esposo por haberse negado a participar en la guerra; tanto fue su miedo, desesperación y dolor, que huyó con sus hijos de Valladolid a Mérida.

Ella se las ingenió para poder crecer a sus hijos, de ellos, mi tatarabuela, que se llamó Francia Aguilar Menences; al ser ella muy joven, se casó con el Señor Castillo, originario de Mérida, dejando ellos como descendencia a 4 hijos, de ellos, a mi bisabuela Exaltación Castillo Aguilar; ella creció en Mérida y vivió 116 años. Siendo ella muy joven, contrajo matrimonio con el Señor Álvaro Alonzo; por la misma guerra, tuvieron que huir al pueblo de Oxkutzcab; allí tuvieron a sus 11 hijos, de ellos 9 sobrevivientes, donde había 5 mujeres y 4 varones, de ellos, mi abuela Victoria Alonzo Catillo, que nació el 2 de noviembre de 1916. Cuando ella tenía 7 años, huyeron a la rancharía de Becanchen, donde ella creció y conoció a mi abuelo Crescencio Palomo Cámara, que era un hombre honrado que trabajaba la tierra y la ganadería. Él nunca fue a la escuela, sin embargo, aprendió a leer muy bien; él nunca conoció a su padre, ya que se murió cuando él tan sólo era un niño; su mamá se llamó Paulita Cámara; él nació el 9 de abril de 1910.

Al casarse ellos, se mudaron a Oxkutzcab para empezar su vida juntos; tuvieron 13 hijos, de ellos 10 sobrevivientes: Emilio, Guadalupe, Yolanda, Fernando, Teresita, Gloria, Herlinda, Mariana, Miguel y Marco Palomo Alonzo.

La vida de mis abuelos fue muy difícil, ya que, a pesar de que eran jóvenes, tenían que trabajar mucho para mantener a sus hijos por la tanta pobreza. En sus tiempos había mucha unión familiar. A pesar de la situación económica, la familia seguía unida, donde en ella se respetaban algunas costumbres, como la de comer puchero los domingos y frijol con puerco los lunes.

Sin embargo, supieron salir adelante, creciendo a cada uno de sus hijos, de ellos, a mi papá Marco Palomo, que en la actualidad

es Ministro de una iglesia en Oxkutzcab; terminó como técnico en un CBTA en Chetumal; él era alcohólico desde temprana edad hasta que tuvo un encuentro con Dios personalmente, transformándole completamente la vida no sólo a él sino a toda su familia y a la sociedad.

Descendientes directos de los príncipes mayas, mi tatarabuela se llamó Doña Felipa Xiu, una mujer muy trabajadora que creció sola a sus 3 hijos; ella murió cuando se fue de vacaciones con su hermana y la dejaron sola. Se escapó el perro que tenían en casa y la mordió, dándole a ella una enfermedad muy indeseable: la rabia. Por falta de medicamento, la rabia avanzó al grado que la tuvieron que matar con una pastilla para disipar su dolor.

Mi bisabuelo Nicodemo Xiu, su primer hijo de Felipa Xiu, creció en un ambiente materno; él era comerciante, el único y primer sorbetero de la época, agricultor, muy trabajador; era una persona muy aventurera. Una de sus frases era que él viajaba solo en su país porque estaba orgulloso de lo que él era; era una persona motivadora con grandes anhelos y perspectivas en la vida. Su segundo hijo de mi Bisabuela fue Don José Agapito Xiu, el cual dejó como descendencia a 5 hijos, en ellos, Gaspar Xiu, escritor del *Libro de los mayas*. Su última y tercera hija fue María Xiu, dejando como descendencia a 8 hijos; mi bisabuelo Nico contrajo matrimonio con la Señora Leonarda Uc y su descendencia fue de 3 hijos, de ellos, mi abuelo Miguel Xiu Uc, Olga Xiu Uc y Jaime Xiu Uc.

Mi abuelito era un hombre muy intelectual, tanto, que le gustaba coleccionar libros e hizo su propia biblioteca de casa. Era tan inquieto que imitaba los inventos que leía, incluso dejó calvo a su papá con un unguento que le puso, según él, para calmarle el dolor de cabeza que tenía. Contrajo matrimonio con la Señora Juanita Sosa Canto, hija del Señor Crescencio Sosa y Crescencia Canto. El Señor Crescencio fue cuatro veces presidente de Tzu-

cacab; él fue muy estricto; tenía el pensamiento de que con los golpes aprendía la gente, alguien que forzaba a las personas y era muy manipulador. Su esposa era todo lo contrario, era una mujer sumisa y humillada, una mujer maltratada. Mi abuela Juanita era la mayor de 9 hijos; dejó de estudiar por no querer aceptar lo que su papá quería y abandonó su sueño de ser enfermera.

Al casarse mis abuelos, Dios les regaló 8 hijos, de ellos, 7 sobrevivientes: Iván, Sandra, Nidia, Rosa, Sonia, Jorge y Carlos Xiu Sosa, todos ellos en la actualidad profesionistas. Se sabe que de la familia Xiu, la mayoría son dedicados al campo de la educación. Mi abuela y su esposo lucharon mucho para salir adelante, incluso mi abuelo estudió para maestro después de haberse casado, impulsado por mi abuela, ella con el cargo de intendente en la escuela de Oxkutzab Jacinto Canek para sostener a sus hijos y no dejar solo a su marido, hasta que los 2 lucharon con la ayuda de Dios por sus hijos.

Gustavo Arce Correa, ilustre revolucionario

Autor: Antonio Enciso Arce

Gustavo Raimundo Arce Corona, mejor conocido como Gustavo Arce, vio la luz el día 18 de febrero de 1881 en la propiedad paterna de la Hacienda de Kinchakan, Municipio de Tizimín, Yucatán. Sus padres fueron Don Raimundo Arce Váles y Dña. Prisciliana Corra y Gutiérrez. Fue el tercero de diez hermanos.

Descendiente de Antonio de Arce, español de origen e intérprete de la gente maya en Valladolid, Arce Correa realizó sus estudios en el colegio católico de San Ildefonso, culminándose en el Instituto Literario de Yucatán, donde se recibió de aboga-



do el día 27 de julio de 1903 a la edad de 22 años, obteniendo diploma de la clase.

En 1906 contrajo matrimonio con la Srita. Rosario Cano y Gutiérrez con quien procreó a María, Aida, María del Rosario, Gustavo, Carlos y Amira Ofelia. Durante 1908 trabajó en una notaría, propiedad del Lic. José Ma. Pino Suárez, de quien era discípulo y amigo. También participó haciendo artículos de fondo para el periódico *El Peninsular*, propiedad del doctor poeta tabasqueño.

Durante el año de 1909, Gustavo Arce ingresó al entonces llamado Ejército Nacional como Teniente Coronel de Caballería. En ese mismo año fue Apoderado del Banco Yucateco. Fue maderista destacado, y tuvo mucha amistad con el prócer Serapio Rendón. Cuando el Lic. Pino Suárez, fue llamado a México para que ocupara el cargo de vicepresidente, el Lic. Arce se distinguió por el brillante panegírico que le hizo al bardo tabasqueño como despedida en el Teatro Peón Contreras.



Fue diputado local en 1912, 1917 y 1918. En la batalla de Halacho, Yucatán, donde se encontraba por instrucciones del Primer Jefe Dn. Venustiano Carranza, resultó herido. El General Salvador Alvarado lo comisionó para que formara un batallón en Tizimín.

Se distinguió como uno de los fundadores del Partido Socialista Obrero. Obtuvo el grado de Coronel. Gustavo Arce fue uno de los principales colaboradores de Alvarado en su eficaz gestión en el estado de Yucatán. Fue abogado consultor de la Comisión Reguladora del Mercado del Henequén, secretario del Consejo de la Compañía de Fomento de los Ferrocarriles Unidos de Yucatán entre 1916 y 1919, y Director de la Nueva Facultad de Derecho en Yucatán durante 1918.

Fue director del diario *El Constitucional*, semanario independiente que empezó a circular en 1914. Colaboró también en el semanario político *El Radical*, el que comenzó a circular el 31 de agosto de 1917.

El Lic. Arce fue presidente del Partido Progresista en el año de 1914, planeando la pacificación del Estado. Dicho partido al principio sirvió de apoyo al general Alvarado.

Durante 1919, cuando lo nombraron funcionario de la Secretaría de Hacienda, conoció y trabó amistad con el señor Adolfo de la Huerta. En este mismo año fue diputado por el Partido Socialista de Yucatán y suplente de Felipe Carrillo Puerto, en la XXIX Legislatura Federal.

En 1921 fue electo diputado al 9º distrito electoral del Distrito Federal por el Partido Nacional Cooperatista, donde se distinguió por el brillante estudio que realizó para crear el Banco de Emisión, más adelante nombrado como Banco de México.

Fue vicepresidente del Partido Cooperatista Nacional, sostenedor de Adolfo de la Huerta para la Presidencia de la República.

Colaborador y cofundador del diario *El Heraldo de México*, colaborador de *El Universal* por más de veinte años. Fue comisionado por De la Huerta para que Felipe Carrillo y compañeros viajaran de Progreso a Veracruz, pero la gestión del Lic. Arce se vio frustrada cuando los terratenientes compraron a Juan Ricárdez Broca y a Hermenegildo Rodríguez; fue entonces cuando Arce tuvo que salir rumbo a Campeche e iniciar así su prolongado exilio en Nueva Orleans, donde se dedicó a su profesión y tuvo una factoría con el Lic. Adolfo Hegewish. Fue Arce comisionado de la rebelión delahuertista.

Fue hasta 1929 cuando hizo gestiones con el entonces presidente de México, el Lic. Emilio Portes Gil, de quien era amigo, y pudo retornar a México, después de 6 años de exilio. Fue el único que lo logró en relativamente pocos años, pues la mayoría sólo pudieron regresar durante la administración de Lázaro Cárdenas.

Funcionario de la Suprema Corte de Justicia, en 1940 fue nombrado Magistrado del Tribunal Superior Militar y ascendido a General de Brigada por los servicios prestados a la Revolución. Durante el sexenio de Adolfo Ruiz Cortines, fue nombrado canciller en la ciudad de Austin, Texas. A finales de los años cincuenta, recibió un caluroso homenaje en Mérida. También recibió una Constancia al Mérito y Diploma como veterano de la Revolución Mexicana. En 1961, con el motivo de sus 80 años y 50 como abogado, el Sr. Jorge Prieto Laurens le organizó una comida-homenaje en la terraza del Hotel Majestic, donde lo acompañaron más de treinta personas compañeros de la xxx Legislatura, donde tanto se distinguió.

Falleció el día 2 de enero de 1966 en la Ciudad de México. En la agencia Gayosso donde fue velado, acudió mucha gente, entre amigos y familiares, distinguiéndose entre otros Don Adolfo Ruiz Cortines, ex presidente de México, y el licenciado



Gustavo Molino Font, uno de los fundadores del Partido Acción Nacional, quien fuera muy amigo y coterráneo de Gustavo Arce Correa. Fue enterrado en el Panteón Francés de la Ciudad de México, donde un numeroso grupo de personas se reunió para decirle el último adiós.

Es justo y necesario que se rescate la memoria y los logros aportados por el Lic. Gustavo Arce Correa a su país, a su estado y a la Revolución Mexicana.

Mi abuelo y yo

Autor: Rosita Fresita

Esta es la historia un poco insólita pero realmente divertida y de leyenda. Se trata de mi abuelo, que vive de 103 años y me platica los acontecimientos que vivió en sus años mozos.

Cada tarde siempre se sienta en la puerta de su casa a tomar el fresco y es cuando acostumbro sentarme para escuchar encantada sus vivencias... Me platica de los tiempos cuando llegaron los chinos invadiendo las pequeñas fincas de nuestro pueblo. Él fue hijo natural, y eran vendidos como esclavos para los chinos, quienes les hacían trabajar muy duro, hasta más de 12 horas al día sin comer y sin agua, y si había algún esclavo que mostrara su cansancio, era golpeado duramente.

Me platica él que, ya entrada la noche, eran enfilados los esclavos para llevarlos a unas celdas a dormir; allí les echaban chorros de agua fría para que los bañaran y les daban una porción de comida. Ellos, ya cansados de los malos tratos, de las injusticias y abuso de poder, comenzaron a idear, a planear en secreto cómo poder enfrentarse con estos hombres.

Cada noche, después de ser bañados con agua, simulaban dormir, pero hacían las movidas que pondrían en práctica para defenderse. Fue así como un día dos esclavos empezaron a discutir, y uno de los chinos que vigilaba que se cumpliera la jornada del día se acercó para darles latigazos. Un grupo de esclavos se abalanzó sobre de él para defender a su compañero de ser golpeado, y los otros chinos se metieron y comenzó una gran lucha con palas, picos, horquetas, palos, machetes, rifles. Varios esclavos morían en la lucha, niños inocentes, mujeres, hombres pero mi abuelo, emocionado, me decía que también los chinos eran muertos, masacrados porque era tanto el coraje que tenían los pobres esclavos.

Escaparon de la hacienda corriendo lo más rápido posible; querían llegar al pueblo porque de esa manera los esclavos serían libres, varios no lo lograban por estar heridos... pero, ¿saben qué?, mi abuelo sí pudo. Él es uno de los esclavos que tiene marcas en sus brazos, sus pies, espalda, pero logró salir adelante y yo lo veo como un héroe que salió adelante. A pesar de ser un esclavo, luchó al final para conseguir su libertad, y lo bueno de esto es que hoy en día mi abuelo aún lo tengo conmigo, disfrutando de su libertad, gracias a su optimismo, entrega y pasión.



Los relatos de mi tía Gloria

Autor: Paula

Me permití compartir los relatos de mi tía Gloria, finalmente también es la historia de mi familia...

“La historia de mi familia representa la unión y enfrentamiento de diferentes culturas y valores, un producto del mestizaje que se dio entre las razas indígena xochimilca y la española por la vía



materna. Mis orígenes por vía paterna son las mezclas de las razas española y los mestizos con españoles de los Valles Mezquital y Singuilucán.

Hace 3 décadas caí en la cuenta de que, si no hubiera existido la revolución, hubiera sido tataranieta de gente con dinero, tanto por herencia paterna y materna.

Mi bisabuela Cuquita nunca tuvo una buena opinión de la revolución. Cuando ella era una mujer de más de 70 años, añoraba los tiempos de don Porfirio, donde hasta los perros tenían para comer.¹ Había orden y ornato. ¡El dinero valía; un centavo valía! La gente bien podía vivir sin miedos. Su cara con expresión seria y llena de sufrimientos se iluminaba cuando le pedía me contara cómo celebraba su cumpleaños. ‘Mi padre era dueño de la hacienda y había desfiles de charros, vaquillas, música y comida’, me decía. Se ufana que no había gente malviviente.

Queriendo indagar mis orígenes, acepté acompañar a tío Ángel y a mamá a Singuilucán, Hidalgo. El plan incluía probar la barbacoa de borrego, los gusanos de maguey y escamoles.² La comida estuvo deliciosa y bebimos un pulque de moras de excelente calidad.³ No encontramos rastro de donde hubiera vivido mi bisabuela. Dos años antes del bicentenario, mamá no se pudo orientar, pues no existe la estación del ferrocarril; además, ya nadie da referencias de gente que desapareció con los años.

¹ Se trataba de los perros de los ricos a los que se les amarraba longaniza en el cuello. De niña, jamás le creí; pensaba que había perdido la razón con la edad e imaginaba cosas. A principios de los años 60, un kilogramo de carne de retazo para caldo valía 3.50 pesos, y no siempre hubo dinero para comprarla; en mi familia, comer tacos de longaniza era un lujo.

² Son los huevecillos de los nidos de las hormigas arrieras que los campesinos entresacan de la tierra cerca de las magueyeras.

³ La composición química del pulque se asemeja al vino tipo Champán.



El destino de mi abuela se marcó en 1910, primero porque en marzo nace mi abuela Josefina y luego por que estalla la Revolución. Al pasar los revolucionarios por Singuilucán, ellas encontraron refugio en la estación de ferrocarril, donde la bisabuela y su hermana eran maestras y daban clases en un cuarto que era parte de las instalaciones de la estación de ferrocarril.

En tiempos de la revuelta, se perdieron cultivos, ganados, propiedades y hubo desgracias personales. Hombres y mujeres que se unen a la causa revolucionaria por resentimientos contra la gente que tenía poder y dinero, por los abusos que les habían hecho y los que sufrieron pagando dolor y sufrimiento que no causaron. ¡Se agarraba parejo! Hubo mujeres que, luego de esos abusos, sufrieron y murieron. Pero también había las que se transformaron en soldaderas por haber padecido abusos de los señores. Después de estos acontecimientos, el abuelo le cambió el nombre a mi bisabuela, dejándose de llamar María de las Nieves, ¡y pasó a ser Refugio de los Afligidos!

Hubo tantos saqueos y abusos, que tuvieron que vivir escondidas en las pequeñas cuevas que existían por la región, dado que las grandes cuevas eran para a los revolucionarios y la gente que los seguía. Y se dedicaron a sobrevivir, recolectando lo que podían comer, básicamente nopales, tunas y, en lugar de agua, se tomaría pulque, esa sería la bebida hasta de los niños.

En los años 30 mi abuela, Josefina fue llevada a la Ciudad de México y quedó embarazada de un español, de los que el Gral. Lázaro Cárdenas dio asilo, y mi padre nacería y al tiempo llevaría los mismos apellidos de su madre. Otra versión dice que, como se enamoró de un hombre sin recursos, mi bisabuela prefirió llevársela a la Ciudad de México, y así mi padre nació en la Ciudad de México en 1932. En el D. F. estudiaría para profesora y su servicio social lo haría en las costas de Nayarit. La

acompañó el abuelo Daniel Capdeville¹ y llegaron de milagro. Primero viajaron hacia Guadalajara en ferrocarril, luego tomaron un camión y, gracias a un vendedor con camioneta, lograron llegar al rancho. Mi padre volvería a ver a su madre 5 años después.

Mi abuela, a su regreso, insistió en que mi padre estudiara y logró que un delegado le otorgara una beca del gobierno, y así concluyó la secundaria y la normal. Ese apoyo le haría votar por gratitud por el mismo partido por más de 48 años, y sólo cambiaría al recibir apoyos médicos y económicos por ser adulto mayor de 70 años en el Distrito Federal.

Mi abuela Nicolasa era una mujer trabajadora y dispuesta ayudar a cualquiera de la familia. Ella provenía de familias con recursos económicos que perdieron tras la revolución. Incluso el dinero que guardaban se esfumó tras haber pagado fortunas en cuartillos con monedas de oro a los abogados que aseguraron recuperarían las propiedades y terrenos.

Mi abuelo materno se llamó Domingo; fue un campesino beneficiado con chinampas tras el reparto de tierras del Ejido de Xochimilco. Un hombre trabajador, dedicado a múltiples labores, por las mañanas trabajaba de conserje en la Primaria Fernando Celada y cultivando las tierras; pescando carpas con las mallas de las bolsas del mandado; haciendo las canastas de varas o con bejucos, con las que mi abuela cargaba la compra del mercado;² daba mantenimiento a sus herramientas.

Me impresiona recordar todo lo que trabajaba mi abuelo, participaba en todas las actividades en las que se necesitaba fuerza

¹ Su padre era hijo de francés, fue de la gente que vino con Maximiliano y trabajaba de telegrafista en Agua Azul, cerca de Palenque en Chiapas. Se enamoró de su mujer y quiso quedarse a vivir en México.

² En el mercado de Xochimilco se adquirían frutas, verduras, cereales y leguminosas; los marchantes que vendía le decían respetuosamente a mi abuelita "Tía".



para preparar los alimentos para las fiestas y reuniones familiares. Él era el encargado de cortar y llevar la leña, preparar el fuego para cocer los alimentos, beneficiar los animales para sacar la carne, cosechar las verduras y flores que se necesitaban; ayudaba a preparar la comida, limpiando el romero; lavaba las tripas de pollo para que luego mi abuelita preparara los tamales; sacrificaba a los animales, y todos los excedentes de sus cosechas los vendía en carretilla en el mercado de Xochimilco. De esa manera sacó adelante a sus seis hijos. Una de ellas estudiaría para enfermera y cuatro estudiarían en la Escuela Normal para Maestros. Entre ellos están mi madre y mi tía Conchita, que no le gustó estudiar y prefería acompañar al abuelo a vender.

En realidad, la revolución nos hizo justicia a todos los que gratuitamente asistimos a escuelas públicas. Por mi parte tuve educación gratuita desde la guardería hasta la universidad. Incluso por ser aplicada, disfruté de una beca para hacer mi servicio social dando clases de Educación Física en un barrio de la Delegación Milpa Alta. Casi casi estrenamos la carretera que iba de San Gregorio a Milpa Alta y de ahí a Oaxtepec. También tuve beca de maestría y doctorado; sí tenía dinero por estudiar y ser aplicada... y lo usé para montar mis experimentos de hidroponía de cultivo de jitomate y luego en las parcelas probando las mejores soluciones nutritivas. La recomendación final fue: añadan potasio, pues el cultivo es demandante de este elemento.

Desde niños tuvimos servicio médico del ISSSTE, caminábamos por las vías del tren y de allí hacia la clínica, y había poca demanda, pues ese mismo día pedíamos ficha y nos tocaba cita. Ahora se pide por teléfono, pero pueden pasar semanas sin que toque turno, pero existe la opción de atenderse por urgencias”.

Historia de mi familia, familia Yam

Autor: Ángel Dionisio Yam Noh

Bueno la historia de mi familia se remonta a los años de la época en que el país estaba en transición durante y después de la llamada Guerra de Castas, que inició aproximadamente en 1847 y terminó de forma brutal con la toma de Chan Santa Cruz, o el Santuario de la Cruz Parlante, hoy Felipe Carrillo Puerto, municipio del actual estado de Quintana Roo.

Durante ese periodo, la península de Yucatán se vio afectada de manera directa, ya que los principales dirigentes mayas habían tomado las principales ciudades de Yucatán (cabe resaltar que en esa época no existía el territorio de Quintana Roo), poniendo en peligro la industria del llamado oro verde: el henequén. Fue entonces cuando el presidente Díaz tomó la decisión de acabar con los mayas rebeldes, ya que representaban un peligro para la economía, y los inversionistas extranjeros; para poner en jaque a las tropas rebeldes, mandó al general Bravo a que tomara la ciudad de Chan Santa Cruz pero, él fue muy cruel y despiadado con los mayas, que vendió a muchos para trabajar en los cañaverales de Cuba, y es así como se dio por terminada esta guerra que comenzaron Jacinto Pat y otros caudillos mayas.

Mi bisabuela nació en la ciudad de Chan Santa Cruz, hoy Felipe Carrillo Puerto. Durante la guerra allí vivió y era muy pequeña cuando los federales tomaron la ciudad. Ella en nació en 1903; conoció a mi bisabuelo en 1925 y se casaron; de allí el único hermano de mi abuelo que conozco es Don Jacinto Yam Moo, y mi abuelo el señor Dionisio Yam Moo; él actualmente vive en Carrillo Puerto, allí conoció a mi difunta abuela doña Piedad Buenfil Rodríguez; de allí nació mi tía Guillermina Yam Buenfil, mi tío Filiberto Yam Buenfil, mi tío José Yam Buenfil, y

así otros de mis tío, de los cuales no tengo datos, hasta llegar a mi padre, el señor Dionisio Yam Buenfil.

La familia de mi padre es de herencia indígena y campesinos que se han dedicado al cultivo y cría de ganado así como a la protección de la selva, ya que aún conservan la herencia cultural de agradecer al monte por las recompensas conseguidas durante un día de caza o porque toda la milpa dio el fruto esperado, agradeciendo al dios del monte Yuum K'aax por la cosecha. La familia de mi padre habla la lengua maya, ya que ellos son descendientes que aquellos mayas que dominaron la península de Yucatán, el sureste mexicano y parte de Centroamérica durante varios siglos de transición hasta la conquista de la península de Yucatán. Ellos piensan que todo ser del monte debe ser respetado, cada criatura viviente, y se mata sólo para consumo, no para venta, si no, los dioses desfavorecerían a los pobladores y ya no habría bestias en los montes.

Mis abuelos dicen que, durante el porfiriato, el estado o la península entera sufría de pobreza extrema. Los campesinos trabajaban en los latifundios desde que aparecía el sol hasta que se ocultaba y no podían irse a trabajar a otro latifundio, ya que, si su patrón se enteraba, lo iba a buscar y lo regresaba a la hacienda, debía trabajar el doble y sin salario; también otra razón por la cual no podían dejar las haciendas era porque los patrones tenían sus tiendas de “raya”. Los indígenas sólo podían comprar allí y les pagaban una miseria que no alcanzaba para comprar, aunque fuera un cuarto de frijol. Es allí donde surgían deudas inmensas difíciles de pagar a las que los mayas llamaron “Nohoch”: cuenta.



Zacatecas

Las fiestas del Centenario en Montesa, Zacatecas

Autor: Felipe Reyes Romo

En los últimos días de su vida, mi abuela Avelina González de León todavía declamaba las estrofas de un libreto teatral. Se trataba de una obra de teatro denominada “México a través de los siglos”, que su tío, don Guadalupe Díaz de León y Bocanegra, había adaptado de la monumental e insuperable obra de Vicente Riva Palacio. Para representar ésta y otras obras, el pequeño teatro —que contaba con un escenario con toda la barba— fue

edificado justamente para esa celebración centenaria del peculio de las familias del pueblo, los ranchos y haciendas vecinos.

Durante el porfiriato, el fervor cívico fue tal que particularmente en los pueblos se festejó con verdadera devoción y los preparativos comenzaron desde varios años antes, realizando paseos, comidas, comparsas, declamaciones, desfiles y aleccionadoras obras de teatro, marcando así, y de por vida, a esa gente sencilla y laboriosa el lema de su tiempo: orden y progreso.

Además, don Guadalupe Díaz de León y Bocanegra, recopiló diversos testimonios, como el de mi tatarabuelo don Vicente González Hermosillo, en que relataba la gesta de independencia como la vivieron sus gentes en la Montesa. Esos testimonios y los de la parentela quedaron escritos en una valiosísima obra inédita que se llama *Historia de Montesa. 1650-1895*. Como puede observarse, el espíritu porfiriano por rescatar la historia permeó y caló hondo en los pueblos más recónditos, no fue solo cosa de los científicos perfumados. En esos pueblos debe haber muchas más maravillas, verdaderos tesoros históricos, ocultos a nuestra dolorosa, penosa ignorancia, de lo que *hemos sido*.



Los agraristas en Pinos, Zacatecas

Autor: Felipe Reyes Romo

Poco antes de que terminara la década de los años veinte, el reparto agrario se había generalizado en la región pinense. Ese proceso habría beneficiado a muchos amigos de la familia, gente muy humilde que, después de haber dado toda una vida al servicio de las haciendas, se pronunciaba por el movimiento agrario con la esperanza de que le dieran parcela. Así se repartirían las haciendas aledañas al Ciprés como la Concepción, El Lobo, San Nicolás de Quijas y Los Campos, cuyas afectaciones harían posible el nacimiento muchos ejidos, fue el logro más preciado por la gente que se había alzado en la guerra revolucionaria.

Fueron tiempos muy difíciles. Crímenes y asonadas, reyertas y balaceras menudeaban en aquella región. Mi abuelo guardó una respetuosa distancia en las rencillas entre familias de líderes



agraristas y viejos sirvientes de aquellos latifundios, aun cuando tenía verdaderos motivos para repudiar la Revolución. Fue un protagonista más en la restauración de los daños que causara ésta, pero también en su consolidación. Mi abuelo no tenía un profundo conocimiento de las causas políticas que originaron la Revolución, pero sí de las sociales.

Ellos, como pequeños propietarios, sabían perfectamente que había opresión e injusticia, si bien tenían tierra, no podían pertenecer, ni soñando, al mundo de los privilegiados latifundistas. Eran parte de una clase social reducida que venía desde abajo, desde los desposeídos, pero también tenían ya intereses que cuidar. En ese entonces, él consideraba que con la Revolución todos habían perdido algo y, algunos, todo. Pero el reparto agrario era un hábito de esperanza para las clases desposeídas, muchos de aquellos luchadores eran sus amigos y él sinceramente se alegraba de que se les dotara de tierras. Aunque consideraba que algunos otros eran sólo ventajistas que al fragor de la lucha se habían enriquecido ilícitamente y que, sin embargo, se postulaban como solicitantes de tierras.

En diversas ocasiones se habría recibido en el rancho al ingeniero don Luis de la Mora, un hombre de gran carácter, encargado de ejecutar las resoluciones presidenciales de afectación de haciendas y reparto agrario. Llegaba al Ciprés a comer, de paso o sólo a dejar saludo, gracias a que le cobró el aprecio y respeto a mi abuelo —decía mi papá—, por la sinceridad con que la exponía sus convicciones, reservas y esperanzas al término de la guerra y la encarnizada lucha por el poder entre los militares, pero, sobre todo por su respeto a las leyes del nuevo régimen.

En ese tiempo hacía los deslindes de la hacienda de Los Campos y por ello, se hacía acompañar de un piquete de soldados con que la Federación le daba garantías de seguridad en su persona. En una ocasión, llegó al rancho una partida de agraristas solicitando

de parte de De la Mora que se les prestaran unos caballos para pertrechar las guardias en los nuevos repartos, pues las guardias blancas de la hacienda asesinaban familias completas y quemaban los jacales con que los nuevos ejidatarios tomaban posesión de sus parcelas. Mi abuelo mandó, no sin reserva, lo que tenía disponible a sabiendas de que ya no volvería a ver sus animales. Al tiempo, regresaron otros con el mismo pedimento y aquí ocurrió el episodio que te anuncié al principio.

Quedaban ahí sólo los caballos de uso que ni eran buenos ni malos, pero eran los de trabajo: La Corneta, La Canica, el brioso Banda Negra, la Cebruna y otros. Había, sí, un pequeño lujo. Era un poni güinduri que montaba mi papá, José Antonio Reyes González, y era objeto de todos sus cuidados infantiles. Mi papá amaba su caballito. Tenían para su monta una sillita piteada y su freno recortado, su suadero y todo al tamaño del curioso corcelito. Era alazán, panzón y con manchas claras en la grupa. Era dócil e inteligente. Mi mamá conserva una preciosa fotografía de mi padre, cuando tenía unos ocho años, montado en él.

A sabiendas que los agraristas podrían volver por otros caballos, los habían soltado a los potreros de la mesa del Águila para no exponerlos a la vista estando en los macheros. Pero el güinduri se había quedado amarrado, escondido en una barranquita del arroyo que baja de la mesa. Allá iba mi papá con tercios de quelites para que almorzara o para llevarlo al agua, ya tardecito.

Pues ya te digo que llegaron los emisarios del ingeniero de la Mora, eran unos desconocidos del rumbo de Los Campos por eso, exigieron caballos con lujo de violencia. Estaban desesperados y parecían fieras perseguidas. Ellos estaban todavía en guerra.

Mi abuelo les dijo que no había caballos y que todos los que tenía se los había ya mandado al ingeniero, pero no le creyeron. Entraron a la caballeriza y salieron a los alrededores para probar



aquello. Discutían en el patio del rancho, cuando volvió un fulano con el caballito: lo había encontrado. Al punto se hizo la gritería y los amagos de que entregara más caballos, sillas, frenos. Mi abuelo les pidió que no se llevaran el poni porque era el de sus hijos y en eso, uno enfurecido, alzó la carabina, cortó cartucho y le apuntó al pecho a mi abuelo, decidido a acribillarlos.

Mi abuelita Avelina, que escuchaba desde el patio interior la gritería, salió en su defensa. Corrió hasta mi abuelo y se interpuso ante el arma del agresor, defendiéndolo con su cuerpo y abriendo los brazos. En ese terrible momento, se dio uno de los pasajes más hermosos de nuestra historia familiar. Impulsado con el horror de lo que veía, mi papá corrió hasta ellos y se paró entre el cañón y sus padres, abrió también los brazos y puso el cuerpo para defenderlos. —¡No los maten!, ¡no los maten! ¡Llévense mi caballito, llévenselo! Les imploró llorando.

Aquella escena ablandó la bestial resolución del agrarista y al punto, bajó el arma. El que comandaba aquello ordenó que se dejara en el rancho el caballito y se fueron como llegaron: Con la jáquima al hombro.

El ingeniero De la Mora moriría años más tarde asesinado por guardias blancas de una hacienda. Su peana está en la vieja pirulera que bordea el camino que va de Los Campos a Letras, a la altura de la Presa Mocha.

Zacatecas, México 1914

Autor: Diana Rangel Méndez

Zacatecas fue guarida y campo de batalla importantísimo durante la revolución de 1910. Era un territorio de paso obligatorio que conectaba al norte y al sur. Francisco Villa, en su marcha hacia

la Ciudad de México, se encontró en este lugar una barrera por parte del ejército federal.

Durante mucho tiempo, se libraron batallas en tierras zacatecanas. Los soldados de ambos bandos tomaban poblaciones y cerros enteros estratégicamente localizados, para poder derrotar a sus enemigos, pero no solo eso, sino que también a su paso quemaban graneros y cosechas, robaban animales y saqueaban las tiendas para su abastecimiento personal. Debido a este hecho, se vivió un hambre atroz. Aunque las personas tuvieran una fortuna, no tenían la posibilidad de satisfacer necesidades básicas porque no había posibilidad de salir del sitio en el que los habían obligado a permanecer.

En ese tiempo mi bisabuelo que se llamaba Manuel Méndez era sacristán de la catedral de Zacatecas. Su familia, como muchas otras, sufría la revolución. Las iglesias, gracias a su carácter sacro, gozaban de ciertas permutas por parte de las tropas de ambos ejércitos. Los curas guardaban en el interior de la iglesia algunos víveres que utilizaban para satisfacción personal y a veces para ayudar a la comunidad. Mi bisabuelo substraía el aceite comestible y papas para poder cocinar toda la comida que tenían. Lo que se podía encontrar eran nopales o hierbas de la región. Tenía entonces 10 años. Al terminar la revolución, se dedicó a la herrería.

Mis bisabuelos se conocieron en Zacatecas. Mi bisabuela Herlinda Carrillo iba con su padre a comprar víveres a la capital del estado para surtir la tienda que tenían en el poblado donde vivían, a unos 45 km de la cabecera.

En la tienda central de abarrotes, fue donde se conocieron y se enamoraron.

Esta edición en formato electrónico de

Historias de familia

coordinada por
Pablo Serrano Álvarez

terminó de editarse en el mes de agosto de 2012, y es un excelente colofón a una de las tareas primordiales del INEHRM, la divulgación de la historia de México con la edición de libros.

Y es que ahora y desde un servidor electrónico, aspiramos a que conserves este libro y se convierta en un reflejo que habrá de multiplicarse a disposición de quienes aman la lectura y buscan satisfacer la curiosidad por nuestra historia y, por qué no, para ser utilizado en tareas y consultas escolares de todos los niveles.



Un ejemplar de la edición impresa se puede consultar en la Biblioteca de las Revoluciones de México, Plaza del Carmen núm. 27, San Ángel, Delegación Álvaro Obregón, 01000, México, D. F. Horario de atención: Lunes a viernes, 9:00 a 18:00 horas bibliotecainehrm@sep.gob.mx Teléfono 3601-1000, exts. 68315 y 68323 <http://biblioteca.inehrm.gob.mx/>

Durante el año 2010, las mexicanas y los mexicanos celebramos el inicio de la guerra de independencia y el inicio de la revolución, 200 y 100 años después, respectivamente, de dos grandes momentos de nuestra historia como nación. Si bien debemos nuestra libertad y soberanía a los héroes, a los caudillos, y a todos aquellos que dedicaron su vida a luchar en las gestas que forjaron esta patria, también es importante reconocer a quienes quedaron en el anonimato, porque la historia de México es la historia de todos los que habitamos este gran territorio. Incontables personajes y sus familias dejaron un gran legado de recuerdos, remembranzas y anecdotarios sobre su pasado, que ahora se recuperan como una muestra representativa en este libro.

Esta obra es producto de un magno proyecto convocado por la Secretaría de Educación Pública y la Cámara Nacional de la Industria de Radio y Televisión que tuvo lugar en 2010, denominado Historias de familia del Bicentenario, cuyo objetivo principal fue rescatar esas historias y rendir homenaje a las familias mexicanas.

Dicha convocatoria permitió que hombres y mujeres de todo el país compartieran pasajes de su vida familiar y de la historia de sus antepasados en torno a la historia de México en un portal de Internet. La respuesta sorprendió, pues al cierre de la página electrónica, se sumaron un poco más de ciento cinco mil historias, lo cual en conjunto plasma nuestra riqueza como nación, al igual que los valores y principios familiares que han prevalecido a lo largo del tiempo.

